José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*

1881-1882 (volumen 1)

Estados Unidos

9



CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

 ISBN 959-7006-08-1 obra completa

Proyecto de edición: Cintio Vitier y Fina García-Marruz.

Dirección general: Pedro Pablo Rodríguez.

Equipo realizador del tomo: Pedro Pablo Rodríguez (responsable).

Colaboradores: Niurka Alfonso Baños, Terri Anderson, Ana Elena Arazoza, José Ballón, Maia Barreda Sánchez, Ernesto Barreras Rodríguez, Jacques-François Bonaldi, Rafael Cepeda, Marta Cruz Valdés, Martín Duarte Hurtado, Marta Dueñas, Aida Matilde Martín Fernández, Francisco Fernández Sarría, José Gomariz, Ibrahim Hidalgo de Paz, Enrique López Mesa, Maybel Mesa Morales, Hernán Pérez Concepción, Pablo Riaño San Marful, Rodolfo Sarracino, Sandra Spanier y Norma Suárez.

Edición: Yadira Álvarez López.

Diseño: Ernesto Joan.

Realización: Beatriz Pérez Rodríguez.

Composición: Marlén Santiesteban Brizuela.

Imagen de cubierta: detalle de *Martí maestro*, Ángel Ramírez, 2003. Colección del artista.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo
Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones
Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo
Pablo Gentili

Directora Académica
Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial
Lucas Sablich

Coordinador de Arte
Marcelo Giardino

Arte de Tapa
Jimena Zazas

Revisión Técnica de la Presente Edición
Gonzalo Mingorance

NOTA EDITORIAL

Obras Completas. Edición Crítica *recoge la totalidad de la producción de José Martí (1853-1895), conocida hasta el presente, y también nuevos materiales localizados durante su preparación.*

Incluye los manuscritos e impresos: crónicas, correspondencias periodísticas, artículos, ensayos, discursos, semblanzas biográficas, poemas, novelas, obras de teatro, cartas, proclamas, comunicaciones, manifiestos, dedicatorias, borradores, cuadernos de apuntes, fragmentos de escritos (o anotaciones incompletas), traducciones y dibujos.

Los trabajos recogidos en esta edición son transcripción literal de los manuscritos originales existentes, cotejados con las primeras publicaciones, según el caso, por expertos conocedores, tanto de la obra como de la caligrafía de Martí. Los materiales publicados o escritos originalmente en otros idiomas están acompañados por las correspondientes traducciones al español.

Se conciben los tomos sobre la base de un ordenamiento cronológico-temático de su contenido. Consiste en adoptar el sistema cronológico, año por año, pero siempre que la heterogeneidad de los escritos de Martí lo justifique, ya que a partir de los años 1875-1876 su producción comienza a manifestarse en varias direcciones simultáneas. De ahí que cada año aparezcan varias secciones: las necesarias para lograr una articulación coherente.

De este modo, sin perder el sentido del desarrollo y trayectoria del pensamiento martiano, pero respetando la simultaneidad de sus actividades políticas, periodísticas, literarias y otras, se ofrece una imagen completa de sus escritos, en una combinación flexible y cambiante, según etapas definidas por criterios cronológico, temático y genérico.

En lo referido a la poesía —carente en muchos casos de fecha, y que en ocasiones dio como resultado unidades estilísticas específicas a lo largo de extensos períodos, como los Versos libres—, *los «Cuadernos de apuntes» y «Fragmentos», los materiales han sido agrupados en volúmenes separados, aunque sujetos al ordenamiento que permiten las precisiones alcanzadas hasta hoy.*

Ha sido propósito cardinal de esta edición el cotejo de los textos con sus fuentes más fidedignas. Las diferencias con ellas —manuscritos, fotocopias, microfilmes, impresos— serán la natural rectificación de erratas, la modernización de la ortografía y las obvias convenciones editoriales adoptadas, sobre todo en los casos de escritos tomados de ediciones de la época. Se tendrá muy en cuenta, sin embargo, el peculiar estilo de la puntuación martiana, suficientemente fundamentado por el propio autor, aunque habrá casos de imprescindibles modificaciones, siempre advertidas en notas al pie. Cuando sea necesario agregar una o más palabras, se colocarán entre corchetes. Estas son algunas de las variaciones fundamentales con relación a ediciones anteriores.

En los casos de impresos publicados por Martí, se dan los datos bibliográficos literales de la primera edición; al final de cada pieza, en todos los casos, se indica la fuente utilizada para su reproducción.

Con Martí como centro, y según la importancia que tengan en su vida y obra, se recogerán en notas y en los diferentes índices de cada tomo, las informaciones sobre personajes históricos, autores, sucesos, corrientes de pensamiento y otros aspectos mencionados o referidos en sus textos. Cada tomo, en términos generales, contendrá los siguientes elementos: textos martianos, notas al pie, notas finales, índice de nombres, índice geográfico, índice de materias, índice cronológico, índice de notas finales y el índice general del tomo.

Las notas al pie de página *se derivan del cotejo de los textos martianos con los originales, o de la confrontación de variantes de estos, y reflejan de manera escueta y precisa los cambios observados; complementan la comprensión inmediata de la lectura y pueden remitir al índice de nombres o a las notas finales, como apoyo informativo. Estas*

notas van numeradas para cada pieza; en el caso de los versos pueden ir indicadas por los números que les corresponden.

Las notas finales —señaladas como «Nf.»— son explicativas, más extensas y circunstanciadas. Se refieren a sucesos, cuestiones históricas, económicas, políticas, literarias, corrientes de pensamiento, publicaciones, problemas específicos que plantean algunos manuscritos, o bien contienen semblanzas biográficas de personas que tuvieron un relieve apreciable en la vida de Martí, en la historia de Cuba o en la de América. El lector podrá encontrarlas ubicadas al final del tomo, ordenadas alfabéticamente, y además, estarán apoyadas por un índice de notas finales.

El índice de nombres incluye un índice de referencias —autores, obras, personajes, instituciones y otros— no diferenciado dentro del propio índice, que complementa o suple la información del complejo de notas del tomo, mediante remisión a estas y con la inclusión de anotaciones o reseñas.

El índice geográfico relaciona alfabéticamente todos los accidentes y lugares geográficos, caracteriza los accidentes y fija la nacionalidad del lugar, solo con la obvia excepción de nombres de países o capitales.

El índice de materias incluye la relación alfabética de materias y sus derivados que aparecen en la obra.

El índice cronológico ofrece la guía al lector acerca de la producción martiana incluida en el tomo, en un orden que sigue la datación probada o fecha aproximada. Completa la virtual imagen fragmentaria que pudiera dar el conveniente ordenamiento temático.

En algunos tomos se incluirá un glosario, que ayudará a la mayor comprensión de los textos.

La serie constará de un tomo que recoge los acontecimientos principales en la vida de Martí, y en cronologías paralelas, de la historia de Cuba, España, Hispanoamérica y Estados Unidos, y en menor medida, del resto del mundo, con énfasis, según el período, en los hechos relacionados con los países donde residió. También incluirá la información imprescindible acerca de las más relevantes corrientes, tendencias, escuelas, hitos y creaciones artísticas y literarias de las culturas cubana y universal que conformaron el cosmos de hechos e ideas contemporáneos de Martí. Se incluirá, al concluir la serie, un tomo con documentos relacionados con la vida de Martí.

De este modo intentamos acercarnos al ideal propuesto por Juan Marinello en su prólogo a la edición de las Obras completas de la Editorial Nacional de Cuba, en 1963: «Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido».

Al encarar esta difícil tarea, que desde luego estará sujeta a rectificaciones y enriquecimientos sucesivos, hacemos constar que, sobre todo en los cinco primeros tomos, se trabaja sobre el diseño de edición concebido por los destacados intelectuales Cintio Vitier y Fina García-Marruz, quienes iniciaron las investigaciones para la edición crítica de las Obras completas.

Este noveno tomo es el primero de los que estarán dedicados al conjunto de trabajos que José Martí agrupó bajo el título de «Escenas norteamericanas», aparecidos durante los años ochenta e inicios de los noventa en varias publicaciones periódicas en lengua española. El mismo está conformado por los primeros 29 textos, publicados entre el 5 de septiembre de 1881 y el 31 de mayo de 1882, de los cuales, 27 aparecieron en el diario caraqueño La Opinión Nacional, uno en el mensuario La Ofrenda de Oro, impreso en Nueva York, y otro en el semanario La Pluma, de Bogotá.

Los textos se han ordenado cronológicamente por su fecha de publicación y se han cotejado las transcripciones con los originales de los periódicos. Siguiendo las pautas de esta Edición Crítica, no se han modificado los originales de los textos en los casos en que no aparecen los signos de admiración e interrogación al inicio de frases o periodos, teniendo en cuenta, además, que resulta francamente difícil colegir el momento en el que el autor pretendía enfatizar una u otra entonación. Se ha considerado, además, que hay casos similares en los manuscritos en los que el propio Martí tampoco los utiliza.

Se destaca el caso del artículo «Oscar Wilde», texto ofrecido habitualmente en las compilaciones según la lección dada por Gonzalo de Quesada y Aróstegui (Martí [*Obras*]), *que sigue la versión del periódico habanero* El Almendares. *De este trabajo se han reunido en un mismo artículo las variantes obtenidas del cotejo de otras tres versiones aparecidas en vida de Martí en* La Nación, *de Buenos Aires;* La Opinión Nacional, *de Caracas, y la revista* La América, *de Madrid, estas dos últimas hasta ahora nunca recogidas.*

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

ABREVIATURAS Y SIGLAS

CEM: Centro de Estudios Martianos.

GQA: *Martí* [Obras]. Edición de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, La Habana, 1900-1913, 16 tomos.

LA: La América.

LN: *La Nación.*

LON: *La Opinión Nacional.*

LOO: *La Ofrenda de Oro.*

LP: *La Pluma*

Mf.: Microfilme.

Nf.: Nota final.

OC: José Martí. *Obras completas*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 tomos. [El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro.]

1881-1882

Escenas norteamericanas

CARTA DE NUEVA YORK
(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

Mejoría de Garfield.—Ansiedad pública.—Periódicos y médicos.—El presidente y el vicepresidente.—Los dos rivales.—Nuevo atentado de Guiteau.—Complicidades misteriosas.—El general Hancock.—La candidatura de Tilden.—Hartmann, su extradición, su carácter

Nueva York, 20 de agosto de 1881.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

Tal es el acontecimiento que absorbe aquí toda la atención, y tales pudieran ser las consecuencias que de él se derivasen, que ni la presencia del famoso nihilista Leo Hartmann en Nueva York, ni la energía con que el Partido Democrático se prepara para las próximas elecciones, ni el movimiento anticipado del comercio de otoño que ha comenzado ya desde el verano,—ni las peculiaridades curiosas de este pueblo en la terrible estación que atravesamos,—son bastantes a distraer los ánimos de aquel capital asunto, que los interesa, preocupa y alarma a todos: la vida del presidente; de ese hombre fuerte y cristiano, tan diestro para combatir a los envilecedores del sistema republicano, como valeroso para sufrir la cruenta tortura a que le expone su terrible herida. El tiempo que ha pasado desde que la recibió no ha hecho más que aumentar la simpatía que el noble enfermo inspira, «el enfermo de la nación», como lo llama el *Herald*. Es el saludo de todos, de ricos y de pobres, de potentados y de mendigos, de apasionados y de desentendidos: ¿Cómo está el presidente? Pero son muy ambiguos los datos que hora tras hora publica el cuerpo médico encargado de su cura, y sería en verdad tan grave toda aserción equivocada acerca del estado del enfermo, que se conciben sin esfuerzo la vaguedad y prudencia que envuelven estos ansiados boletines. Tres días hace, creyose que moría, la ansiedad pública creció tan súbita y marcadamente, que bien se ve qué estrago haría en este pueblo la muerte de su hidalgo jefe. Pero recobró las fuerzas que parecían abandonarle por completo; desaparecieron los síntomas de infección purulenta de que se le creía amagado; cejó la tenaz fiebre que lo viene consumiendo, y hoy salió ya de labios del médico de cabecera, esta frase consoladora: «Oh!, va espléndidamente!». Ciertamente, es de esperar que, puesto que retiene mayor suma de alimento, desciende su fiebre, y desaparecen los síntomas de infección, salga al fin vencedor el resignado enfermo de los graves trances que siguen a su herida. Mas la bala aún no ha sido extraída, y continúa amenazando a todas luces, desde su aposento misterioso, algún órgano importante. Ni se extrañen estos detalles, ni parezcan minuciosos. Sábese aquí a cada minuto la menor alteración del pulso del presidente, que se repite de boca en boca, en el correr de las calles de acera a acera, en medio de los más arduos negocios, como una palabra de pésame, o de felicitación. Se sabe la menor frase que el herido murmura, el cambio más sencillo de su fisonomía, el lado de que está acostado, la clase de alimento que toma, por quién pregunta, a quién sonríe, quién está cerca de él. Cuatro o cinco columnas dedica diariamente el *Herald* a estos detalles, a recontar pláticas de la casa, a censurarlas, a acusar de error a los guardianes, a registrar los más agrios comentarios

de los médicos; a informar en ediciones sueltas al país del menor cambio que ofrezca la salud del presidente. ¡Cuánto plan! ¡Cuánta envidia de los doctores! ¡Cuánta extravagancia! Médico ha habido que afirma que Garfield ha tenido dos asesinos: el malvado que disparó contra él, y el médico que dirige la cura. Disgusta esta falta de respeto al gran dolor público y a sí propios. En tanto, una sonrisa de bondad ilumina perennemente el rostro demacrado del enfermo; su mano generosa estrecha con gratitud las de los que lo asisten; como que se quiere hacer perdonar el que hayan de ocuparse tanto de él; y cuando tiene fuerzas para hablar, dice palabras de amor o reconocimiento. ¿Quién enfrenaría la cólera de esta nación, quién ampararía de su ira y de la ceguedad de su dolor al vulgar asesino, si este hombre magnánimo muriese?

El asesino, en tanto, con los pies desnudos, nervioso y azorado, esperando confusamente en una salvación de que a poco desconfía, rumiando ideas siniestras, que se copian en el fulgor vago y visible de sus ojos, gira como una hiena en torno a las paredes de su calabozo, atrae la atención de sus celadores con movimientos inusitados, y cuando uno de estos entra al fin en la celda a investigar la causa de aquella especial agitación, salta al cuello del empleado, esgrime contra él un trozo de acero, que se usa aquí dentro de la suela de los zapatos, afilado y cortante; echa al celador en tierra; procura arrebatarle su pistola; rueda con él por sobre el suelo contra los muros, contra la tarima, en un desesperado duelo a muerte, hasta que otros celadores que acuden al disparo casual de la pistola, caída en tierra en la lucha, salvan a su compañero amenazado de aquel ataque bárbaro y extraño. ¿Qué miedo de no salvarse puso espanto en el espíritu de este hombre? ¿Qué plan súbito de fuga concibió? ¿Imaginó acaso, cometiendo en un hombre ignorado un nuevo crimen, llegar a ser tenido por maníaco de homicidio?—Solo responde con una frase vacía a las preguntas que se le hacen:—«No he querido lastimar a nadie».—Sus guardianes le temen por la rapidez de su penetración, de que da constantes muestras. Ocúpase de su comodidad personal, y de pequeños deseos de comida y bebida, con tranquilidad y minuciosidad repugnantes.—He ahí una gran ambición injustificada, que ha llevado al crimen.

Mas ¿quién sabe cuántos empujan la mano que al fin cae sobre la víctima?, ¿quién sabe qué misteriosos y grandes cómplices tendrá este hombre, de cuya complicidad ni él mismo sospecha? ¿Qué lazo singular ha venido a unir a un mismo tiempo el resultado de los insanos y desmesurados apetitos del asesino, y el interés de un partido político, que con la vida y actos de Garfield no tenía ya esperanza alguna de existencia? ¿Qué sutil veneno no se habrá tal vez vertido por hábiles manos en el espíritu de este criminal, conocido y servidor de todos aquellos en quienes caería irremediablemente la herencia del poder, si muere Garfield? A tales abismos desciende el interés humano,—y había postrado en tierra la inusitada y brillante energía del nuevo presidente tantos intereses; había arremetido, con tan noble vehemencia, contra los que, en su provecho y el de su gloria, estaban en camino de deshonrar a su partido y a su patria; había levantado tan alta valla a ambiciones desmedidas, ilimitadas, criminales; había hecho saltar, como acero mal templados planes e intrigas tan trascendentales y sombrías,—que si el ánimo generoso se aflige de dar cabida a una sospecha injusta, las lecciones históricas, los intereses en lucha, y el carácter y momento del suceso la hacen surgir y la autorizan. En la sombra, y en posición desgarbada, a que lo reduce su reconocida y vehemente enemistad contra Garfield, espera el vicepresidente Arthur, y con él el soberbio, elocuente y hábil jefe del Partido Republicano de Nueva York, Roscoe Conkling, la solución de este atentado, que ha de darles el poder que ansiaban, o alejarlos de él para siempre. De frente están aún los dos enemigos fieros que

encabezan los dos grandes bandos republicanos,—Blaine, el jefe del gabinete de Garfield, y su auxiliar impaciente y brioso;—y Conkling, el mantenedor infatigable de los proyectos grantistas, vastos e impenetrables, pero de seguro tan culpables como ignorados y tenebrosos. Blaine, en quien brilla luz de genio, quiere nación libre, tesoro puro, derecho asegurado; quiere la grandeza americana por las libertades que han hecho la fortuna de este pueblo, y la gloria de sus fundadores. Conkling, abogado altanero de un gobierno aristocrático y fuerte, no ofrece más programa definido que la reelección de Grant, ni manifiesta su actividad pasmosa, y sus especiales dotes políticas, sino en la desesperada defensa de su preponderancia en el estado, y de la del partido de su estado en el partido que gobierna a la nación: todo esto, proyectos sombríos de Grant, ambiciones y altiveces de Conkling, colosales fortunas adscritas a ellas, vanidades y riquezas poderosas, habían venido a tierra a los primeros embates de la limpia lanza que movían Garfield y Blaine.—Y todo esto vuelve a flote, y Blaine, de este grupo tan odiado, muerde el polvo, si el presidente muere. Este es el gran combate.

Una cuestión grave, que han hecho tratar a la prensa, porque a ellos les impide el decoro tratarla, preocupa ahora a los conklinistas. Verdad es que por la especial situación de la política; por la enemistad pública del presidente y el vicepresidente; por el trastorno radical que causaría en el país, y por las sospechas de ambición irreverente que caerían sobre Arthur,—este no podría intentar el ejercicio del derecho que la Constitución parece concederle, sin que se asemejase este acto a un atentado. Su sola tentativa cubriría de merecido descrédito al general Arthur, para quien se convierten en silenciosas censuras y desaprobaciones tácitas las simpatías que inspira el presidente. La cuestión, aunque grave, es simple. La Constitución establece que cuando, entre otros casos, el presidente esté en inhabilidad de ejercer las funciones de su cargo, debe entrar a reemplazarlo el vicepresidente. No hay ampliación: no hay atenuación: no hay interpretación posible: la frase es neta y seca. Y el presidente está en verdad en inhabilidad para ejercer las funciones de su cargo. Mas honor, y prudencia, y bien parecer prohíben al general Arthur solicitar la realización de un derecho que la Constitución le concede, ni ocupar, en vida de su enemigo, el puesto que deja vacante un adversario de cuya desgracia le viene a él tanto provecho. Pone la honra vallas que ningún código salva. He aquí la ley suprema, legislador de legisladores, y juez de jueces:—la conciencia humana.

En tanto que así se batalla en el campo republicano, desbandado y lleno de iras, los demócratas se agrupan y reorganizan, y se escuchan de nuevo dos nombres a quienes la fama no escatima elogio;—el del general Hancock, el gallardo y amado general Hancock, vencido por traiciones de los suyos, y por intereses de orden vil, en las últimas elecciones, y el del estadista Tilden, el anciano paciente, vencido en las elecciones anteriores por la astucia y deslealtad del Partido Republicano, que dio la presidencia a Hayes. De Hancock se habla para celebrar un caballeresco rasgo suyo: en respeto a su vencedor, el general demócrata no ha asistido a ninguna de las diversiones públicas y privadas que el verano ofrece, y en tanto que el presidente que lo venció se debilita en el que puede ser su último lecho sobre la tierra, él no abandona el recinto austero de su casa de Gobernador. De Tilden se habla para presentar su candidatura a la presidencia en las elecciones próximas, y volverlo por un nuevo voto, indudable e invencible, a la dignidad que le fue arrebatada. El sabio político cree oportuno el momento de la nueva campaña, mantiene que el Partido Demócrata fue vencido en las elecciones de 1880 por haber dudado de la eficacia de su nombre, y

sustituídole con el de Hancock,—y se muestra seguro del éxito de la lucha. Reina animación desusada en las filas de los discípulos de Jefferson: parece, en suma, como que cansados de tanta política mezquina, corre un aire puro por las asambleas políticas de este país, señor en apariencia de todos los pueblos de la tierra, y en realidad esclavo de todas las pasiones de orden bajo que perturban y pervierten a los demás pueblos. Y es esta la nación única que tiene el deber absoluto de ser grande. En buena hora que los pueblos que heredamos tormentas, vivamos en ellas. Este pueblo heredó calma y grandeza: en ellas ha de vivir.

Un hombre pequeño y delgado, de bigote y perilla castaños, de grandes ojos azules, astuto y móvil, precavido y parlero, inquieta hoy a Nueva York. Ese es Leo Hartmann, el nihilista acusado de tentativa de asesinato contra el zar, tentativa inútil, que causó la muerte de numerosos seres infelices. Jovialidad, serenidad, actividad y desembarazo distinguen al nihilista. Su caso apasiona a los americanos, como apasionó a franceses y a ingleses. No bien llegó, surgió la cuestión que en Inglaterra y Francia había surgido: la de su entrega a Rusia, en el caso de que Rusia, amiga de los Estados Unidos, solicitara aquí como solicitó allá, su extradición. Los abogados le dieron respuesta favorable; mas como el vicesecretario de estado indicó confidencialmente que sería entregado, Hartmann se refugió en el Canadá. La opinión, en tanto, se esclareció en la prensa: Wendell Phillips, el gran orador humanitario, rechazó con indignación, como Víctor Hugo en Francia, la idea de la entrega. La prensa americana ha decidido que sería una ignominia para la nación la entrega de un refugiado que si es un criminal, es un criminal político. Cítanse a esto grandes autoridades de derecho; y Hartmann, tranquilo y alegre, vuelve del Canadá, prepara la publicación de su libro sobre Rusia, habla en ruso a los reporteros que le hablan en inglés; se señalan sus respuestas por su habilidad en esquivar las preguntas importunas, mas en vano se buscarían en las minuciosas denuncias de espías rusos, y cartas referentes a su caso que dirige a los periódicos, un concepto grandioso, un pensamiento desusado, una consagración apostólica, una fe sobrehumana, una idea alada. Es una naturaleza de combate, inquieta y persistente: es un roedor y un derribador. Su fe política no exculpa su crimen frío e innoble: vale más continuar en indeterminada esclavitud, que deber la libertad a un crimen. Curiosidad inspira: no afecto público. Es un caso, una novedad, un escándalo, una ocupación, una atracción. Pero, cualesquiera que sean las simpatías que la causa del pueblo infortunado de Rusia inspire a los corazones generosos,—hay un vacío, un irreparable vacío entre este hombre y los hombres.

Uniendo mi plegaria cariñosa a la ferviente oración que por la vida de su abnegado enfermo alza al cielo este pueblo, conmovido, suspendo aquí esta carta por no enojar a U. con ella, y saludo a U. afectuosamente.

M. de Z.

Últimas noticias

(A la salida del *Claudius*.)

———

Agosto 20**.**

El presidente continúa mejor. Retiene más alimento. No progresa la inflamación de la parótida, que se creyó síntoma de *pyaemia*. El Patriarca de Armenia le ha dirigido desde Constantinopla una tierna felicitación. La reina Victoria telegrafía frecuentemente a la esposa de Garfield.

——

Se ha firmado un tratado de Rusia y China, en que Rusia retiene la mayor parte del territorio de Kuldja, que había invadido sin derecho.

——

La plataforma que cayó en Marsella, durante una corrida de toros, mató 27 personas e hirió 306.

——

Hay positivo interés para tomar parte en la exposición de algodones que se prepara en Atlanta. Cuba no toma parte, por orden del rey Alfonso.—Los conservadores extremos han ganado las elecciones en Cuba.

——

El rey Kalakawa de las islas de Sandwich, está en Portugal, reclutando inmigrantes para sus islas.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 5 de septiembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK

Noticias de los Estados Unidos.

Nueva York, 3 de septiembre de 1881.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

Aún vive el esforzado presidente de la América del Norte, el cristiano enfermo, el reformador atrevido, el venerado jefe de la sección honrada del Partido Republicano. Ni un instante han cesado el interés público, las plegarias religiosas, las alabanzas unánimes a la fortaleza heroica del enfermo, los testimonios de adhesión de cortes y repúblicas, y las múltiples y cariñosas formas con que este pueblo expresa su ansiedad. Ni un instante han cesado la publicación de boletines extraordinarios, las muchedumbres agitadas frente a las estaciones de telégrafos, el gentío que se reúne de noche en los hoteles en busca de noticias, y el gemido

de alarma y la sonrisa de alegría con que este pueblo, indiferente para otras cosas muy nobles, despierta al fin, para premiar con un afecto vehemente y candoroso el martirio de uno de sus mejores servidores.

Las fluctuaciones entre la esperanza y el desaliento mantienen viva la curiosidad que hubiera podido de otra manera fatigarse. En medio de las funciones de teatros, se leen en alta voz, todas las noches, telegramas dirigidos a un empresario vestido de correo del zar de Rusia, o teñido de negro y vestido de harapos, como los antiguos esclavos del Sur, por algún coronel amigo o senador bien informado que da cuenta de la situación del presidente. Excelentes retratos de Garfield, a mínimos precios andan en todas las manos. Noches pasadas en una fiesta de fuegos artificiales, imponente y grandiosa como una fiesta de circo romano, en Coney Island, a una figura representando un elefante vivo, con trompa, piernas y cola en movimiento, lo cual arrancaba exclamación de supremo goce al gentío inmenso, sucedió un hermosísimo cuadro coronado por los genios de la fama, en que brillaban de un lado, en colosales líneas de luz, el retrato del caudillo moribundo y del otro el de la noble reina de Inglaterra que hora tras hora envía mensajes ferventísimos a la santa señora que sonríe y vela a la cabecera del enfermo.

Ah!, no es esta mujer, abnegada y amante, como esas abominables figurillas que a modo de maniquíes escapados de los aparadores de las tiendas, deslumbran por estas calles ricas a extranjeros incautos y a jóvenes voraces; no es esta mujer como esas criaturas frívolas y huecas, vivas solo para la desenfrenada satisfacción de los sentidos, que afligen y espantan el espíritu sereno con su vulgar y culpable concepto de los objetos más nobles de la vida: es una compañera excelentísima apegada a su sufriente compañero, como las raíces a la tierra, y que sobre su lecho de muerte, lo enlaza y lo calienta, como esas yedras amorosas y emparrados verdes que oscurecen la entrada de los cementerios de Greenwood.

La sola virtud de la noble señora ha dado origen a uno que pudiera llamarse renacimiento de pensamientos puros, y en realidad, a una gala justa de orgullo nacional: bastan para honra de un pueblo prendas tales. No hay periódico que no celebre, con palabras trémulas y agradecidas, la ingenua e inagotable solicitud, la suave y apasionada delicadeza, la enérgica y fortalecedora resignación de esta ejemplar esposa. No es mucho decir que como Washington y Lafayette y Lincoln, el casto matrimonio de Ohio tendrá de hoy más sus retratos colgados en las paredes de todos los hogares, y su memoria conservada en todos los corazones norteamericanos.

Mas no solo vive aún el presidente: he aquí el último telegrama que media hora antes de zarpar el vapor *Caracas* leo en el *Herald:*

«A Lowell, ministro en Londres.»

«El presidente ha tenido un día muy satisfactorio y en el juicio de sus médicos todos sus síntomas eran favorables anoche. Considerando el día en conjunto ha tenido menos fiebre y mejor apetito que en muchos días pasados.»

«Blaine, secretario.»

El pulso en el herido que llegó a alcanzar 140 grados, mantiénese hoy entre 90 y ciento: toma con moderación y deleite los alimentos que le ofrece su tierna compañera, que fue tan enérgica en los días fatales y lúgubres de la última semana y animó de tal modo al enfermo y riñó tan cariñosamente a los desconsolados médicos y sacó de su amor tales esfuerzos de vida, que parece como que desde aquel día, rasgó con su mano y guarda en ella los crespones de muerte que enlutaban la alcoba de su esposo. En tan

buena condición le juzgan los médicos ahora, que ya se trata de transportarle a Quebec, ciudad celebrada por la pureza de su aire y de sus aguas y la extraña fortaleza que allí ofrecen a las naturalezas desmayadas los sanos y frondosos alrededores. Allá van, a las alturas del viejo Stadacona, a recobrar su fuerza perdida los inválidos del Sur, y allá iban en los tiempos agitados de la Guerra Civil los heridos graves y los enfermos macilentos del ejército federal. Allá se proyecta llevar al presidente en este instante, y ya los médicos inspeccionan cuidadosamente el vapor *Tallapoosa,* que con la máquina encendida y las velas dispuestas aguarda a su venerando pasajero.

No exagero si digo que con el deseo de enviar a U. las últimas noticias, estoy escribiendo esta correspondencia en la escalera del vapor. ¿Qué hará ahora el gobierno en tanto que el presidente se recobra? Llamará, sin duda, al vicepresidente Arthur que alejado de Washington porque la nación que le ha visto hostil a Garfield, no podría suponer sinceros sus cuidados, espera en Nueva York a que el presidente o sus ministros le señalen el instante en que ha de comenzar a autorizar con su firma las decisiones del poder ejecutivo. Mas esta sustitución temporal y meramente de fórmula no alterará la briosa política original y salvadora que ocasionó la tentativa de asesinato del presidente. Los hombres honrados serán mantenidos en sus puestos y los dilapidadores expulsados de ellos. La política volverá a ser el arte de conservar en paz y grandeza a la patria, mas no el vil arte de elaborar una fortuna a sus expensas.

De la presencia de un nihilista ruso, distinción que es preciso hacer porque en todas partes va habiendo nihilistas, hablé a U. en mi carta anterior; y lo cierto es que en este fatigante y denso verano en que la vida parece como que huye espantada a refugiarse en las orillas de la mar y en los rincones de los bosques, todo parece como aletargado y en suspenso, y fuera del interés que inspira el restablecimiento del presidente, su fortaleza de ánimo y el vigor mental y moral de su esposa, apenas hay noticia que interese, de no ser las querellas de los partidos interiores, las palabras ásperas y condenatorias que en algún periódico se leen sobre Grant, el lujo de fuerza pecuniaria que este país despliega en sus relaciones industriales con México, y esta noticia de que, para ahorrarse sin duda complicaciones y para levantar obstáculos a los proyectos revolucionarios del atrevido estudiante ruso, el gobierno del zar, ha comunicado al caballeresco y afamado secretario Blaine, que [el] Leo Hartmann que se conoce en los Estados Unidos no es, «aunque Hartmann está haciendo un viaje por América», el Hartmann verdadero.

Con decir a U. que no creo por mi parte verdadera sino astuta, la afirmación del gobierno del zar, y que es cosa que debiera pensarse en esta hora de exceso de capitales y boga de países americanos el establecimiento de una red de negocios, más fácil que en cualquiera otra de las Repúblicas del Sur, entre los Estados Unidos, exuberantes de riquezas y ganosos de mercados, y Venezuela, mercado fácil y grandioso y necesitado del caudal extranjero, cierra aquí hoy felicitando a U. por la popularidad de que su periódico goza en las redacciones de buenos periódicos neoyorquinos, su amigo tan sincero como afectísimo,

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 17 de septiembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK

Noticias de los Estados Unidos.—Movimiento general.—Estado de Garfield.—Su viaje extraordinario.—Esperanzas y temores.—Médicos.—Día de plegaria.—Bosques incendiados.—La luz eléctrica.—Mujeres norteamericanas.—La muerte de una hermosa.—Muerte de Delmónico.—Un tiro en la cabeza de Guiteau.—Lecturas y lecturistas.—Verano, otoño e invierno.—Teatro en Nueva York.—Muerte del general Burnside.—

Nueva York, 16 de septiembre de 1881.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

Quince días han pasado desde que envié a U. mi última carta. Los sucesos se amontonan, buscando puesto, en torno de mi pluma; mas aunque los apaches vengativos han dado muerte en la frontera meridional a buena suma de soldados norteamericanos, y amenazan de incendio sus casas, de violencia a sus familias, y de muerte a sus compañeros; aunque, con implacable rudeza, en cumplimiento de un tratado leonino, acaba de compeler este gobierno a una mísera tribu de indios a que abandone para siempre sus risueños poblados, frondosos bosques y valles alegres, de que se despidieron con grandes voces y gemidos, con que pueblan la selva, en busca de nuevos hogares de donde mañana, como de estos ricos de ahora, los expulsarán «los hombres blancos»; aunque en sendas y numerosas columnas de periódicos, se cuenten aquí, transmitidas por el cable como noticias de suma valía, las proezas del potro americano Iroquois, de las caballerizas del rico opulento Lorillard, que acaba de vencer en las carreras de Doncaster, con gran amargura e ira de los ingleses, al caballo St. Léger, a cuya victoria llaman los periódicos más graves, «gran victoria de América»; aunque ya se aglomeren y den qué decir los preparativos para el centenario de Yorktown, que renueva en la memoria de esta nación cuanto de osado, fiero y épico hubo en ella,—ni un instante amengua, ni en el concepto público cede en nada, el interés que la recia lucha del presidente con la muerte inspira.

Ya no languidece Garfield como antes en aquella calurosa casa en cuyos muros no ondeaba perfumado como ondea ahora en su casa de Long Branch, el aire sano, sino que se condensaba y se movía en ondas espesas el aire impuro, cargado de los gérmenes palúdeos que emanan del ancho río de Washington. Ahora reposa en su cama unas veces, en una silla de brazos otra, viendo desde ambas cómo el mar bravío azota con su espuma blanca la limpia arena de la margen; ahora hace gala, en sus pláticas de familia, de sus conocimientos náuticos, y les explica qué viento mueve a los buques, y qué buques son, y qué rumbo llevan; ahora, como en días pasados, ve ir y venir al centinela que guarda su ventana, y al mirarlo de frente, alza la mano y le saluda con bondad, a lo que el soldado levanta el fusil, hace un saludo militar y rompe en llanto. Mas nada garantiza aún la salvación de este tenaz enfermo, cuya herida viene ya cerrándose, en apariencias de fuerza y limpieza; cuya mente poderosa solo vacila en las horas de la mañana en que, como el día, aparece velada por las nubes; y cuya recia máquina se alimenta de escasos trozos de aves, y de cucharadas de *whiskey,* encaminadas sin duda a contener el visible envenenamiento de la sangre. Y ora se cree, ora se desconfía, ora las gentes se alejan con rostro satisfecho de los lugares donde se fijan los

telegramas que dan cuenta del enfermo; ora se separan silenciosas, y como si les cubriera el rostro crespón fúnebre. La fe no se asegura: la alarma no cesa. Fíase, sin embargo, en la virtud fortificante del agua de mar que respira; en la energía que viene al herido del placer que la linda casa nueva, la casa de Francklyn, y la cercanía del mar, la limpieza de la atmósfera, el vasto espacio y la clara luz le producen; fíase, más que en todo, no ya en el vigor de su fortaleza espiritual que no ha bastado a conmover la muerte, sino en el poder de la naturaleza creadora, que en aquella orilla de mar, saturada de sales saludables, puede llevar a sus venas invadidas por el pus matador, nuevos elementos y gérmenes predominantes que aseguren su existencia amenazada: del viaje a Long Branch se espera todo.

Y ¡qué conmovedor fue aquel viaje! Rara muestra de afecto público!

Singular expectación! Todo este pueblo temblaba como un corazón de mujer. El país, como un corderillo, asustado, bajaba la voz como para no turbar con el ruido de su respiración la calma de su enfermo. Cuando se supo al fin que la locomotora poderosa,—una gran locomotora de fiesta, a la cual su conductor acariciaba como orgulloso de su hazaña y satisfecho de su compañero de trabajo,—se detuvo al llegar al tramo de ferrocarril improvisado durante la noche anterior; cuando empujado por hombros de amigos y sirvientes, el carro del herido se detuvo con su carga a la puerta de la amplia y pintoresca casa que le aguardaba, sintiose como si un suspiro de alivio se hubiera escapado a la vez de todos los pechos, y como si un grave peso hubiera caído súbitamente de todos los hombros. Este ha sido un viaje majestuoso, lleno de detalles conmovedores y admirables.

Era la nación como una gran casa, y en ella había el mismo recogimiento y el silencio mismo que se observan en la morada de un enfermo amado. No bien habían pasado las doce de la noche del día precedente al del viaje, numerosos grupos invadían cuchicheando las avenidas que conducen a la Casa Blanca. Las más tiernas palabras se oían en la sombra. Del Potomac impuro ascendían gérmenes mefíticos. Fantásticas luces brillaban brevemente en una y otra ventana de la casa. Ya a las cuatro, el panadero llega en su rápido vagoncillo con su brazada de pan fresco; entra y sale el mayordomo; aparece en la puerta, cargado el hombro de toallas, el fiel criado de color que sirve al presidente. Se pisa con cuidado: se habla con confianza; se oyen exclamaciones dolorosas. Y cuando al cabo, tendido en unas andas, con un paño húmedo sobre la frente, expuesto al aire espeso de aquella mañana tórrida, limpia y ansiosa la mirada, larga la barba y los cabellos, apareció en la ancha puerta del hogar nacional el bravo enfermo, la multitud sobrecogida de amor y de angustia apagó sus murmullos, y todas las cabezas, por espontáneo impulso, quedaron en un mismo momento descubiertas. Lleno el rostro de lágrimas entró en su coche la abnegada esposa, y al ver salir en andas a su padre, la buena Mollie, la hija a quien prefiere, escondió su rostro en el seno de una amiga para que no se oyeran sus sollozos. A la par que el carro que llevaba por las blandas calles de Washington al presidente, se aproximaba a la estación, abríanse las ventanas y poblábanse las portadas de las casas, y afluían en grupos silenciosos los habitantes desde la ciudad a los lugares del tránsito. Al fin, el enérgico enfermo, a quien la salida de aquella mansión que abomina y el espectáculo de la encariñada muchedumbre que le seguía, habían dado ya como aire de salud y animación, fue colocado en un alto lecho en mitad de un carro que ha llevado a ilustres viajeros, a potentados y a príncipes, a triunfadores y a futuros reyes. Una elegante máquina precede a la que mueve el tren presidencial. Precauciones minuciosísimas han sido tomadas. La locomotora vibrante y rugiente, rueda ahora sin ruido, y

como con conciencia de su carga.—Y se anda, se corre, se vuela. «Más aprisa, más aprisa», decía el presidente que por las cortinillas corridas disfrutaba con visible deleite del paisaje. A las veces se anduvo a milla por minuto!

El gigante de hierro se cansa, se le acaricia, se le olea, se apaga el humo de sus resortes encendidos por el veloz roce. Cuando, precedidos siempre de la alígera máquina exploradora, llega el tren a Filadelfia, como pétalos apiñados en una rosa llena el camino, la estación, las avenidas, la muchedumbre ávida. Se asoma a la plataforma la hija del herido,—y victorean. Leen los médicos, para calmar el ansia pública, un boletín en que afirman que el enfermo va en salvo y alegre,—y resuenan hurras, ondean pañuelos, danzan las gentes de alegría, y echan al aire sus sombreros.—Recomienza la marcha: el tren no se detiene en las estaciones, que rebosan en hombres y mujeres:—«¡Oh! Nunca pensé que me pareciese tan bella esta tierra árida». «¡Bravo paseo, Lucrecia!» «Bueno es el aire salado!» dice, poseído de un júbilo que atiza su fiebre, el animoso paciente. Le echan las cortinillas del vagón, para que la multitud ansiosa no le impresione: y él se yergue, y recoge por primera vez el premio de su herida: sabe que es amado: «quiere ver la gente».

Ya se acercan al pueblo elegido, a Long Branch aristocrático, que el mar besa con ondas azules, y el fausto neoyorquino con ondas de oro.—Trabas y hábitos se han dejado a un lado. El pueblo ha sido durante la noche una familia. Las casas han estado iluminadas; los hoteles como en fiesta; las gentes, en las calles. Desde el alba hiciéronse tan apiñados los grupos en torno a la residencia escogida, que no estaban al mediodía más apretadas las arenas en la playa que las criaturas humanas en todas las avenidas de la casa. Parecía como que la locomotora, salida de sus rieles, se abría paso entre la masa humana. El cielo brilla: el mar parece cortejar con más blandas espumas, la orilla arenosa. Y cuando el enfermo, llevado de nuevo por médicos y amigos, deja el carro en que anduvo arrastrado por la arrogante locomotora, desde hoy famosa, y desaparece por la puerta de la nueva morada, abierta a la luz viva del sol del puerto y al aire generoso de la mar, en una bendición unánime rompen al fin los labios, por el respeto, y el solemne instante, y el amoroso miedo comprimidos:—y aquí es un «¡Dios le bendiga!»—y allá un «¡Dios nos salve a nuestro amigo!»—y acá «¡Que Dios lo auxilie!»—y allí «Cómo no he de orar para que sane».

Y empieza en aquel punto para Long Branch un renuevo de su espléndida vida de verano: los bañistas pasean con el orgullo de recientes titulados: parece a cada uno que de su celo depende la salud de la nación; y vivir en el saludable puertecillo que ha de salvar al presidente les parece no igualado regalo, y singularísimo favor de la Providencia.—De la casa se ha hecho como fortaleza: solo el aire, y corto número de familiares y de médicos, tienen allí libre entrada. De campamento daban idea, al día siguiente de la llegada, los alrededores. Aquí un jinete, presto a montar: allí el empleado de correos, que deja en los peldaños de la escalera sendas valijas, henchidas de cartas; allá el telégrafo, cuyo martilleo elocuente y vivaz no cesa un punto. El Dr. Bliss, tan famoso en los Estados Unidos como el Dr. Hammond, su rival, y los cirujanos Agnew y Hamilton, comparten con estos dos últimos y con el Dr. Boynton, la asistencia del enfermo. No pueden en verdad los médicos desviar las corrientes de la naturaleza, ni extinguir en los órganos interiores del herido las raíces diversas de su mal; mas ven en su cuerpo como a través de claros cristales y atacan con brío y fortuna todo nuevo accidente. La ciencia es como Tántalo, que ve el agua de que no ha de beber jamás. La bala no ha sido extraída, y se opina ahora que ha encajado en el hueso, por lo que ya no se la teme. Mas a cada punto aparecen síntomas de la terrible invasión del pus en la sangre, y

unos sostienen que el presidente padece *pyaemia,* que es la forma rápida de la infección, y otros septicemia, que es la forma benigna, revelada, acá en la inflamación de la parótida que fue sajada y enjugada, allá en un absceso en un pulmón, peligro formidable, que por fortuna fue atajado a tiempo. Ya el presidente llama a sus ministros, a James, el director de correos; a Windom, el hábil financiero; a Blaine, este brillante hombre, capaz de una política sana, intrépida y gloriosa, y amigo de la América del Sur. De Blaine, que juega con el inglés áspero como el *Tintamarre,* el periódico de los equívocos, juega con el francés flexible, se repite una frase feliz: *bullet* es bala; *in* es dentro, y *out* es fuera: en los días de mayor gravedad, en que se creía improrrogable la extracción de la bala, los médicos expedían gran número de boletines, en inglés *bulletin*. Y dijo Blaine: «No es un *bulletin* lo que necesitamos, sino *bullet-out»*.

Un día solemne siguió al de la traslación a Long Branch, día de ansia y plegaria, en que el estado de Nueva York cerró todas las tiendas y abrió todos los templos, un día de súplica a Dios, en que resonaban las calles con los acentos de estos hermosos himnos norteamericanos, entonados a una en las iglesias por una concurrencia compacta y conmovida. Era jueves, y día de gran calor. Señalado por el gobernador del estado este día de oración, brillaba el sol sobre la parte mercantil de la ciudad como sobre un inmenso circo vacío; y fueron aquellas horas solemnes, en que las manos se apartaron de los timones de los buques y de las ruedas de las máquinas para alzar al Señor clemente el libro de los cánticos, las horas mejores para estimar las colosales vértebras de esta ciudad monstruosa. La engrandecía el silencio: la súbita soledad la agigantaba. Guardaron los cómicos sus caretas, y los trágicos sus puñales, y los especuladores dejaron en paz la red de alambre que hace trenzado techo a las calles vecinas a la Bolsa. Los sacerdotes, que aquí llaman *divinos,* aprovechaban de esta situación efusiva y amorosa de las almas, traídas a lástimas y afectos tiernos por los méritos, infortunios y magnánima fortaleza del jefe del país, para afincar en la necesidad de la plegaria, y provocar un renacimiento religioso, que aquí llaman, con palabra típica, *revival:*—mas la filosofía natural de Emerson, y la poesía panteística de Bryant, y el desenvolvimiento de la razón humana y la pequeñez y falibilidad de los intérpretes múltiples de las innúmeras sectas, han dado mortal golpe en este país a la fe en las ceremonias del culto. El espíritu de estas gentes no quiere techumbres que ahoguen su cántico, ni piedra en que se petrifique, ni más mirra ni incienso que la invisible de las almas y la fragante de los árboles. Mientras las formas perecen y los que de ellas viven,—la esencia moral que les dio apariencia de vida, como que se nutre del alma humana imperecedera, perdura y perfuma:—así asisten las gentes, no a los templos desiertos en que se discuten apreciaciones nimias o textos aislados o ritos convencionales de las sectas que luchan,—sino a aquellas iglesias donde, con generoso criterio, se eleva, con la palabra de la libertad, que fue la que Dios dio al hombre para hablarle, monumento de fe cristiana al Hacedor misterioso del cielo y de la tierra:—así se agruparon los neoyorquinos el último domingo a la reapertura de una hermosísima iglesia, en que se venera, comenta e imita a un hombre elocuente, cuya voz fue ala y cuyo espíritu fue fuego; que quebrantó y purificó en sí y en los demás todo germen de amor excesivo de sí, desconfianza, intransigencia, ferocidad y vileza: el Dr. Chapin.

Mas no es solo por el presidente por quien se ora hoy en los templos: es por las víctimas de un incendio asolador que ha devorado en un espacio de treinta leguas en el estado de Michigan las hojas secas, las ramas rotas, los árboles, las cabañas, y los pueblos. La ola abrasadora lo unió todo en sus fauces: cadáveres y cenizas llenan hoy allí toda la tierra. Un mísero labrador conducía ayer en un carro a padres, mujer e hijos

muertos. Durante el incendio, sofocados por el humo, perseguidos por las llamas, enfurecidos por la sed, huían los infelices como conciencias réprobas, por aquellas llanuras incendiadas en que el cielo se unía a la tierra en una misma llama, y se respiraba y palpaba aire encendido:—allí perdió el labrador sus caballos y carros, y sus siembras lujosas, y su hogar amado:—allí, la siega ha sido, no de trigo y maíz, sino de padres e hijos. La seca se prolongaba implacable; del suelo ascendía vapor fogoso; los árboles se doblaban, como sedientos y amortecidos; los bosques, abrumados por el aire cálido y el sol secado, parecían anunciar un incendio espontáneo:—un tabaco encendido, un fósforo arrojado sin apagar, las chispas de una locomotora han causado la bárbara catástrofe. Sobre las ruinas de sus chozas, frente a los esqueletos de sus bestias, junto a la fosa humeante de sus pequeñuelos, se sientan hoy hambrientos los infortunados campesinos. Mas ya la Unión se mueve, y el amparo se anuncia: digno será el alivio de la pena; celébranse reuniones, nómbranse juntas, organízase una colecta nacional, y la oportuna limosna llegará a tiempo al menos para reencender la confianza en aquellas criaturas abatidas, renovar sus tareas, y comprar cruces a tanta tumba abierta.

A la par que la tierra de Michigan abría su seno para dar sepultura a pobres héroes y a bravos y a infelices ignorados, en Nueva York moría un anciano cuyo apellido goza ya universal fama, más que por especiales títulos suyos a la celebridad, porque de citarlo o recitarlo cobraban renombre de elegantes o ricos los hombres a la moda:—Delmónico ha muerto. ¿Quién, que haya venido a Nueva York, no ha tenido citas, no ha saboreado café, no ha mordido una fina galleta, no ha gustado espumosa champaña, o Tokay puro, en uno de los restaurantes de Delmónico? Allí las comidas solemnes; de allí, los refrescos de bodas; en aquella casa, como en la venta ganó Quijote título de caballero antiguo, se gana desde hace treinta años título de caballero moderno. En estos tiempos, prodigar es vencer; deslumbrar es mandar: y aquella es la casa natural de los deslumbradores y los pródigos: en ricas servilletas las botellas húmedas; en fuentes elegantes manjares selectos; en leves cristales perfumados vinos; en platos argentados panecillos suaves: todo es servido y preparado allí con distinción suprema. El creador de esta obra ha muerto: un italiano modesto, tenaz y honrado, que comenzó en un rinconcillo de la ciudad baja vendiendo pasteles y anunciando refrescos, ha desaparecido respetado y amado, después de medio siglo de faena, dejando a sus parientes dos millones de pesos.—Los ahorró con su perspicaz inteligencia, su humildad persistente, su infatigable vigilancia. Cincuenta años estuvo,—y era millonario, y aún estaba detrás de su escritorio, inspeccionando las entradas; por entre las mesas, riñendo a los criados, y resplandeciente en toda su figura la dignidad hermosa del trabajo.—Mientras que su sobrino iba con el alba a los grandes mercados, él, en pie con el día, elegía los vinos que habían de sacarse de sus magnas bodegas, que eran cosa monárquica, de abundante y de rica. Este hombre venía siendo símbolo de este progreso gigantesco: en cada pliegue nuevo de la inmensa ciudad, allá alzaba él bandera, y llevaba su nuevo restaurante.—Por el número de sus establecimientos se miden los grados de desenvolvimiento de Nueva York; y cada nueva casa de Delmónico era más favorecida, más suntuosa, más refinada, más coqueta que la anterior: $100 000 pagaba por alquiler de establecimientos; quince mil pagaba al mes de sueldos a quinientos empleados. Dejaba de la mano el negro y recio tabaco que fumaba y ha acelerado su muerte, para firmar un cheque a beneficio de tanto oscuro pariente, y tanto pobre francés y suizo de quienes cuidó siempre con especial solicitud. Fábula parecen las ganancias de Delmónico,—y cosas de fábula parecían a los neoyorquinos las maravillas y

delicadezas culinarias que él les había enseñado a saborear:—salsas, ornamentos y aderezos eran cosa desconocida para los norteamericanos, que, en sus periódicos, se confiesan deudores a Delmónico del buen gusto y elegante modo que ha reemplazado con los actuales hoteles al burdo tamaño y tono áspero de los manjares, y su preparación y servicio, en otros tiempos. En casa de Delmónico fue donde se sirvió aquel banquete afamado de Morton-Pets, en que se pagó a $250 el cubierto; y los de a $100 [el] cubierto, eran banquetes diarios: fue Delmónico quien preparó una artística mesa, no con esos incómodos florones, monumentos frutales, y deformes adornos con que generalmente se preparan, sino con un risueño lago, en que nadaban cisnes nevados y avecillas lindas,—por lo que aún se llama a aquel el banquete de los cisnes. En Delmónico han comido Jenny Lind, la sueca maravillosa; Grant, que después de un banquete recibió a sus visitantes bajo un dosel; Dickens, a quien un vaso de brandy era preparación necesaria para una lectura pública, y dos botellas de champaña, bebida escasa para un *lunch* común. Luis Napoleón, antes de acicalarse con el manto de las abejas, comía allí; allí los grandes políticos, allí los grandes mercaderes, allí el chispeante James Brady, que entre escogidos invitados, celebraba en comida de solteros cada uno de sus triunfos de abogado; y el hijo del zar, y célebres actores, y nobles ingleses, y cuanto en las tres décadas últimas ha llegado a Nueva York de notable y poderoso. Una corona singular yacía a los pies del muerto, que decía en grandes letras de flores: «La Sociedad Culinaria Filantrópica». Y muchos hombres ilustres, que lo fueron más por este tributo varonil y honrado, asistieron a los funerales del virtuoso y extraordinario cocinero, ya por esa singular afinidad que atrae a los hombres hacia los que satisfacen sus placeres, ya por espontánea admiración de las dotes notables de energía, pertinacia, inteligencia y modestia que adornaron a aquel rico humilde, que no abjuró jamás su delantal de dril y su servilleta blanca. Es la época serena: la de la glorificación y triunfo del trabajo.

Y ¡cómo se acelera, afina y simplifica el trabajo en Nueva York!—Es de noche: la luna, en el claro cielo, luce pálida, y como globillo opaco que huye avergonzado de la tierra. En la tierra, en la calle Broad, paralela a Broadway, un centenar de trabajadores levantan mármoles, abren canales, suspenden pisos, encajan puertas, ruedan máquinas, mueven pescantes a luz eléctrica! En el silencio de la noche, en el seno iluminado de la sombra, se yergue sobre la tierra y como que intenta penetrar el cielo un edificio blanco: ¡qué himno mejor ha cantado a Dios el hombre!—Es la Bolsa nueva, que se construye de noche y de día: a los trabajadores diurnos, suceden los nocturnos,—marea inmensa, en la que no hay bajamar; monumento de pórfido, con corona de mármol y cintas de granito.

El hombre, fatigado de preguntar a lo desconocido la causa de su vida y el objeto de sus dolores, concentra en la tierra todo su poder de estudio, y saca de ella fuerzas con que alumbrarse en sus entrañas, destruir los gérmenes impuros e imitar al cielo. Ángel rebelde, reta, encarado con lo alto, a Dios oculto: ahora ha hallado esta nueva espada para el combate,—la electricidad.—Anuncia con ella permanente luz beatífica de que debe el espíritu probado gozar en mundos mejores; y con ella intenta remover del suelo húmedo los elementos pútridos que encierra, y generar en medio del invierno el calor tórrido. Mantiene un hombre de ciencia del Pacífico que, filtrando la luz eléctrica por las máquinas de sembrar, que desmenuzan y vuelcan el terreno, y haciéndola reflejar sobre lagunatos y pantanos, se hará morir en aguas y terrenos todo germen de fiebre miasmática. Y un grave caballero acaba de afirmar, con copias de personales experiencias que el crecimiento de las plantas puede ser favorecido con el calor benigno de esta luz, y que a

su blando influjo, irradiada de entre cristales, una agradable temperatura moderada permitirá la conservación en plenos climas fríos de las frutas volcánicas del trópico. Y ¡pensar que cuando todas estas maravillas, y las nuevas que las sucedan, sean sabidas,—se sentará el hombre, triste, desconocedor de sí como en los primeros días,—a preguntarse por sí mismo; y moverá con ira inútil el ángel rebelde, encarado al Señor, el manojo de espadas con que ha ganado la batalla de la tierra, y el haz de luces a cuyo resplandor no alcanza a ver el lugar de estación en que ha de trocar al fin sus pies en alas! Pero, en tanto, el trabajo nos consuela.

Ya se acerca para Nueva York la estación bella, la estación brillante, la estación trabajadora. Allá viene el invierno, con sus gorras de piel de foca, y sus abrigos opulentos, y sus calzas de goma; allá viene el invierno, derramando desde su trineo veloz sobre la tierra su capa de nieves pintorescas, sacudiendo sus vocingleras campanillas, rollizo, sonrosado, rico, alegre. Aún no empieza el otoño; aún no juegan los niños en las esquinas con los montones de hojas secas; aún no encienden en medio de las calles, poseídos de una extraña e indómita alegría, las vivas llamaradas que se truecan en copos densos de humo odorífero y lechoso, cargado con la savia de las ramas; aún el vapor del agua de los ríos, sofocante y oscuro, absorbe los rayos tenues del sol, y luchando en vano por retener los rayos rojizos baña con un resplandor de incendio y sume en sombra de bruma la ciudad sofocada y rendida al aliento pestífero del verano; aún mueren los niños, con las manos crispadas, la piel sobre los huesos, y los ojos abiertos y febriles, sobre la falda de sus madres; aún se abrasan los bosques, y tala y quiebra y avanza el fuego terrible por sobre cerros, llanos, pueblos y cortijos,—y ya los neoyorquinos previsores, abren sus teatros, anuncian sus modas, recuentan sus placeres, preparan sus lecturas. Multitudes ávidas repletan la Academia de Música, en que con indecorosos atractivos se pone en escena una versión de *Michael Strogoff,* este drama que cuenta las hazañas de un correo ruso, a través de las estepas, de aldehuelas, de escaramuzas, de batallas, de paisajes suntuosos, y de espectáculos de desordenada y deslumbradora fantasía. Un público compacto invade el elegante Teatro de Booth, en que, con mayor fidelidad literaria y menos ilegítimos atavíos, se representa también a *Michael Strogoff,* en el que la concurrencia tiene ocasión de risa con los lances y chistes de dos corresponsales de periódico, que en todo el drama se hallan y son como los Sganarelles de la pieza. Acude la gente a ver en Niblo pasmosas escenas, reunidas con el nombre de un buque, el *World,* que se ve mover, funcionar, vacilar, zozobrar, perderse, como si fuera entre mares, entre las tablas. No se halla lugar vacío en el teatro de los Minstrels de San Francisco, especie de Aristófanes tiznados de negro, que ora en elegante frac y nevada corbata, ora vestidos de harapos, como vestían antaño los esclavos del Sur, sacan a plaza con gracejo, a veces brutal, cuanto personaje y acontecimiento del día preocupa al público.

Pero en lo que se anuncia más el invierno es en la preparación para las lecturas. Hay aquí agentes de ellas, en cuyas listas, mediante $10, se inscriben los que quieren leer en público, ya por provecho, ya por gloria. Cargo es del agente buscar ocasión y auditorio a los lectores, que bien pudieran llamarse lecturistas, por cuanto a cosa tan nueva como esta, y tan especial y genuina, debe llamarse con palabra nueva. Y lector es el que lee, y principalmente lee lo ajeno, en tanto que el lecturista no lee generalmente, sino habla, ni habla o lee más que lo suyo.—Pues hay agente este año que lleva ya en sus listas 400 y cincuenta nombres, de los que doscientos son nombres de señoritas y de damas, ansiosas de renombre las unas, las otras de lucro. Y ¡qué variedad inmensa de materias, las que tratan los lecturistas,—y qué modo tan honesto de vivir

proporcionan a las gentes de letras,—y qué provecho tan abundante y tan agradable sacan los concurrentes a las lecturas! Bien que las pudieran hacer en Caracas, los arrogantes poetas, estudiosos letrados, y críticos severos; e irían las gentes a oírlos, porque a poca costa adquirirían ciencia útil, por cuanto se retiene mejor lo que se ha oído brotar coloreado y palpitante de labios amigos, que lo que se lee en pálidos libros de tierras extranjeras. Los talentos se fortificarían con el estímulo,— y se dignificarían con este empleo grato, propio y airoso. Un día leería Jugo sobre Maracaibo,—y otro Rojas sobre razas indias, y otro Escobar sobre poetas de plantilla de caña y lira de oro. De pronunciar sus lecturas les vendría un provecho; de venderlas impresas, y ya afamadas, otro; ser conocidos por ellas fuera del país les ofrecería causa mayor de gozo, y la patria la tendría de regocijo viendo que en estas fiestas sus hijos se acercaban y se amaban.

¡Singular mujer esta mujer americana! Ya como la señora Edson, con carácter, título y habilidad de doctor, asisten en su lecho de angustia al presidente; ya, como la elocuente señorita Aliver, recuerdan con palabras fogosas a los hombres de Brooklyn la necesidad de la virtud y la certidumbre del mundo venidero; ya de pie sobre una plataforma explican, frente a un lienzo en que se han dibujado cuadros disolventes, las márgenes del Danubio; ya regalan, a los ojos de los jueces, como acontece todos los días en una ciudad cercana, ramilletes de flores a dos ricos libertinos, acusados de haber dado muerte, con ayuda de una cazadora de voluntades, a una hermosa mujer a quien uno de ellos cortejaba. En el tribunal se exhiben trozos del cuerpo de aquella criatura desventurada, que fue muy bella, y pobre, y oyó a rico, y se llamó Jennie Cramer; se descubren pormenores incastos; se presenta una villana mujer, de esas que mercan en la virtud propia y en la ajena; se detallan vidas licenciosas; y ¡un centenar de matronas y doncellas asisten ávidamente a estas sesiones, siguen con ansia los procedimientos del tribunal, y envían recados, billetes y flores a los dos menguados caballeretes, acusados de haber causado, o precipitado al menos, la muerte de la hermosa!—En todas las manos anda el relato del suceso: de memoria sabe todo neoyorquino los detalles de la persecución y la defensa: la madre de la doncella muerta va al tribunal, y acusa faz a faz del crimen a los ricos jóvenes; el retrato de la mísera beldad adorna escaparates y repisas; los defensores interrogan fumando y en chaleco a los testigos del proceso; el acusador público fija durante largas horas la vista en los acusados, reclinado en su silla, y cruzados los pies sobre una mesa:—venció a Hartmann, Jennie Cramer: es el caso de moda.

Es Hartmann ciertamente,—aunque por ahorrarse una negativa probable si pedía su extradición a los Estados Unidos ha dicho el gobierno ruso que no es,—el estudiante intrépido, el hombrecillo pequeño, el nihilista locuaz que su odio al zar, su fría tentativa de asesinato, y su actividad posterior han hecho famoso.—Y es su rostro, al decir de los que los han visto a ambos, singularmente semejante al del hombre que, como hiena enjaulada, pasea desazonado en torno de las paredes de su celda, y rumia pavorosos proyectos para esquivar la pena que le aguarda: el villano Guiteau. Y ¡qué peligros corre la vida del villano! A su mismo perseguidor oficial se acusa de formar parte de una asociación creada para darle muerte, si no la recibe de manos de la ley; juraméntanse otros en los bosques, protegidos por máscaras para forzar su prisión y darle muerte; y hace unos cuantos días, acurrucado en un rincón, y oculta en sus rodillas la cabeza, pedía a grandes gritos que lo mudasen de su calabozo, en cuyos muros acababa de clavarse una bala, que erró el blanco: a la cabeza de Guiteau la había dirigido uno de los sargentos de la guardia, un hombre honrado y valiente, convencido de que hacía una buena obra, el sargento Mason, que fue al instante preso, y muestra

satisfacción y calma.—«Era un malvado y debía matarlo.»—«Yo no me alisté para dar guardia a un asesino.»—Así responde a los que inquieren de él las razones de su acto. Ocho años de prisión y exoneración le hubieran venido de castigo, a habérsele juzgado en tribunal civil; mas es ya procesado por desobediencia e infracción de disciplina, y se le juzgará en tribunal militar. Esto aviva el clamor de la prensa, que insiste en la urgente necesidad de las reformas de las leyes penales, que asimilan en penas dos hechos que obedecen a origen tan distinto como el que, por inconcebible perversión, atentó al presidente, y el que, por honrada indignación, atenta a su asesino. A actos originales ha dado margen la tentativa de Mason: los unos, fieles creyentes en aquella severa república de Webster y Madison, quieren que se castigue con toda rudeza este atentado a la vida humana; los otros, obedeciendo a ese flujo incontestable de simpatías y antipatías instintivas que dominan la naturaleza humana, y extraviados por consecuencias exageradas del concepto del bien, no solo excusa, sino premio quieren para el matador frustrado del frustrado asesino: a tal punto se llega, que los empleados del Correo de Nueva York, esta gran casa con cuyos empleados pudiera sostenerse una batalla, han pedido en un documento público que se gratifique con un ascenso militar al sargento Mason. Prevalece, sin duda, un espíritu de absolución; y, por sobre las agrias censuras de la razón, adivínase el aplauso tácito. Los que, como se la negaran a Caín, negarían su mano a Guiteau, la tenderían sin repugnancia a Mason. Hoy mismo inicia un capitán de Washington los preliminares del proceso militar, intentado sin duda para librar al sargento de las prisiones comunes, y de la mayor pena que le hubiera cabido en tribunal civil. De tentativa de asesinato se le hubiera acusado en este: solo de conducta perjudicial al orden y disciplina militar, y de haber disparado a un preso sin órdenes de un oficial superior,—acaban de acusarle sus jefes ante Hancock, el caballeresco y bravo Hancock, el general vencido en la última campaña electoral. En Washington, la ciudad tranquila de las calles de asfalto, se juzgará al sargento; no en Nueva York, la ciudad inquieta de calles ruidosas. El sigilo favorecerá la lenidad.

Y en tanto que un general, notorio por su romántica bravura, ampara así, so pretexto de proceso, a un hombre equivocado,—otro general, a cuya mano no fue pesada la espada de los héroes,—es llevado a la fosa, en la ciudad de Bristol, en hombros de sus leales veteranos. El general Burnside que, como Lincoln, tuvo «para todos caridad, mala voluntad para nadie»; en la batalla, pujante como un par; en el hogar, bueno como un belga,—ha muerto: antes que en la tierra, su cadáver ha descansado en los hombros de sus conciudadanos, tumba digna de los que sirven, como sirvió él, con su valor a la patria y a la humanidad con su honradez.

M. de Z.

GARFIELD

Aumentan los síntomas de la invasión del pus en la sangre. La invasión adelanta y las fuerzas del enfermo parecen disminuir. El absceso del pulmón continúa amenazante. Hay un cambio desfavorable en la materia que descarga la herida. Los círculos médicos y oficiales no ocultan su alarma. El gabinete, que andaba disperso, se ha reunido en Long Branch, donde está el presidente.

La Opinión Nacional. Caracas, 1ro de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Garfield ha muerto. Labor y premio.—El último día y la última noche.—Pánico y luto.—El nuevo presidente.—La autopsia y el camino de la bala.—El asesino es ahorcado en efigie.—Viajes lúgubres—De Long Branch a Washington.—Plegarias y rosas.—*Apoteosis de Washington.*—Procesiones inmensas.—Arthur jura.—Un coronel blasfemo quemado en imagen.—El Sur y el Norte fraternizan.—Una reina conmovida.—La noticia a la madre.—El viaje a Cleveland.—Catafalco colosal y noche histórica.—Funerales en Cleveland.—La nación en los templos.—Nueva York admirable.—Caudal para la viuda.—La catástrofe es útil.

Nueva York, 1ro de octubre de 1881.

Señor Director:

Cuando se es testigo de las grandes explosiones de amor de la humanidad, se siente orgullo de ser hombre: así como, cuando se es testigo de sus postraciones o su furia, da vergüenza serlo. La muerte es útil: la virtud es útil: la desgracia es necesaria y reparadora, por cuanto despierta en los corazones que la presencian nobles impulsos de aliviarla. Y la tierra va camino de ventura, porque ya las coronas de los reyes descansan sobre el féretro de los trabajadores. El siglo último fue el del derrumbe del mundo antiguo: este es el de la elaboración del mundo nuevo. He ahí si no trémulos y conmovidos a todos los humanos, y enlutados los tronos, y entornados los palacios de los monarcas, y arrodillada la nación más numerosa de la tierra,—ante un ataúd humilde, en que descansan las palmas del martirio, sobre un hombre que se compró sus libros de griego con el producto de las maderas que cepillaba, y ha muerto dueño de una de las famas más límpidas del orbe, bajo la rotunda del Capitolio de Washington: porque ¿cómo no ha de saberlo U, sí las nuevas amargas vuelan como si cabalgaran en la luz?

Garfield ha muerto.

Murió el 19 de setiembre antes que mediase la sombría noche; y desde entonces, no han cesado la admiración, las muestras de ternura, de veneración y de congoja. La ciudad, las ciudades todas de la Unión están colgadas de negro;—y las almas. Un mártir es como padre y como hermano de los hombres en cuyo beneficio muere: así están todos en esta tierra, como si hubiesen perdido a su padre o a su hermano.

A este hombre lo ha matado un elemento oculto, que obra poderosamente contra las fuerzas de construcción, entre las fuerzas de destrucción de la humanidad: un elemento rencoroso, inteligente e implacable: el odio a la virtud.

Yo lo escribí una vez en uno de esos libros tristes que no se publican jamás, porque no deben publicarse sino los libros briosos y activos, que fortifican y abren paso: «¡Virtuoso, tú serás odiado!». El que desmaya ve con ojos de ira al que no desmaya: el perezoso, al laborioso: el que se doblega a la adversidad, y precipita su derrota con su cobardía, aborrece al que sonríe a la adversidad, y, como mago a serpiente, la seduce, la duerme y la domina. Los impacientes odian al paciente: los soberbios que anhelan un premio exagerado y prematuro a condiciones que no cultivan, ni utilizan, ni riegan, execran y persiguen a los mansos que han labrado su recompensa con sus virtudes, su fama con su esfuerzo, su gloria con sus dolores. La ventura es un premio, no un derecho: no decora el pecho del soldado sino después de haber luchado honrosamente en la batalla. El Tabor es la recompensa del Calvario. Y ¡qué susto y veneración llenan los pechos de los hombres que asisten al combate!, ¡qué celebrar en el que lidia la heroica energía que a ellos les falta!, ¡qué sentirse virtuosos, cuando un hombre es virtuoso! Todos, como si fuera propia, celebran su victoria. Él es el símbolo, el predecesor, el evangelista. ¡Una es el alma humana, y múltiples sus aposentos pintorescos! Por eso ahora parece como si un palio fúnebre cubriese a la vez todos los hombres.

Era una noche tibia, y estaba el aire húmedo, la tierra quieta, y manso el mar. Dos niñas reposaban en la playa. Una mujer oraba en su aposento. Una anciana, en un lejano estado, velaba por su hijo. Ya los paseantes volvían de su paseo, y sacudían en los portales los arneses los espumantes corceles, y se extinguían las luces de la tierra, y centelleaban, como para alumbrar la grande escena, y recibir al grande hijo las del cielo. Las quintas de Long Branch dormían ya, envueltas en sombras: oíanse a lo lejos los pasos de los guardas, un niño mensajero, como una mariposa, revoloteaba, corría, entraba y salía en la casa del presidente herido; y en esa hora de reposo que precede siempre a las catástrofes, como si la naturaleza se proveyese de fuerzas para soportar el golpe que viene a ponerlas a prueba, escasos grupos recorrían las avenidas, comentaban en los solitarios corredores de los hoteles las nuevas del día, o refugiados en un salón hablaban tristemente de cómo, rígidas ya y frías, podían apenas las manos del enfermo tener en alto las riendas de la vida.

Allá en la casa, el día había sido lúgubre: el valeroso paciente, viendo en el rostro de todos el espanto, había querido verse en un espejo, y vio en él su faz seca y demacrada, y dejándolo caer sobre su lecho, dijo con un gemido:

—«Bien parezco, bien! ¿Cómo Lucrecia, quien parece tan bien puede sentirse tan terriblemente débil? Y Mollie?, yo quiero ver a Mollie.»

Vinieron las dos niñas de la playa, que eran la hija del enfermo, y la de su mejor amigo: Mollie dio un beso a su padre, se sentó a los pies de su cama, y a poco cayó al suelo desmayada, y se bañó su rostro de sangre. El enfermo, que parecía dormido, abrió los ojos y murmuró:

—«Pobre Mollie! Ha caído como un leño.»

La noche, la noche sombría es la hora favorita de la muerte: ya al oscurecer, estaba sentada a la cabecera del presidente. La energía estaba de pie a un lado de su lecho, y la bondad a otro; mas los resortes del cuerpo estaban ya quebrados, los pulmones purulentos, el corazón atormentado, un aneurisma a punto de romperse:

—«Mucho pus hay hoy»,—dijo al curarlo el médico.

—«Pues póngalo en la lista de ingresos!»—repuso sonriendo, y ya seguro de su fin, el mártir.

A las veces, deliquios vagos sucedían a estos instantes lúcidos. Se le oía, al despertar de súbito: «El pueblo! El pueblo! Mi confianza».—Plácidas sonrisas iluminaban su faz macilenta, y confusas palabras —«estrellas! cielo! arroyo! campos!» poblaban sus labios. Soñaba con aquellos árboles que había sembrado, y de cuya madera se había hecho la cuna de sus hijos: soñaba con la buena madre anciana, en cuyos labios dejó un largo beso al salir de jurar la presidencia: ¡soñaba con aquella hermosa casa del pueblo de Mentor, en cuyas verdes praderas no pacieron nunca más que amables corderos, y en cuyos altos árboles no se posaron nunca más que águilas blancas!

—«Delira?»

—«No!, no! Doctor»—dijo el bravo hombre; y cayó en sueño.

Cuando el médico en jefe dio al guardián de la noche la hoja de notas para la asistencia nocturna, era la última hoja del libro de notas. Las luces se habían atenuado; la esposa oraba; el general Swaim, un amigo fiel, había comenzado su vela; el leal Daniel, un buen negro, entró en el cuarto. Y se oyó un grito ahogado.

—«Oh! Dios mío! Swaim! Qué dolor tan terrible tengo aquí!»—y el enfermo se llevaba la mano al corazón: «qué dolor tan terrible!».

Los labios que dijeron esto, no dijeron ya más. La casa fue avisada, el lecho rodeado, la hora llegaba. El alma se iba majestuosa y serenamente de aquel cuerpo. La esposa, con los ojos secos, como de quien no tiene ya lágrimas que llorar, entró en el vasto cuarto.

—«Doctor: ¿no hay esperanzas?»

—«Señora: está muriendo!»

Los médicos, los amigos, los hijos, los sirvientes, cercaban al moribundo. La hija, acercándose a la madre, preguntó: «Es la muerte?».—Y la madre abrazándola a su pecho, dijo: «¡Hija mía!».

Se oía al mar que gemía, perdiéndose en la playa, y al hombre que moría, perdiéndose en el seno inescrutado. Ya luchaba como un gigante que va a ser vencido; ya decrecía su fatigado aliento, como cansado aparato de vapor que se va hundiendo en estación lejana. Y fueron más roncos y más ahogados, y más lentos, los vagos gemidos; y el corazón, mansión de amores, quedó roto; y el médico con voz llorosa dijo: «Todo ha acabado».

¡Oh, qué misterio!, vuela un alma del cuerpo, y queda viva, acariciada, abrigada en los lugares que iluminó con su energía, en los espacios que llenó con sus voces, en el pueblo que defendió con su bravura, en los corazones que confortó con su cariño. Quien vive para todos, continúa viviendo en todos, ¡dulce premio!

Al punto, cuando con la faz hundida en su lecho lloraba la esposa; cuando en el seno de su amiga sollozaba la hija; cuando aguardaba insomne la fortísima madre noticias de su Jaime muy amado,—despertose espantado Long Branch y con él la nación. A las ciudades, a las aldeas, a los cortijos, voló la triste nueva. Las campanas, del Hudson al Bravo, y de Baltimore a San Francisco, doblaron a un tiempo. Sus sones, como aves negras desalojadas por el viento frío de la alta torre, rasgaban los aires. La risa se detuvo en todos los labios; y el llanto brotó a la vez de todos los ojos. Los teatros se cerraron, muchedumbres compactas y alarmadas llenaron los hoteles. En Brooklyn, un grupo de hombres encendido en generosa ira, detuvo e impuso silencio a los pasajeros de un tranvía que, ignorantes del grave suceso, volvían de una fiesta cantando. En Nueva York, en los hogares, levantáronse las familias y velaron el resto

de la noche, como por propio muerto: en los hoteles, acá centro de la vida, los potentados de la Bolsa congregados en el Windsor, y los políticos y viajeros de nota en la Quinta Avenida, recibieron conmovidos y con señales de estupor el anuncio terrible. Alcances a los periódicos eran vendidos a grandes voces por las calles y pagados a precios exorbitantes. Las máquinas poderosas de los diarios notables imprimían en abundantes columnas los menores detalles del suceso, traídos como en alas, en trenes especiales.

A la una de la madrugada, en la casa en que habita, y en manos del juez Brady, en un ancho salón, cuajado de libros, embellecido por cuadros de muchos italianos en marcos de Florencia, el vicepresidente prestó el juramento de lealtad a los deberes de su nuevo cargo. Y ahogado por las lágrimas, se echó sollozando en un sillón, y estuvo largas horas con la faz llorosa hundida entre sus manos.

Al amanecer ¡qué alba tan triste! Las gentes, silenciosas, andaban lentamente. La mañana no alegraba, como ella alegra, los rostros de los hombres. Parecía la ciudad un templo inmenso. Los carros urbanos, los ferrocarriles, los vapores que atraviesan el río donde brillantes y parleras multitudes se agrupan en las primeras horas de la mañana, eran vehículos fúnebres. Entre un millar de personas, ni una voz se oía; oíase solo el desdoblar de los periódicos que se vendieron en cantidades fabulosas. ¡Magnífica tristeza, y venerable luto! ¡Y así fue en todas las ciudades de la Unión! Tal el norteño recio, y el de los Estados del mediodía brillante; tal el áspero californiano y el culto hijo de Boston: tal el español, el alemán, el irlandés, el frutero mísero, el carretero duro, la elegante dama, el caballero acaudalado.

Era Nueva York aquella mañana como un sol sin rayos, y un mar seco de súbito. A poco ya no se podía salir a la calle sin que se llenasen de lágrimas los ojos. Aquí, con peligro de su vida, prendía un hombre en la altísima techumbre festones negros que debían colgar, en signo de duelo, por sobre los muros de su casa; allá un niño afanado, con su pequeño martillo, clavaba en su puerta un lazo de crespón; ya, al fondo de una calle, alzaba un templo sus columnas robustas envueltas en colgaduras funerarias; ya una humilde mujer asomaba a su ventana una banderilla de los Estados Unidos con sombríos ribetes. A toda prisa vestían con los atributos del dolor fachadas, pilares, balcones, cornisas, muestras. Al ver el rostro severo de cada hombre, dijérase que a cada uno había visitado en la noche un huésped enemigo. En las calles suntuosas y en las calles miserables, en el opulento Broadway, y en el popular Bowery, en la humilde Tercera Avenida y en las paupérrimas calles de los ríos, de piezas de merino, o rica gasa, y de luciente lustrina o trozos de vestido, se hacían coronas, orlas, rosetas, gallardetes, alegorías, marcos, templos. Colocáronse en las vidrieras almohadones de flores. Sin palabra de aviso,—los negocios, que comenzaron con languidez, interrumpiéronse a poco. Claridad de su mente y alegría de su corazón había perdido cada uno con el muerto. Caudales entraban en la suscripción iniciada por el creador del cable submarino a beneficio de la familia del presidente. Y las campanas tañían; y se envolvían en negros arreos las torres de las altas iglesias y las cúpulas de los arrogantes edificios; y en las casas de campo colgaban de su puerta los labradores la insignia de la amargura, la rosa blanca y negra; y ondeaban al aire las locomotoras su penacho de gasa y su penacho de humo; y, como a un tiempo hablaban todos los poseedores de teléfono de la ciudad, oíanse por los tubos, no palabras, sino como rumor de ola creciente; y venían por los mares mensajes tiernísimos de emperadores y libertadores, de corporaciones y de gabinetes, de pueblos y de reyes.

En el gigante cuerpo todos los miembros se paralizaron. En los colegios, los maestros se volvieron sacerdotes y los discípulos corderos espantados de la ira del Señor. En tribunales, ministerios, bolsas,

aduanas, municipios, bancos, las plumas reposaron inactivas sobre los escritorios olvidados. Los negocios parecieron profanación. La virtud llenó un instante a la vez todos los corazones. Los hombres fueron durante algunas horas hermanos en la tierra.

Los americanos del Sur, sobre cuyas cabezas había blandido Garfield la luciente espada, lloraban como los americanos del Norte. La mercantil Filadelfia cerró sus libros y los envolvió en crespón. La orgullosa Boston, la clásica Washington, la inmensa Chicago, la elegante Saratoga, y las que fueron fortalezas del Sur como las que fueron fortalezas del Norte, doblaron la frente y alabaron al hombre, y en honra suya, apartaron aquel día los ojos de la tierra y los fijaron en el cielo. El arado, en suma, quedó clavado en el terruño en que recibió el labriego la noticia, y apagado el fuego en los senos de hierro del vapor pronto a darse a la mar.

En las mismas horas, como tributo a la ley y prenda de respeto a la nación, ansiosa de cuanto hace a la vida y muerte de su jefe, destrozaban los cirujanos el magro cadáver. Aquella enfermedad había sido una lucha magnífica entre la voluntad de un hombre y el apetito de la muerte. Mientras hubo cuerpo que defender, y aposento en que estar, el enfermo lo defendió y el alma estuvo. Voló el espíritu vital cuando la carne había sido consumida, y la piel cubría los huesos, y los tejidos sin sangre pura que los alimentara, corrompíanse y abríanse. Lo que se había creído huella de la herida, y estación de la bala, era un canal de pus. La causa inmediata de la muerte, revelada por la autopsia, fue hemorragia secundaria de una de las arterias mesentéricas que estaban en el camino del proyectil matador. La sangre rompió el peritoneo, y se vació, como en un cuarto de litro, dentro de la cavidad abdominal. La bala, que había burlado todas las ciencias de los hombres, y los aparatos que la persiguieron, apareció enquistada bajo el peritoneo, como a dos pulgadas y media a la izquierda de la espina. Rompió la piel, fracturó la costilla undécima derecha, pasó a través de la columna espinal, enfrente del canal espinal, fracturó el cuerpo de la primera vértebra lumbar, arrastró a las partes blandas adyacentes gran número de esquirlas, y se alojó después de su devastadora carrera, bajo el páncreas. Con ella iba el decreto de muerte del herido.

Prolongársele la vida pudo, para que fuera admirada su fortaleza y estimadas en su alta valía sus virtudes, y ablandada con la generosidad que en todos los pechos despertó este gran dolor, la cólera pública; mas salvarle, no se hubiera podido.

Y en tanto, cuando en sus entrañas calientes buscaban las trémulas manos de los médicos el proyectil mortífero, dormía en su celda, contento del mayor grosor que en ella ha adquirido, el ruin e inicuo ambicioso que le dio la muerte. Ha engrosado, el villano! Fía tal vez en la bondad humana! Fía tal vez en los recursos de su inteligencia, que él estima extraordinaria! Fía tal vez en el agradecimiento tácito de aquellos a quienes su maldad ha aprovechado, y van a juzgarle! Vive de amarse, y de gozar corporalmente. Se mira y se celebra. Ama la vida, como la aman los cobardes. Quería gloria, y sin valor para labrar la suya, detuvo la ajena. Es Eróstrato. Aquel quemó el templo, alegre refugio del universo antiguo: este abrasó las entrañas de un hombre creador de sí mismo, fuerte por el trabajo, grande por la constancia, noble por la bondad, labrador de su fama, hijo de Dios y hombre de Dios, educado por la libertad para ser guardián de ella, criado a los pechos del dolor con jugo amargo; este abrasó a un hombre honrado, sensato, investigador, trabajador y libre,—templo moderno!—¡Cuán poco pago—se dicen ahora los hombres—es la sangre emponzoñada de ese asesino para la existencia magnífica que nos arrebató!—«¡Que una vida tan miserable

haya podido apagar una vida tan grande!»—ha escrito Holland, el autor de *Catalina,* un celebrado poeta.— En las calles, de balcón a balcón, cuelga ahorcado el asesino en efigie: en las plazas, ante la policía que lo tolera, es quemada la imagen bajada de la horca; en su espalda al danzar en el aire, se leía en ancho cartel: «¡Este es el veredicto popular!». En los bosques, elegantes conjurados, tras espesas máscaras, juran hacerlo morir de una muerte no oída, digna de su crimen, y no de la vulgar muerte a que pudieran condenarle los tribunales; en anuncios de tiendas, y papeles de escasa monta, atados por gruesas cuerdas tobillos y músculos, y el rostro cubierto, y el cuerpo pendiente por el cuello, vense retratos del impasible malvado.

Mas este clamor de venganza, expresión brutal y violenta de una ira generosa, relégase a oscuros pueblos y a las barriadas bajas, en tanto que persuade a la masa real e imponente de la nación una triste convicción de la inutilidad de la cólera; que no podrá con el puñal que clave en el pecho del reo, rasgar las vestiduras de luto que envuelven hoy todos los corazones. Es disgusto de él y horror de él y desprecio de él; y como ha muerto en la estima de los hombres, se le cree muerto. Y es que el espectáculo de la santidad santifica: y el contacto con el perdonador nos induce al perdón: y las almas llenas de cosas celestes, y ocupadas de Dios, no creen en la eficacia de las justicias de la tierra. Es que un gran muerto necesita mayor homenaje que una estéril muerte. Es que no merece el asesino ni que se cobre en él el precio de su crimen. No!, para volver las manos a él, quien nos ve desde su tumba con ojos de padre, ¿hemos de llevarlas manchadas de sangre, de impía y vil sangre? Ruja en su cueva, y en su tiniebla, y en su olvido, el malvado envidioso! Que las piedras y el hierro acompañen hasta las postrimerías de su infame vida su corazón de piedra y de hierro! Los hombres que han de elaborarse a sí mismos, y merecer a sus héroes, no tienen tiempo de matar a un vil!

Y a este punto han venido las mentes, traídas a bondad y a blandura por el espectáculo admirable de ese moribundo tierno y heroico, de cuyos labios no salió nunca pregunta de odio, ni palabra de ira!

A tiempo viene este dolor inmenso, a igualar en este pueblo negociador, la vida espiritual enferma, y la vida mercantil, sana en su medida natural, pero, fuera de ella, petrificadora y corruptora. Piérdense las vidas empleadas en el amor de sí propio; y en el recuerdo eterno, cuéntanse solo aquellas confundidas en dolor y amor, y en faena y en lágrimas con los demás. ¿Qué voz secreta habla a los hombres?, ¿qué anciano bondadoso se sienta todas las noches a su cabecera, y guarda su sueño?, ¿qué monarca sabio, sentado en el cielo, gobierna a las naciones?, ¿quién mueve a su merced las corrientes impetuosas de la vida humana, y enfurece a los hombres y los calma, y cierra las puertas de su corazón, y las abre después a las palomas?, ¿de qué manto resplandeciente y maravilloso son ondas las nubes?, ¿en qué mano ciclópea, nudosa como una cordillera de montañas, residen las riendas de los hombres?

Después de la autopsia, cerrado el cuerpo roto, empezó la colosal apoteosis. ¡Sobre caminos de flores, entre sollozos y llantos, entre muchedumbres postradas; entre enlutados ejércitos; entre banderas, y festones, y coronas y lauros; entre ofrendas de monarcas y amor de pueblo, gloriosísima ofrenda; por puertas de palmas; sobre almohadas de rosas, bajo bóvedas de oro; entre paredes de mármol, ha cruzado este muerto la nación!

De la orilla del mar llévanlo a Washington, la capital histórica y dramática. De Washington, la ciudad de sus glorias, fue a Cleveland, la ciudad de sus faenas, de sus comienzos, de sus luchas de pastor y de maestro, de sus amistades candorosas, de sus recuerdos más tristes y más dulces. Y en Cleveland, ante la

nación suspensa, recogida en sus hogares, arrodillada en los templos: ante cien mil testigos, idos de todas partes de esta conturbada tierra; a la hora en que alzaban por él preces la madre Inglaterra y el lejano Egipto, y Francia y Alemania oraban a una, y la reina inglesa humillada de hinojos, rezaba por el muerto con sus hijos; en Cleveland, ante las banderas plegadas y los tambores vestidos de negro, y las águilas nacionales abatidas,—bajó a la tierra el hombre que la ha honrado, fortalecido, amado y mejorado.

En Long Branch comenzó la apoteosis. Los elegantes vecinos del aristocrático lugar, los numerosísimos recién llegados de Washington y Nueva York, la suntuosa y acaudalada muchedumbre que habita en verano las playas favorecidas del afamado pueblo de baños, con olvido de toda convención, y de la aspereza y frialdad que impone la raquítica exhibición de mutuo lujo en que los modernos hombres viven—como si a aquel sol de virtud se hubiera deshecho todo el hielo que los celos y ambiciones de los hombres amontonan—se agolpan silenciosos, humildes, tristes, cual negra marea que fluye y refluye bajo el palio oscuro de la noche melancólica, a la casa del muerto. Allí se abrió por primera vez a la multitud anhelosa el teatro de tanta esperanza y tanta angustia. Allí, durante una hora, desfilaron unos tras otros, ante el cadáver, los espectadores afligidos. Se oía como rumor de alas que pasasen; y como olas de océano poderoso, estallaban fuera de la puerta los gemidos. Allí estaba, en su sencillo ataúd negro, adornado solo con gruesas argollas de plata, aquel cuya vida deja tras sí calor de sol y resplandor de luna. Los vestidos que llevó cuando juró, seis meses ha, ser fiel a los deberes de la presidencia,—esos llevaba ahora: que no sabe el hombre, al aprisionar su cuerpo entre vestidos, si entrará con ellos a la casa de la Gloria, o a la casa de la Muerte. En una lámina de plata, clavada al féretro, se leía esto:

JAMES ABRAM GARFIELD
NACIÓ EL 10 DE NOVIEMBRE DE 1831. HA MUERTO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS EN 19 DE SEPTIEMBRE DE 1881

Y a sus pies se cruzaban dos ramas de palma, en forma de una V: «¡Victoria!».

Oh!, las garras de la muerte habían dejado huellas en su rostro hermoso; como que al paso del negro ángel, las rudas alas, hiriéndole la faz, habían arrebatado de él toda la carne. Nidos vacíos parecían los ojos; la barba como oleaje de mar muerto, caíale sobre el pecho: semejaba la frente campo arado. Su mano como la posaba en vida, posaba sobre el corazón.

Cerradas a los extraños las puertas, abriéronse a la Iglesia. El pastor de la iglesia presbiteriana leyó a la cabecera de aquel apóstol, pasajes de los apóstoles; leyó pasajes de aquella Epístola a los Corintios llena de fe divina y ciencia humana; y luego con voz trémula, alzó la voz a Dios, y dijo:

«¡Oh, Tú que conociste la sepultura de Betania, aquella tumba abierta del hermano en Betania! Oh, Tú que tuviste compasión de la viuda de Naín, cuando cargaba a su amado muerto! Oh, Tú, que eres el mismo ayer, hoy y eternamente, en quien no hay mudanza ni noche, ten merced de nosotros en esta hora, en que nuestras almas no saben ya dónde volar! Mas volamos a Ti! Tú conoces estos dolores que sufrimos! Oh, Tú, Dios de las viudas, ayuda a este corazón estremecido delante de Ti! Ayuda a estos hijos, y a los que no están aquí! Sé el padre suyo: ampáralos en el distante estado que veló por ellos en su infancia: ampara a esta nación que hoy sangra, y se inclina ante Ti! Trueca, Señor, en beneficio nuestro este castigo: guía, Señor, a los que fueron sus compañeros en el gobierno: haz que de las tinieblas de esta noche de amargura, surja un

día más sereno, para la gloria de Dios, y el bien del hombre. Gracias te damos por el recuerdo de esta vida que se extingue víctima de su consagración heroica a los principios: gracias, porque él fue tu siervo, y te predicó, y enseñó tu vida, y aprendió tu ejemplo, y podemos decir de él ahora: ¡benditos son los muertos que mueren en el Señor: sus obras van tras ellos! Y ahora, buen Dios, acompaña a estos tristes viajeros en este amargo viaje; fortifícalos y anímalos, buen Dios, y llévanos a todos presto a la mañana que no tiene noche, al hogar que no tiene lágrimas, a la tierra que no tiene muerte! Por el amor de Jesús! Amén!».

La locomotora, ansiosa de su carga, mugía ya impaciente a las puertas de la casa: en sus clamores se extinguieron los del hombre del Señor cristiano: en sus brazos poderosos, brazos dignos de llevarlo, volvía el héroe a Washington. Pusiéronle en un carro todo arreado de duelo, donde doce soldados daban guardia; y, como vigilando por su mártir, artesonaban el techo en colgantes festones las banderas. El tren, por no interrumpir aquel glorioso sueño, se movió lentamente, y cruzó los prados, costeó el mar ancho, se perdió en el luengo espacio, en tanto que, como familias privadas de su jefe, volvían los moradores de Long Branch a sus desiertas casas,—y en aquella que vio morir al hombre bueno, se apagaban los últimos ruidos de la vida, se echaban sobre los aposentos vacíos, las tristes llaves, y, cual si llorasen la catástrofe terrible, los parquecillos de césped del contorno, antes tan verdes, resplandecientes y galanos, ahora,—azotados por tantas plantas ansiosas, quedáronse amarillos, y como turbios; despedazados, pálidos y secos.

Corrió el tren hasta Washington entre murallas de gente: en Princeton, donde los jóvenes de los colegios habían cubierto el camino del tren de recién cortadas rosas, aquellas manos infantiles arrojaban guirnaldas y coronas al carro funerario. En Filadelfia, al asomar el lúgubre cortejo, descubriéronse decenas de millares de hombres: hacía llorar el colosal silencio. En Wilmington, avalanchas compactas impidieron el paso de la locomotora que se movía penosamente por entre ellas. En Washington, la ciudad estaba empedrada de gentes y colgada de ellas; avenidas y plazas, balcones y ventanas, aceras y techos, todo, desde la estación, totalmente cubierta de paños negros, hasta el Capitolio, aderezado con severo lujo, rebosaba seres humanos. No hubo en tres horas en Washington una cabeza cubierta. En hombros de artilleros, y cercado de un cuerpo escogido de tropas de la Unión, fue el féretro hasta el carruaje que lo condujo a la casa nacional, tirado por seis caballos arnesados de duelo. Ni un brusco ruido, ni palabras importunas, ni un murmullo siquiera, alteraba aquella paz solemne, sino ahogados sollozos. Y los que estaban contenidos en los pechos, por respeto o timidez, hallaron libre suelta, y las lágrimas asomaron a todos los ojos, cuando al llegar al pie de la rotonda la vasta procesión, al tocar aquellos peldaños resplandecientes de la escalera de triunfo, al cruzar el féretro ante la estatua del honrado Washington, rompió la banda en sones melancólicos, y entonó un aire hermoso, triste y caro a todo corazón americano: «¡Más cerca, mi Dios, de Ti!». A un lado y a otro de la imponente escalinata, aguardaban el féretro los hombres más ilustres de los tribunales y las cámaras, y cuando desde lo alto de aquella majestuosa gradería se miraba a aquella muchedumbre prosternada, sigilosa, amante, y sus rostros afligidos, y sus cabezas desnudas, y sus ojos húmedos, y antes se extinguía la mirada atónita en el distante espacio, que el gentío respetuoso y en las avenidas del admirable Capitolio; cuando se veía faz a faz el generoso premio, y aquel tributo de amor pagado al mártir, sentíase el que miraba poseído de todas las excelsitudes de la grandeza, y las embriagadoras seducciones del martirio. Tras el féretro iban, unidos por un dolor visible en ambos, los enemigos airados de la víspera: el nuevo presidente Arthur y el jefe del gabinete de Garfield, Blaine; Windom, celebrado ministro de Hacienda; y el

jefe del cuerpo judicial; el general Grant, que ha mostrado en esta muerte pesar profundo, y el general Beale, su frecuente compañero. Iban los miembros del gabinete, Swaim y Rockwell, los dos tiernos amigos de Garfield, su Mecenas aquel, su Pílades este; los fieles secretarios del presidente muerto; funcionarios notables, y los brillantes oficiales del amaestrado ejército y la famosa armada de la Unión. Transpusieron la escalera de mármol; pasaron bajo la puerta de bronce; dejaron el cadáver sobre el catafalco mismo en que estuvo expuesto, largos años ha, el cadáver de Lincoln. El cuadro alegórico de Brumidi, el cuadro de la gloria americana, coronaba, como las nubes a la tierra, el féretro. Arriba, sobre la cúpula, la Estatua de la Libertad saluda al sol que nace a sus pies, bajo el pavimento; ábrese la cripta que destinó el Congreso a Washington; y allí, en el lado de oriente, extiéndese el pórtico en que prestó, en el día glorioso de la inauguración, su solemne juramento. Franjas de plata en terciopelo negro adornan el sencillo catafalco. ¡Así ha de ser la muerte cuando se ha vivido bien, luego de la vida: en negro terciopelo, franja de plata!

Al día siguiente, una rueda nueva reemplazaba a esta rueda rota. El nuevo jefe de la nación, que entre dramáticos incidentes y en una hora de real y viril amargura había prestado en un artístico aposento de Nueva York, la promesa de lealtad a su alto cargo, la prestó [por] segunda vez, en el salón del vicepresidente en el Capitolio, en conformidad a la histórica ceremonia nacional. Digno fue el acto, como han venido siendo siempre dignos todos los actos de orden personal del nuevo jefe. No la usual multitud de ilustres curiosos, sino escaso número de graves funcionarios o celosos amigos asistieron, por especial invitación, a la ceremonia. Allí, entre altos magistrados y secretarios de la presidencia, el justicia mayor, en su severo traje oficial, tomó al nuevo empleado de la nación el juramento de su empleo:—«Juro solemnemente que cumpliré con fidelidad el cargo de presidente de los Estados Unidos; y preservaré y defenderé con toda mi energía, su Constitución».—El presidente, que había tenido la mano puesta sobre la Biblia abierta que mantenía un funcionario de la Suprema Corte, inclinó su robusto y alto cuerpo, besó humildemente la Biblia, y dijo con voz firme y distinta:—«Juro: así, ayúdeme Dios!».—Y con grave ademán sacó del pecho un breve manuscrito, y trémulo al comienzo, y con las manos agitadas, mas luego con voz clara y manos serenas, leyó su varonil discurso de inauguración, en que elogia a aquel contra quien combatió, ofrece luchar por lo que él luchó, y asegura que cumplirá al país las promesas de reforma osada y hábitos puros que su predecesor había iniciado en el gobierno.

¿Ni cómo, ante la universal admiración al generoso muerto, hubiera podido decir en su discurso inaugural cosa distinta? Mas, por que se le pudiera suponer y supone, no caudillo de sus parciales sino parcial de otros caudillos, recabó en frase enérgica y oportuna la suma de autoridad que cabe en la presidencia y anunció el propósito de ejercerla. De la ciencia es padre el tiempo. Y es la política, como cera blanda, que se ajusta a un molde inquieto, variable y hervidor. Como hunde el crepúsculo el día y la noche, así a la sombra de este ataúd, aunque a la larga hayan de reaparecer, se han comprendido por el dolor, y por el respeto, y por la necesidad de bien parecer, y por la utilidad que de ello les viene las dos secciones del Partido Republicano.

Mas las lides políticas que ya en estos días cobran aire y vigor de novedad, cesaron en la semana de ceremonia fúnebre, avergonzadas, y no llegaba de ellas noticia alguna a la afligida familia nacional. A un coronel que intentó—porque es ley que en el hueco del árbol en que se posa el águila anide la serpiente—revivir las calumnias que contra Garfield se lanzaron en la agria campaña electoral, en un artículo publicado

a la raíz de la muerte del noble hombre,—le persiguieron indignados, y con aplauso de la comunidad ofendida, los estudiantes de la villa sitiaron su casa, recorrieron en procesión amenazadora la población; con proyectiles llenos de tinta señalaron la fachada del edificio del periódico; juzgaron como a ser extraño a la especie humana al coronel, y lo quemaron en efigie.

Demócratas y republicanos han llorado y lloran, en común, la pérdida del jefe honrado; y en aquella estupenda mole viva que se acumuló en Washington a ver los restos del magistrado difunto, era de ver con júbilo, cómo por primera vez después de la guerra, los odios de los hombres se endulzaban frente a la tumba de un hombre que no tuvo nunca odio. Luchó contra el Sur, por la gloria de la nación, la redención de los esclavos, y el aseguramiento de la libertad; pero amó al Sur. En su corazón apostólico no cabían hidras. Guardaba la justicia para abatir a los malvados; mas era naturaleza de su juicio la cordura, y bondad era en su corazón naturaleza. Así, negros inválidos de los estados rebeldes formaban en la procesión interminable que aguardaba en las calles desde el alba su momento de entrada en el Capitolio, al lado de elegantes damas de Washington, de corpulentos californianos y despiertos neoyorquinos. Arrastraban su pierna herida, o su muleta poderosa, largas horas; y ascendían, como el muerto el día anterior, la escalera de mármol; y entraban como el muerto, por la puerta de bronce; y sobre ellos, como sobre el muerto, brillaba, cual brilla el cielo sobre los hombres, el cuadro de las glorias americanas, y de pie sobre la cúpula magnífica, la Estatua de la Libertad mirando al sol naciente! Vio aquel día la imponente rotunda 150 000 seres humanos. Las madres llevaban en sus brazos a sus hijos. Ciego había, llevado por su amigo. Las gentes pobres de ciudades y aldeas vecinas, llegaron cubiertas de polvo, tras viaje de toda la noche, con su cestillo de provisiones en la mano. 6000 vieron el cadáver cada hora. Afuera, poseídos de respeto, murmuraban apenas: dentro, traspasados de angustia, rompían a llorar. Una mujer, con los cabellos blancos, juntas las manos en actitud de plegaria, cae arrodillada y casi exánime, murmurando entre lágrimas: «¡Querido corazón!, cuánto ha de haber sufrido!».

Los niños, como quien se acerca al sol y mira a una montaña, se detenían con asombro y respeto ante el féretro. Henchía el aire en la rotunda perfume de flores. En una almohada de claveles blancos, se leía en siemprevivas azules: «Nuestro llorado presidente». Sobre una columna truncada de bellas rosas, una blanca paloma extendía las alas. Abríanse a poca distancia del ataúd, con flores magníficas labradas, las puertas del cielo. Alzábase no lejos, en forma colosal, la corona de la gloria. A los pies del catafalco yacía una corona majestuosa y rica, de rosas de Niel, blancos claveles, aromosos jazmines y hojas de geranio: y entre las flores se leía, honrando tanto al enviador como al difunto: «La reina Victoria a la memoria del presidente Garfield.—Expresión de su pena y simpatía con la señora Garfield y la nación americana». Oh, esta reina! Ha domado la etiqueta, y ha hecho brillar su corazón. Su angustia durante la enfermedad de Garfield ha sido angustia maternal. Con el alba amanecían en la casa del herido sus telegramas. Su interés era vivo, infatigable. Quería informes propios, no oficiales. Ha estado en espíritu a la cabecera del enfermo. De su trono de reina, ha venido a sentarse en el hogar del labrador de la casa de Mentor. Ha saludado como amiga a la admirable esposa del presidente. Ha preguntado asiduamente por su salud, y la de sus hijos, y la anciana madre.

¿Qué ha faltado en verdad a este hombre que acaba de morir? ¿Ni cómo había de morir hombre tan venturoso? Es su casa transparente, y su vida queda como escrita en bronce. Fue grande en aquello en que

se lo es difícilmente—en el hogar. Tuvo tierna, fiel, nobilísima esposa. Pudo verse a sí mismo con orgullo. Tuvo amante providente, enérgica madre. Ante su fosa llora un pueblo. Y los pueblos se congregan para llorarlo, y por encima de aves rapaces y leones parece que se cierne una paloma.

El día después del de la muerte, la madre, que era alba en sí, y magníficamente pura, se había vestido con el alba, y con sus ojos que han visto morir 83 años, leía la Biblia. Termina el pacífico y señorial almuerzo de las casas de campo americanas: la anciana quiere leer el telegrama del día que le arrebatan.

—«Madre—le dicen—¿podrías tú recibir hoy malas noticias?».

—«Por qué?, por qué?»

—«Madre: hay malas noticias!»

—«Está muerto?»— pregunta la anciana temblando.

—«Está muerto!»

¡Qué torrentes de lágrimas!

—«Es verdad?»— pregunta de nuevo, con labios balbucientes. «¡Ayúdeme el Señor!, pues si él está muerto, ¿qué haré yo?»

¡Y leyó con ansia la briosa anciana el periódico del día!—Y decía a cada instante:

—«Pues no puede ser que yo viva, si él ha muerto.»

Extraña luz la que brota de estas amables cosas escondidas,—mas parece que de aquella cabeza venerable, coronada de canas, resplandece luz suave de aurora boreal.

No ha visto Washington procesión más imponente que la que, el día 24 de septiembre, acompañó el cadáver de Garfield a la estación de que partió el tren que llevó sus restos a donde a la sombra de los sauces nativos, las paredes del ataúd lucharán en vano por resistir la obra transformadora de las entrañas voraces de la tierra. De forasteros y gente de la ciudad estaba lleno Washington. Anchas como plazas son sus calles; y sus plazas son circos, mas a la gran multitud venían estrechas. Habíanse hecho en la hermosa rotunda ofrendas a Dios y ante dos mil afortunados espectadores, los ministros extranjeros, el alto ejército, la alta marina y los cuerpos más importantes del estado, habíase leído la Biblia; había el reverendo Isaac Erret elevado al cielo elocuente plegaria, y el pastor de la iglesia que fue en Washington la iglesia de Garfield, había honrado en hermosas frases al que él llamó Garfield *el Bueno*.

Una música suave, que semeja vapor que se eleva o lumbre que se extingue, la música del «En el dulce porvenir», acompañó el cadáver a la arrogante carroza fúnebre. Allí todo el ejército, allí las bandas; allí la policía montada, a la vanguardia, el Estado Mayor, zuavos, veteranos, infantes, artilleros, cadetes y marinos: allí, cañones con arreos de duelo, y el gran ejército de la República, y los mozos del Club Conkling en su brillante traje azul, y Caballeros Templarios de Washington, y Templarios de Baltimore, que de allá vinieron para dejar a los pies del presidente una gran cruz de Malta, de muy ricas flores. Y tras ellos, en el carro suntuoso, el cadáver, y en su torno, numerosa guardia de honor de oficiales notables del ejército. Llegose al tren, rompió la banda de Marina, en un místico aire: «Salvo en los brazos de Jesús», colocaron en su carro de viaje al féretro, sobre el cual, pendiente de la ornada techumbre, abría las alas de flores blancas y amarillas una gran mariposa; y era tal la compacta muchedumbre en torno a la estación de la vía férrea, que luego de ido con su carga que no había de tornar, el tren fúnebre, transcurrió largo tiempo

sin que se diseminara la gigantesca masa humana, y volviera a su calma la ciudad vacía de su grande hombre.

Los jardines del tránsito habían sido segados, y las ramas más frescas de los árboles, para honrar al muerto. En las estaciones en que se detenía, se detenía sobre rosas. Desiertos quedaban los pueblos, y sus habitantes llenaban el camino. Iba en el tren fúnebre la esposa fidelísima; con los restos de su esposo vino de Long Branch, en solemne hora, hurtándose a los ojos extraños; cerró tras sí las puertas de la rotunda del Capitolio, y habló a solas con su esposo muerto; y con él iba a Cleveland, a Cleveland, la ciudad de los funerales. ¡Largo, tristísimo, e imponente viaje! La noche, negra; el campo, vasto; fragante el aire; el tren veloz; y el hombre, muerto. Silbaba la locomotora en la campiña; las brisas en los árboles rumoraban; y corrían los arroyos en la naturaleza, junto a aquel en quien había cesado ya de correr el arroyo de la vida. Sonaban, en la medianoche, las campanas de iglesias y de escuelas, grave, lúgubremente. En la pradera solitaria, y valle ameno, veíanse a la tibia luz de la aurora, grupos de campesinos que aguardaban el paso del tren, con la cabeza descubierta; labradorcillos con el rostro mustio; labradoras, que, en tributo al muerto, le ofrecían el reposo nocturno.

En Cleveland, en tanto, era día la noche, y todo anhelo y rivalidad por recibir al glorioso huésped. La quieta, la religiosa, la modesta Cleveland erigía, con singular presteza en su mejor plaza un admirable monumento. ¿Mas dónde había ella de alojar a los cien mil espectadores? ¿Con qué provisiones había de alimentarlos ella? Las casas privadas se trocaron en hoteles; las empresas de los ferrocarriles alquilaron los asientos de los carros; se juzgó cama buena un montón de césped, o una silla piadosa; resonaban por todas partes en la ciudad redobles de tambores; lucían las diputaciones militares del país sus pintorescos uniformes; ondeaban al aire las plumas de los cascos; las manos de las damas elaboraban hermosas coronas; de siemprevivas y laureles estaban regadas las alfombras de las casas y las calles.—Campamento era el pueblo.

Llegó el féretro; ocupó su monumento; la multitud se postró ante él: en un alto arco, al fondo, se leían estas palabras:

CORRIÓ BIEN LA CARRERA DE LA VIDA.
HIZO BIEN LA OBRA DE LA VIDA.
GANÓ BIEN LA CORONA DE LA VIDA.
AHORA VIENE AL DESCANSO.

Bullía la generosa población cual cuerpo de súbito henchido con cantidad de sangre extraordinaria. Fue el día una larga procesión al féretro. Fue la noche una inolvidable, romántica [e] histórica noche. Sobre cuatro empinados arcos, sustentados por negros pilares, listados de oro, se levantaba la dorada cúpula. Yedras y siemprevivas ornaban los arcos; enlutados cañones yacían al pie de los pilares recios; banderas negras colgaban de las elevadas cornisas, y a par de ellas el pabellón de la nación. Reflejábase la misteriosa luz eléctrica sobre las espadas de los escudos, sobre las barras de plata del ataúd, sobre la osada cúpula de oro. Murmuraban los vientos en los árboles; inclinábanse las ramas, llevadas de la brisa, al monumento; con paso silencioso, movíanse en torno de él los centinelas; sobre cruces de musgo, y urnas egipcias, sillón

vacío, lira, estrella, faro, compás, Biblia de flores, brillaba la luz pálida. Y en aquella lumbre pálida de ámbar se leía escrito con siemprevivas rojas en la Biblia: «Tu voluntad sea hecha!».

Lentamente, y apoyado en su bastón, subió, subió del brazo de un amigo, las escaleras del catafalco, un anciano cansado, de mirada profunda, cabello rebelde, y rostro lívido. Era Blaine, que en el seno de la vasta sombra, vasta como sus atrevidos pensamientos, venía a dar el último adiós a su compañero fidelísimo, como él osado, como él honrado, como él prudente. Aquel ataúd se llevaba tantos propósitos de reforma, tantos proyectos redentores, tantos sueños de gloria! La patria corre tanto riesgo en manos de los ambiciosos! Y bajo la mano nerviosa temblaba la caña, y con larga mirada envolvía el ataúd, y sobre su faz lívida, resplandecía la luz eléctrica!

El lunes, día de los funerales, era día oficial de duelo, día de humillación y de plegaria para toda la nación. A un lado pusieron estos cincuenta millones de hombres los instrumentos de trabajo. Se abrieron las Biblias y resonaron los órganos. Cleveland amaneció de pie dispuesto a la tristísima faena. Día inmenso en que todo corazón sintió congoja! En ancha plataforma, levantada a espaldas del monumento, en torno de la cual la leal multitud se agrupaba desde la mañana en suma enorme, comenzaron a tomar asiento los hombres más famosos de esta tierra. Era el oficio fúnebre. Un grupo de mujeres, ocultas bajo espesos velos, sube a la plataforma: ¡es la anciana de 83 años, faz a faz de su hijo!, ¡es la compañera de toda la vida, fiel más allá de la tumba!, ¡es la hija trémula! En grupos vienen, y en silencio se sientan, los hombres famosos. El uno es Hayes; con su rostro sereno y lucientes, sus cabellos rizados, su apostura, digna, grave, impenetrable. Cerca de él se sienta, y cierra los ojos, como si el mundo externo fuera ante él menos espacioso y solemne que el mundo interior, el triste Blaine. Allí se reúnen el bizarro Hancock, que llora con rudas y nobles lágrimas de soldado la muerte de su vencedor; el hijo de Lincoln, de marcada faz teutónica, en cuyo espíritu lleno del grandioso espíritu del padre, deben correr, a la vista de este otro hombre asesinado, aguas amargas. Dos héroes de la guerra, toman allí asiento, Sherman, inquieto y penetrante; Sheridan, cuya mirada atrae y deslumbra. El senador Bayard, que va a ser electo presidente del Senado, y a entrar por tanto en la línea de sucesión legal a la presidencia de los Estados Unidos, está allí con su faz patriarcal, reposada y afable, al lado de Jones, el tenaz demócrata, que viene a tributar honores con su jefe al caudillo que un año hace los venció en reñidísima contienda. De gobernadores, de guerreros, de afamados políticos, de sacerdotes, de oradores, de los más leales corazones y más claras cabezas del país se llena al cabo la plataforma. Se entona un himno, que cien voces levantan. Una voz conmovida lee en las Escrituras aquel pasaje que empieza: «El hombre que nace de mujer, dura poco, y vive entre amarguras». Un sacerdote se levanta luego: «¡Oh, Dios!», dice a Dios: «¡Gracias te damos por ese noble, gran carácter de nuestro muerto presidente, que se ha alzado tan alto ante nuestra nación y el universo: haz que te demos gracias porque la rectitud de que dio ejemplo prevalga y cunda en toda la nación».

«En Ti amó, Señor, en Ti muere!» cantó la sociedad vocal. Y con su último acento se levantó a hablar el reverendo Erret, el apasionado, elocuente reverendo. De él era el honor de hablar del muerto. No fue en verdad una de aquellas aladas pláticas, y maravillosos trasportes de elocuencia que como león de melena de oro, o cóndor que hiende nubes, surgen en horas graves de los labios de los brillantes oradores hispanoamericanos. Fue una oración oportuna, sesuda, reposada: enumeración de merecimientos, conjunto de juicios, amonestaciones racionales y avisos honrados.

«Nos hace falta la virtud, para continuar siendo el pueblo grande y libre de la tierra.»—«Aquí lloramos por un hombre ilustre, que fue todo lo que fue en grado supremo, y combinó, con un poder majestuoso, en igual cantidad fuerzas distintas. Aquí lloramos por aquel en quien la ternura del padre fue igual a la bravura del soldado,—y dijo en el templo del Señor la palabra divina con la misma fe y fuerza que en el templo de las leyes la palabra humana. Aquí lloramos por aquel hombre sencillo y perseverante, para quien fue el creer sin razón una ignominia, el desconocer algo un tormento, y el conocerlo causa de deleite. Aquí lloramos por el que predicó la ley cristiana con la palabra ardiente y fácil, y con el ejemplo rudo y difícil, por el senador admirable, llevado al Senado en hombros de su pueblo; por el presidente osado y honesto, que aprovechó la autoridad para dar golpe al error, y buscó compañía entre los ilustres y puros, y consejo—entre los humildes y desinteresados. La tierra no pudo ponerle más alto; ni su pueblo amarle más, ni él amar más a su pueblo. Noble y maravillosa fue su vida, y nuestro agradecimiento, y el respeto del mundo, y el dolor con que se le ve partir, más grande que ella! ¡A ti padre celeste de los que aquí no tienen padre, encomiendo la madre que le creó, la esposa que le acompañó, los hijos a quienes dio vida, y esta nación que llora sin él huérfana.»

Triste, largo, penoso silencio sucedió a la severa plática del grave reverendo. Un sacerdote cantó entonces, coreado por la sociedad vocal, el himno que amó el muerto, canto de trabajo, voz de guerra, estrofa de faena.

Oh, de la mies humana segadores!
Subid a la montaña
De la sabiduría,
Y abajo echad vencidos los errores:
No haya palabra extraña
Ni ciencia oculta al hombre ¡oh segadores!
Servid como yo sirvo al Dios que adoro,
Y será vuestro premio un templo de oro.

Y descansaba, en verdad, cual póstuma y delicada caricia de la suerte, bajo un templo de oro!

Comenzó entonces a moverse hacia el lejano cementerio el colosal séquito. En hombros de artilleros iba el presidente: tras él, en cerradas carrozas, sus deudos y allegados. Lejanos y pausados disparos de cañón, clamor de cornetas, melancólico son de marcha fúnebre precedieron a aquella cohorte inmensa. Compañías de todos los cuerpos, comisiones de todas las armas, diputaciones de todas las logias, en uniformes deslumbradores, con sombreros plumados, y arreos de gran fiesta, seguían al féretro. La logia a que él perteneció; el regimiento que él mandó en la guerra; corporaciones, colegios, centros de campaña electoral, universidades, y hebreos, húngaros, suizos, bohemios, trabajadores, teutones, en luenga interminable fila acompañaban el cadáver. Todo lo que lucha por la vida, todo lo que el trabajo santo alienta, acompañaba a su lecho frío el cuerpo de aquel trabajador, de aquel luchador.

Con él sociedades católicas, racionalistas, israelitas; sociedades de temperancia, sociedades de benevolencia. Con él, en grupo solemne, ciudadanos blancos y ciudadanos negros del estado. Tras ellos

gigantesca procesión de tropa; tras los hombres ilustres de la comitiva, diez regimientos de la Guardia nacional. Banderas plegadas, y horadadas de balas: aires lánguidos y penetrantes, como tocados por fugaces brisas en arpas moribundas, y al cabo, el bravo pueblo, el generoso, el pobre, el desconsolado, el humilde pueblo, con su desorden pintoresco, sus aseados vestidos, sus sombreros gastados, sus bronceados rostros, sus manos callosas, y su continente triste, y su frase de amor, o su cruz de respeto, atadas a la manga o al sombrero. Él como ellos fue pobre, y anduvo en fiestas con vestidos raídos, y expuso al sol la faz y al arado las manos. Él, más fuerte que Sísifo, había llevado la roca a la cima del monte, y sentándose sobre ella, amó: por eso ha sido amado!

Bajo un arco abierto de inscripciones entró en el cementerio: «Duerma aquel a quien hemos amado»,—decía en una parte. «Duerma aquel en quien tuvimos confianza»—decía en la otra. «Ven a descansar»,—decía el arco en lo alto. Lo dejaron en tierra. Lo elogió al borde de la fosa el capellán de su valeroso regimiento. Las Sociedades Corales alemanas cantaron en latín el *Integer vitae* de Horacio. Altísimo coro, que repetía la muchedumbre afuera, cantó de nuevo al aire:

Oh! de la mies humana segadores
Subid a la montaña
De la sabiduría
Y abajo echad vencidos los errores:
No haya palabra extraña
Ni ciencia oculta al hombre, ¡oh, segadores

Calló el himno: se hundió el hombre en la fosa. El caudillo que, como quería el monarca budista, había acrecentado la misericordia, la caridad, la verdad, la bondad y la piedad entre los hombres; el que vivió en aquella «medianeza comedida» que recomendaba a Boscán don Diego Hurtado de Mendoza; el que, poseído de amor divino, venció todo rencor y traba humana, y del acero de sus aperos de artesano hizo su pluma de senador y presidente; el que puso su palabra al lado de la justicia, su espada al lado de la libertad, y su fortuna a la espalda de su deber; el que, como el Dios de los primitivos hebreos, tomó todas las formas, habló todas las voces y sufrió todas las amarguras de su pueblo; el que batalló en la hora de la batalla, predicó en la hora de la paz, habló en la hora del debate, sufrió en silencio y amó perpetuamente; el que por la excelencia de su virtud subió de la más humilde grada de la escala de los hombres a la cima fulgente; el que vuelve a la tierra blanco como los vellones de cabritillo no nacido que regalaban a sus desposadas los castellanos españoles; el hombre de la humanidad, de su nación y de su tiempo, creador de sí, laborioso y amoroso, mártir caído en la batalla eterna de las fuerzas satánicas que devoran y las fuerzas divinas que construyen, moría entre himnos, llorado a la par y con igual ternura, en los confines todos de la tierra, con la corona de una reina sobre su féretro, y los cánticos de un pueblo colosal acompañando a la inmediata altura el luminoso viaje de su espíritu.

Volvieron los carruajes lentamente; cayó del cielo lluvia triste; volviéronse a sus lares los tributarios fieles; arrebató la multitud las hojas de las rosas, los pálidos helechos; el seco musgo, que había estado a sus

plantas, bajo su bóveda, en su féretro: y se sentó en su silla, con la mirada vaga, la infeliz anciana; y agrupó a sí sus hijos, en su terrible soledad, la viuda esposa.

Nueva York en tanto ofrecía una admirable perspectiva. Los templos todos de la nación, la catedral católica, la sinagoga, la pagoda, la sala metodista, el salón de los librepensadores; los templos todos estaban abiertos. Beecher, Talmage, Adler, Collyer, Chauncey Depew, hablaban. Moría en las calles el eco de la Iglesia. Nueva York, regiamente decorada de duelo, reposaba y gemía. Negra franja cruzaba los carteles de los teatros. Gravedad y pesar decían los rostros. Eran las calles, colgadas de luto, cual cauce seco de un río negro. Y el río mismo parecía enlutado. Se deslizaban por él los vapores como si no quisieran ser oídos. No era aquella brillante regata, y vocinglera batalla de los comunes días: semejaban los vapores escasos, los blancos vapores de la travesía, cruzando lentos y aislados por el agua mansa, como palomas tristes que saben que no han de hallar padre ni madre en el desierto nido. Guardianes de cementerio parecían. Edificios había, edificios babilónicos como el del joyero Tiffany, cubierto desde el terrado a las aceras, de merino negro. Con cinta negra atados se vendían los nardos. Como en luengos hilos corre el llanto por el rostro, en luengas bandas corrían por las paredes los símbolos del luto. Ya era su retrato, en marco de laurel, o surgiendo de entre palmas. Ya era su busto, en fondo lúgubre; coronado por un ángel. Unos habían atado al asta las banderas; otros habían prendido a la lanza gallardete funeral; otros colgaban de sus ventanas banderas negras y blancas. Los mástiles de los buques, las cruces de hierro de las torres, las flechas de las veletas estaban enlutadas. No se entraba a las casas sino por debajo de bóveda luctuosa; artesonaban la techumbre de los pórticos densas gasas y espesos crespones.

Admiraban los forasteros y los urbanos la soberbia metrópoli: del hombre perdido consolaba la esperanza en los hombres que sabían llorarlo; séquito interminable, camino de los templos o de los lugares más ornamentados, llenaba a Broadway, cuando de súbito, con su plumaje de humo pardo salpicado de chispas, una bomba de incendio cruza desalada a los ojos de la suspensa muchedumbre. Una, otra, otra aun, otra más, le siguen. Son águilas rojas que vienen; prendidas en la cresta jirones de nubes, rampando la tierra. Va tras ellas el carro de las escaleras y las mangas: por sus bordes, saltando como duendes, se envuelven los bomberos en sus capuchas de hule: los pasajeros de los ómnibus, que van cuajados de gente, saltan a la calle, anhelosos de ver la horrible fiesta: hay algo de embriaguez para los hombres en todas las grandes convulsiones de la naturaleza.

Aún estamos, amigo mío, bajo el palio negro. En vano han pasado los días de duelo, sin que una sola de las insignias de luto haya sido arrancada de las columnas y los muros: ¡noble tenacidad de una nación agradecida! En vano ha anunciado el presidente que debe reunirse en sesión extraordinaria el Senado para elegir en el presidente de la Alta Cámara, el sucesor legal en caso de catástrofe a la presidencia de la nación, sucesor que hoy no existe; en vano es motivo de curiosa observación ver cómo la mayoría del Senado hoy demócrata, elegirá un sucesor probable demócrata a un presidente republicano. Ni vale que se dé cuenta minuciosa de los preparativos del proceso de Guiteau. Ni vale que se susurre que se ha descubierto una tentativa de asesinato al nuevo presidente, lo que parece inexacto. Ni siquiera vale que se discuta calurosamente la creación del gabinete que ha de suceder al gabinete de Garfield que ha retenido cortésmente Arthur, contra quien no ha cuatro meses reñían apretadísimas batallas. Se dice que Fish, el ministro de Grant, o Conkling, el enemigo de Blaine, sustituirán a Blaine; se dice que este caudillo animoso

irá a desempeñar la embajada de Berlín o la de Londres; se celebra la reserva cuerda, y testimonio de dolor, del nuevo presidente. Mas sobre la fosa abierta, con las manos llenas de mirtos y siemprevivas, como aturdida del golpe, está aún contemplando a su muerto la nación. En dádivas, como en plegarias muestra su ternura. A $360 000 asciende la suma reunida por voluntarias contribuciones a la viuda. A la anciana trémula «que ya no quiere vivir», comienzan también a enviarle ofrendas cuantiosas. Pide la reina Victoria, un retrato de Garfield. Sábese que a la hora de los funerales, estaban abiertos en honor del magistrado difunto, los templos europeos. Solo para llevarlos en donativo a las sedientas víctimas del incendio de los bosques de Michigan, rodarán de los muros las coronas, y se desprenderán de las techumbres y columnas los arreos de duelo.

El dolor alimenta, el dolor purifica, el dolor nutre. El caudal de los pueblos son sus héroes. Los hombres son pequeñas maguas que chocan; y se quiebran, y de los vasos rotos surge esencia de amor que alienta al vivo. La tierra gigantesca y maravillosamente, con sus bravos que caen, sus malvados que hieren, sus altos que asombran, sus tenacidades que repugnan, sus fuerzas que adelantan y sus fuerzas que resisten, sus pasiones que vuelan y sus apetitos que devoran; la tierra, pintoresco circo inmenso de espléndida batalla, en que riñen con su escudo de oro los siervos de la carne, y con su pecho abierto los siervos de la luz; la tierra es una lid tempestuosa, en que los hombres, como ápices brillantes y chispas fúlgidas saltan, revolotean, lucen y perecen; la tierra es un mortal combate cuerpo a cuerpo, ira a ira, diente a diente, entre la ley de amor y la ley de odio. Ha vencido esta vez la ley de amor.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 14 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Hechos, juicios, tributos y noticias varias a propósito de Garfield.—Comparaciones, recuerdos, singularidades, accidentes memorables.

Nueva York, 1ro de octubre de 1881.

Señor Director:

Es en vano buscar hoy en los periódicos extranjeros cosa que no se refiera a la vida, muerte, y funerales del presidente de los Estados Unidos. Los de Inglaterra están tan llenos de detalles como los de Nueva York, Washington y Cleveland. Se ha recogido toda frase, todo pequeño suceso, toda memoria olvidada que hiciera directa o indirecta relación a cualquiera de las agitadas épocas de la trabajosa y admirable vida del gran muerto. París, durante una semana, no ha leído más que detalles de aquella existencia sana y ejemplar. Es uno de los triunfos de esta época, el modo de vivir y el modo de morir de este humilde hombre. Nosotros recogeremos, como quien tala en mies rica, todo lo que en estos periódicos, a medida que leamos, vayamos

hallando de curioso o de notable. Y lo agruparemos en la misma confusión pintoresca con que viene a nuestras manos. Helo aquí:

—De Garfield—dice el *Herald* del día posterior al de sus funerales,—puede decirse lo que dijo Hume del sajón Alfred:—«Él supo reunir el más osado espíritu a la más fría moderación; la más obstinada perseverancia a la más fácil flexibilidad; la más severa justicia a la más grande lenidad; el mayor rigor en el mundo con la mayor afabilidad en el trato común; la más alta capacidad para la ciencia con los más brillantes talentos para la acción. Por igual eran admirables sus virtudes civiles y militares, pero aquellas, por ser más raras entre príncipes, y más útiles, merecen mayor aplauso. La naturaleza, como deseosa de presentar cumplidamente tan buena obra suya, le había dotado de encantos corporales—vigor de músculos, dignidad de aspecto y forma; y aquel continente franco, amable y seductor».—Y no es solo el *Herald:* íntimos amigos suyos, y un periódico inglés lo comparan también a Alfredo *el Grande*.

—Entre los poetas modernos ingleses, Tennyson, el bardo laureado, el feliz renovador de la vieja y gráfica lengua inglesa, el autor de afamadas elegías y de delicados y profundos retratos de mujer,—era el poeta favorito de Garfield, que recitaba sus versos de memoria, y citó unas estrofas de él en su elegantísima oración fúnebre de Lincoln.

—«Cuando pronunció su discurso de entrada en la presidencia,—dice uno de sus compañeros en el Congreso,—me pareció que con el esfuerzo nervioso de los últimos meses, su rostro estaba en cierto modo transfigurado, no por una luz radiosa, sino por una mirada visionaria y soñadora, propia de uno que se hallase en ocasión mayor que en la de una mera instalación en un puesto político:—¡tal vez era la instalación en aquel reino más vasto en que ha desaparecido!»

—Cuando estaba triste, rara vez abría sus labios, y parecía, como si se hubiese vuelto más femenil y dócil.

—Su influencia, que era vasta en todos y singular en los hombres jóvenes, venía de su fácil y osado dominio de todas las formas del conocimiento humano, su espléndido modo de aplicar y hablar lo que sabía; y su ardiente y afectuosa naturaleza, que le llevaba a echar familiarmente sus brazos sobre la espalda de los niños y las niñas, y a veces de hombres crecidos, y de llamar a los pequeñuelos por sus primeros nombres, como si fuese a la escuela con ellos. Se le veía gozar, con cierto ingenuo gozo infantil, cuando adquiría algún nuevo conocimiento.

—«He hallado—decía Garfield—un notable tesoro en mi mujer.—En su extraordinaria prudencia y su valor no igualado,—ha hecho a mi lado una maravillosa mujer para hombre público. Ella fue mi discípula de latín, y ahora enseña latín a sus hijos.—Nunca me ha dejado sentir las pesadumbres de la casa,—y a ella debo haber podido adelantar con energía en mi anhelosa carrera de hombre de Congreso, y en todas las difíciles empresas que he intentado en mi vida. Nada la ofusca ni la asusta: entonces es cuando está más serena. Cuando la veo especialmente tranquila, y cumpliendo con sus oficios de casa como si gozase particularmente con ello, es cuando algún infortunio me amenaza, o alguna injusticia ha caído sobre mí.»

—Garfield escribió en noviembre del año pasado, después de su elección:—«Hay un tono de tristeza a través de este triunfo que apenas puedo explicar».

—Uno de los hijos pequeños del presidente, dijo hace pocos días:

—«La gloria no paga.»

Cuando los médicos se acercaron a su cama, con prisa y espanto, poco después de haber recibido el balazo, Garfield les dijo: «Todo va bien: todo va bien!».—Y volviéndose luego a Rockwell, el fidelísimo amigo, este modelo de militares respetadores de la ley civil, le dijo con una mirada poderosa y penetrante: —«Rockwell, sé perfectamente lo que me pasa».

—Solo una vez, durante toda su enfermedad, salió una frase amarga de sus labios. Le preguntó su esposa: «¿Qué es lo que te duele, Jaime?».—Y él detuvo un momento su mirada en la de ella, y dijo: —«Vivir es lo único que duele!».

—Cuando llegaron a Long Branch, le dijo Rockwell:—«Has hecho tan bien este viaje que bien pudieras emprender otro mayor».—«¡Sí, dijo Garfield, bien puede terminar en el largo, el largo viaje a casa!»

—«Es una noble cosa morir con la armadura encima, y estando en el trabajo a que la vocación nos ha llamado», dice un periódico de Nueva York.

—¡Qué no dice en favor del carácter brioso y tenaz de Garfield, esta exclamación de su esposa, cuando le preguntaron si tenía fe en la curación de su marido:—«Jaime quiere curarse!—Jaime ha conseguido siempre lo que ha querido conseguir!».

—Durante la estancia del enfermo en Long Branch, una niña de 10 años, desconocida de la familia del presidente, entró en la casa, logró con su insistencia ver a la señora de Garfield, y le dijo: «Quiero rezar por Mr. Garfield: Dios siempre responde a mis oraciones: quiero rezar por él».—Otro niño,—en la noche en que se colocaba el tramo de vía férrea provisional que llevó al enfermo desde la estación hasta la casa en que murió, en su afán de «hacer algo por el presidente», cargó con una pesada espiga de las que sirvieron para el tramo.—Y otro niño preguntaba a su madre en Broadway al ver la inmensa calle colgada de negro: —«Mamá!, ¿se ha muerto todo el mundo?».

—«El que empieza la vida sin fortuna, sin educación, sin el auxilio de amigos influyentes, y hace su camino victoriosamente "contra esos carceleros gemelos del bravo corazón—el bajo nacimiento y la fortuna de hierro", prueba su propio sobresaliente mérito, y prueba también cuán sólida es la tierra americana que asienta que de las masas del pueblo se levantarán siempre hombres tan competentes para guiar al Estado, como los gobernantes que surgen del mecanismo monárquico en los países aristocráticos.»—(De un editorial.)

—Cuando estudiaba en Chester, pagaba a un carpintero $1,06 a la semana por posada y lavado de ropa, cuya suma ganaba ayudando a su hostelero en trabajos sueltos. Entre otros, este: el carpintero estaba fabricando una casa de dos pisos cerca del Seminario, y el primer trabajo de Garfield fue cepillar las tablas a dos centavos cada una: —así ganó el primer sábado $1,02.—En ese mismo tiempo empezó el estudio del griego.

—En un discurso notable, en defensa de unos acusados, decía Garfield al terminar:—«Oh!, jueces!, en vuestro poder está erigir en esta ciudadela de las libertades un monumento más duradero que el bronce; invisible en verdad a los ojos de la carne, pero visible a los del espíritu, como la imponente figura de la Justicia, coronando y adornando la República, alzándose sobre las tormentas de la batalla política, sobre las sombras del combate, sobre el choque de terremoto de la rebelión; visto desde lejos y saludado como protector por los oprimidos de todas las noticias; dispensando iguales beneficios, y amparando con el ancho

escudo de la ley, a los más débiles, los más humildes, los más miserables, y—hasta que la ley los declare solemnemente indignos de protección—los más culpables de los ciudadanos!».

—Era sumamente benévolo, y blando a la menor súplica: debió casi todos sus embarazos a su repugnancia a decir: no.

—Tenía fuerte el cerebro, y estaba lleno de vida física. Era como de seis pies de alto, con levantado pecho y ancha espalda, y con una libre y fácil apostura que eran fieles reveladores de su abierta y jovial naturaleza.

—Un hombre robusto, amoroso, franco, modesto, de hermosos ojos, de amplio rostro, confiado siempre, siempre alerta, ha estado constantemente a la cabecera de Garfield:—su amigo Rockwell, un simple oficial al servicio del jefe del Estado Mayor. Fueron amigos toda la vida: en el colegio primero y en todas partes luego. Cuando el presidente cayó herido su primera pregunta fue: «¿Dónde está Rockwell?».—En todos esos días de ansia y de prueba, en la puerta de la habitación, al pie del lecho, o con la mano del herido entre las suyas, allí estaba Rockwell: se entendían sin hablarse o con medias palabras. Nada agradaba tanto a Garfield como recordar en largas pláticas sus horas de colegio y sus dificultades de hombre joven: en su enfermedad, gozaba aún más con esto. Hablaban un día Rockwell y él, a quien estaba prohibido hablar mucho, de unas reuniones de colegiales, señaladas por la buena voluntad, hábitos virtuosos y fe en lo porvenir de los reunidos:—«¿Ternura?»—preguntó Garfield, con sus claros, límpidos ojos en los de su amigo.—«Sin medida!», contestó Rockwell: y sonrió dulcemente el enfermo.

—¿Cuál es el verdadero apogeo de una vida humana, su punto de cenit y madurez?—se pregunta un escritor a propósito de Garfield:—«si es la vida de una patriota, es seguramente el punto de su mayor utilidad a la nación».

—El día 16 de abril de 1865, los periódicos de la mañana publicaron la noticia de la muerte de Lincoln. La ciudad fue un motín. Nueva York, como ebria de ira, se desbordaba y rugía. Parecía que el alba había surgido, en vez de sonreír envuelta en sus gasas rosadas, vestida de negros crespones. La multitud llenaba las calles del comercio, Wall Street. Del sombrío y poderoso edificio de la aduana, de entre las gruesas columnas, de entre los oscuros y grandes pedestales, salió un hombre. Su palabra, como río encendido, o serpiente de fuego, enardecía a los oyentes: los inundaba de pasión, se deslizaba como para abrazarlos y dominarlos a todos, por entre ellos.—En su cara resplandecía una ira grandiosa: Lincoln era el mártir del día: aquel hombre fue el héroe: aquel hombre era Garfield.—Ninguno entre los que lo han llorado, fue tan elocuente como él fue llorando a Lincoln.

—En una ventana de la compañía de Seguros de Lorillard, se leían en grandes letras estas frases de Antonio en el *Julio César* de Shakespeare: «Los elementos se mezclaron en él de tal manera, que la naturaleza pudo detenerse, y decir al mundo todo:—"¡Este fue un hombre!"».

—Cuatro han sido los vicepresidentes que han venido a la presidencia por la muerte de los presidentes electos: John Tyler sucedió al activo y cortés Harrison; a Zacarías Taylor, el caudillo de la guerra contra México, sustituyó Fillmore; al admirado Lincoln sucedió Andrew Johnson, acusado y desdeñado luego;—a Garfield sucede Arthur.

—En Garfield la impresión de los sucesos notables de su vida se producía en una especie de piadosa superstición. Creía en presentimientos y fechas, y gustaba en conversación de familia, o amigos de deducir

consecuencias de este género de acontecimientos en que estaba él mezclado. Creía en el mundo invisible pero luchaba a la vez con toda bravura, energía y claridad de mente en el mundo visible. Su romanticismo no se producía en desaliento ni en quejas. Reprimía el elemento poético de su naturaleza y fortalecía el elemento práctico. Su muerte fue la fortificación de sus vagas creencias en la virtud de ciertas fechas, murió en el aniversario de una batalla que él tenía como el hecho culminante de su vida:—la batalla de Chickamauga, en que vencida ya el ala derecha del ejército federal, y a punto de ser la batalla total y desastrosamente perdida,—Garfield atravesó, con gran serenidad y riesgo, la distancia hasta el extremo del ejército comprometido, y lo salvó con sus órdenes.—Su presencia, seguridad y bravura en aquel día se recuerdan en la historia de la guerra como hechos poéticos. El general Rosecranz decía en su informe oficial: «Estoy especialmente agradecido al brigadier Garfield, por la clara y rápida manera con que descubría los puntos de acción y movimiento, y expresaba en excelentes órdenes las ideas del general director. Los soldados observaron su presencia con mucha satisfacción, y tenían visible placer en que él fuese testigo de su espléndido modo de combatir». Por esta batalla fue hecho mayor general.

—El *Evening Standard* de Londres, dice de la muerte de Garfield:—«Desde la muerte del Príncipe consorte, y la terrible enfermedad del Príncipe de Gales, el corazón de la nación inglesa nunca se ha conmovido tanto como hoy».

—El *Post* de Londres dice: «El presidente Garfield intentaba la destrucción de un sistema que hace el patronato dependiente de consideraciones de partido, y que evidentemente crea una de las más graves dificultades a la obra generosa y amplia de la Constitución de los Estados Unidos».

–El *Tagblatt,* alemán, dice: «El nombre de Garfield brillará en la historia al lado de los de Washington y Lincoln».

—Uno de los más elocuentes y sentidos tributos a Garfield, fue el vehemente y hermoso discurso con que Torres Caicedo, que preside el Congreso Internacional Literario en Viena, anunció la noticia dolorosa, y suspendió en honor del difunto los trabajos del Congreso. «No es nuestra obra política, dijo, pero la muerte de caballero, de orador, de apóstol, de soldado semejante, imponen a todo honrado corazón humano esta muestra de tierna simpatía.»

–La muerte del presidente de los Estados Unidos sorprendió las fiestas de la corte de Alemania, en que se celebraban las bodas del príncipe de Suecia y la hija del gran duque de Baden.

—Nobles y llenas de enseñanza son estas frases de un periódico:—«¿De nada vale, acaso, que por cerca de tres meses haya estado la nación faz a faz de ese sagrado ejemplo de noble sufrimiento? Cuando un hombre mira en el corazón de su vecino, y ve el oculto y no sospechado bien que yace allí,—es mejor por un nuevo conocimiento y por una nueva y más profunda veneración. Aquí han sido revelados a un gran pueblo el valor espléndido, la paciencia, la gallardía de una noble alma. ¿No somos mejores por esto que hemos visto? Nos hemos sentado junto al lecho de este pobre héroe, que ha sufrido, sin afectación y sin temor los tormentos de la duda, del temor y del martirio físico. Tan hermosa era la naturaleza que vimos en su mortal agonía que no es maravilla que rehusemos pensar en el hombre en relación con los negocios ordinarios de la vida. Entre los hombres de todos los lugares y de todos los partidos, se creó un cariño casi infantil por el enfermo, que en su adoración del santo canonizado por el sufrimiento se negaba a tomar acta de los errores posibles, grandezas o desfallecimientos del hombre de Estado».

—Cuando Garfield, luego de su herida, cobró conocimiento, su primera pregunta fue por su mujer. —«¿Y Crete?—que así llamaba él a su esposa, Lucrecia, que convalecía en Long Branch: ¿cómo ha recibido la noticia?»—«Como la mujer de un buen soldado.» «Querida mujercita! Antes hubiera querido morir, que causarle con esto algún pesar!» Otro día, uno de los negros días de su enfermedad, empeñado en que su esposa saliera, le decía:—«Ve, ve a tomar un paseo, antes que el sol caliente mucho: si yo pudiera, te acompañaría, pero tengo tantos negocios a que atender!». Y en aquel momento, agonizaba! Cuando pudo tener una pluma, escribió con ella una carta a su madre. Cuando le hablaron los médicos del riesgo que en la operación iba a correr, dijo: «He afrontado la muerte antes de ahora, y no he tenido miedo: puedo volverla a afrontar: aún tengo fuerzas bastantes para vencerla». «Puede venir la muerte cuando quiera: yo estoy listo.»

Un americano pregunta al *Sun* de Nueva York:—«Al señor editor del *Sun*.—Señor.—Este es un gran país, y sin embargo, es un hecho que dentro de los últimos 16 años dos presidentes han muerto asesinados; otro presidente fue procesado, y a poco se le echa indignamente de su puesto; y otro presidente ocupó su puesto por abominable fraude. ¿No es este un interesante estado de cosas? ¿Qué viene ahora?».

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 19 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Gran batalla política.—La Convención republicana y la Convención democrática.—El *boss*.—Purificación de la democracia.—El brillante Blaine y el prudente Arthur.—Campaña en el Senado.

Nueva York, 15 de octubre de 1881.

Señor Director:

—Allá en Mentor reposa triste la que fue compañera del presidente muerto, y en torno de su anciana abuela se agrupan los benévolos nietos, en quienes el dolor que acaban de sufrir, y el carácter nacional que han revestido sus pesares íntimos han acelerado el juicio; allá se queda la familia llorosa, clamando por aquel que viaja «por un país del cual no ha vuelto jamás ningún viajero»: la nación, en tanto, luego de haber honrado a su muerto, recobra su animada vida, descuélganse los lutos de las ventanas, reúnense los políticos en convenciones rivales; ábrese en Atlanta un certamen agrícola; acércase la hora del proceso para el asesino Guiteau; los hoteles visten de fiesta sus corredores para recibir, bajo las banderas que sus antepasados honraron con su valor, a los descendientes de los bravos defensores de la independencia americana; los negocios sonríen; los museos se abren; los teatros ofrecen selecto repertorio; al borde de la tumba de un poeta que muere se cuentan sus libros, sus labores, su éxito; viene a América un retrato directo de Milton: el brillante arte, la traviesa política, la justiciera historia se han reunido a dar realce y color de vida a esta última quincena. Eso es la vida: una batalla pintoresca. Cada cual, al morir, enseña al cielo su

obra acabada, su libro escrito, su arado luciente, la espiga que segó, el árbol que sembró. Son los derechos al descanso: ¡triste el que muere sin haber hecho obra!

No se puede mirar a la tierra sin consuelo. Parece, como si a un tiempo mismo, los hombres todos se hubieran hablado a sí propios. Los tiempos son para Sísifo, y no para Jeremías; para empujar rocas hasta la cima de la montaña; no para llorar sobre exánimes ruinas. Hay como un despertamiento universal; como si todas las frentes se hubieran cansado de los yugos; como si la fuerza, que ha sido durante tanto tiempo señora de la libertad, fuese ahora su esclava.—Los pueblos han crecido, y se sienten ya fuertes; un anhelo de derecho, una capacidad para ejercerlo, una determinación unánime para lograrlo se notan en todos los lugares de la tierra: magnífica portada abren los hombres a la época que nace. El látigo se declara bueno para castigar las espaldas del flagelador. Hasta las convenciones parciales del estado de Nueva York ha llegado esta necesidad de saludable independencia. Gemían en el estado ambos partidos, el Republicano y el Democrático, bajo tercos y altivos soberanos. El exsenador Conkling, el orador académico y dominante, regía a su placer el Partido Republicano: el Partido Democrático era regido por un hombre de notable energía personal, de astucia poderosa, y de excepcional capacidad para la intriga, por John Kelly. En las filas de los republicanos, como en las de los demócratas, surgió una generosa y prudente rebelión: aquellos, como partido que goza del poder, han devorado en sigilo sus rencores, y ocultándolos en lo posible a la curiosidad pública; los demócratas, que por su largo alejamiento del mando no tienen hoy semejantes razones de cordura, han desplegado a los vientos sus banderas, y han luchado a la faz de la nación. En uno y otro partido se habían creado corporaciones tenaces y absorbentes, encaminadas, antes que al triunfo de los ideales políticos, al logro y goce de los empleos públicos. Nueva York es un estado dudoso, en el que a las veces triunfan los republicanos, y a las veces los demócratas. Estas corporaciones directoras, que solían venir a escandalosos tráficos para asegurarse mutuamente la victoria en las elecciones para determinados empleos, impedían que interviniesen en la dirección de los partidos hombres sanos y austeros, cuya pureza no hubiera permitido los usuales manejos, o cuya competencia se temía. Cada una de estas corporaciones obedece a un jefe; y del nombre de *boss* que se da a estos caudillos, hasta hoy omnipotentes e irresponsables, viene el nombre de *bossismo,* que pudiera traducirse por el nuestro de cacicazgo, aunque las organizaciones que lo producen, y las esferas de su actividad le dan carácter y acepción propios. El *boss* no consulta, ordena; el *boss* se irrita, riñe, concede, niega, expulsa; el *boss* ofrece empleos, adquiere concesiones a cambio de ellos, dispone de los votos y los dirige: tiene en su mano el éxito de la campaña electoral para empleos del estado, y el éxito de la mayor campaña para la elección del presidente. Si la elección del presidente que nombra su partido choca con sus simpatías personales, o con sus intereses en el estado, lucha contra su partido, porque él ve preferentemente por su preponderancia en el estado. Un *boss* es soberbio, como Conkling, y emplea sus personales atractivos y su influjo para hacer triunfar su política dominante, ruda y agresiva; otro *boss* es ambicioso, como Kelly, y dirige todos sus esfuerzos a ejercer una influencia incontrastable sobre las fuerzas electorales y la distribución de los empleos públicos en el estado cuya política democrática dirige. Contra el uno y contra el otro se han alzado a la vez sus lastimados y vejados secuaces. A Conkling, jefe de los *Stalwarts* —que pudiera traducirse por «los mejores»,—lo han vencido los *Half-Breeds,* los «media-sangre», los republicanos que no aspiran a la revisión de la Constitución, a la violación de los derechos populares, a la centralización absoluta del poder, a la creación

de un gobierno de fuerza, a la reelección del general Grant, en suma; sino a gobernar, con el credo conservador, con el salvador sistema de rápidos turnos en el gobierno que garantiza la honestidad en las costumbres de la nación, y el respeto a la ley en los mandatarios encargados temporalmente de hacerla cumplir. A Kelly, jefe de Tammany Hall, que así se llama, con el nombre de un fiero y sabio indio, la asociación en que residió un día todo el poder democrático del estado, lo han vencido en tormentosa contienda los hombres más ilustres de su partido, inhábiles para reprimir en el seno de la asociación de Tammany, más que dirigida, poseída por Kelly, los abusos, los comercios, las traiciones que venían siendo la ruina de la democracia en el estado. Contra el atrevido dominio de Kelly, se había alzado ya otra asociación rival, que se llamó Irving Hall, por cuanto aquí *hall* significa salón vasto, lugar de reunión: mas no eran los miembros del partido, que no creyeron prudente por entonces revelar a los republicanos la división profunda que había en sus filas, o no se juzgaban aún bastante fuertes para vencer al hábil Kelly. Mas con la elección frustrada de Hancock vino a flote una acusación tremenda: Kelly fue acusado, con grandes visos de razón, de haber permitido, por su provecho personal, y por la satisfacción de sus rencores, el triunfo de los republicanos en el estado de Nueva York, de cuyo voto dependía toda la elección presidencial. Cuando una candidatura democrática no place a Kelly, o no se acepta llana y sumisamente la candidatura de Kelly, Kelly—el caudillo de los demócratas—vota contra la candidatura democrática. Como en las elecciones parciales del estado en el año de 1879, fue cosa probada que dio a los republicanos en un lugar cierto número de votos, para que los republicanos le dieran en otro lugar un número de votos que le era necesario;—saliose de madre el río de la ira, la indignación callada tuvo lengua y forma, los ilustres de la democracia se reunieron en junta popular solemne para apelar al pueblo elector, de quien todo poder viene contra la corporación traidora: el pueblo confirmó en elecciones privadas la sentencia; nombráronse cincuenta notables, que fueron luego ciento, para dirigir los trabajos de reorganización y purificación democrática; Irving Hall se fundió en la asociación nueva; Tammany Hall, que no concibe más poder que el absoluto que venía ejerciendo, se alzó en rebelión contra el partido de quien el poder le viene; y sostuvo su derecho de primacía y unicidad en la gestión de los negocios democráticos.—«Derribaré cuanto sin mí se haga—exclamaba Kelly: derrotaré toda candidatura democrática que sin mí se saque a votación. Piérdase en buena hora toda capacidad de triunfo del Partido Democrático, que depende de su triunfo en Nueva York: como sin mí no puede vencer el partido, vendrá a mí.»—Estas graves querellas tuvieron ahora airosa y honrada solución. Celebra cada año cada uno de los partidos del estado una convención, a la cual asisten delegados de todos los cuerpos de electores, y a la cual compete el señalamiento de los funcionarios anuales por cuya elección han de votar los miembros del partido: sin estruendo y con decoro fue vencido Conkling en la Convención republicana, que celebró su junta en el hermoso teatro de la Academia de Música de Nueva York. Con ignominia y sin ocultación negó la Convención democrática, reunida en Albany, la entrada en su seno a los delegados rebeldes y traidores de Tammany Hall. Levantados y elocuentes documentos ha publicado a este propósito el Partido Demócrata. Quieren el libre ejercicio del voto por todos los votantes, el examen de la conducta de los comisionados por el más humilde miembro del partido, la purificación de la democracia, desacreditada y envilecida por los intereses personales creados a su sombra. Quieren, y han señalado al pueblo para su elección en este año, empleados escogidos entre hombres respetables e independientes, ajenos a las ambiciones de bandería; y no contaminados en el trato pernicioso

de los políticos hambrientos, y voraces e indignos empleómanos. Quieren, en suma, que una facción rebelde de la ciudad no domine y burle al partido entero del estado; y que la democracia, íntegra y honrada, retenga a su lado el número de servidores fieles y poderosos, que, avergonzados de la gestión de los negocios del partido, amenazaban ya con abandonar sus filas, se replegaban melancólicamente a sus hogares. Temerosos los buscadores y tenedores de empleos de que la Convención reunida en Albany no osara negar la entrada en su recinto a la facción rebelde de John Kelly rodeaban aún a este numerosos partidarios, que con él han compartido los provechos de su largo dominio en Tammany Hall: mas ahora, cortada ya la cabeza del caballo, tiénese por seguro que los que,—por su interés y por miedo de exponerse a las iras monárquicas del *boss,* seguían a Kelly, abandonan a un jefe tiránico, cuyas habilidades no han podido salvarlo de la cólera y el anatema de una agrupación que no ha sabido honrar. Y así quedan ahora ambas agrupaciones: ya están abiertos los registros, publicadas las candidaturas rivales, vecinas las elecciones para altos empleados del estado. Kelly, que no tiene ya fuerzas suficientes para vencer, cuenta aún con fuerzas bastantes para derrotar. Por vencidos se dan ya importantes demócratas, mas estiman útil y poco grave esta derrota parcial en el estado, si merced a ella se captan las simpatías que iban perdiendo, aíslan al osado rebelde que con sus manejos atraía sobre el partido creciente descrédito, y llegan fuertes, compactos y respetados a la próxima campaña presidencial. Cierto que a villanías de propios, más que a poder de los extraños, debieron los demócratas su derrota en las elecciones en que el honrado Garfield venció al caballeresco Hancock. Y ¡cuán pintoresca es una población en día de convención! Rebosan los hoteles; resuenan alegres bandas; despliéganse banderas: óyense de lejos los víctores y silbos de las juntas tumultuosas; grandes grupos bulliciosos llenan las aceras, discuten por las calles, detiénense ante las puertas. Vense caras robustas de hombres del campo; gallardos caballeros, políticos de ciudad; escúchanse fanfarronadas, amenazas, denuestos, risas, chistes; llénanse las arcas de los mostradores de bebidas. Y luego de electa la mesa de la convención, de pronunciado por el presidente el discurso de orden, que viene a ser un programa del partido; de leída la plataforma, en que las esperanzas, propósitos y creencias del partido se condensan en un número breve de resoluciones; luego de sustentados los candidatos a los diversos empleos por sus respectivos partidarios, y de electos en votación, y de anunciada la lista de candidatos definitivos,—suenan aires marciales, humean en las estaciones de ferrocarril trenes extraordinarios, vacíanse los hoteles, y vuélvense los combatientes a toda prisa a sus lares desiertos, cargados los unos con los laureles del triunfo, y los otros con sus esperanzas muertas, a trabajar en junto por la victoria de los candidatos definitivamente señalados por la convención. Tal señalamiento es sagrado. El enemigo tiene que trabajar por el enemigo. Al interés de la comunidad se pliega el interés del hombre, servido por la comunidad en la satisfacción de otros intereses. El desleal es lapidado como Kelly. Esta disciplina explica esas compactas masas, esos súbitos y felices acuerdos, ese sofocamiento rápido de rencores que parecían terribles e insaciables, esas admirables victorias del sufragio en los grandes combates de este pueblo. Para noviembre quedan emplazados los partidos.

Aún están en sus puestos los ministros del presidente Garfield. ¡Cuánta especulación, cuánto proyecto, cuánta predicción a propósito de este acontecimiento, que no es tal vez más que un acto de respeto al muerto, y un medio hábil de hacer parecer, por menos inmediata, menos violenta la transición que proyecta acaso el presidente nuevo! De que sus simpatías le llevan a gobernar con un número escogido de sus amigos personales, tomados de la sección del Partido Republicano que mantuvo al presidente actual, y originó su

nombramiento,—no ha de caber duda. Mas no cabe tampoco—de que él y los suyos, estiman como más conveniente a los intereses generales del Partido Republicano, y al juicio que de Arthur haga el país, la probabilidad de gobernar con ambas secciones del partido, que ha menester unión y cordura para vencer al adversario democrático, que se presenta para las venideras elecciones formidable. Ni puede dudarse, por otra parte, que es Blaine un hombre poderoso, por el respeto que inspira, los recursos que crea, las simpatías que en torno suyo mantiene, y la maestría con que se mueve entre los graves obstáculos que le alzan sus temerosos adversarios. Todo es a propósito de esto, preguntar y suponer: corre impresa la generosa y tierna carta en que Blaine aceptó la secretaría de Estado que le propuso Garfield: es un varonil documento, lleno de nobles miras, en que, al ofrecer mezclar con la de Garfield «su política fortuna»,—se ve a un hombre sensible, arrogante, honrado, bueno, casi grandioso.—Tal hombre no puede ser desdeñado por Arthur: tal desdén fuera de graves resultados para la administración. De seguro que el presidente ha deseado retenerlo. De seguro que, movido a la par del ansia de conservarlo cerca de sí, por el crédito que a su gobierno daría este acto paternal, prudente y noble,—y del anhelo de llamar a su lado a los leales amigos a cuya consecuencia debe su alto puesto,—habrá trabajado Arthur tenazmente por reunir a los políticos rivales en torno de su silla. De seguro, que si Blaine se retira del gabinete, porque solo con todo honor y libertad consentiría en quedarse en él, se retira solicitado, llamado, agasajado.—La figura del Ministro de Garfield crece con estos días accidentales y revueltos: se le ve con su rostro luminoso, húmedo aún del llanto que vierte por su amigo, y en sus ojos lucientes, en su franca mirada, en su alta frente, en sus hinchados labios, en su desordenado cabello, se ven anuncios del brío honesto con que, en los próximos combates de su partido, se alzará contra toda elección que el elemento rebelde, ambicioso y dominador del bando republicano acaricia y prepara. Hay brillo latino en los actos y sentimientos de este elocuente norteamericano.

Sin sucesor legal venía viviendo el presidente, y ya lo tiene. Eligió el Senado presidente *pro tempore,*—y a él es a quien tocaría, en caso de nueva catástrofe, ocupar temporalmente la presidencia de la república. Fue por cierto lo del Senado una animada escaramuza. Por la renuncia famosa de Conkling y Platt, los senadores de Nueva York lastimados porque Garfield no les consultó determinados nombramientos de empleados para el estado que representan,—quedaron los demócratas en mayoría en el Senado, y quedó el Senado sin su presidente. No habiendo sucesor a la primera magistratura de la nación, elegirlo era el primer acto natural de la alta Cámara. Mas si se elegía antes de dar entrada a los dos senadores republicanos electos en lugar de Conkling y Platt, era el presidente un demócrata. Forzados a la elección, eligieron, antes de dar entrada a los nuevos senadores, al demócrata Bayard, diestro político, hombre puro y orador celebrado. Mas no bien recibidos ya los dos nuevos senadores, contaron otra vez los republicanos con la mayoría, eligieron presidente nuevo. Del mismo voto de Bayard dependió durante un momento su permanencia en el puesto, y su derrota. Urgido a darlo, dijo altivamente: «Jamás he votado por mí mismo para obtener un puesto: no votaré ahora para retenerlo». Recayó la elección en David Davis, prominente anciano, que, aunque más inclinado a las resoluciones republicanas que a las democráticas, ha logrado fama de hombre imparcial y cuerdo, a quien ambos pueden fiar, como a común amigo, sus constantes diferencias.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 26 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

JAMES A. GARFIELD

Como orlada de crespones, y cargada de lágrimas, corre la pluma por sobre las páginas que han de llevar a los lectores de *La Ofrenda de Oro* la nueva amarga de la muerte del hombre virtuosísimo que entre coronas de monarcas y dolor de pueblos, ha vuelto al seno de la tierra que iluminó con su apostólico espíritu, y honró con su prudente sabiduría;—la muerte del presidente de los Estados Unidos;— la muerte de Garfield. Y por toda la tierra, como de un ser querido y familiar, se dice: «Ha muerto Garfield!», como si fuera a su virtud honor escaso, decir: «Ha muerto el presidente de los Estados Unidos». Y, en verdad, más que regir los destinos de un pueblo grandioso, vale interesar, conmover, dominar, seducir, el corazón inquieto de la humanidad grandiosa; más que presidir a una congregación de hombres, vale haber presidido sobre sí mismo, en esta larga vida de pasiones, en esta peligrosa vida de apetitos, en esta traidora vida de debilidades, en que, haciéndonos perder tiempo y derecho para la definitiva gloria y existencia perpetua en el seno hondo y alto, el deseo, y la imaginación que viste sus impurezas decorosamente, arrebatan al hombre las riendas de sí, y lo arrancan de la limpia mesa de Daniel para sentarlo en los manchados manteles de Nabucodonosor. El que ha muerto no se sentó nunca entre los cortesanos del monarca asirio: el que ha muerto no bebió nunca en sus ánforas de oro el dulce vino envenenado: el que ha muerto pudo decir, al borde de su fosa, y con las manos sobre su herida, como con la mano sobre la cruz que le decora el pecho dice al morir el militar bravío: «Estoy listo!».—Había vencido a la tierra, y se había vencido a sí: ¡cuán pocos están listos!

La tierra puso en su camino todos los prejuicios, todos los inconvenientes, todas las vallas que levanta al paso de los hombres humildes, de los niños pobres. Y su naturaleza exquisita alzó en su marcha triunfal por esta vía de zarzas en que andamos, todos los peligros, las tentaciones, los deleites que ofrecen una imaginación suntuosa y un gusto refinado. El arte, que es un gran purificador, es un gran corruptor. Con el acendramiento y delicadeza que lleva al espíritu, le beneficia y perfecciona: pero con los prematuros deseos y ansias voraces que despierta, expone a transacciones, a villanías, a caídas, a los hombres enamorados de las opulentas galas artísticas y brillantes aparejos que esmaltan la vida. Era preciso tener un alma muy briosa, para venir a pie en la existencia, que no quiso armarle caballero, con sus botas de campesino y con sus libros bajo el brazo, desde el cortijo oscuro de Ohio hasta la casa famosa de Washington: era preciso tener en los ojos gran suma de sobrehumana luz para mirar de frente y sin cejar los resplandores de la luz humana.

Garfield no fue una de esas criaturas hechas de tempestad, aire de cima de volcán, masa de lava: brilló, como en noche de invierno plácida luna: tiene su existencia la misma misteriosa claridad, suave tranquilidad, e ignorada profundidad del místico astro. No cruzó, como otros, la existencia, sembrando, cual el glorioso Don Juan, funestos amores y ensangrentadas lágrimas; no alumbró, cual los reyes guerreros, las páginas de su historia con los relámpagos de su espada; no llamó, como los poetas modernos, con clamores de angustia a las puertas cerradas de la felicidad, con voces y golpes de ira a las puertas cerradas de lo infinito; no cayó, como otros, con las manos crispadas sobre el seno, y la mirada consumida de mirar, y los labios secos de beber en el vaso de la vida, envuelto en capa de oro: murió como en el seno de la noche el

día magnífico, orlado de resplandores, majestuosa y suavemente. Y fue su lecho el corazón de los humanos, vasto como los mares en que, al morir la tarde, el sol resplandeciente se sepulta. Coro de voces tristes y plañidos, que se oyó a la par en toda la tierra, hubo a la muerte de Garfield, como ese colosal coro de olas espumantes, sonoras, apacibles, que a las últimas luces de la tarde vienen, blandas como un beso, a fenecer en la serena playa. Fue la vida de un hombre virtuoso.

La roca de Moisés, si no fuera una creencia, sería un símbolo: en ser un símbolo está el secreto de la perpetuidad de las creencias. Esa raza, es cada vida; ese sacerdote, es cada hombre; esa vara mágica es la soberbia omnipotente voluntad. Esperan en el umbral de cada ser humano, dos esposas rivales que lo acarician a la par y se lo disputan; de la elección depende morir bendecido o morir maldito;—perderse como un río turbulento en mar oscuro, o extinguirse, como un astro luciente en mar tranquilo. Una esposa es brillante, y envuelta en manto de sol, y coronada de pámpanos, y lleva en las manos, cuajadas de valiosa pedrería, una copa en que hierven la verbena sutil y la mandrágora, las esencias de Aspasia, las mieles de Himeto, el sombrío y pálido espíritu del loto. La otra esposa es humilde, y tiene corona de espinas, manto de lana azul, pies desnudos y heridos, luz de luna en el rostro, y una triste sonrisa que parece flor que se cierra o día que muere. Garfield anduvo por la vida de brazo con la esposa coronada de espinas, y envuelta en manto azul.

Es inoficioso recordar una historia sencilla que todos conocen. Nació en pobrísima cuna. Con el producto de su trabajo se compró los libros de su ciencia. Era débil de cuerpo, y se hizo fuerte. Era oscuro, y se hizo ilustre. Sacó de sí, y de la Naturaleza que responde a quien la ama, toda su luz. Mandó a los hombres, porque no cedió nunca a los hombres. Su superioridad no consistió en su espada, aunque la manejó como un bravo; ni en su ciencia, aunque la estudió como un sabio; ni en su elocuencia, aunque habló una lengua gallarda, sobria, coloreada, amplia, como la lengua de Jenofonte y de Tucídides: consistió su superioridad en la evangélica entereza con que afrontó y domó todos los riesgos de la vida. En todo caso en que la violación del deber hubiera proporcionado aumento a su bienestar, cumplió íntegra y rápidamente su deber. Quería la riqueza, de fuente honrada. Ambicionaba la gloria, en limpias túnicas. De salvar la honra nacional en una batalla o de ilustrar una cuestión sombría en el alborotado Parlamento, descansaba en guiar los dedos rosados de sus hijos sobre sus libros de lectura, o en narrar patriarcalmente a su esposa los detalles del recio combate. Y luego, cuando todos reposaban, él leía ansioso. Su frente era alta y vasta, como destinada a ser aposento de copiosísimos caudales.

Las desgracias son próvidas para los grandes caracteres: traen en su seno, para los hombres que resisten pruebas, los mirtos y lauros de la gloria. Desde la casa de gobierno en Washington, oscurecida por el polvo de los batalladores, por la humareda de las escaramuzas, por esa espesa atmósfera que enturbian con su aliento las hambrientas pasiones humanas, no se veía, sino como por entre nubes se ven los relámpagos, su hermosa figura. Cuando cayó herido, víctima del rencor celoso que en el espíritu de un villano impotente había despertado este hombre trabajador, ungido en años tempranos por la gloria,—las pasiones de los palacios se enfrenaron, las armas de los combates cayeron de las manos de los combatientes, reposaron,—como que reposaba su objeto—la ambición, la envidia, la calumnia; limpiose del polvo denso y humo oscuro la casa del caudillo, y viose entero al fin al hombre casto que ha seducido con el candor de su

robusta alma, la firmeza de su magnánima voluntad, y el brillo de su investigadora inteligencia, el amor y respeto de los hombres.

En su muerte, como avergonzados por su ejemplo, han llorado a la vez todos los pueblos. Los pueblos, fatigados de odiarse, necesitan alguna vez darse el amor. Estos reposos son extraños, y se hacen históricos. Los hombres que ocasionan estas treguas son benefactores de la tierra y seres gigantescos. Con su vida enseñó Garfield a los hombres que la criatura más humilde tiene en sí misma todos los elementos de la mayor grandeza humana. A su muerte todos los odios doblaron la rodilla y los buenos de todos los pueblos se afligieron y oraron. Tan grande hombre no tuvo en tan grande obra más que un solo auxiliar, sin cuyo empuje hubieran quedado ahogados en su generoso seno sus singulares energías: ha sido este auxiliar la libertad. Sin los campos que ella abre, sin las ruinas sobre que ella se asienta, sin las serenas y espléndidas ideas de que ha poblado el espíritu de los hombres,—como un esclavo, como un rebelde, o como un astro preso en cárcel recia, habría vivido y muerto ese hombre venerable que ha dado a todos los pueblos de la tierra lección de energía, ocasión de comunión, causa de amor. Los más grandes servidores de los hombres son los que les hacen caer las armas de las manos, y buscarse solícitos y tristes para afligirse a la par de una amargura, y los traen a comulgar arrodillados alrededor de un mismo altar. Unir, es crear. Y así desapareció el romántico Garfield de la tierra, como el sol, coronado al morir de sus más luminosos resplandores.

La Ofrenda de Oro. La Habana, octubre de 1881.

CARTAS DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Medalla de oro.—La autobiografía de Guiteau. —Guiteau ante el Tribunal.—Premio al valor.—Fuego terrible.—La exposición de Atlanta.—Escenas de gala.—El centenario de Yorktown.

Nueva York, 15 de octubre de 1881.

Señor Director:

Ya ha visto U. en lo que se ocupa el Senado, a tiempo que en las oficinas del Congreso, corre ya, a propuesta del senador Voorhees, la moción de que el Poder Legislativo de los Estados Unidos acuñe como especial tributo, una medalla en memoria de la muerte trágica de Garfield. Era Garfield tan profundo hombre de letras como puro hombre político: hablaba y escribía un lenguaje accidentado, sólido, repleto, lleno de incisos enérgicos y oportunos, fundido—aun en la conversación vulgar—en molde clásico. No cupo nunca pensamiento bajo en su lenguaje amplio y hermoso. La grandiosidad del lenguaje invita a la grandiosidad del pensamiento. Tales dotes lo llevaron a la presidencia de la Sociedad Literaria de Washington, y de la Sociedad ha nacido la generosa idea de conmemorar en metales ricos su admirable muerte.

Elizabeth Bryant Johnson, que lleva entre sus nombres el de un ilustre poeta, sugirió la cariñosa moción, que por ser de ella, que es dama conocida y estimada en el círculo social y político de Washington, y por honrar a tan grande hombre, ha sido aceptada con vehemente aprobación.

El nombre de un poeta evocamos, el nombre de Bryant; de otro poeta, menos famoso, pero amado y leído, se lamenta hoy la muerte: de Josiah Holland. Por centenares de miles se han vendido sus libros de versos: su *Catalina* es el más gustado. Poeta trabajador, debió su gloria a su mérito, y su éxito a su trabajo. Novelas, historias, libros de educación, toda esa ruda labor de artesano a que está obligado el literario pobre,—ocupó durante su enérgica vida sus activas manos. Amaba a sus cofrades y era amado de ellos. No era de esos bardos que acumulan en elaboradas rimas imaginarios dolores, y sentimientos cerebrales: era de aquellos bardos sinceros cuyos versos brotan hechos de una hora real de dolor, de fe o de amor. Un hermoso periódico publica mensualmente en Nueva York la casa de Scribner, una revista excelente, en que, bajo elegantísima cubierta de uso antiguo, únense a selectos y amenos estudios literarios grabados exquisitos, retratos bellos, minuciosas y perfectas obras de arte: era Holland el director de esta revista de Scribner, hoy leída con fama en Inglaterra, y vendida mensualmente en grandes cantidades en las más lujosas librerías y en los más humildes casuchos de periódicos de los Estados Unidos. Murió Holland como mueren los que saben cumplir con su deber: murió al entrar en su casa de trabajo; murió de pie. El corazón, fatigado de sentir, se negó a enviar a las venas la sangre. ¡Noble poeta!

¡Qué sanos libros, esos que escribe el alma! ¡Qué repugnante libro, ese que ha escrito en su prisión el menguado Guiteau! Pero atrae los ojos, como los atraen todos los fenómenos. El libro es una autobiografía, dictada a un empleado del *Herald,* este omnipresente periódico,—autobiografía tal que la oía a veces el escribiente con irreprimible disgusto y con justa ira. ¡Con qué regalo se detenía en los menores accidentes de su vulgar vida! ¡Qué importancia imagina que va atada a la más necia de sus confesiones! Es la vida de un ambicioso, que llega con el deseo a donde no llega con los medios intelectuales y morales de satisfacerlo. Le devoraba ansia de notoriedad y vida cómoda. Todo lo suyo es raquítico, impotente, soberbio, extravagante. No se somete a trabajos humildes. Aspira a grandes premios con mezquinos merecimientos. En todas partes es desestimado por inepto, por vanidoso y por díscolo: su lenguaje es rastrero; sus propósitos pueriles y enfermizos; leyéndolo se imagina un hombre de mirada viscosa, color pálido y cráneo deprimido. Este hombre es una imperfección moral, como hay imperfecciones físicas. Enseñarse, ofrecerse, alabarse, proponerse,—eran sus oficios. Como periodista, quiere ponerse a la cabeza de un periódico como el de Horacio Greeley; cosa posible, cuando se es Horacio Greeley; como esposo, martiriza, expulsa y abandona a su esposa; como creyente, aspira a demostrar la venida del segundo Cristo en un libro indigesto y monótono *La verdad, o el compañero de la Biblia;* como lector, habla a salas desiertas; como orador político, fue su única gloria asaltar una vez la plataforma en una junta de hombres de color; como abogado, es perseguido por probada estafa; como escritor de campaña electoral, publica y reparte como anuncio un discurso suyo, que envía a los cuatro vientos, y ellos se llevan: *Garfield contra Hancock;* como desvergonzado, atrévese a enviar a Garfield después de las elecciones en que fue proclamado presidente este singular telegrama: «Los hemos barrido como yo esperaba. Gracias a Dios!—Vuestro respetuosamente—Carlos Guiteau»; y en otra entrevista, en la única que alcanzó de Garfield, osa darle el discurso en el que, con mengua de todo decoro, había unido a las palabras del título impreso, por

una línea de tinta, estas palabras manuscritas «Consulado de París», que no era menor puesto el que de Garfield pretendía. Mas ni ministro en Austria, ni cónsul en París, logró ser el osado vagabundo! Con qué frialdad pedía a Blaine que removiese, en honor suyo, al cónsul actual! A este punto su vida, y de este asalto a la fortuna robustamente rechazado, la ira toma en este espíritu malvado la forma del asesinato. Y entonces describe con repulsiva complacencia cómo «viendo en los periódicos que la tenacidad del presidente iba a dividir el Partido Republicano, dar el gobierno a los demócratas y encender una nueva guerra», concibió la idea de «remover a Garfield», para que el poder recayese en «su amigo Arthur». Se concibió héroe. Creyó que cambiaría el curso de la tierra, y dejaría con su valor estáticos y deslumbrados a los hombres. Preparó una segunda edición de su libro *El compañero de la Biblia,* porque creyó que «por la notoriedad que alcanzaría él por el acto de remover al presidente», esta edición se vendería copiosamente. Empezó una tarea de zorra y de hiena. Espió durante días enteros todos los movimientos de su víctima. Compró el mayor revólver que hubo a mano; le probó a orillas del río; quedó satisfecho de su gran ruido y de su grande estrago; lo envolvió cuidadosamente en papel para que no se le humedeciera; durmió tranquilamente, despertó a las cuatro de la mañana, y «se sintió bien en alma y cuerpo». Y se encarniza en dar idea de su serenidad. Almorzó bien, y volvió a «sentirse bien en cuerpo y alma». Revisó su revólver; aguardó a su víctima; le disparó el primer tiro; lo vio vivo y le disparó el segundo. Y cuando describe la manera con que un policía ciego de ira, se le echó encima y le estrujó el brazo, queda de sus mismas viles palabras la impresión misma que queda en los ojos, de ver a una hedionda sabandija aplastada por la pata de un mastín. ¡Concibió este hombre la única gloria que su ruin mente era capaz de concebir, y sacrificó a ella fríamente, por el beneficio de su fama y provecho, una criatura privilegiada y admirable!

Y dice en su autobiografía, de una manera descosida y violenta, que revela intención de ser tenido por víctima de extravío mental, que hace veinte años comenzó a creer y cree que será electo por un acto de Dios presidente de los Estados Unidos y ofrece para entonces al pueblo americano «una administración de primera clase»: no sufrirá política de sección ni nada que no sea recto: su objeto será «dar satisfacción a todo el pueblo americano, y hacerlo feliz, próspero y temeroso de Dios». ¡Faltan en ese hombre los gérmenes normales y las corrientes naturales y cálidas de la vida! Parece un árbol seco en que han anidado los gusanos. Se concibe un gran criminal, con gran entereza, gran maldad, y constante propósito: mas no a ese raquítico culpable, que al delito de haber cometido su extraordinario crimen, une el de la debilidad de disfrazar su real carácter. Para él el asesinato del presidente fue un negocio, de que esperó nombre y dinero. Sospecha ya que ni el nombre logrado es el que anhela, ni el bienestar a que en consecuencia de su acto aspiraba, se le anuncia. Y procura torcer las consecuencias de este mal negocio! La autobiografía termina con un cómico anuncio: «Busco una esposa, y no veo razón para no mostrar aquí este deseo mío. Solicito una elegante y acaudalada dama católica, de menos de treinta años, que pertenezca a una elevada familia. Esta señora puede dirigirse a mí con la más absoluta confianza». Bien hizo Holland, el poeta que acaba de morir, en escribir aquel ardiente verso: «¡Que una criatura tan miserable haya podido exterminar a una tan noble criatura!».

Un cuñado de Guiteau ha venido a defenderle. Parece un hombre justo, no aguijado del deseo de lograr impura reputación o hacerse de mayor crédito profesional, sino movido de ánimo compasivo por su corazón humano, y por lealtades de familia. Desdén y misericordia muestra por Guiteau. El proceso le daba ocasión

para largas demoras, y enojosos trámites: mas parece que no desea usarlos. Juzga a Guiteau demente; y acumula cartas antiguas, documentos de vieja fecha, documentos recientes, testimonios personales, cuanto haga a la prueba de demencia. Desea Guiteau pasar como un monomaniaco político y religioso. Su cuñado afecta, o siente, confianza en el veredicto de los jueces. Hablarle, verle, oírle, basta,—dice el abogado.

—«¿Cuáles serán vuestros testigos?»

—«Guiteau el primero»,—responde. «Que los jueces le interroguen, que lo vigilen, que lo escuchen, que lean las cartas que a su hermana y a mí nos viene desde hace tiempo escribiendo; el informe que ha redactado desde su prisión para la prensa; el manifiesto que antes de cometer el crimen escribió al pueblo americano, y me dictó ayer de memoria, y la adición al manifiesto en que establece que uno de los objetos del asesinato fue crearse renombre para ayudar a la venta de su libro que ha de salvar a las almas.»

De la perspicacia de los jueces, y del extravío mental de Guiteau parece seguro el abogado que viene a Washington, humilde y sin dineros, a disputar su víctima al cadalso. Altas razones de honra nacional ven algunos abogados en esta defensa; y enseñar a las pasiones a enfrenarse, y a los corazones a compadecer a los malvados, les parece una buena enseñanza, digna de ser intentada, y de ayudar en ella al modesto abogado Scoville.

Mas ya está el procesado ante la barra. La sala está llena de juristas y empleados. La multitud, de pie en el fondo del salón, lo ve en silencio. El desdén se mezcla a la lástima. El preso lleva un mal flus muy usado. Grueso y rollizo lo representaban los informes: débil, y de mísera apariencia se le ve ahora ante los jueces.

—«Os confesáis culpable, u os creéis inocente.»

El acusado se lleva la mano trémula al bolsillo, y como buscando un papel, dice:

—«Traigo aquí un informe que deseo leer.»

—«No es el momento de leerlo. ¿Culpable o inocente?», repite el juez.

—«Inocente», dice Guiteau; y se escapa de sus labios un suspiro.

Se ajusta el día del proceso, que va a ser el 7 de noviembre: quiere el defensor demorarlo; anuncia que lo defenderá por demente, y que negará jurisdicción al tribunal actual; rodeado de empleados de la Corte, sale tímido y nervioso, del salón por entre la multitud, que lo ve pasar sin una amenaza, sin un clamor, sin un gesto. Va poseído de visible zozobra. Le asusta su propio drama. Le abandona la calma con que en la celda dicta su vida y redacta sus informes. Se buscan testigos; se urge al tribunal para que a su costa los haga venir a Washington, más por demorar el proceso, en espera de lo improvisto favorable, que por enojar al tribunal con ello. Vuelve el criminal a su jaula de piedra. El aire de la sala de la Corte, cuyas ventanas habían sido cerradas, era caliente y fétido.

Por destruir una vida es procesado este hombre en Washington: por salvar a trece náufragos, con grave riesgo, ha sido condecorada una mujer en Newport con la medalla del valor heroico. En noches tenebrosas, en frágil bote, Ida Lewis Wilson, ha arrebatado al mar enfurecido numerosas víctimas. De oro es la medalla con que la premia el gobierno; y de manos de un bravo comandante pasó a las de la intrépida nauta esta recompensa de su extraordinaria bravura. Afronta, monta, doma la ola furiosa: arranca de su seno a dos hombres medio muertos; los trae en sus espaldas a la playa: bien merece las frases de alta estima que adornan la magnífica medalla.

Por sobre las olas cabalgaba, señora de la tormenta, Ida Lewis: por sobre llamas iban montados los bomberos en el aire noches hace, en un incendio majestuoso y terrible. Una manzana entera vino a tierra: aún humean los restos: entre montones de piedra lucen blancos y grandes huesos; hedor de carne quemada penetra la atmósfera. El fuego devoró el depósito de un gran tranvía, el tranvía de la Cuarta Avenida. 950 caballos estaban en las cuadras. 6 000 pacas de heno ardieron a un tiempo. De provisiones de establo había $50 000. De pérdida total, más de un millón. El cielo de Nueva York se tornó rojo. Los caballos, frenéticos, se resistían a seguir a sus salvadores; o morían entre estremecedores relinchos, o salían desalados, envueltos en llamas, por las anchas puertas. Ya ondeaba la masa roja sobre las casas de los pobres, que se alzan en uno de los costados del depósito; ya envolvían con sus terribles lenguas, y devoraban objetos valiosísimos, cuadros, manuscritos, maravillas de cerámica, libros raros, curiosidades, joyas dejadas a guardar por viajeros ricos, habitantes de hoteles o gente transeúnte en un acreditado almacén cercano; ya el intenso calor derretía los cristales, y la gigantesca ola roja lamía, golpeaba, iluminaba la fachada de hierro de un edificio monumental, construido para casa de mujeres pobres por el benéfico comerciante Stewart, y convertido por sus ambiciosos herederos en hotel colosal y lucrativo: no tuvo Asiria palacios más altos. Salvó el azar las frágiles casas de los pobres; tragose el incendio todas las riquezas del lujoso almacén; salvó la dirección del viento al edificio de hierro de mayores peligros; al nivel de la tierra está el vasto depósito: ruedas de carros, arneses rotos, cráneos de animales, montones de escombros, líneas de vívido rojo entre pedruscos negros, columnas de pardo y denso humo elevándose lentamente de las ruinas, he ahí los restos del inmenso establo.

A la vez que en Nueva York venía a arruinar tan grande riqueza, un suceso de trascendencia considerable abre nuevos cauces a la fortuna del mediodía de la Unión Americana.

Bajo el techo de un soberbio edificio, construido en forma de cruz griega, de 750 pies de largo por cien de ancho, ostentando en su centro la máquina potente que movió las maravillas de la industria presentadas a la Exposición de Filadelfia, se abrazan ahora, y se miran como amigos, el Norte y el Sur.

La Exposición Internacional se abrió en Atlanta con conmovedoras ceremonias el día 5 de octubre. No se oyó por cierto en esa hermosa fiesta industrial, que viene a ser un banquete político, aquella voz amada y consoladora que había prometido hacerse oír: fríos están ya, bajo la tierra de Cleveland, los labios que hubieran dado paso en ocasión como esta a evangélicas y arrebatadoras palabras de hermandad, esperanza y consuelo.

Esta es una fiesta de conciliación, tanto como una fiesta de agricultura. El Sur presenta al Norte su producto rico, de cuya cosecha recaba 300 millones de pesos anuales: el tabaco, el azúcar, el maíz, el arroz, sus jugosas frutas, sus minerales abundantes, sus flores delicadas, sus maderas de monte, todas sus naturales riquezas son desplegadas por el Sur rico en ellas a los ojos del Norte, rico en caudales. Y el Norte, en cambio, su suntuosa maquinaria que, manufacturando el algodón en los terrenos mismos en que se cultiva, traería al Sur con el hecho solo de exportar en objetos lo que exporta en masa valiosísimo aumento en el precio de su productivo capital.

Con gran pompa, con plegarias de obispo, con versos de Hayne, poeta ya afamado; con un levantado discurso del senador Voorhees se inauguró la exposición. Ella viene a incitar al Norte a que lleve al Sur sus capitales desocupados. Ella viene a mover al Sur a que favorezca el cultivo de los frutos del trópico que hoy a alto precio compra el Norte, a tierras extranjeras, y a demostrarle la posibilidad, y urgencia de que, con tan

rica materia prima, y con tan vastos mercados en su frontera como los de México, y los del resto de la América Latina, más allá, se trueque de país agrícola; no bien educado ni aprovechado de sus excepcionales recursos, en país agrícola perfecto, y en país manufacturero de artículos que hoy compra de los mismos a quienes vende la materia primera con que se elaboran.

Día solemne será para la Exposición el día 25, en que los gobernadores congregados en Yorktown para la magna fiesta histórica, irán en masa a tomar y llevar a sus estados impresión de las ventajas mutuas que de venir a más íntimo comercio mostrará sin duda esta afortunada exhibición.

De recordar las glorias de los muertos irán los gobernadores a honrar las prendas del trabajo de sus laboriosos hijos—trabajar: gran manera de honrar a padres gloriosos. Los hijos deben hacer practicar, no ahogar en sangre, la simiente de gloria que de sus padres ilustres recibieron. De flores y de frutas habrá exhibición luego; y de bueyes y mulas; y de ovejas y cerdos; y de los perros, que guardan la hacienda; y de todos los útiles animales y menesteres de las casas de campo.

De desolación y espanto fue la escena en el incendio de la Cuarta Avenida; de gala y de colores la hubo en el rico hotel que ostenta la Quinta. De famosos generales, de suntuosos viajeros, de altos políticos, de damas poderosas, es el hotel de la Quinta Avenida natural morada. Allí, pasando por puertas embanderadas con los pabellones de Francia y Norteamérica, fueron a descansar de su viaje los descendientes de los heroicos franceses que abatieron—frente a los viejos reductos de Yorktown—el poder y la fortuna de Inglaterra. Del intrépido alemán Steuben, del romántico Lafayette, del noble Rochambeau fue allí la gloria. Decidió el sitio de Yorktown la independencia de la América del Norte. El inglés Cornwallis rindió a Steuben su espada; Washington mismo disparó con sus manos el primer cañonazo en la batalla decisiva; en proezas y audacias rivalizaron los auxiliares de Francia, ataviados de brillantes vestidos, y los nativos criollos, envueltos en trajes azotados por la lluvia, quemados por el fuego de la batalla, destrozados por los arbustos del camino.

El gobierno americano, que secunda los activos esfuerzos de la asociación del Centenario de Yorktown, invitó a los descendientes de los héroes franceses, y a los del bravo alemán, a venir a saludar en el campo de sus hazañas el lugar donde blandieron la espada y rindieron al enemigo sus ilustres mayores. Alegres y elegantes han venido los nietos de Lafayette, de Rochambeau, de Haussonville, de Noailles. Fornidos y severos han parecido a los neoyorquinos los atléticos sucesores del audaz Steuben. No bien llegaron los alemanes sobre el casco de cuyo robusto jefe se leía la insignia de los Hohenzollern *«Suum cuique»,* y las palabras de lealtad, «Con Dios por mi rey y por mi patria», coronadas del águila prusiana,—siguieron, luego de ser cariñosamente recibidos por las autoridades de la ciudad, camino de Yorktown. Ver condes, y vizcondes y marqueses enajena de gozo a los buenos neoyorquinos, y grandemente han gozado con los nobles de Francia alojados en la Quinta Avenida. Sus uniformes han sido menudamente descritos; acotada toda observación; celebrada toda frase oportuna; contadas y alabadas las plumas de colores, las cruces, las armas, los bordados.

En procesión luciente fueron traídos del muelle al gran hotel. Policía montada abría y cerraba el séquito. A los acordes de la *Marsellesa,* que no ha mucho resonaron bajo los balcones de Sarah Bernhardt, sucedían los de *Salve Columbia!* y *La estrellada y listada bandera.* El séptimo regimiento, servido aquí por ricos mercaderes y jóvenes elegantes, escoltaba a los vivaces y sonrientes nietos de los que, con calor de hijos,

ofrecieron sus pechos generosos en defensa de un pueblo amigo a las balas inglesas. Apenas desembarazados de los deberes de orden,—la inquieta comitiva se repartió por esta ciudad maravillosa. Fueron los unos a pasear las luengas avenidas en el ferrocarril elevado, que en un extremo remata en atrevidas curvas, y en otro se alza a elevación pasmosa sobre los riachuelos y praderas que rodean el solemne Puente Alto. Cuáles cruzaron en coche el ruidoso Broadway. Otros, con un pintor osado a la cabeza, se encaramaron en frágil andamio al más extenso puente colgante que va a Nueva York y a Brooklyn.

El que fue campo de batalla se adereza en tanto para recibir a los viajeros. Revistas, saludos, plegarias, discursos, músicas marciales, todo lo prepara Yorktown para sus cuatro días de fiesta. Se ha remozado, y vestido de limpio, el miserable villorrio. En pie está la casa en que firmó su rendición Cornwallis: aún se señala el lugar que ocupó el humeante parapeto, a cuya cima se asomó entre redobles de tambor, el oficial inglés pidiendo parlamento; aún se enseña el lugar donde los incontrastables franceses, al mando del barón de Viomenil, asaltaron el reducto británico, coronado de llamas; aún se apunta el pedazo de tierra en que cayó herido de muerte el barón Scammell.

Allá iremos: mediremos el glorioso terreno; contaremos la espléndida historia; y de brazo andaremos, de aquí a quince días, por la playa animada, teatro ha un siglo de tan altas proezas, los benévolos lectores de estas humildes cartas, y su afectuoso amigo

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 27 de octubre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Historia.—Las doce de la noche.—La última batalla.—Jorge III y Washington.—El centenario de Yorktown.—La batalla de la paz.—Arthur y Blaine.—La bandera británica.—Triste soledad.—Los cautos y los cultos.

Nueva York, 29 de octubre de 1881.

Señor Director:

—Gritos de tributo y gritos de reforma han resonado en los Estados Unidos en esta quincena: con los unos, se celebraba aquella magnífica época que vio vivir a Washington; con los otros, se entra con incontrastable ímpetu por la vía de honradez y pureza que abrió Garfield.— Impacientes los hombres de hoy, por asegurarse el dominio de sí mismos que el sistema de camarillas políticas comenzaba a arrebatarles, como de prisa y de mal grado, emprendieron su peregrinación al campo sacro donde sus tenaces y gloriosos abuelos plantaron sobre reductos humeantes el pabellón a cuya sombra crece el pueblo

más pujante, feliz y maravilloso que han visto los hombres. ¡Luego de echar la vista por estas calles, por estos puertos, por estas ciudades, se piensa involuntariamente en mares y en montañas! ¡Qué simple, y qué grande! ¡Qué sereno, y qué fuerte! Y este pasmoso pueblo ha venido a la vida, de haberse desposado con fe buena, en la casa de la libertad, la América y el trabajo! Poseer—he aquí la garantía de las repúblicas. Un país pobre vivirá siempre atormentado y en revuelta. Crear intereses es crear defensores de la independencia personal y fiereza pública necesaria para defenderlos. La actividad humana es un monstruo que cuando no crea, devora. Es necesario darle empleo: aquí, ha creado.

Eran hace cien años estas ciudades, aldeas; estas bahías, arenales; y la tierra entera, dominio de un señor altivo y perezoso, que regía a sus hijos como a vasallos, y con el pomo de su látigo escribía sus leyes, y con el tacón de sus pesadas botas las sellaba. Los caballeros de las Colonias se alzaron contra los caballeros de Jorge III. Desuncieron los campesinos los caballos de sus carros, y los vistieron con los arreos de batallar. Con el acero de los arados, trocado en espada justiciera, rompieron las leyes selladas con el tacón de la bota del monarca. Se combatió, se padeció frío, se venció el hambre, y con largo y doloroso cortejo se cautivó al fin a la gloria. El 16 de octubre de 1781, los franceses y americanos aliados recibieron de manos del caudillo británico el pabellón inglés vencido. Cornwallis, cercado, deslumbrado, anonadado, aterrado, se rindió a Washington y a Lafayette en Yorktown. Siete mil ingleses se rindieron con su jefe: trescientos cincuenta habían perecido en el brillante sitio; con valor fiero asaltaron los sitiadores las obras de defensa de las tropas reales; con gallarda nobleza y ejemplar calma, se regocijaron de su triunfo. Allí descansaron de su jornada de seis años los soldados de Lexington, Concord y Bunker Hill. Allí doblaron la rodilla, para dar gracias a Dios, los que la habían alzado de una vez fatigados de tenerla humillada ante su tirano, en 1775. Allí se ha honrado ahora a los héroes, se ha conmemorado a los muertos, se ha contado la gloriosa historia, y se ha saludado cariñosamente a los vencidos.

Hace cien años, fue la señal de la rendición a la toma de Yorktown: Francia, que ha redimido a los hombres con su sangre, se había aliado a las colonias americanas rebeldes. En aquellos tiempos de odios, el rey francés obedecía así a la usual política, y debilitaba el poder de Inglaterra, su robusta enemiga. Mas no fue el rey quien decretó la alianza: fue el clamor de la nación generosa que, enamorada de la libertad, y no bastante fuerte aún para conseguirla, empleaba la energía ya recogida en empujar a la libertad a un pueblo más cercano a ella y más fuerte: fue el clamor de la nación, pagada por la casaca parda y las medias de lana del humilde Franklin, de aquel embajador austero, que entró en la casa del rey con los vestidos modestos de la libertad, y habló con sus palabras y venció con ellas. La flota francesa había vencido a la flota inglesa entre los cabos de Chesapeake, con rapidez tan grande y tal fortuna que un noble que venía a visitar al almirante inglés, fue recibido por el conde de Grasse, el marino de Francia, y en las mesas francesas se sirvieron los manjares que habían sido preparados para adornar la mesa de los marinos de Inglaterra. Washington, con cartas diestramente escritas, que aparentaba dejar sorprender a los enemigos, hacía creer a Clinton, el representante del monarca y director de la campaña, que cuando cruzaba el Hudson, estaba aún lejos de él. Cuando despertó de su sueño, halagado por la seguridad de venideras glorias del inglés Cornwallis, Washington mismo con su mano firme, y su postura augusta, disparaba contra Yorktown la bala de cañón que abrió el famoso sitio. De noche construían los aliados las trincheras de donde, al romper el día, habían de disparar las balas llevadoras del asombro, la derrota y la muerte. La luz de una fragata

incendiada alumbra el combate. Lafayette generoso y Rochambeau valiente mandan a los franceses, y Washington sereno, Washington amado, manda a los americanos. Con ellos pelea el soldado bravo, el disciplinador enérgico, el alemán noble, el barón de Steuben. De Lauzan va a la cabeza de la caballería. Vioménil guía la infantería ligera. Entre los franceses van un Montmorency, un Lameth, un Noailles.

¿Qué eran los parapetos, los terraplenes, las empalizadas? ¿Qué las grietas del terreno, naturales defensas de Yorktown? ¿Qué los anchos pantanos, que parecían sepulcro inglorioso, inevitable tumba? ¿Qué las fortificadas baterías? Cada mañana amanecían los sitiadores más cerca de los absortos sitiados ¡Es que hay una hora en que la tiranía se ciega, y se deja vencer aturdida por el brillo y la pujanza de la libertad! ¡Es que el soldado que lucha por la honra vale más, y lidia mejor, que el soldado que lucha por la paga! Rivalizaban en bravura los tenaces americanos y los ardientes franceses. Dos reductos se levantan a su paso: «¡Viva el Rey!», dicen los soldados de Francia, y toman el uno: sobre cien de sus compañeros, muertos o heridos, pasan los triunfadores:—en el otro reducto, el jefe inglés rinde su espada a Alejandro Hamilton, el jefe americano. En vano aguarda lord Cornwallis refuerzos de la flota inglesa, que ha sido vencida; en vano intenta, contra la naturaleza que, amiga una vez de los hombres libres, le cierra con una tormenta el paso, la fuga de sus tropas. Ya no tiene fuerzas el Lord poderoso para sacar el acero de la vaina. Bate el tambor, pidiendo tregua. Se ajustan condiciones: el inglés las rechaza: el americano las impone: se firman en una casa histórica, la casa de Moore: las tropas quedan prisioneras de guerra: la propiedad pública pasa a manos de los vencedores: la propiedad privada, ya de los hombres de armas, ya de los habitantes del pueblo, queda en poder de sus dueños: los productos del saqueo y la rapiña han de ser devueltos a los que los reclamen, y Tarleton, un hombre odiado, tiene que echar pie a tierra de un caballo admirable que reclama su dueño. Témese que peligren, por su fama de crueles, algunos oficiales de Cornwallis, y Washington permite y favorece su salida del campo de batalla, so pretexto de que van en comisión de duelo, a dar parte a los gobernantes ingleses de la amarga derrota. Y el día brilla: en carros, a caballo, a pie, ha venido de los campos y poblaciones vecinas muchedumbre imponente de curiosos. ¡Cuán solitario suele estar el campo de batalla el día antes del combate!, ¡cuán poblado el día después de la victoria! Es la hora de la entrega de las armas. A un lado del campamento, con Rochambeau al frente, forman, con sus lujosos uniformes, los franceses; al otro lado, mandados por Washington, forman, con sus uniformes empolvados, desiguales y raídos, los americanos; aquellos, brillantes; estos, ingenuos. Por entre ambas columnas adelanta, con paso solemne, en armas al hombro, banderas plegadas y tambor batiente, el ejército vencido: no lo manda Cornwallis, que está avergonzado. Allá cerca, en un espacio vecino, dejan aquellos hombres tristes sus mosquetes. Nadie los injuria, no los maltrata nadie. Y la nación entera, como a alba magnífica, se regocija y amanece. Filadelfia era ciudad de fieles, y cuando el guardia nocturno anunció las doce de la noche, con aquel grito lento: «¡Las doce de la noche, y todo va bien»—y añadió—«y Cornwallis ha sido tomado»—no hubo ventana sin luz, ni balcón sin bandera, ni ser humano dormido en Filadelfia. El Congreso en masa fue a dar gracias al bondadoso Legislador del Universo. La grandeza serena había vencido la tradición insolente: a Jorge III lo había vencido Washington.

Yorktown fue la batalla decisiva, el triunfo efectivo, la victoria incontestada. Tras ella, quedó de hecho el país libre. Esa es la batalla que en estos días los americanos han conmemorado. Han vuelto, llenos de vida, a aquel lugar famoso donde a ella nacieron. Han llamado, para apretar la liga de los pueblos buenos, a

los descendientes de aquellos bravos soldados de Francia. Como el alemán Steuben batalló en Yorktown, llamaron también a sus descendientes alemanes. Como Inglaterra ama a sus hijos, y no está celosa, sino orgullosa de ellos, han saludado la bandera de Inglaterra en el lugar mismo en que fue vencida,—nueva manera de vencerla.—Recuerdo sin odio, fuerza sin vanidad, agradecimiento sin interés—esto ha sido esta fiesta. Y viene a tiempo a este país laborioso esta hora de remembranza de aquellas puras glorias,—como vino a tiempo la noble agonía y dichosa muerte del honrado Garfield. Tiene el corazón sus caudales, y perecen en su palacio de oro, como el rey Midas, los pueblos que dejan morir estas puras riquezas. Sentir, es ser fuerte. Ni cabe comparación, en el concepto y gratitud humanos, entre Jesús y Creso. ¡No hay flores más lozanas ni fragantes que las que nacen sobre la tierra de los muertos! De amar las glorias pasadas, se sacan fuerzas para adquirir las glorias nuevas.

Oficial, más que nacional, aunque aprobado y loado por la nación, ha sido el centenario de Yorktown. No suspendió el pueblo sus labores; no hablaron los oradores a las masas; no lucieron banderas en puertas ni ventanas; no recorrieron músicas las calles; ni regocijo, ni emoción, ni curiosidad marcada pudo observarse en comarca alguna de los Estados Unidos. Más allá, en el campo glorioso, milicias, veteranos, altos huéspedes, dignatarios altos, estaban reunidos. Yorktown, morada del silencio, resonaba con ecos de orquesta, clamores de gozo y voces de vida. Al vapor silencioso que cruza lánguidamente las olvidadas aguas de su puerto, un día rico, sucedieron como bosques de buques, ya los americanos de la armada del Atlántico, ya fragatas francesas, ya hoteles flotantes, improvisados en las cámaras de los vapores; ya buques de vela, buquecillos de recreo, vapores de travesía, blancos y gigantescos y barcas de pescadores. Era en tierra todo polvo y ruido; todo tiendas, hoteles improvisados, comedores al aire, puestos de refrescos, grupos de jugadores, bailes de la comarca, comedias de polichinelas, casillas de buhoneros, gritar de gentes, cantar los negros de las haciendas, ir y venir de alegres carruajes tirados por mulas y cargados de lindas virginianas, o de aquellos curiosos vehículos de campo, que llevan sobre dos ruedas la abundante y parlera familia de un hombre de color, tirada por una mansa vaca, que obedece a la voz del guiador acurrucado en la delantera del carrillo, como el más dócil jaco. De feria estaba el pueblo, y parecía feria. De las sesenta casas que un día tuvo, y que solían dar abrigo a opulentos armadores y a funcionarios pomposos, quedan en pie, envueltas en clásico musgo, la casa de Nelson, y—por manos irrespetuosas blanqueada, pálida y amueblada—la casa de Moore, aquella en que con ojos lucientes de gozo vieron cien años hace los jefes americanos moverse sobre el pliego de la capitulación las manos trémulas del jefe inglés que lo autorizaba con su firma.—Algazara y bullicio era todo en Yorktown.—Estos, que aquí se agrupan y vienen a oír las tradiciones que narra, apoyado en su báculo ruin, el habitante más anciano del puerto; aquellos, que se apiñan y vocean, ven bailar sobre un entarimado a un hombre de color, calzado con ponderosas y luengas botas, cubierta la cabeza con un gorro rojo, y todo lleno de lazos azules, y marchitos encajes. En un lado los militares presentan armas a un gobernador; en otro, sacian su sed con benéfica cerveza alemana, o áspero *whiskey*. Ya son corporaciones invitadas a la fiesta, a que la multitud abre paso; ya una columna cerrada de francmasones, que vienen en gran número a la fiesta. Y ya se arremolinan, se empujan, se atropellan para salir al encuentro de un cuerpo de artilleros que viene «cubierto del polvo de seis estados», por el mismo camino que el ejército libertador anduvo un día, empolvado, alegre, sediento, desplegando al aire el pabellón luciente, y arrancando voces de triunfo a las marciales cornetas: 465 millas han andado en treinta

días. Esto era, al inaugurarse la semana de la conmemoración, el lugar de la famosa batalla. En un yate, por el puerto, paseaba el dueño del *Herald,* y agasajaba a bordo a Archibald Forbes, el más atrevido corresponsal de guerra que cuentan los periódicos ingleses; y en tierra, en un rincón, un grupo ansioso, que viene de comprar a un vendedor de baratijas piedras mágicas y medicinas omnicurantes, entra a ver un ternero que nació con seis pies, o una vaca ya crecida que anda sobre cinco. Un lúgubre cortejo cruza, en tanto el río. Fatigado de sentir el corazón de un marino se había roto en su pecho. Era un noble oficial el capitán Mr. Crea. De su buque sacaron solemnemente su cadáver. Singular procesión surca las aguas. Va delante en un bote guiador, el capellán que reza; detrás como guardia de honor, botes de los buques de guerra anclados en el puerto:—entre ellos, el cadáver. Quedó este en tierra. Y continuó el gozo.

El sol del día 18 brilló sobre los buques lujosamente engalanados. En el *Tallapoosa,* el vapor que tuvo encendidas sus calderas para llevar al buen Garfield a las tierras sanas del Canadá en busca de vida, trajo a Yorktown al presidente de los Estados Unidos, miembros de su gabinete, y respetables personas. Cada buque disparó en su honor 21 cañonazos. Batalla parecía aquel estruendo, y lo era realmente: la daba el agradecimiento y la ganaban los hombres: era aquella la batalla de la paz. A poco, en lujoso buque, vinieron con el secretario Blaine, de blanco cabello, bondosa faz y penetrantes ojos, los huéspedes franceses y alemanes. En larga procesión, encabezada por el jefe del país, dirigíase la compacta comitiva, acongojada por el caluroso día, y cercada a un lado y otro por la curiosa muchedumbre, al promontorio donde ha de alzarse el monumento que recuerde el esfuerzo de los redentores, la bravura de los aliados y la trascendental victoria. En ancha plataforma acomodáronse los huéspedes. Cerrados los ojos, baja la cabeza, cubierto a medias el rostro por la mano alzada,—que es aquí la señal de reverencia,—oyeron los concurrentes la plegaria en que se ofreció al Alto Señor la ceremonia. De los francmasones era el día 18 la fiesta. Con ceremonias masónicas colocaron la primera piedra del monumento memorativo. En el sillón de roble en que, en sus trabajos de jefe de logia se sentó Washington, se sentó en Yorktown el Gran Maestro de los francmasones. Las bandas y el mandil que lo adornaban fueron bordados por la esposa del humano Lafayette, y a Washington presentadas en ofrenda, allá en la sala humilde de su hacienda solitaria de Mount Vernon. Y el mallete que en la ceremonia resonaba, está hecho de la madera del puente de la fragata *Lawrence,* el buque abanderado en la gloriosa flota que en 10 de setiembre de 1813, venció en el lago Erie a los tenaces ingleses. A los golpes de ese mismo mallete, se colocó en 1876 la piedra primera del monumento que recuerda el combate de Monmouth; y a sus golpes también fueron echadas en la tierra del Parque Central de Nueva York las bases del obelisco valioso cuyas letras extrañas y seculares intentan en vano descifrar los hombres. Del misterioso Egipto vino a Nueva York el obelisco raro. «A la admirable y sensible Francia, a nuestra amiga constante y fiel, queremos honrar en este monumento: y a ese gallardo Steuben, que honró a su patria, y nos ayudó a fundar la nuestra» así dijo el gobernador del estado histórico, en cuyo recinto está Yorktown. «Ved ese monumento», decía el senador Johnston: «en él están nuestra cima, nuestros triunfos, nuestra actual gloria. Por él sabremos cómo nacimos, y él dirá cómo somos. Él es nuestra existencia nacional. Trece figuras de mujer, los trece estados viejos, sustentan la columna en que van inscritos los treinta y ocho potentes estados que hoy forman la Unión. Y coronándolos a todos, como fruto de esta concordia espléndida, de aquella victoria brillante, y del trabajo con que la hemos confirmado, brilla la Libertad, nuestra salvadora y nuestra hija».

Fue el día 19 el día solemne. Ante los rudos prusianos, cubiertos de su casco de batallar; ante los gallardos enviados de Francia, especialmente honrados; ante la multitud de gente ilustre reunida en esta hora grave de la conmemoración, se irguió el presidente Arthur, honró a la vez a los Estados Unidos que vencieron, y a la madre Inglaterra que fue vencida. Ni honró a Inglaterra demasiado, ni la honró demasiado poco. Fue breve, brillante, seguro, oportuno su discurso. Tenía un modo de decirlo y dio con el modo. A los franceses, dio ardientes gracias. Con Alemania fue cortés. «De esta batalla nos vino un legado»—dijo: «el amor de la libertad, protegida por la ley». «¡Quiera Dios—exclamaba al concluir—que nada altere ni conmueva las relaciones que nos unen con el pueblo que fue nuestro adversario, y con los pueblos que nos cedieron en la hora de la prueba sus mejores hijos: quiera Dios que vivamos con nosotros mismos y con todos los pueblos de la tierra en eterna paz». De elegante manera respondió al presidente el marqués de Rochambeau: con frases de marcado y vehemente afecto habló en nombre del gobierno de Francia el comisionado Max Outrey. La «Oda al Centenario», del poeta del Sur, de Paul Hayne, briosa y bella, fue luego leída. Con donaire de academia y galanterías de hidalgo dijo su discurso celebrado el caballero Winthrop. «Digamos—exclamó—Dios salve a la Reina», puesto que aún se oye el grito generoso con que la Reina nos dijo en nuestra hora de agonía: «Dios salve al presidente». «Manteneos en la fe de nuestros padres», dijo a los estados. «Sois la vanguardia de la raza humana: el mundo venidero es nuestro», dijo una vez Mme. de Sevigné a un distinguido americano: «¡alcémonos a un completo sentido de esta responsabilidad inmensa, y mantengamos el progreso de la libertad en todas las tierras y en la nuestra!». Culto y hermoso fue el discurso de Winthrop.

Un anciano, entre murmullos lisonjeros se alzó luego: el ministro Blaine. Y leyó con voz segura este documento simple y grandioso, de él nacido, y con su mano escrito.

«En reconocimiento de las relaciones amistosas tan larga y felizmente mantenidas entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, en la fe y confianza en la paz y buena voluntad de los dos pueblos en todos los siglos por venir; y especialmente como una señal de respeto profundo del pueblo americano por la ilustre soberana y noble señora que se sienta en el trono británico, ordénase por este documento que al terminar estas ceremonias conmemorativas del valor y triunfo de nuestros antepasados en su lucha patriótica por la independencia, la bandera británica sea saludada por las fuerzas del ejército y marina de los Estados Unidos en Yorktown. Háganlo cumplir el secretario de Guerra y el secretario de Marina.—Arthur.—Blaine.»

Con salvas estruendosas, saludaron baterías y buques el día 20. Fue el día militar, el día naval. 15 000 concurrentes vieron pasar a 8 000 soldados. El hermoso Hancock, como llaman al general demócrata sus entusiastas soldados, llega en arrogante bruto ante la plataforma en que se alza el sillón presidencial; saluda al jefe del país, entrega las riendas de su caballo y asciende a la plataforma. Apuestas milicias, probados veteranos, pintorescos regimientos desfilan a los ecos de las bandas. Allá van los dos cañones tomados a Cornwallis en la heroica refriega. Allá van con sus blusas azules y sus sombreros blancos, los soldados de la Carolina del Norte. Con su banda vestida a la austriaca, van allí los ricos voluntarios del Regimiento 13º de la ciudad de Brooklyn; la caballería del escuadrón del viejo Dominion, en caballos castaños, arranca altos víctores. Especialmente aclamados por sus vestidos pulcros y marcial continente, pasan las milicias de color del noble estado de Virginia. Montes de polvo y ruidos de combate quedan tras las baterías de artillería, que cierran el séquito. Y en buque elegante pasa revista el presidente a los buques anclados en el puerto, que en

su honor izan banderas, suenan músicas y descargan cañones. Y movidos de prisa de volver a sus quehaceres diarios; y pagadas ya, aunque no con el fantástico brillo y suntuoso arreo que fueron prometidos, y que se debían al caso glorioso, las deudas de agradecimiento, a los padres de la nación y a los pueblos que vinieron a ayudarlos, volviéronse con premura dignatarios, militares y masones a sus oficinas y a sus lares; fustearon a sus mansas vacas, camino de la hacienda, los labriegos de color; quedó, en su soledad triste la histórica Yorktown; y es fama que se ha oído decir a muy elevado personaje que allá conocieron los concurrentes,—con el polvo, y el asendereado andar y el imperfecto comer, y el dormir en los hoteles flotantes o en míseras casas,—todos los horrores y miserias de la batalla, sin ninguna de sus glorias. Y ha sido, en verdad, el centenario, para los que ven con ojos penetrantes y leales, como ceremonia impuesta, a los más indiferentes, y sentida solo por los cautos y los cultos. En periódicos,—por más que no en todos,—y en un buen libro, ha hallado estima y loa la patriótica fiesta; y más allá del mar será tenida como acto digno de un pueblo grande, fuerte y bueno. Fiesta de los tiempos, y liga de los pueblos. Mas ¿dónde, dónde, ese patriótico anhelo, esos rapsódicos arranques, esa calurosa sensibilidad; esa filial ternura; ese calor de alma, brío de mente y vida espiritual de nuestros pueblos? En júbilo debieron encenderse todos los corazones; y los muros todos, vestirse de colores de fiestas; y regarse de rosas todos los umbrales; y en peregrinación ir el inmenso pueblo a doblar las rodillas sobre el campo sacro! ¡Líbrenos Dios del invierno de la memoria! ¡Líbrenos Dios del invierno del alma!

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 14 de noviembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

El *«boss»* y los *«halls»*.—Las reformas de Garfield.—Sequía.—La sed amenaza a Nueva York.—El Croton sin agua.—Entre Escila y Caribdis.—La caricatura.—*Stalwartismo.*—Las elecciones.—Rossi y la Patti.—La casa de Washington y la casa de Bolívar.

Nueva York, 29 de octubre de 1881.

II

Señor Director:

—Mas en la política activa, andan calores de verano. Las palabras honradas no son habladas en vano; ni son vanas las vidas puras; ni es vana la muerte de un varón ilustre, que puso mano fuerte sobre los abusadores y corruptores, y ofreció el pecho a sus iras. Se quiere audazmente la realización de las reformas porque Garfield ha muerto. Así como hay espíritus evangélicos que gozan en dar en silencio, como las

violetas humildes, su perfume a los hombres, así hay, refrenadas por la educación o por el miedo, satánicas manos dispuestas a matar. Guiteau, un perpetuo vencido, tenía odio a todos los victoriosos. En sus rencores ardientes cayó la palabra de cólera de los que, con más fortuna y poder que él, se habían adueñado de los empleos y votos públicos, y granjeaban en ellos opulenta vida, y se revolvieron iracundos contra el hombre sano que quería volver a la nación, en manos ya de unos cuantos despreciados mercaderes, el uso de sí misma. De motivo político disfrazaron los corruptores el motivo de su cólera frenética, y su apetito de los bienes nacionales; y movieron la mano inquieta del ambicioso vulgar y torpe, y le dieron ocasión para que asignase motivo político a su crimen. Siéntense en la nación, más que se dicen, estas graves cosas. Ansia de reforma y anhelo de dignificación, poseen a los ciudadanos. ¿Recuerdan los lectores de *La Opinión Nacional* la carta anterior de M. de Z.? Allí estaba descrito el *boss* odioso; el cabecilla de partido; el que prepara las elecciones, las tuerce, las aprovecha, las da a sus amigos, las niega a sus enemigos, las vende a sus adversarios; el que domina los cuerpos electorales; el que exige a los empleados dinero para llevar a cabo las elecciones que han de conservarlos en sus empleos; el que con la presión de un dedo en el resorte que mueve la máquina política, echa a andar a su voluntad, o detiene, o rompe las ruedas; el que impone al partido los candidatos, que son siempre tenaces tenedores de ricos oficios, de los cuales les vienen influencia y modos pecuniarios para asegurarse en elecciones nuevas la continuación del goce de los frutos públicos. ¿A qué votar, se iban diciendo ya los ciudadanos, si nuestro voto libre y aislado nada ha de poder contra el voto organizado del partido? Y los hombres buenos, disgustados de aquellas granjerías, desertaban [de] las urnas; y en los salones de cerveza, y en las aceras de las casas de registro, se compraban con monedas o cambiaban por licor los votos de los extranjeros naturalizados; y no ascendía a los públicos oficios el caballero honrado, lleno de fama y méritos, y amado de su comunidad, sino el logrero favorecido, sacado del séquito del capataz, a quien en cambio del dominio que sobre su oficio y él tendría el *boss,* dábale el *boss* su insano apoyo y echaba a rodar todas las ruedas de su máquina. De llamarse aquí *halls* los lugares en que las gentes se reúnen, y de reunirse en ellos constantemente los políticos de oficio, ha venido el odio a los *halls*. Y es unánime el grito de rebelión que, con motivo de las elecciones de noviembre, lanzan al aire los buenos ciudadanos. En Brooklyn, en Nueva York, en Filadelfia, quiebran la máquina. Buscan reforma. Exígenla. Niegan a las corporaciones corruptas el derecho de imponer candidatos a los partidos. Reúnense en clamorosos *meetings,* llenos de la savia de la juventud, la cordura de la ancianidad y la fuerza del decoro los miembros independientes de cada partido. Conciértanse, para votar por los hombres honrados, republicanos y demócratas. En uno y en otro campo cunde la revuelta. Ni caciques, ni asambleas directoras; ¡ni *halls,* ni *bosses!* Quieren que el ciudadano electo sea el mejor ciudadano; y quieren que cada votante tenga voz libre y voto libre en la designación y elección de los candidatos por quienes vota. Brooklyn tenía un dueño demócrata, que se llamaba Mc Langhlin; lo echa abajo. Nueva York se sacude de su dueño, el tenaz y astuto Kelly. En Filadelfia, el Partido Republicano resiste la candidatura que la asamblea de políticos que viven de los oficios públicos les imponen, y vota por Wolfe, un candidato rebelde, que se presenta espontáneamente a ser votado. Quieren reforma los partidos, que garanticen el ejercicio del sufragio, y hagan imposible el retorno al corrompido organismo actual. No dan aún con el modo constante que ha de amparar el libre voto, mas esta vez, salvarán el suyo, con el vigor de su noble

rebeldía. Peligran la independencia y la dignidad de la nación. No al triunfo de los partidos, sino al beneficio de los municipios, han de atender los munícipes.

La Academia de Música, el más hermoso teatro de Brooklyn, la ciudad anexa a Nueva York, resuena con víctores y coros de hurras a los desinteresados candidatos de ambas secciones de partido, el popular general Tracy y el meritorio anciano Ropes, que van a ofrecer juntos su influencia y sus cohortes de combate, a un hombre joven y puro, a quien el pueblo y ellos aman, al generoso y rico Seth Low. Habla en la admirable reunión el anciano Ropes, para deponer toda probabilidad de triunfo de su candidatura, determinada una semana antes, como bandera de combate de los hombres puros. Habla entre salvas nutridas de macizos aplausos, el general Tracy, para ofrecer al hombre joven la candidatura que a su vez le ofreció la asamblea de políticos republicanos de la ciudad. Para decir que auxiliará a los republicanos, habla un demócrata. Para flagelar a los explotadores y ensalzar al nombrado, habla un hombre que gozó un tiempo en este país honores cuasi divinos, y que, acusado de adulterio en un proceso escandaloso, no ha perdido aún, sin embargo, todo aquel no igualado prestigio e influencia mágica que un tiempo tuvo: el sacerdote de rostro encendido, mirada llameante, y lacios y largos cabellos blancos, el brioso e infatigable abolicionista de otros días, el párroco de la iglesia de Plymouth, el que lleva de la mano con altos honores a la plataforma de su iglesia al hereje célebre, el antideísta Ingersoll; el orador famoso, Henry Ward Beecher. Su palabra es azote, canto, arrebato indignado; bufonada, chiste. Ve las cosas con ojo americano. Se sacude hacia atrás, en un movimiento oratorio, los faldones de la levita. Mezcla con gran fortuna los tonos nobles y los tonos bajos—¿por qué no decir innobles?—del discurso. Que rían de lo que dice, le regocija. Conoce el espíritu de su pueblo, y se adelanta a dar forma hablada, siempre oportuna y feliz, a lo que bulle en la mente popular. Con él los americanos se espasman, se enardecen, se deleitan. Él tiene, como ellos, vivacidad, penetración, burla de lo romántico, grandeza y candor. Su voz, ya fatigada, es aún melodiosa. Odia las notas altas, y emite naturalmente sus sonidos correctos, penetrantes, blandamente timbrados. No lleva ante la mesilla del orador un discurso eslabonado, grandilocuente, bien armado. Revolotea, se para, anda a retazos, pica, muerde, pisotea, ridiculiza, brilla. Se le sigue con placer, con asombro, con provecho. Oírlo es dar con la clave en este país extraño, que tiene de infantil y de maravilloso, y en igual grado lo repulsivo y lo atrayente. La palabra francesa de Chauncey Depew, la palabra universitaria de George Curtis, la palabra llana del abogado Choate, la imperial palabra del elegante Conkling revelan ya la influencia de las altas clases y literatura alta de los pueblos viejos en este nuevo país. La palabra descarnada, vigorosa, familiar, desenvuelta, pintoresca; la palabra brusca, sincera, cándida, llana, la palabra yanqui:—esa es la de Henry Ward Beecher. Discurso sin convención; plática sin embarazos; conversación vivaz, sencilla, útil y humana. Quedó nombrado candidato para *mayor* de Brooklyn el hombre joven y bueno, que odia los saraos y ama a los pobres: el noble Seth Low.—Que es joven, dicen sus rivales mohínos.—«Pues porque lo es!», exclama Beecher:—«¿nacen acaso los hombres viejos? Tan joven como él quisiera yo ser, y cuando tenía yo su edad, había creado dos parroquias y vine a Brooklyn a fundar la parroquia tercera; mas ¡ay!, que el general Tracy decía, pintando su vejez y en consecuencia que él había cortado las maderas en que se había hecho la plataforma republicana, y yo planté las semillas de los robles de que se cortaron las maderas de la plataforma!». A lo que siguieron colosales coros de estruendosas risas.

Halagando a los hijos de Brooklyn, decía Beecher, por cuanto existe rivalidad de vecinos entre las dos ciudades,—por el río y por los hábitos de sus moradores separados: «Nueva York es vuestra casa de trabajo; y vuestro hogar, es Brooklyn». Con igual clamor y con inusitado empuje, continúa su campaña de reforma la democracia neoyorquina. Gigantesca reunión atronaba anteanoche los aires en el Instituto de Cooper. Los grandes del partido, que son los buenos del partido, hablaban al frenético pueblo. Libre elección, libre designación, y empleados honrados quieren los neoyorquinos. Los hombres puros, que ven libres las urnas de los gavilanes que habían sucedido a las águilas, vuelven a las urnas. En verdad, no presentaba esta tierra a los observadores de su máquina política menos deplorable espectáculo que el de los más viejos y corruptos países. Todas las malas pasiones y todos los ruines apetitos, tenían aquí el usual dominio, y el usual empleo. Falsedad era el voto, e iba camino de su descrédito el superior. Venía a ruinas el templo de Jefferson. Mas los caballeros de la libertad se arman, llaman con las espadas de los padres de la patria a las puertas de la casa de la libertad, y echan del templo con voces de anatema a los procaces logreros. A tiempo viene la reforma: podríanse los cimientos de esta gran República.

De sed de decoro sufrían los buenos republicanos; de sed de agua están a punto de sufrir los neoyorquinos. ¡Qué catástrofe, si aconteciera! El acueducto de Croton no recibe de sus corrientes proveedoras el agua necesaria; los grandes receptáculos apenas bastarán a las necesidades de cortos días; la lluvia reacia se ha negado a los campos; la tierra ardorosa enjuga las lluvias escasas que la riegan; no corren los arroyos, ni bajan los hilos de agua de los montes, ni crecen, como suelen, los majestuosos ríos. Ya ha avisado del peligro de la seca el jefe del acueducto; ya ha rogado el *mayor* de la ciudad que economicen los vecinos el agua que amenaza faltarles. 95 000 000 de galones de agua consume cada día Nueva York: y sólo 4 000 000 diarios podrá dar Croton si sigue la seca. Y no llueve, los ríos no se hinchan; los caudales del acueducto se vacían: el riesgo es inminente, es grande, está cercano. Las familias imprevisoras, habituadas a prodigar la rica agua de Croton, no harán en ella la necesaria economía. De fijo que el próximo domingo todo serán plegarias por la lluvia. Y ya se piensa en traer el agua a la inmensa Nueva York del lago Erie.

Y en Washington ¿qué hace, qué piensa, qué decide el vigilado presidente? Sus amigos personales están desacreditados: el espíritu de Garfield llena el país. Por honra y pureza hay general clamor. Podría el presidente llamar a sí a amigos íntimos, y él cuenta entre sus hábitos el de serles fiel, mas acontece que cuentan, como los más prominentes entre ellos, hombres de cuya participación constante y absorbente en los negocios públicos desconfía ya la nación. Una caricatura recientemente publicada, pinta esta difícil situación. Es el pasaje de la *Odisea:* Ulises cruza su azotada barca, entre Escila y Caribdis. No atado, como pasó Ulises, sino con la recia mano sobre el timón rebelde va, con su traje griego, el presidente Arthur. De tierra lo llaman las sirenas; Conkling, con largos cabellos, toca la pandereta. Platt, el compañero de Conkling en el Senado, lo llama con el dedo; en gran lira, suelta sobre la robusta espalda la negra melena, tañe melodías seductoras el cacique Logan, partidario tenaz de una secta oficial, de una casta de tenedores de empleo, y de un gobierno fuerte; mueve, con manos frenéticas, el general Grant una guirnalda de rosas. El presidente, con vigorosa voluntad, tuerce la barca hacia el encantado promontorio: mas la barca empujada de lleno por los vientos contrarios, corre mar adelante, y arrastra al barquero. Rodeado de escollos está el promontorio. Sobre él uno que dice: «Servil fidelidad a los amigos» hay un mástil roto:

léese en una roca: «Patronato para fines personales». «Patronato, protección para el logro de empleos.» En otra roca está escrito: «Servicio civil corrompido». A los pies de las sirenas se lee *«Stalwartismo»*.—*Stalwartismo,* gobierno de la casta alta, de la casta política. Y al volver del promontorio, están, en una grieta de la roca, una calavera y un hueso roído que dice: «muerte política».

¡Mas los vientos de la nación llevan la barca del presidente, entre las agitadas aguas políticas, mar adelante! Y ese es de cierto el gobierno en Washington. La sección honrada del Partido Republicano no levanta obstáculos al presidente nuevo; mas no fía en él.—Hombres ilustres y probados se niegan como el buen caballero Morgan, a servir en la secretaría de Hacienda que, para ocupar su puesto de senador a que ha sido electo, renuncia el probo y hábil Windom, el secretario de Hacienda de Garfield. El juez Folger, ya confirmado por el Senado, como aquí es uso, ha sido señalado para desempeñar la secretaría. Atemorizados del ruido de las olas, no asoman sus buques francamente los íntimos amigos de Arthur, vencidos de hecho por el vigor con que la nación entra por los caminos que abrió Garfield, que descargó sobre sus frentes, depósito perpetuo de maquinaciones personales, un golpe robusto. Y así entra noviembre.

Buenas cosas a fe se nos preparan. Elecciones reñidas de los personalistas que resisten la pérdida de su largo dominio, y los buenos ciudadanos que toman al abordaje el bajel que estaban echando a pique los piratas: elecciones magnas, en que votará libre y alegremente el honrado pueblo. E iremos a las urnas, y asistiremos a sus casas de reunión, y los veremos votar, y registraremos la crónica del triunfo, y los clamores de la derrota. Rossi, el magnífico actor, representará a Shakespeare. Adelina Patti, de voz celeste y ojos andaluces, cantará sus dulcísimas romanzas. Booth, el trágico americano, personificará a Richelieu, a Otelo, a Hamlet, a Ricardo III. —Y lo veremos todos: irá, camino de la noble Caracas, lleno de curiosas noticias el venturoso correo. Bienaventurados sean los buques que salen de la casa de Washington y van a la casa de Bolívar: ¡tristes los que no los acompañan!

M. de Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 15 de noviembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Pueblos perezosos.—Elecciones honradas.—Un millonario es vencido por un trabajador.—Una campaña electoral: recursos, hábitos, preparaciones, gastos extraordinarios, día de elecciones.—Adelina Patti.—Shakespeare.—Otelo y Hamlet.—Booth y Rossi.—El Día de Gracias.—¿A qué matarlo?

Nueva York, 12 de noviembre de 1881.

Señor Director:

—Días de drama, de ansia, de victoria y derrota, de brillo y sorpresa, han sido en Nueva York estos últimos días. Vivir en nuestros tiempos produce vértigo. Ni el placer de recordar, ni el fortalecimiento de reposar son dados a los que, en la regata maravillosa, han menester de ir mirando perpetuamente hacia adelante. Sofocados, cubiertos de polvo, salpicados de sangre, deslustradas o quebradas las armas, llegamos a la estación de tránsito, caemos exánimes, dejamos —ya retempladas en el calor de la pelea—a nuestros caros hijos las golpeadas armaduras, y rueda al fin en los umbrales de la casa de la muerte el yelmo roto al suelo. Al que se detiene en el camino, pueblo u hombre, échanlo a tierra, pisotéanlo, injúrianlo, despedázanlo, o—para que limpie el camino—húrtanlo los apresurados, embriagados, enloquecidos combatientes. Y en vano ya, si queda vivo, arrepentido de su flaqueza, levántase el caído, repara su abollada coraza, intenta mover el oxidado acero. Los grandes batalladores, empeñados en la busca de lo que ha de ser, han transpuesto el magnífico horizonte. Y el perezoso ha sido olvidado. Van ya lejos; muy lejos!

Ni de las riendas de su caballo debe desasirse el buen jinete; ni de sus derechos el hombre libre. Es cierto que es más cómodo ser dirigido que dirigirse; pero es también más peligroso. Y es muy brillante, muy animado, muy vigorizador, muy ennoblecedor el ejercicio de sí propio. Estas cosas venían olvidando las gentes de este pueblo y como que era jamás que se compraban y vendían los votos, ley suprema, implacable señor y cuna de todo poder,—hallaban los elegantes caballeros y altos potentados menos trabajoso que coaligarse para votar honradamente, coaligarse para comprarlos y venderlos. Elecciones, haylas aquí todos los años, mas estas de ahora han sido como el despertar arrogante y colérico de hombre robusto que sabe que se ha abusado de él en sueño.

Tienen en Nueva York, como en toda la Unión, tipo especial las elecciones, y en las más, que son las de presidente de la República, salen a la batalla los más reacios, señoriles o perezosos elementos, y se combate con angustia, con fiereza, con rabia, con toda la fuerza de la voluntad y todos los músculos del brazo; y en las otras, que son llamadas «de año aparte»,—aparte del gran año de la elección presidencial,—ciertos esfuerzos dejan de hacerse, ciertos resortes, más necesarios para la lucha magna, son dejados, temerosos de irritarlos, en descanso; los partidos locales, compactos ante el rival compacto en la gran lucha cuatrienal, se subdividen y desatan; las simpatías personales ponen en peligro la fidelidad y disciplina de los sectarios del partido; como se vota por hombres conocidos de cerca, y de la casa, y cuya influencia se ha de sentir más en la casa, se les duda, se les pregunta, se les analiza, se les despedaza, o se les ama más. Las pasiones toman formas cómicas, un instante después de haber tenido amenazantes formas. «¡Quisiera que se quemase esta noche la buena ciudad de Brooklyn, y el buen Low con ella!»—decía al bajarse de un carro el día de las elecciones un partidario rival de Low, vencido. Ya a la madrugada, un pobrecillo muchacho mensajero, un gran trabajador de baños volvía con su lindo uniforme, sus ojos cargados de sueño, y sus manos de telegramas por repartir, aún a las dos de la mañana, a su casita pobre a la que lleva cada día un peso, y de la cual sale cada día, para tornar a su faena, no bien el sol,—que ve tantas maravillas calladas,—como hostia de oro, generadora de vida, se alza en el cielo. Y como hablándosele de la elección se le dijese:—«Pero la gente pobre quiere a Seth Low, el *mayor* electo».—«¡Oh, no señor: ahora tendremos que pagar más renta: él es un rico, y no cuidará de los pobres.»—«Pues Henry Ward Beecher dice que pocos aman a los pobres como Low.» «Yo sé, decía con aire grave el mensajero, tanto sobre Henry Ward Beecher, como pueda saber nadie en esta localidad. Su mujer mandó una vez a un mensajero a buscar un centavo de leche, le dio una

moneda de dos centavos y le pidió el cambio.» Y la puerilidad y suficiencia de aquel niño reflejan en gran modo la lucha electoral. Talmage, un orador elocuente, aunque epiléptico, censuraba con razón en plática religiosa reciente, las ruindades, las deslealtades, los voluntarios olvidos de la verdad, de que se hace arma, con deliberado propósito, en las elecciones. Se conspira, se anatematiza, se ridiculiza, se desfigura al rival candidato. Mas esta vez tenían las elecciones, no ese encono local, ni esa menor significación que las usuales elecciones de año aparte tienen; sino aquella grandeza de la rebeldía, y aquella virtud singular de las vindicaciones, y aquel hermoso empuje con que los hombres engañados se alzan al fin contra los que comercian con su decoro y beneficio. El buen espíritu de Jefferson, que amó la libertad de una manera ardiente y majestuosa, infundió brío al pueblo adormecido. De dejar las urnas en manos de vagabundos, ebrios y politicastros, o de votar humildemente por los candidatos señalados por los omnímodos caciques que en cada partido de ciudad reinan,—se ha venido de súbito a repeler presiones bochornosas y corregir olvidos fatales, que resultaban en la elección de hombres menguados, criaturas y siervos del cacique; a cerrar la entrada a puestos públicos de los hombres por el cacique recomendados; y a elegir, con voto enérgico y mayoría grande, hombres probados, sanos, útiles, capaces, como un noble diputado mexicano,— de ceder su alto puesto a sus rivales, — por estimar que el calor de sus amigos, o el interés de su partido, habían llevado a la elección manejos que descontentan a un hombre virtuoso. La infiel memoria no quiere ahora recordar el nombre de este buen diputado de México. ¡Debiera la memoria olvidar las vilezas que sabe, y recordar solo las nobles acciones!

Elecciones de estado y municipio han sido estas de ahora, y su importancia—esa: la de despertar el pueblo a la conciencia y uso de sí, y arrancarlo de las manos de traficantes osados o dueños soberbios que venían disponiendo, como de hacienda propia, de los votos públicos. Para muchos puestos se elegía: para senadores del estado, para diputados al Congreso de la nación, para altos oficiales del estado, fiscal, ingeniero, tesorero públicos: y en Brooklyn, ciudad democrática, se elegía *mayor* de la ciudad. Y en otros estados hubo también elecciones varias, mas no tan reñidas, ni tan trascendentales, ni tan imponentes como las de la ruidosa Nueva York y la doméstica Brooklyn. En Nueva York, una recia, apretada, interesantísima contienda atraerá a sí los ojos: un millonario luchaba contra un trabajador. En Brooklyn, aparte de todo personal accesorio, que diera amenidad y brillo a la lidia, peleábase cerradamente por la libertad electoral. En Nueva York, un hombre alto, imponente, delgado, elegante, Astor, disputaba la elección de representante en el Congreso de la Unión a un hombre robusto, espaldudo, jovial, llano, humildísimo, Roswell Flower. En Brooklyn, el *mayor* de la ciudad, que en su término de gobierno ha probado inteligencia y honradez, pero que era cera blanda en las manos del *boss* formidable, del cacique dominador de las organizaciones políticas de la ciudad, se presentaba a ser reelecto, contra un hombre joven, caritativo, justo, impetuoso, acaudalado, el buen Seth Low.

Es necesario, es necesario seguir la contienda de Flower y de Astor. Como una, son todas; pero esta fue más agitada, más palpitante, y más reflejadora del espíritu y prácticas de este pueblo que otra alguna. Astor es un gran caballero, que ha dado en ser político, y tiene palacios y anhelos de gloria, que son otros palacios, y, sobre sus riquezas, la rica dote de no ver su caudal como derecho al ocio. Es pobre de años, mas no de millones. Es senador del estado. Pero es miembro, y aspira a ser representante, de esa singular aristocracia de la fortuna, que pretende, para tener pergaminos, hacer olvidar los únicos que la honran: sus

modestos pañales. Los ricos de la primera generación recuerdan con cariño aquella época en que fueron mozos de tienda, cuidadores de caballos, cardadores de lana, mandaderillos miserables, criadores de vacas. Pero los ricos de la segunda generación, que montan galanamente en los caballos que llevaron de la brida sus padres, ven como blasón de indecoro en los neorricos aquello que fue para sus padres blasón de honra: la creación de sí. Un acaudalado que se está haciendo, es un ser bajo y desdeñable para un rico ya hecho. Y hay abismo hondísimo entre los poderosos por herencia, delgados, pálidos, y a modo de luenga flauta—porque es la usanza de la señoría inglesa—aderezados; y los poderosos del trabajo, saludables, castos, decididores, rollizos, y extremadamente limpios, con la antigua limpieza americana, sobria y sólida.

Una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecuniaria, y domina periódicos, vence en elecciones, y suele imperar en asambleas esa casta soberbia, que disimula mal la impaciencia con que aguarda la hora en que el número de sus sectarios le permita poner mano fuerte sobre el libro sagrado de la patria, y reformar para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades, al amparo de las cuales crearon estos vulgares poderosos la fortuna que anhelan emplear hoy en herirlas gravemente. De estos es apoyado, y a estos apoya Astor. Los amigos de lo que se llama aquí en política «gobierno fuerte», son sus amigos. El ceñudo Grant y el desdeñoso Conkling lo defienden. Es para él cosa de código que su familia, su millonaria familia, debe estar representada, como los antiguos brazos del estado en las antiguas cortes, en el Congreso de la Unión. Y era este como un ensayo inoportuno del sistema aristocrático de Inglaterra, cuyos jóvenes nobles aprenden, como ineludible deber e inabandonable derecho, el arte de gobierno.—El competidor de Astor es un rico modesto, un rico de la primera generación, que guarda aún, como trofeo de victoria, su sombrero sin alas, y sus zapatos rotos. Anda hoy en coche, pero él dice que anduvo mucho tiempo descalzo. «¡Yo sé a lo que sabe»—decía en días pasados magníficamente—«esa pobre comida, traída de la casa en tina de lata, sobre la cual se inclina el trabajador al mediodía con tanto regocijo!» Roswell Flower tiene el poder, el ímpetu, la fragancia, el poder de atracción de las fuerzas nuevas. Hoy dirige un banco, donde le aman: en otro tiempo tendía en vano los brazos desesperado en busca de trabajo. Dice la verdad; desdeña a los hipócritas; ama a los infortunados. Tiene el orgullo de su humildad, que es el único orgullo saludable. En su campaña electoral, su única arma ha sido su historia. «Los trabajadores me votarán porque he sido trabajador: muchos años anduve sin ver mis pies libres de heridas y cicatrices. Los hombres jóvenes me votarán, porque ha de regocijarles ver a un hombre cuya vida les demuestra que desde el más bajo principio se puede alcanzar el fin más alto.» Los trabajadores y los hombres jóvenes le votaron, y le votaron sus copartidarios demócratas, y sus adversarios republicanos. Era de ver el distrito en la semana anterior a la elección. Leíase en grandes carteles, en letras negras: «Votad por Astor!».

Y en carteles no menos grandes, en letras rojas, verdes y azules: «Roswell Flower!». Postes, cercas, montones de ladrillos, muros muertos, todo estaba lleno de altísimos carteles. Cada hotel era un hervidero: cada cervecería una oficina de elección. Entraban y salían por las calles del distrito carruajes cargados de agentes electorales, y poníanse a la obra gentes nuevas, y no pagadas, a labrar el triunfo del candidato democrático. Gran casa de telégrafos parecía, o tienda de estado mayor en campamento, la oficina electoral de Astor. Oíanse, en incesante movimiento, cerrar de sobres, doblar de cartas, rasguear de plumas. Un mensajero que salía chocaba con un mensajero que entraba. Afluían, como mariposas sedientas a flor

cargada de miel, los electores, e influyentes de oficio, de los distritos. Y se pesaban, estimaban, y pagaban los servicios de cada mariposa. Se hablaba bajo; se entraba por puertas secretas; se estrechaban las manos con misterio; se sonreía maliciosamente. Los unos salían tristes, y como con poco peso sobre sí; y los otros jocundos, y como cargados de un peso reciente. Porque una elección de representante al Congreso no ha venido costando menos de $16 000, al candidato o su partido: y esta de Astor ha costado al rico luchador, $80 000. Doscientos pesos pagaba cada día a sus escribientes. Cuarenta mil circulares envió a sus electores, por correo. En grandes carros salían las cartas y circulares de la casa en que tenía el candidato su campo de elecciones.—105 distritos cuenta la demarcación en que se escogió el voto, y $100 se dieron para pequeños gastos a cada distrito. Del gran número de ofrecedores de sí, como gentes de valía entre los votantes, se cercenaron los inútiles, y a los útiles, por su habilidad, práctica o influjo, se regalaba con $50 diarios. Cantinas y cervecerías, eran al paso de millonarios, fuentes de champaña, cerveza y *whiskey.* Salía de mañanita, no hecho a tales paseos ni a visitas tales, el inquieto candidato. Le acompañaba su ministerio electoral, formado de gentes probadas en el amoldamiento, violación y seducción del voto público. Le seguían de cerca por las calles lodosas, bajo la recia lluvia, los *reporters* voraces. Sobre su última pisada ponían ellos el pie; no decía Astor palabra, ni echaba moneda sobre el mostrador de una cervecería, que no resonasen al punto sobre las cajas de impresión de los periódicos. Como tábanos seguían al joven rico los periodistas, y lo ha vencido esta guerra de tábanos. A captarse simpatías, a mezclarse con los electores, a deslumbrarles con la frase cordial, la promesa oportuna, el modo llano, o la plática amena; a cautivar con generosos dones a los dueños de las casas de bebida, que votan, y empujan a los que votan, a esto van habitualmente los candidatos a las cervecerías. En ese horno se venían calentando aquí las elecciones. Allí, sobre el mostrador de madera, se ofrece, regatea y ajusta el precio de los votos; allí, en un rincón de las oscuras salas, llenas de humo, háblase misteriosamente en pequeños grupos; allí descienden a triviales gracejadas, complacencias impropias y llaneos indecorosos los que andan en solicitud del voto popular; allí un candidato, escaso de dinero, insinúa a los vagabundos, que lo reciben con estruendosas risas, la bebida humilde, y dice: «¿Qué querrán estos caballeros? Cerveza?». Allí otro, que es hoy embajador en Europa, en ausencia del mozo de la cervecería, despréndese de su gabán, da vuelta a la llave del barril, sirve la cerveza a sus invitados, choca vasos y manos con ellos, y los seduce con su gracia y llaneza. Allí entraba, con guantes de cabritilla, humilde continente y sonrisa afable, el poderoso Astor. A champaña no a menos, invitaba a los perezosos; a vinos caros; a licores exquisitos. Echaba en el mostrador, sin aceptar cambio, gruesas monedas de oro de a veinte pesos. Ochenta fábricas de cerveza, llenas de obreros que votan tiene la ciudad; y visitó casi todas las ochenta. Apuraban la copa los invitados, y el invitador llevaba apenas el vino a los labios. Cautivaba a un vendedor de cerveza, porque le hablaba con soltura en la lengua del idolatrado *Vaterland;* mas otro alemán le recibía duramente, y otro le negaba faz a faz, luego de haber vaciado a cambio de mal vino su bolsa, el voto que el millonario le pedía. A un baile de gentes bajas fue el candidato, y tapizó el mostrador de monedas brillantes, con las cuales se dio de beber a los bailadores largamente, y danzó con las más humildes mozas. Acá defendía un acto suyo en el Senado; allá se excusaba de haberse opuesto a medidas útiles, de cuya advocación en el Congreso empeñaba ahora promesa. ¡Oh, desdichada gloria, que a tales cosas y a tales prácticas rebaja a los que anhelan sus pasajeros beneficios! «¡Pues ni un centavo daré para ser electo»—decía a esto el honrado Seth Low en Brooklyn—«ni iré a pagar a los demás

cerveza que no bebo; ni a comprar votos que no me honran!»—Y Roswell Flower, el adversario de Astor, no hacía eso que llaman, en el lenguaje político de la ciudad, «campaña personal», «campaña de cervecerías»: negábasele ya la voz, fatigada a emitir pensamientos robustos, a decir a los electores congregados en casas de reunión sus frases netas, crudas y honradas. Deteníase en las aceras; visitaba a sus amigos; explicaba en esta y aquella tienda, y a este y aquel grupo, las razones de la actual lucha, y su conducta en las lidias del Congreso, caso de lograr ser electo. Iban a su oficina electoral puñados de votantes a asegurarle que, a pesar de haber recibido de los agentes de Astor, redondas y pesadas monedas, no por Astor que les hería pretendiendo comprarlos, sino por él votarían. Los agentes de Astor pagaban con monedas de cinco pesos un vaso de agua de Seltz, y dejaban al dueño de la tienda el cambio «para que regalase a los muchachos cuando vinieran». Y Roswell Flower rechazaba a un grupo de trabajadores demócratas que le pedían un pequeño premio de dineros;—y a quien le hablaba de la posible compra de algunos votos republicanos respondía bravamente: «No espero mi derrota; pero prefiero ser derrotado a deber mi victoria a la compra de votos republicanos. Quiero sacar mi honra en salvo de esta campaña». —«Vencerme puede, y me vence, mi competidor en riqueza y piernas largas; pero ya salvarán esa diferencia mis leales electores demócratas. Como un pobre muchacho del pueblo empecé mi vida: votará por mí el pueblo; votarán por mí los republicanos honrados.»—Y llegó el día solemne. Como gavilanes en espera de presa, merodeaban junto a las tiendecillas en que suelen colocarse, guardadas por policías, las urnas,—los agentes electorales. Y es fama que los republicanos mismos, lastimados de aquella obra de compra de hombres y vergonzante visiteo a que se había abandonado el candidato republicano, descartaban del grupo de papeletas de voto la que llevaba el nombre de Astor,—e iban sin ella a las urnas, o se proveían de una papeleta que llevase el nombre de Flower. Al caer la noche, un joven triste, sentado en el sillón presidencial de una ancha mesa en un salón casi vacío, movía febrilmente una mano nerviosa, cuajada de magníficos brillantes: era Astor, que rodeado de sus tenientes humillados, recibía en telegramas y cartas las nuevas de su ingloriosa y radical derrota.

Con más de dos mil votos de mayoría le venció Flower, en un distrito donde las anteriores elecciones habían dado mayoría igual sobre los copartidarios demócratas de Flower a los copartidarios republicanos de Astor. Y era ley, que en la ciudad del trabajo fuese electo el hombre del trabajo. No están en el fondo de los barriles de cerveza, ni en la voluntad ruin de unos cuantos vagabundos o menesterosos mercadeables, las leyes venideras de un pueblo fuerte y bueno.

Se sienta mal el que se sienta sobre hombros pagados; porque, acabado el goce del dinero, para servir a nuevo señor, o para recobrar decoro ante sí propios, los hombres pagados dan, de una sacudida de su espalda, en tierra con los pagadores.

Y la prensa, la reina nueva, la amable reina poderosa, a quien Flower ha dado ardientes gracias, ha sido arma de muerte contra el millonario. No era el odio insano a la riqueza, sino repugnancia viril de verla de tan bajo modo empleada. Los periódicos educados se dolían y airaban de aquella tentativa de abuso de los hombres ineducados. Lastimaba a su decoro de hombres aquella manera de comprar hombres. Jóvenes, y aspiradores, y soñadores de gloria, los periodistas que vigilaban de cerca la contienda, y la narraban con realidad sangrienta e implacable, erguíanse con cólera contra aquel espectáculo, que tan baja cuna

preparaba a las leyes, y tan vil empleo a las libertades, y de tales amenazas henchía el porvenir de un pueblo en que las llaves de la casa de la ley pueden ser así compradas y vendidas.

Y han sido las crónicas de esta campaña verduguillos, saetas, lenguas acusadoras, espadas penetrantes, hachas de armas. De desprecio y desconocimiento de los hombres ha venido al vencido millonario esta lección áspera e inmisericordiosa; y de abuso del poder en el estado ha venido a los republicanos este ruidoso comienzo de pérdida de poder.—«Pues, si es necesario—decía en pujante exabrupto un diario de la ciudad respondiendo a otro—elegir entre los jóvenes de casas ricas nuestros representantes al Congreso, ¿cómo tendremos entonces entre nuestros hombres por venir a Henry Clay, a Abraham Lincoln y a James Garfield? Pues no venía de casa rica Garfield, cuya madre viuda plantaba cercas en las haciendas de campo par ganar el alimento de sus hijos!»

Y los que así han flagelado al rico corruptor, han mantenido en brillante pavés, y alzado entre himnos de victoria, a un rico virtuoso... A Seth Low, heredero de la mayor fortuna de Brooklyn, y electo *mayor* de la ciudad por mayoría avasalladora, lo han alabado, defendido, congratulado. Campaña animadísima le hicieron sus secuaces; apiñábanse en las casas de reunión los brooklynianos, para oír al joven bueno; de seis a ocho discursos pronunciaba cada noche, nutridos de pensamiento honrado, y dichos lentamente, en frase llana:—no caudalosa por cierto, ni castigadora, ni culebreadora, como la de Beecher, sino coloquial, serena y sin aliño, más atenta a decir las cosas, que a la manera de decirlas. En odio a la presión política que en la ciudad venía ejerciendo un cacique demócrata, y en respeto a sus no usuales bondades, ha sido electo por demócratas y republicanos, Seth Low. Es de aquellos ricos que pudieran, sin merma del amor que gozan, perder su riqueza: que él, con su virtud y actividad, sabría hacerse otra. Le viene la fortuna de su padre, y la de ser resignado, humilde, laborioso y benéfico le viene de sí. Le parece que no ha de ser un rico dorada parásita que crezca en taza de oro, sino criatura animada y arpa sonante al viento humano, y combatiente útil en la enorme y complicada liza de la vida. Hele ya preparado a ocupar su alto asiento, y a trabajar desde él por el bien público, el voto libre, la escuela útil, las comunicaciones rápidas, y a no hacer cosa que resulte hecha fuera del temor de Dios y de sí mismo, sin miedo a la censura de los hombres.

Ya sobre los anuncios de elecciones, tiéndese, en luengos trozos de papel, nuevos anuncios. Ya, dado punto a este reñidísimo torneo,—en que los malos caballeros, que es justicia que en ocasiones no acontece, han sido humillados por los buenos,—ábrese en Washington el torneo lúgubre, cuyo juez tendrá ante los implacables ojos el arma con que un vulgar ambicioso dio muerte al bravo Garfield. Ya se asegura que el presidente monta en cólera porque no cree su ministro de Justicia que debe el gobierno mostrarse parte en el proceso de Guiteau, sino abandonar su fortuna a la justicia ordinaria, por cuanto influir en ella en este caso, fuera tacharla de parcialidad, torpeza o lenidad en los demás. Ya se afirma que al fin de este proceso y al de alguno de los de desfalco en la administración de Garfield iniciados contra amigos políticos del actual presidente, aguarda Arthur para la reforma definitiva de su gabinete. Ya se van camino de Francia, luego de ser obsequiados con lujoso baile, los caballeros franceses que vinieron a conmemorar en Yorktown las hazañas de sus mayores. Ya, luego de chocar vasos de cerveza en los *comers,* la fiesta de los bebedores alemanes, y de ser con germánica alegría festejados en la casa de las sociedades de canciones, que son para los hijos de Alemania templos amados, donde es diosa la lejana patria—se vuelven también, camino del país de los hombres de hierro, los descendientes del barón de Steuben. Ya se vinieron abajo dos casas de

pobres, que aquí parecen nidales de gusanos, y mueren por la incuria de los avarientos propietarios, nueve míseras criaturas, y se salvan las demás que habitaban las casas, por verdadera maravilla. Ya se mueve grandísimo escándalo porque el cajero del banco más rico de una ciudad vecina, prestó y negoció con valores del banco dos millones de pesos;—y llamó una mañana a los directores de la casa arruinada a darles cuenta del hurto colosal. Ya, al cabo, Rossi ha representado en el Teatro de Booth a Hamlet, y Adelina Patti ha cantado en la sala de Steinway «¡Ah, forse é lui» de *La Traviata,* y «Ombra leggera», de la *Dinorah:* que es, dicho al terminar este cúmulo de cosas terrenas, como empezar un viaje en el lomo de un insecto, y acabarlo en el ala de un ángel.

La naturaleza, como frutas perfectas, como paisajes de rematada corrección, crea seres humanos avasalladores. Llevan en sí, por hermosura extrema, o genio extremo, un poder que deslumbra, desvanece y ciega. Negarlos es vano. En ellos, aparecer es dominar. Si las criaturas de la tierra, celosas de estos seres mejores, hincan en su mano blanca el diente airado, su manera de llevar el dolor aumenta la vida gloriosa que la mordida intentó arrebatarles. De estos hombres, la frente resplandece como nieve no hollada. De estas mujeres, tiene el cutis perlados matices, y la mirada intensidad de llama; semeja el pie juguetoncillo cisne; el talle, caña alada; la mano, beso de niño; la voz, promesa de otros mundos, venidos a verter consuelo y fuerza en este. Así Adelina Patti. ¿Qué parece, sino un vellón de nieve? ¿Qué se busca en la escena, luego de haberla visto, sino un ser sobrehumano? Ni ¿qué tienen los ojos sino lágrimas? Después de oírla, palpa uno aterrado, como palparía honduras de abismo y trozos de cadenas, el sillón en que se sienta, la ropa que se viste, el vecino que le codea, el muro que le cerca. ¡Se viene de tan lejos! ¡Se estuvo en país tan bueno! ¡Volvió a oír al fin el alma palabras a que parece ella tan acostumbrada! Luego, ¿qué es el cielo, sino un viaje de vuelta? Ni ¿qué ha de decirse ahora que es cantante maravillosa, y alada mujer Adelina Patti? Ella aquí fue a la escuela, y cantó por primera vez *Lucía,* y arrebató a las gentes con aquella tristísima manera de entonar las baladas del país con su mirada plena, misteriosa y profunda; con su esbeltez aérea, que le añadía encantos angélicos; y con aquella voz sonora, límpida, amplia, que nace como manantial inmaculado de monte hondo, y crece a arroyo revoltoso, a riachuelo veloz, a río opulento, a océano. Y así vuelve.—Nunca, con sus alas de entusiasmo, volaron víctores más ardientes por el aire. Perfumes de elegancia aromaban la atmósfera del inolvidable concierto de inauguración. De gentes, no había muchedumbre—que costaban diez pesos los buenos asientos. Mas ese común ruido de teatros vulgares; esos altos matices de los trajes de las damas; esa antiartística mezcla de profanos e iniciados; creyentes verdaderos y falsos adoradores; ese parlear de pájaros que precede a las fiestas teatrales,—no ofendían allí la mente preparada a cosas grandes. Se sentía la cercanía de lo solemne. Luego, en admiración frenética y unánime se fundieron todos aquellos arrebatados corazones.

Mas ella viene a dar conciertos, y en la majestuosa ópera quieren oírla los neoyorquinos. Quieren a la gallarda Juana de Arco, cuya elegante armadura de oro y acero, ocupa el centro de un rico trofeo en el palacio de hadas que Adelina Patti tiene en su castillo de Inglaterra. Quieren verla, como a la triste Dinorah, persiguiendo a su cabrita blanca, menos juguetona que su voz, cuando danza a los rayos suaves de la luna. Quieren oírla cantar de amores con el Conde de Almaviva; pasear, plegar, ondear, hacer gemir a extremo no escuchado la voz humana en la *Sonámbula*. Su *Elixir d'amore* es muy famoso. En *Fausto* aún alcanza las altas notas que en vano persigue ya la arrogante Nilsson. Oír se quiere de nuevo esa música quebrada,

vibrante, chispeante de Rossini. Ni a Nicolini, el tenor de voz potente y artística escuela; ni a la señorita Castellani, a quien las cuerdas del violín obedecen galantes y sumisas; ni a un buen barítono, ni a un buen pianista, que con la Patti vienen, quieren oír los neoyorquinos. Templo quieren digno de la sacerdotisa. Bien sería! Mejora oír cantos dulces.

En el teatro de Booth trabaja Rossi. Booth—un trágico. Rossi —otro trágico. De fama se sabe que Yago, este hijo siniestro de la mente insondable de Shakespeare, vasta y varia como el mundo en que vivía, es la creación acabada de Booth. Y Hamlet es para el apasionado Rossi el personaje favorito.

¿Por qué es esto revista, y no libro?

Artax es en la India asiática todo lo sumo y no excedible: y hay artax-hombres: Shakespeare es uno. Rompió todos los moldes de la tragedia, y ajustó las suyas a un molde nuevo: el corazón humano. Debió ser su espíritu como seno de montaña, en que la rica veta de ónix se une al carbón negro. De singular bondad no hay huella en sus obras; mas sí la hay de no igualado poder de examen de la combatida mente, y los voraces y ciegos afectos humanos. Fue como si un hombre, víctima anterior de todas las enfermedades, se sentase en la altísima cúspide a dar la ley de todos. Abunda más en lo divino satánico que en lo divino celeste. Echó a andar por la tierra criaturas tremendas: mas no creó una gran figura llorosa, afligida de amor sobrehumano, perdonadora. A Shakespeare van los anglos a buscar aguas de inspiración como a inexhausta fuente, y como a Grecia y Roma vamos nosotros. De sus maravillas casuales, y de los caprichos de su exuberante genio, rico en creaciones como la atmósfera en celajes, han hecho los comentadores maravillas intencionales; y partos de mente laboriosa, allí donde no hubo más que una colosal y deslumbradora florescencia. Fue una selva, con todos los ruidos, luces lúgubres, castos matices, penetrantes aires, y fantasías enfermizas de la noche. Faltole paz de alma, que es el fulgor del día. Mas no hubiera habido con ella este poeta dramático, que es montaña humana.

Es Booth para los americanos un hombre venerando. Están orgullosos de él, y hoy más orgullosos, porque ya Inglaterra, enamorada de Irving, que es actor muy famoso, sanciona y aplaude al trágico americano. Estiman un tanto suya la gloria de este hombre a quien miran como gloria patria. No se le escatima, antes se le prodiga admiración. Los poderosos de la Iglesia celebran su teatro, y le acatan en público; los poderosos de la fortuna le miman y regalan; los poderosos de las letras lo ven como a mayor hermano; sus cofrades en arte lo tratan con respeto supersticioso. Parece de naturaleza hecho,—no para decir rimas de amores, ni dar cuerpo a pasiones generosas, que iluminan la faz de luz muy bella, y truecan la más grande fealdad en hermosura; sino para sacar a luz lo frío y sombrío del alma. Pálido es su color; anguloso su rostro; violenta su sonrisa; magnífica su honda mirada; vasta, y batida por cabellos lacios, su huesosa frente; va por las calles y anda por los salones, como ser de otros mundos, o rey de este. A un ánimo grave disgusta su afectado continente. Tiene, en su más sencillo movimiento, aire de Macbeth y de rey Lear. Sus piernas, en vez de parecer partes importantes y olvidadas del cuerpo, parecen personas sabias. Se mueven lenta, acompasada, juiciosamente. No cometen la menor imprudencia. Saben en todo momento qué les toca hacer, y cómo se han de colocar, y a dónde han de ir. El rostro mismo del actor, que revela espíritu ahondador y mente lúcida, es olvidado ante la teatral personalidad de sus graves piernas. Mas en escena, este actor desaparece. Ni se pinta, ni se aliña, para hacer de Yago; y no es Booth, sino Yago. Yago, el falso amigo de Otelo; el teniente envidioso del favorito de su capitán—Michael Cassio; el que infunde,

con astucia de sierpe, celos salvajes en el ardiente espíritu del moro; el que origina con trama mentirosa por causar la ruina a su rival, y cebarse en los tormentos de su egregio Otelo, la muerte de la desdichadísima Desdémona; el que al fin, como zorro villano, es convicto de haber ideado falsos amores de la veneciana mísera y el leal teniente Cassio:—el muy vil Yago. Es Booth sutil en la escena, como el espíritu de la calumnia. No parece hombre, sino satánico fantasma. Es flexible, móvil, rápido, impalpable. Una lengua de escamas de acero no es más flexible que él. Se desliza como culebra en la grieta de un palacio, en el alma del moro. Como veneno por estrechas venas, échale las palabras, encendidas cual espadas ardientes, en el espíritu ya puesto en llamas. Sus miradas parecen dagas, y sus frases silbos. Deja aquel hombre, a cada aparición suya en la escena, la impresión de un relámpago fúnebre. Parecen oírse luego de verle, golpes de florete que azotase rápidamente el aire vacío. Propiedad, verdad, seguridad, fidelidad, gracia—realzan esa pasmosa encarnación. Ha dado cuerpo visible al alma luminosa y ruin que en Yago puso Shakespeare. Ya, luego de vivir este hombre, vive Yago. Y ¡entre qué accidentes resaltaba esta límpida, perfecta figura! ¡Qué grupo de menguados actores! ¡Qué singular excepción es Booth entre los hijos del arte en su pueblo! Parecía aquello, no casa consagrada a la veneración y loa del que se sienta al lado de Esquilo entre los que han puesto la batalla humana en drama, sino tienda ambulante, pabellón de saltimbanquis, feria de gitanos. A no ser por aquella criatura mefistofélica que encadenaba los ojos a la escena, con ira hubiérase salido de aquella cueva iluminada de osados profanadores. ¡Qué hacer estribo en una vocal, y arrastrar en creciente la nota, para alcanzar efecto dramático! ¡Qué matar a Desdémona, con el mayor respeto, y la más cuidadosa y caballeresca cortesanía! ¡Qué vestir a Otelo como el más extravagante bellaco que se ha tragado espadas, o exhibido de gigante chino, en compañía de acróbatas! ¡Qué reducir a nivel bajo, de puro no entenderla, la que, no por ser creación poco acabada del soberano poeta, es menos una de las más vigorosas y fieles síntesis del espíritu del hombre, fiera nacida a vivir, con los dientes con que ha de morder, y las riendas con que ha de enfrenarse!

Pues en el Teatro de Booth, que es en su parte exterior de arquitectura monumental y digna, y en lo interior joya graciosa, y sala cómoda, resuenan ahora las altas voces del rival de Salvini, del ardiente Rossi. Es de ociosos repetir lo que de él cuenta la fama; que lleva a la vida real el nervio y juego que despliega en sus caracteres teatrales; que es amigo de reyes; que maravilló a Oporto; que con *Zaira* y el *Cid* admiró a los parisienses; que defendió la libertad en la desventurada Lima; que en fogosos transportes de elocuencia habló de derechos y movió a guerra al pueblo de Cádiz; que es gallarda persona; que lleva en el robusto pecho honrosísimas órdenes; que aprendió arte del majestuoso maestro Módena, hombre grave y generoso que amó la libertad, peleó por ella, fue actor severo y perfecto educador de actores. De ovaciones innúmeras; de calles sembradas de rosas a su paso; de saludos de monarcas, a él ofrecidos por los cañones italianos; de la viva amistad con que lo vio Víctor Manuel y le ve Humberto, de la brillantísima manera con que da vida en la escena a los fogosos héroes de Pietro Cossa, cuyo féretro aún caliente, acaban de coronar de palmas y rosas los romanos; de su vehemente amor al profundo teatro shakesperiano; de una medalla de plata, finamente labrada, en que se ve un hermoso barco que combatido por las olas, no naufraga,—medalla que como talismán de ventura acompaña a este actor brioso, inquieto, célebre, rico, bello, y ya entrado en cincuenta y dos años: de todo esto, y de obras dramáticas de Rossi, que calza coturno y blande péñola, habla la fama. Y hele ahí, en Hamlet. Fue Hamlet su primera creación shakesperiana. Demasiado humano lo

hallaron los críticos de Boston en su encarnación del desventurado Otelo, que no es en sus manos nobilísimo espíritu, traído a crimen por deficiencias de educación y arterías de traidor, sino mercenario jovial y afortunado, que ama ardientemente y mata brutalmente. Trino de pájaros pareció a los de Boston el habla de amores de Rossi, en Romeo, y resonó con vehementes aplausos el austero y magistral teatro del Globo. Y hele aquí vestido de negro, penetrado de dolor, y más que de dolor, de la convicción de que es en realidad aquel profundo y bello príncipe de Dinamarca, hijo de aquel rey bueno que murió de tósigo a manos del hermano ambicioso que le robó trono y dama. Prueba Rossi en el Hamlet que ha concebido; mas no—es ese amante débil, ese amante recitador sentimental, ese afeminado príncipe—no es aquella figura sobrenatural y compleja en que vació Shakespeare las más grandes dudas, las más venturosas osadías, los más amargos juicios de su magna mente. El soplo de lo divino falta en Rossi al acabado personaje humano. No es su Hamlet incompleto en lo que es, sino rematada e irreprochablemente bello, mas no es su Hamlet lo que debe ser. No es aquella alma serena, turbada de manos de los hombres por maldades extremas; y de sí misma por el mal humano, que consiste en creer como cierto o dudar como probable, un cielo que no abarcan nuestros brazos. La soledad de un alma honrada en la pequeña tierra: esto es Hamlet. La brava rebeldía de hijo de rey, de rey de mundos, que se siente sin culpa conocida, echado abajo de su trono: esto es Hamlet. Y todo lo divino que cabe en lo humano: esto es Hamlet. Mas es en Rossi un errabundo poeta, un fidelísimo hijo, un implacable vengador, un apasionado amante, un hombre tierno, infortunado, inteligente y bello. Aquella frase aguda que como lanza de templado hierro va derecha al cielo; aquella garra de león clavada para escarmiento, en la faz lívida de todos los hipócritas; aquel perseguidor de sí, que va buscando, tendidas las crispadas manos, el secreto de la vida en las tinieblas; aquella entidad universal que toma pretexto de una trama oportuna para dar vida teatral a pensamientos aislados, adoloridos y maravillosos; aquella criatura lúgubre como el desencanto de la grandeza; utilidad y pureza de esta vida, y la duda de la realidad y justicia de la otra; aquel soplo eterno, providente como el soplo cargado de vida, y de frescores aromados, de la primera mañana de la tierra, y frío y preñado de querellas, como las entrañas de la noche; aquel personaje místico que invade, engrandece, ahoga y se enseñorea del príncipe danés, no aparecen en el Hamlet, amoroso, caliente, dramático, activo, plástico de Rossi. Y es hermoso hombre, leal sentidor y elegante caballero. Todo es en su naturaleza gallardo y lozano. Escena de duelo hay al final del drama; y en ella, aunque falta ese terrífico y sobrehumano aliento que empuja al príncipe por el drama vasto, cual si llevase en los pies alas negras, de gracia, arte de esgrima y energía es modelo Rossi. Y arrebatado de su dramática creación, se le ve ir como alma de hijo tras alma de padre, tras el fantasma del rey muerto que viene a revelarle cómo lo envenenó su propio hermano, esposo hoy de su esposa. Y con vigor magnífico arranca del cuello de su madre el retrato del asesino, y lo despedaza con admirable arrebato bajo sus pies. Nunca artista católico ideó más bello al arcángel Gabriel. Y con voces desgarradoras envía a un convento a su gentil Ofelia. Y con arte sumo dirige y presencia aquella famosísima escena en que los comediantes recitan ante el rey cercado de su corte, un trozo de tragedia en que Hamlet ha intercalado versos que cuentan el crimen del monarca. Mas no resplandece en su gallardo príncipe el misterioso príncipe del drama, con su claridad pálida de luna, y su dolor nocturno, y la ira santa de la soledad irrevocable en una tierra que, por estar preñada de elementos ruines, parece, mientras más rebosante, más vacía!

—Y ahora ¿qué viene? ¿A qué contar que un mísero estudiante chino, prendado de una veleidosa criatura, se ha arrebatado la que ya estimaba, por incapaz de goces, inútil vida? ¿A qué repetir con los periódicos americanos, cómo en contienda electoral, murieron en formal batalla, a manos de hombres armados de color, cuatro hombres blancos? ¿A qué decir, si no ha de poder ser dicho sin dolor, que en el día mismo en que se escriben estas líneas, tres hombres han perecido ahorcados por crímenes distintos en comarcas diversas de esta tierra; y por la muchedumbre enfurecida ha sido un hombre de color, culpable de grave delito, despedazado a la vista de los oficiales de justicia? Ya se acerca, tras adecuada preparación de los nobles defensores, el proceso del mísero malhechor que, por ruin motivo de provecho propio, privó a los Estados Unidos de un ilustre jefe: ya se acerca el día de huelga y recogimiento público, el día de gracias al Hacedor magnánimo por los beneficios que en el año dispensa a este pueblo infatigable y laborioso. Es día de banquetes familiares, y juntas de corporaciones y grandes pláticas en los templos, y narraciones en los diarios de los orígenes de esta piadosa costumbre añeja. Nos sentaremos en el día de gracias a la mesa de pobres y de ricos, y oiremos los himnos de los templos, y pediremos al buen Dios que libre de inútil muerte a la desamparada criatura que como insecto humano vive entre los recios muros de la cárcel de Washington.

Si por justicia se le mata, de la más grande de las muertes está muerto. Abridle las puertas de la cárcel, y se refugiará espantado y trémulo en su jaula de piedra! Si por venganza ha de matársele ¿cómo se ha de ofrecer en holocausto a tan gran muerto tan ruin vivo?

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 26 de noviembre de 1881.
[Mf. en CEM]

Conney Island

En los fastos humanos, nada iguala a la prosperidad maravillosa de los Estados Unidos del Norte. Si hay o no en ellos falta de raíces profundas; si son más duraderos en los pueblos los lazos que ata el sacrificio y el dolor común que los que ata el común interés; si esa nación colosal, lleva o no en sus entrañas elementos feroces y tremendos; si la ausencia del espíritu femenil, origen del sentido artístico y complemento del ser nacional, endurece y corrompe el corazón de ese pueblo pasmoso, eso lo dirán los tiempos.

Hoy por hoy, es lo cierto que nunca muchedumbre más feliz, más jocunda, más bien equipada, más compacta, más jovial y frenética ha vivido en tal útil labor en pueblo alguno de la tierra, ni ha originado y gozado más fortuna, ni ha cubierto los ríos y los mares de mayor número de empavesados y alegres vapores, ni se ha extendido con más bullicioso orden e ingenua alegría por blandas costas, gigantescos muelles y paseos brillantes y fantásticos.

Los periódicos norteamericanos vienen llenos de descripciones hiperbólicas de las bellezas originales y singulares atractivos de uno de esos lugares de verano, rebosante de gente, sembrado de suntuosos hoteles, cruzado de un ferrocarril aéreo, matizado de jardines, de kioscos, de pequeños teatros, de cervecerías, de circos, de tiendas de campaña, de masas de carruajes, de asambleas pintorescas, de casillas ambulantes, de vendutas, de fuentes.

Los periódicos franceses se hacen ecos de esta fama.

De los lugares más lejanos de la Unión Americana van legiones de intrépidas damas y de galanes campesinos a admirar los paisajes espléndidos, la inejemplar riqueza, la variedad cegadora, el empuje hercúleo, el aspecto sorprendente de Coney Island, esa isla ya famosa, montón de tierra abandonado hace cuatro años, y hoy lugar amplio de reposo, de amparo y de recreo para un centenar de miles de neoyorquinos que acuden a las dichosas playas diariamente.

Son cuatro pueblecitos unidos por vías de carruajes, tranvías y ferrocarriles de vapor. El uno, en el comedor de uno de cuyos hoteles caben holgadamente a un mismo tiempo 4 000 personas, se llama Manhattan Beach (Playa de Manhattan); otro que ha surgido, como Minerva, de casco y lanza, armado de vapores, plazas, muelles y orquestas murmurantes, y hoteles que ya no pueblos parecen, sino naciones, se llama Rockaway; otro, el menos importante, que toma su nombre de un hotel de capacidad extraordinaria y construcción pesada, se llama Brighton; pero el atractivo de la isla no es Rockaway lejano, ni Brighton monótono, ni Manhattan Beach aristocrático y grave: es Gable, el riente Gable, con su elevador más alto que la torre de la Trinidad de Nueva York—dos veces más alto que la torre de nuestra Catedral—a cuya cima suben los viajeros suspendidos en una diminuta y frágil jaula a una altura que da vértigos; es Gable, con sus dos muelles de hierro, que avanzan sobre pilares elegantes un espacio de tres cuadras sobre el mar, con su palacio de Sea Beach, que no es más que un hotel ahora, y que fue en la Exposición de Filadelfia el afamado edificio de Agricultura «Agricultural Building» transportado a Nueva York y reelevado en su primera forma, sin que le falte una tablilla, en la costa de Coney Island, como por arte de encantamiento; es Gable, con sus museos de a 50 céntimos, en que se exhiben monstruos humanos, peces extravagantes, mujeres barbudas, enanos melancólicos, y elefantes raquíticos, de los que dice pomposamente el anuncio que son los elefantes más grandes de la tierra; es Gable, con sus cien orquestas, con sus risueños bailes, con sus batallones de carruajes de niños, su vaca gigantesca que ordeñada perpetuamente produce siempre leche, su sidra fresca a 25 céntimos el vaso, sus incontables parejas de peregrinos amadores que hacen brotar a los labios aquellos tiernos versos de García Gutiérrez:

Aparejadas
Van por las lomas
Las cogujadas
Y las palomas;

es Gable, donde las familias acuden a buscar, en vez del aire mefítico y nauseabundo de Nueva York, el aire sano y vigorizador de la orilla del mar, donde las madres pobres,—a la par que abren, sobre una de las mesas que en salones espaciosísimos hallan gratis, la caja descomunal en que vienen las provisiones familiares para el *lunch*—aprietan contra su seno a sus desventurados pequeñuelos, que parecen como devorados, como chupados, como roídos, por esa terrible enfermedad de verano que siega niños como la hoz siega la mies,—el *cholera infantum*.—Van y vienen vapores; pitan, humean, salen y entran trenes; vacían sobre la playa su seno de serpiente, henchido de familias; alquilan las mujeres sus trajes de franela

azul, y sus sombreros de paja burda que se atan bajo la barba; los hombres en traje mucho más sencillo, llevándolas de la mano, entran al mar; los niños, en tanto con los pies descalzos, esperan en la margen a que la ola mugiente se los moje, y escapan cuando llega, disimulando con carcajadas su terror, y vuelven en bandadas, como para desafiar mejor al enemigo, a un juego de que los inocentes, postrados una hora antes por el recio calor, no se fatigan jamás; o salen y entran, como mariposas marinas, en la fresca rompiente, y como cada uno va provisto de un cubito y una pala, se entretienen en llenarse mutuamente sus cubitos con la arena quemante de la playa; o luego que se han bañado,—imitando en esto la conducta de más graves personas de ambos sexos, que se cuidan poco de las censuras y los asombros de los que piensan como por estas tierras pensamos,—se echan en la arena, y se dejan cubrir, y golpear, y amasar, y envolver con la arena encendida, porque esto es tenido por ejercicio saludable y porque ofrece singulares facilidades para esa intimidad superficial, vulgar y vocinglera a que parecen aquellas prósperas gentes tan aficionadas.

Pero lo que asombra allí no es este modo de bañarse, ni los rostros cadavéricos de las criaturitas, ni los tocados caprichosos y vestidos incomprensibles de aquellas damiselas, notadas por su prodigalidad, su extravagancia, y su exagerada disposición a la alegría; ni los coloquios de enamorados, ni las casillas de baños, ni las óperas cantadas sobre mesas de café, vestidos de Edgardo y de Romeo, y de Lucía y de Julieta; ni las muecas y gritos de los negros *minstrels,* que no deben ser ¡ay!, como los *minstrels,* de Escocia; ni la playa majestuosa, ni el sol blando y sereno: lo que asombra allí es, el tamaño, la cantidad, el resultado súbito de la actividad humana, esa inmensa válvula de placer abierta a un pueblo inmenso, esos comedores que, vistos de lejos, parecen ejércitos en alto, esos caminos que a dos millas de distancia no son caminos, sino largas alfombras de cabezas; ese vertimiento diario de un pueblo portentoso en una playa portentosa; esa movilidad, ese don de avance, ese acometimiento, ese cambio de forma, esa febril rivalidad de la riqueza, ese monumental aspecto del conjunto que hacen digno de competir aquel pueblo de baños con la majestad de la tierra que lo soporta, del mar que lo acaricia y del cielo que lo corona, esa marea creciente, esa expansividad anonadadora e incontrastable, firme y frenética, y esa naturalidad en lo maravilloso: eso es lo que asombra allí.

Otros pueblos—y nosotros entre ellos—vivimos devorados por un sublime demonio interior, que nos empuja a la persecución infatigable de un ideal de amor o gloria; y cuando asimos, con el placer con que se ase un águila, el grado de ideal que perseguíamos, nuevo afán nos inquieta, nueva ambición nos espolea, nueva aspiración nos lanza a nuevo vehemente anhelo, y sale del águila presa una rebelde mariposa libre, como desafiándonos a seguirla y encadenándonos a su revuelto vuelo.

No así aquellos espíritus tranquilos, turbados solo por el ansia de la posesión de una fortuna. Se tienden los ojos por aquellas playas reverberantes; se entra y sale por aquellos corredores, vastos como pampas; se asciende a los pisos de aquellas colosales casas, altas como montes; sentados en silla cómoda, al borde de la mar, llenan los paseantes sus pulmones de aquel aire potente y benigno; mas es fama que una melancólica tristeza se apodera de los hombres de nuestros pueblos hispanoamericanos que allá viven, que se buscan en vano y no se hallan: que, por mucho que las primeras impresiones hayan halagado sus sentidos, enamorado sus ojos, deslumbrado y ofuscado su razón, la angustia de la soledad les posee al fin, la nostalgia de un mundo espiritual superior los invade y aflige: se sienten como corderos sin madre y sin pastor, extraviados

de su manada: y, salgan o no a los ojos, rompe el espíritu espantado en raudal amarguísimo de lágrimas, porque aquella gran tierra está vacía de espíritu.

Pero ¡qué ir y venir!, ¡qué correr del dinero!, ¡qué facilidades para todo goce!, ¡qué absoluta ausencia de toda tristeza o pobreza visibles! Todo está al aire libre: los grupos bulliciosos; los vastos comedores; ese original amor de los norteamericanos, en que no entra casi ninguno de los elementos que constituyen el pudoroso, tierno y elevado amor de nuestras tierras; el teatro, la fotografía, la casilla de baños; todo está al aire libre. Unos se pesan, porque para los norteamericanos es materia de gozo positivo, o de dolor real, pesar libra más o libra menos; otros, a cambio de 50 céntimos, reciben de manos de una alemana fornida un sobre en que está escrita su buena conducta; otros, con incomprensible deleite, beben sendos vasos largos y estrechos como obuses, de desagradables aguas minerales.

Montan estos en amplios carruajes que los llevan, a la suave hora del crepúsculo, de Manhattan a Brighton; atraca aquel su bote, donde anduvo remando en compañía de la risueña amiga que, apoyándose con ademán resuelto sobre su hombro, salta, feliz como una niña, a la animada playa; un grupo admira absorto a un artista que recorta en papel negro que estampa luego en cartulina blanca, la silueta del que quiere retratarse de esta manera singular; otro grupo celebra la habilidad de una dama que en un tenduchín que no medirá más de tres cuartos de vara, elabora curiosas flores con pieles de pescado; con grandes risas aplauden otros la habilidad del que ha conseguido dar un pelotazo en la nariz a un desventurado hombre de color que, a cambio de un jornal miserable, se está día y noche con la cabeza asomada por un agujero hecho en un lienzo esquivando con movimientos ridículos y extravagantes muestras los golpes de los tiradores; otros, barbudos y venerandos, se sientan gravemente en un tigre de madera, en un hipogrifo, en una efigie, en el lomo de un constrictor, colocados en círculos, a guisa de caballos, que giran unos cuantos minutos alrededor de un mástil central, en cuyo torno tocan descompuestas sonatas unos cuantos sedicientes músicos. Los menos ricos, comen cangrejos y ostras sobre la playa, o pasteles y carnes en aquellas mesas gratis que ofrecen ciertos grandes hoteles para estas comidas; los adinerados dilapidan sumas cuantiosas en infusiones de fucsina, que les dan por vino; y en macizos y extraños manjares que rechazaría sin duda nuestro paladar pagado de lo artístico y ligero.

Aquellas gentes comen cantidad; nosotros clase.

Y este dispendio, este bullicio, esta muchedumbre, este hormiguero asombroso, duran desde junio a octubre, desde la mañana hasta la alta noche, sin intervalo, sin interrupción, sin cambio alguno.

De noche, cuánta hermosura! Es verdad que a un pensador asombra tanta mujer casada sin marido; tanta madre que con el pequeñuelo al hombro pasea a la margen húmeda del mar, cuidadosa de su placer, y no de que aquel aire demasiado penetrante ha de herir la flaca naturaleza de la criatura; tanta dama que deja abandonado en los hoteles a su chicuelo, en brazos de una áspera irlandesa, y al volver de su largo paseo, ni coge en brazos, ni besa en los labios, ni satisface el hambre a su lloroso niño.

Mas no hay en ciudad alguna panorama más espléndido que el de aquella playa de Gable, en las horas de noche. ¿Veíanse cabezas de día? Pues más luces se ven en la noche. Vistas a alguna distancia desde el mar, las cuatro poblaciones, destacándose radiosas en la sombra, semejan como si en cuatro colosales grupos se hubieran reunido las estrellas que pueblan el cielo y caído de súbito en los mares.

Las luces eléctricas que inundan de una claridad acariciadora y mágica las plazuelas de los hoteles, los jardines ingleses, los lugares de conciertos, la playa misma en que pudieran contarse a aquella luz vivísima los granos de arena, parecen desde lejos como espíritus superiores inquietos, como espíritus risueños y diabólicos que traveseasen por entre las enfermizas luces de gas, los hilos de faroles rojos, el globo chino, la lámpara veneciana. Como en día pleno, se leen por todas partes periódicos, programas, anuncios, cartas. Es un pueblo de astros; y así las orquestas, los bailes, el vocerío, el ruido de olas, el ruido de hombres, los coros de risas, los halagos del aire, los altos pregones, los trenes veloces, los carruajes ligeros, hasta que llegadas ya las horas de la vuelta, como monstruo que vaciase toda su entraña en las fauces hambrientas de otro monstruo, aquella muchedumbre colosal, estrujada y compacta se agolpa a las entradas de los trenes que, repletos de ella, gimen, como cansados de su peso, en su carrera por la soledad que van salvando, y ceden luego su revuelta carga a los vapores gigantescos, animados por arpas y violines que llevan a los muelles y riegan a los cansados paseantes, en aquellos mil carros y mil vías que atraviesan, como venas de hierro, la dormida Nueva York.

JOSÉ MARTÍ

La Pluma. Bogotá, 3 de diciembre de 1881

CARTA DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Proceso de Guiteau.—Varios sucesos.—Animada escena: singular drama.—La turba: la sala; la sesión: la salida.—El hombre.—Escenas de extravagancia e irreverencia «¡manos afuera!»—Discurso de Guiteau.—Elección de los jurados: procesión curiosa.

I

Nueva York, 26 de noviembre de 1881.

Señor Director:

Un hombre rico, venido a menos, intentó aterrar con una amenaza de muerte a Jay Gould, el monarca de la Bolsa de Nueva York, para obtener por este medio del gran negociante consejos secretos que en el juego bursátil, que es fama que Gould maneja, favoreciesen su fortuna, y el hombre rico, culpable de lo que llaman aquí *blackmail,* está en las Tumbas, que así se llama la fétida y sombría cárcel de Nueva York; Jay Gould mismo, a cuya merced suben y bajan los valores públicos, y se tienden y enmudecen los cables, y hienden altos techos y desiertos vastos los hilos del telégrafo, intenta, en junta con Cirus Field, que es hombre magno entre los acaudalados neoyorquinos, la creación de una nueva Bolsa. Thurlow Weed, un admirable anciano, patriarca de las letras y padre de la prensa de esta tierra, recibe con su casta sonrisa, la sonrisa de los hombres de otros tiempos, a los escritores cariñosos que van a estrechar su mano con respeto el día que cumple ochenta y cuatro años. George Law, que comenzó su vida como muchachuelo de una hacienda, reunió una cuarentena de pesos con sus jornales, y se lanzó a buscar fortuna en una áspera y lluviosa mañana de otoño—ha sesenta años,—ha muerto a la cabeza de una de las empresas más pudientes de Nueva York, luego de haber sido, sin quiebra ni merma, salvador y jefe de bancos y bolsas, constructor de un puente sencillo y maravilloso, el Puente Alto; retador del gobierno de España, a quien obligó a aceptar, contra el consejo del presidente de los Estados Unidos, sus buques y sus empleados en el puerto de la Habana en 1851; y activo favorecedor del ferrocarril de Colón a Panamá. Acompañados de gran séquito, de aficionadores y apostadores, van a un rincón del estado de Ohio a luchar «por el premio de la pluma», el primer pugilista inglés y el primer pugilista americano; y desnudos de pecho y brazos, en el centro de la preparada arena, rodeados de gente ansiosa que gesticula y vocea, a pocos pasos del guardián que con una rodilla en tierra, espera el instante de restañar la sangre y bañar los músculos hinchados de los combatientes con el menjurje que llena la ancha tina que tiene junto a sí, el recio Holden y el torvo White se dan, con el puño cerrado, hasta que la policía los interrumpe, sendos golpes de maza en frente y labios. Quiebran bancos; vienen actrices de Inglaterra; encréspanse en silencio dos grandes hidras, una que vuelve la fauce a México, y otra que la vuelve a Panamá.

Mas sobre telegramas de Europa, sobre los desdeñosos editoriales del *Herald,* sobre los versos, grandes e irregulares como montañas, de Walt Whitman, sobre la crónica de la peregrinación que en busca de socorros para la mísera Irlanda han emprendido del lado acá del mar los miembros libres de la laboriosa Liga Agraria; sobre la espantable cohorte de suicidas, de malversadores, de asesinos, de cuyas hazañas fatídicas es la prensa vocero permanente,—no buscan las manos entorpecidas bajo el frío guante en las mañanas crueles de noviembre, más que las compactas columnas en que los periódicos dan cuenta del proceso de ese hombre enfermizo, colérico, nervioso, de ojo vidriado, de tez amarillenta, de cabello hirsuto, que a manera de aterrada hiena, de inquieto movimiento, inhallable mirada, vago giro y elástico paso, echan cada mañana sus guardianes, maniatado y sombrío, a la sala del jurado en Washington: Guiteau.

Ya está iniciando su proceso, ya están sentados sus jueces; ya, temblante y generosa de una parte, y formidable y severa de otra, están frente a frente, ante los juzgadores populares, la acusación y la defensa. Él, como vasija de piel, vacía de soplo humano, en que fueron echadas a bullir, como en cárcel quebradiza, hambrientos y rebeldes, cual duendes presos, las maldades; su defensor, hombre humilde y magnánimo, armado de esa coraza que reluce, cual forjada de acero divino: la bondad cristiana; y su hermana, llorosa; y su sobrina pequeñuela, cuya cabecita han adornado otras veces las flores de mayo, cubierta graciosamente con su gorrillo blanco y azul. Él torvo, rebelde, áspero: ellos, silenciosos, pálidos de angustia: el público, reidor, rencoroso, ávido; los jurados, mudos; el juez, flexible, benévolo, sereno.

Vedlo entrar! La sala rebosa. De circo, de teatro, de magna fiesta, da idea la concurrencia. Llega la gente a los codos del juez; gime empujada la barra que separa el dominio del público del de los actores del proceso, y los cronistas de la prensa. ¡La prensa es un poder! Miradla, acatada y holgada, ocupando la parte mejor de la sala de la justicia!—Los primeros días, fueron de muchedumbre desbordada y varia: ¡qué condenar!, ¡qué execrar!, ¡qué befar! Mas hoy son damas lujosas, y caballeros favorecidos, que logran billetes de entrada, ya porque pertenecen al cuerpo de testigos, ya porque les da privilegio la amistad del juez, ya porque obtienen el beneficio de los departamentos del estado. Las damas van allí con sus hermosos trajes, sus sombrerillos cubiertos de plumas, sus anteojos de teatro, y sus cestas de provisiones de boca. Oyen ansiosas; ora hacen ademanes de disgusto, ora ríen sin medida. La masa humana llena las puertas, los pasillos, las avenidas que van a dar al tribunal. Llega de la prisión el carro, forrado de hierro; salta el preso, cerrado de guardianes; vocifera la turba; cuál anhela tener a mano una pistola; cuál le echa al rostro injurias terribles, como lluvia de piedras encendidas. Vedlo entrar! Hombres y mujeres, movidos de igual ansia, se levantan a verlo. Un murmullo le acoge. Pisa con rapidez, como quien va huyendo. Como por entre abismos se desliza por entre los muros de gente. Va lleno de espanto. Sus ojos giran de prisa, como los de quien busca un peligro que teme. Con mirada rápida y humilde, como para no excitar ira, ve al público. Y se sienta, con la cabeza baja: su hermana, al ver que le quitan de las manos las esposas, rompe en llanto. Su hermano que tiene aspecto de honrado mercader, vuelve el rostro. Su defensor, el buen Scoville, que es su cuñado, para esconder su noble aflicción, hace como que registra en sus papeles.—Así fue el primer día, que luego, saciado ya su apetito insano de verse objeto de la curiosidad de la muchedumbre, y más hecho a ella, y al público de damas del jurado, entra con su paso felino y su prisa nerviosa, se sienta sonriendo, tiende las manos a que se las libren de los hierros, saluda graciosamente a sus hermanos, y comienza a arreglar papel para escribir, o a leer periódicos.

En larga fila se sientan, ante la mesa del juez Cox, los actores del proceso: a la izquierda está la acusación, mantenida por abogados de gran fama; por Porter, criminalista de cuenta, cuyos ojos descubridores centellean tras sus lentes brillantes: por Corkhill, el fiscal del distrito, de caballeresca apostura, hecho a acusar; por Smith, anciano elegante; por Davidge, feliz en la pregunta, inquebrantable en la respuesta, cerrado en el debate, que trueca en expresión temible la benéfica que dan a su rostro de ordinario su tez fresca, su afable sonrisa, y su blanco y rizado cabello. En el extremo derecho del banco se sientan los hermanos del preso. Y junto a ellos la defensa, la defensa de un hombre odiado y sin fortuna, la defensa que intenta alzar con sus brazos débiles un escudo tan ancho y tan recio que ampare a su ahijado de la ira de toda la nación, la única defensa de la ruin criatura que arranca a la par a su público diario miradas de odio, que parecen saetas de diamante, y risas; el abogado único, que con su continente humilde sin afectación, e hidalgo sin alarde, su palabra reposada y llana, su corazón sensible y bueno, ha logrado ya ver quebrarse en su escudo las primeras armas de los contrarios que hacían mofa del abogado desconocido, y ha conmovido a los jurados, y cautivado al juez, y héchose amar del público que abomina a su repulsivo cliente. ¡La virtud es un hada benéfica: ilumina los corazones por donde pasa: da a la mente las fuerzas del genio!

Guiteau se sienta al lado de Scoville, con su fría mirada. Gusta de hacer reír, y actúa a la par de payaso y de profeta. Pocos días ha se sentaba junto a él otro abogado defensor, que en elegante modo pidió al juez que demorase aún la vista de la causa, para poder preparar con menor desventaja la defensa del preso, por tantos abogados notables atacada. «¡Oh, no, señor juez! Decía Scoville: yo no pienso como mi compañero Robinson. Él quiere hacer una defensa técnica, yo una defensa humana. Él intenta recurrir a las astucias honradas de la mente: no hay mente tan astuta como la evidencia que la naturaleza ofrece. Él quiere que la defensa sostenga que la víctima de este hombre murió de mala práctica de los médicos, y no de la bala de su matador; pero esto puede parecer malicia, y yo quiero que la defensa de este hombre influya, no por hábil ni maliciosa, sino por honesta. Nada he de preparar para que el jurado se convenza de la demencia de este infortunado: si creo sinceramente en su demencia ¿cómo no he de arriesgarme a probarlo? Buscar nuevos escudos a este preso, fuera dudar de la fortaleza de este escudo.»—A esto, Guiteau se pone en pie, y llena al abogado joven, a Robinson, de denuestos. Intentan sus guardianes sentarlo de nuevo, y él desase de ellos sus hombros con brusco movimiento, y se revuelve contra los guardianes. «¡Quiero hablar! Quiero hablar!»—«¡Manos afuera!», dice fieramente a un guardián que lo toca. Le ruegan en voz baja que calle Scoville y los guardianes: «¡No callo, no callo! Estoy procesado, y diré lo que me plazca! ¡No os atreváis a tocarme! Manos afuera! Y vos, Robinson, sabed que no me ha gustado vuestro discurso. Yo soy el jefe de esta defensa, y Scoville es mi segundo. Idos, u os haremos ir. Yo dirijo mi defensa. Solo para tecnicismos quiero yo abogados!» Los guardianes, asombrados de la irreverencia, lograron sentarle.—Y en el público se oían mezcladas exclamaciones de honrada cólera, y grandes risas. Como cebra a quien echase mano el domador, Guiteau se rebelaba, se sacudía, coceaba. A poco, hecha patente la división honda de los pareceres en la dirección de la defensa, que con los días aumentaba entre los dos defensores, desertó Robinson, autorizado por palabras corteses del juez, del banco de los actores del proceso. Y quedó solo Scoville. Y ese día mismo, el día primero del proceso, Guiteau de nuevo en pie, intenta leer larguísimo discurso. Se lo niegan: insiste. Ofende: se le trata con dulzura. Al fin, por arte mágica, el discurso cae en

manos de los cronistas, y a la mañana siguiente leíalo en los periódicos la gente ansiosa. ¿Cómo no dar idea de esta obra histórica? No hay, no, en todos los actos y palabras de este odiado réprobo, aquella analogía y engranaje, que revelan que una causa constante y cierta regula o perturba a quien habla y actúa. La extravagancia y desorden innegables que ofuscaron siempre este rebelde espíritu, han ido trocándose, a medida que se acercaba el proceso, en monomanía persistente y científica, que en el proceso ha culminado en arranques violentos y groseros, en exabruptos risibles, en propósitos y acciones extraordinarias, que no debieron ser cual son, más altas en grado que el habitual desarreglo y satánica abstracción de esta mente imperfecta, cuando continúa siendo una misma causa, la causa de su creencia en órdenes divinas, la que originó su actual estado. Ideas apuntadas como ensayos de venidera defensa en la autobiografía y documentos varios del preso, adquieren ahora carácter desembarazados de ideas esenciales: y osadamente insiste hoy en lo que apuntaba ayer confusamente. Cierto que no debe morir: ¿se interrumpen acaso las leyes eternas que rigen la vida, y la traen poco probada en esta existencia humana, y la sacan más probada a existencia venidera en que sean hechos beatíficos las que aquí no son más que luminosas vislumbres, y alados pensamientos?, ¿se interrumpen acaso la esencia perdurable y fines necesarios de la vida porque los hombres aceleren el término de este trance humano? ¡El horror que inspira un crimen aleja más de él que el castigo del criminal, que lo realza y poetiza! Cierto que no debe morir, mas no parece que sean de hombre hecho a salas, recibido en hoteles y corporaciones, y justo apreciador ha pocos meses de altos hechos políticos—que sus cartas lo muestran—esa selvática fiereza, esa brutal desenvoltura, esa ridícula puerilidad, esos infantiles juicios, esas afirmaciones absolutas de fe en orden divina.—Que no a Dios, sino a servicios que él imaginaba reales invocaba cuando en cartas arrogantes y frecuentes pedía al llorado Garfield la embajada de Austria y el consulado de París. ¡Loco, sí, mas de vanidad, de impotencia, de fiereza, de rabia, de envidia, de odio! ¡Aposentad en una vasija humana esos chacales, y dadme luego hombre sano!

Oídle empezar: «En los umbrales de este caso quiero hablar a la Corte. Estoy en su presencia acusado de haber asesinado con malicia y maldad a un Jaime Garfield. Nada puede ser más absurdo porque el general Garfield murió de mal tratamiento. El silogismo para probarlo es este: tres semanas después de que fue herido, sus médicos declararon oficialmente que sanaría. Dos meses después de esta declaración oficial, murió. Luego, según sus propios médicos, no fue herido de muerte. Los doctores que no supieron curarlo, deben llevar sobre sí el odio de su muerte: no su heridor. Ellos, y no yo, deben ser procesados por el asesinato de Jaime Garfield». Pero él dice que recibió de Dios la inspiración del acto: «¿Por qué me inspiró a mí con preferencia a otro alguno? Porque yo tenía, favorablemente, sesos y nervios bastantes para hacer la obra. El Señor no emplea personas incompetentes para servirle: él usa del mejor material que puede hallar. Muchos pensaban como yo de Garfield; y a haber tenido la concepción, el nervio, los sesos y la oportunidad, lo hubieran removido. Yo, de todo el mundo, fui el único hombre que tuvo la concepción. Y otra razón de por qué el Señor me eligió a mí, y no a otro para remover al presidente, es que él deseaba circular *La verdad,* mi obra teológica. Este libro fue escrito para salvar almas, y no para ganar dinero, y el Señor, circulando el libro, va en busca de almas». Y aquí viene un concepto extremadamente lúcido, que arroja súbita claridad en la mente tenebrosa y lóbrega de este ser complejo: «¿Que cómo supe que era la Deidad quien me inspiraba? Tan cierto estaba de ello, que puse en ello mi vida! Y a la Deidad abandono mi defensa. Ella contrastará a esas sabias cabezas de la acusación. A ella serví, y ella me cuidará. Habló su voz,

dijo el salmista, y se deshizo la tierra!». Habla luego de su esposa, de «su exesposa», y dice: «Mi exesposa ha sido citada por la acusación. ¡Matrimonio prematuro! La conocí diez semanas, y nos casamos en diez horas. Era una pobre muchacha. No hacía yo negocio con casarme con ella. No sé de ella desde que nos divorciamos por acuerdo. Entiendo que se ha casado, y vivo bien. Yo he sido estrictamente virtuoso durante seis o siete años. Presumo de ser un caballero y un cristiano». Mas ved, ved ahora, cómo el hombre real, rencoroso y torvo; el hombre que esperó, y ve desvanecida su esperanza; el hombre desnudo, y solo arreado de los motivos verdaderos de su crimen, se revela en estas frases hurañas y amenazantes, preñadas de punzante desengaño y sorda ira. «No necesito yo nombrar a ciertas personas que han sido grandemente beneficiadas y ayudadas por mi inspiración; pero he de pedirles que contribuyan a mi defensa. No he de tener trabajando sin paga a mis abogados!» Y enseguida insiste, con su frase de otros tiempos, ambiciosa, soberbia, desaliñada y fría: «Digo que hay centenares de personas que han recibido gran beneficio pecuniario por la nueva administración. Todos me deben su posición actual, del presidente abajo! Confiadamente apelo a ellos, y al público en masa, que me envíen dinero para mi defensa».

¡Ese, ese es el hombre real! Y ese el motivo de su crimen: ¡sacar paga en premio del provecho que había aportado a la nueva administración! ¡Esa esperanza insana movió su mente avarienta a la idea malvada, luego, y no antes, de que fue desdeñosamente desoído de sus pretensiones de magníficos empleos! Él vio, en el desconcierto público, en sus tentativas de teólogo, en las exaltadas polémicas de los periódicos, disfraces para la causa real de su acto, de modo que pudiera él sacar de su acto provecho y no peligro. Base le dieron los periódicos, en aquella época encendidos en agrio debate; mas no motivo para el crimen: «Yo llamaré aquí, dice en su discurso, a los magnos políticos del Partido Republicano y del Democrático: yo citaré aquí a los capitales editores de Nueva York y Washington, a que ellos muestren la situación política y cuenten de nuevo los peligros que rodeaban durante la última primavera a la República». Y ved ahora su pueril argucia, vacía del poder sombrío que tienen sus palabras de oculta amenaza: «Hiere la mente esa palabra asesino y alguna gente se deleita todavía en usarla. ¿Por qué soy yo más asesino que cualquiera otro hombre que disparó sobre otro en la guerra? Millares de bravos murieron así, y mataron así, en la guerra americana y nadie habló por eso de asesinato. Aquí ha habido un homicidio, esto es, un hombre muerto. Mas yo no lo maté, sino los médicos. Ni de homicidio soy, pues, culpable en este caso. El presidente fue, simplemente, herido por un hombre loco: loco respecto de la ley porque fue el acto de Dios, y no acto suyo». Y vedle al acabar envuelto en el manto rojo y despedazado de la locura: «Yo soy un patriota: sufro entre hierros hoy como un patriota. Washington fue un patriota: Grant fue un patriota. Washington condujo a los ejércitos de la revolución a través de ocho años de sangrienta guerra, a la victoria y a la gloria. A la victoria y a la gloria llevó Grant los ejércitos de la Unión, y hoy la nación es feliz y próspera. Ellos alzaron el viejo grito de guerra: "Uníos, bravos, alrededor de la bandera", y millares de hijos selectos de la República se lanzan a la batalla a morir o a vencer. Washington y Grant, por su valor y éxito en la guerra, ganaron la admiración de la humanidad, y yo sufro hoy entre hierros como un patriota, porque tuve inspiración y nervio para unir a un gran partido político, y salvar a la nación de otra guerra desastrosa. No que la guerra fuese inmediata; pero, tras de las divisiones que iban ahondando hora tras hora en el Partido Republicano, hubiera venido en dos o tres años. Callaron los corazones en presencia de la muerte; cesó la contienda; corazón y mente puso la nación en el hombre enfermo de la Casa Blanca. Se fue al fin por el

camino porque va toda la carne: y fue la nación casa de luto. En verdad he sido mal entendido y viliticado, por casi toda la prensa, por casi todo el pueblo americano. La Providencia y el tiempo lo corrigen todo: y ya puedo desafiar el veneno continuo de ciertos periódicos: ¡cambien ya el nombre de "Guiteau, el asesino", por el de "Guiteau, el patriota"».—Y oíd ahora sus últimas palabras, y ve cómo pervade en ellas la mente secreta, desconcertada y airada, mas aún crédula de este hombre; ved cómo no se fía a la impresión de esta rapsodia risible; ved cómo envía lanzas venenosas al pecho de los grandes en cuyo obsequio trabajó espartanamente, seguro de la paga y el amparo que hoy no recibe; ved cómo, aunque termina hábilmente con frases vagas de monomaniaco de deidad, no pone punto a su discurso sin pedir, con colérica impaciencia, y embozado odio, auxilio a aquellos de quienes se cree con derecho a esperarlo; porque en su beneficio, para promover el suyo propio con el de ellos, realizó el crimen: «Apelo por justicia a la prensa de los *Stalwarts,* y a la prensa liberal de la nación. Apelo por justicia al Partido Republicano, y especialmente a los *Stalwarts,* entre los cuales me cuento con orgullo. Y apelo al presidente de los Estados Unidos por justicia: yo soy el hombre que le hizo presidente! Sin mi inspiración, él era una cifra política, sin poder ni importancia. Yo estuve constantemente a su lado en Nueva York durante la última campaña, y a poco la perdemos, y es electo Hancock: nadie sabe qué hubiera acontecido entonces a la República. Vedlo ahora jugando a caballero. Más que alegre estoy de que el presidente Arthur pruebe ser hombre cuerdo en su nueva posición, y espero que dará al país una administración nunca igualada. Apelo por justicia a esta honorable corte, y estoy contento de que sea vuestro honor un caballero de tan vastas miras, cristiano sentimiento y claro juicio: me cuento afortunado, ciertamente, con que mi caso sea probado ante tan hábil y celoso jurista. Apelo por justicia al fiscal del distrito que me acusa, y sus ilustrados compañeros; y les ruego que vayan despacio en su acusación, para que no sean injustos con la Deidad, cuyo siervo fui cuando intenté remover al difunto presidente. En el gran día último, ellos y todos los hombres estarán en presencia de la Deidad clamando por merced. Tendrán allí lo que aquí hayan merecido. La vida es un enigma. Este es un mundo extraño. Gobierna a los hombres a menudo la pasión, no la razón. La multitud crucificó al Salvador de la humanidad, y Pablo su apóstol, sufrió una ignominiosa muerte. Esto sucedió muchos siglos hace. Durante dieciocho siglos, ningún hombre ha ejercido tan tremenda influencia como el Galileo y su grande Apóstol. Hicieron su obra, y dejaron su resultado al celo del Padre Todopoderoso!».—Y esto acaba el discurso, que Guiteau remata con esta nota amena como de quien descansa de hacer gran obra, que ha de ser famosa, y está contento de sí: «Este discurso fue escrito acurrucado en mi celda».—Y ese discurso no fue dicho, que se lo estorbó la corte. Ha sido conocido por los diarios. Él gesticulaba, y exigía que se lo dejasen leer: codeaba, injuriaba. La muchedumbre prorrumpía en exclamaciones de asombro: «¿Qué significa esto?»—«¡Este es el hombre que mató al pobre Garfield!»—«¡Qué farsa!»—«¿Estará loco?»—«¡Hace su papel demasiado bien!»—«¡Por cierto que esa locura es más metódica que la de Hamlet!»—«¡Qué miserable criatura!»—«¡Y pensar que tal hombre ha costado al país tal pena!»—«De seguro que no está loco.»—«¡No en balde no le dieron el empleo!»—«¡Debe estar loco!». Más que la compasión domina el disgusto. Parece por los gestos de los concurrentes que se está en presencia de algo que infesta y daña los ojos. Vedle ahora salir: parece como que espera el trueno del cielo. Anda como corriendo. Salta, más que entra, al vagón blindado, que parte entre las injurias mortales y las voces de odio de la muchedumbre. Los muchachos lo vocean como a perro espantado: se oye por todas partes: «¡allá va, el villano!» «Tuviera yo

aquí un arma, y no te escaparías!» «Espera hasta mañana, que no sabíamos que venías hoy.» «¡Cuerda, y no asilo, necesita ese loco!». Y un hombre de color, cargado de años, dijo: «El único modo de poner en proceso la vida de este hombre es, someter al voto del pueblo en todo el país si debe o no ser ahorcado». ¡Y allá va, en el carro forrado de hierro, trémulo y lívido, guardado por policías de a caballo, seguido de maldiciones, de denuestos, de silbos y de gritos!

Las grandes líneas del proceso están ya dibujadas: electos los jurados, establecidas la acusación y la defensa; probado el crimen e intentada la prueba de locura. Guiteau ríe unas veces y hace reír; otras, como fiera con fiebre, rompe su continente habitual, que disimula compostura, y lucha brazo a brazo con los guardianes que intentan volverlo a su asiento y reprimir sus ofensas a la Corte. Tiene burlas malvadas. La acusación tiene derecho a impugnar cinco jurados, mas la defensa sostenía que solo podía impugnar cuatro. El juez, que sin vejar ni mermar los derechos de la acusación, favorece a los prudentes defensores, dice que tienen derecho a cinco: ¡Hum!, exclama Guiteau, con risa maligna: eso lo supimos de Robinson: él no es abogado. Hace de monarca con los cronistas, o cuando cree que ha dicho cosa de mérito o frase aguda, se vuelve, como rey que ordena, y dice: «¡Escribid eso, cronistas!». Y se levanta de súbito, e increpa al juez: «Os digo que estáis ultrajando la justicia! Os digo que habéis de oírme, que yo soy el jefe de esta defensa, y sé la ley y seré oído!». Y cuando al cabo, entre ruegos y amenazas, lo sientan, se le oye que dice: «Ese Robinson no tiene sesos bastantes para manejar un pleito de cinco pesos!». Un día vino a la Corte, con ademán furente y ceño adusto: un guardia se le acerca, y le intima que se abstenga de las interrupciones escandalosas del día anterior. Pareció su exabrupto el súbito salto de un manojo de resortes de acero oprimidos. ¡Qué lamentosa, qué extraña escena! La sala estaba en pie: el juez se mordía los labios, y enfrenaba su cólera: «¡Cállate, siéntate, estate quieto!», le decían sus hermanos: «¡Ea! Atended a vuestros negocios!», es su colérica respuesta: «Dejadme solo, que soy aquí abogado en jefe, y hablaré cuanto tenga que hablar»:—le tocan los ujieres en el hombro y él se vuelve convulso; que nada le irrita como que le pongan mano encima: «¡Lejos de mí: las manos quietas!»—«O el acusado se modera … empieza el juez: «¡no he de moderarme. Y apelaré! Y os denunciaré! ¡Que os estéis quietos!, repite a los ujieres: ¡quietos malditos locos! ¡Sabed, juez, que quiero y debo hablar…» «Sabed, acusado, que en casos semejantes al vuestro, el tribunal ha prescindido del preso rebelde, y lo ha juzgado en su ausencia: os lo anuncio con pena, pero os lo anuncio.» «Bien está, dice Guiteau sentándose: apelaremos!» Y esa es escena diaria: ya interpela los jurados, ya traba pláticas con sus acusadores, ya injuria o cumplimenta a su cuñado, ya coloquia amigablemente con los testigos de la acusación, ya se revuelve contra los que vienen, en beneficio suyo, a dar testimonio, del desorden, brutalidad, soberbia, miseria y extravagancia que han marcado su vida. Pregúntanle a un testigo si estaba Guiteau en más carnes que ahora antes de cometer el crimen, como ciertamente estaba, y él dice, entre coros de carcajadas, porque es ya famosa su insaciable gula: «Debo decir aquí que hoy he gozado por primera vez de una comida entera desde el día 2 de julio». El almuerzo de aquella mañana en que hirió al presidente, fue cosa estupenda, y ya célebre, que revela en este hombre su exceso de instintos animales.

Y ¿quiénes son sus jueces? Son doce jurados, doce hombres de trabajo, doce seres humanos, tomados al acaso entre la masa viva, con tal de ser honrados y poseer dosis común de juicio; doce juzgadores, desconocidos del acusado, que viven en la naturaleza fresca, real, libre, ora perfumada, ora hedionda de las

ciudades, que pueden juzgar de la pasión porque son capaces de sentirla, que estiman el hecho desnudo, descarnado y brutal, ni torturado, ni desfigurado, ni exagerado, ni empequeñecido por imaginaciones legales, argucias, escarceos técnicos, preocupaciones tradicionales, doctrinas de uso, y antejuicios, sino neto y en globo, tal como hiere los ojos, repugna a la mente y espanta los oídos. Esos son los jurados, y esos los de Guiteau! Cuánta dificultad para elegirlos! A 150 hombres hubo que examinar para elegir doce! Uno a uno pasan, en séquito pintoresco, ante la mesa del juez. A este Guiteau lo injuria: «¡Ea, que no quiero negros en mi caso!». «¡A ver: a ver: ese que ha dicho que su opinión del hecho cambió cuando vio en las ventanas de la Casa Blanca los boletines de los médicos,—ese me conviene!» A uno lo impugna Scoville; a otros los impugnan los acusadores. La sala aplaude, se divierte, ríe. Como la ley exige que los que hayan de ser electos como jurados, no tengan opinión hecha del caso ¡qué respuestas las de los jurados propuestos! Este es uno que dice: «No hay suma de tortura bastante grande, para ese preso». Este es otro, que exclama: «¿Qué si tengo hecha mi opinión? Sí, debe ser ahorcado o quemado». Otro dice: «Yo creo que está loco», a lo que rompe Guiteau en risa caudalosa: «¡Colgadlo! Esa es mi opinión», dice un Joshua Green. Un hombre de color que lleva mal colgada al hombro una capa parda, y en sí gran número de años, y en el pecho una camisa de rizada pechera, y entre los anchos labios un gran limpiadientes, responde con agudeza y decoro, y majestuoso desdén del asesino, a las preguntas que lo acosan. Otro hombre de color, Ralph Wormsley, albañil ornamentista hace admirar de la sala su compostura, probidad y juicio. «¡Ahorcadlo!» «¡Guindadlo!», van diciendo por turnos, los jurados inscritos que, en procesión curiosa, pasan ante el juez.

Y todo esto ante el acusado, que finge gozo o da señales de impaciencia e ira, y apunta a sus defensores cuál jurado le es grato, y cuál no se lo es. Todo esto ante la hermana del reo. Al cabo, los doce hombres fueron electos, y acusación, defensa y criminal dicen que fían en haber elegido un jurado sesudo, inteligente y leal. Y ved los jueces, que no son grandes hombres, ni de gradualidades de la pena, ni de tinieblas fisiológicas, ni de reminiscencias religiosas, ni de rudas leyes sajonas tienen llena la mente. ¿Mató o no mató? ¿Está loco, o no está loco? He aquí lo que ellos van a decidir. Y son los jueces: John Hamlin, dueño de un restaurante; Frederick Brandenburg, un vendedor de cigarros; George Gates, un maquinista, y Joseph Palthre, un comisionista, que tienen parientes locos; Sheeran, un irlandés que vende comestibles, y que afirma que no ganó nunca dineros del gobierno; Wormsley, el hombre de color sensato; Thomas Heinlein, herrero, que dice con arrogancia que él no ha formado parte de conspiración alguna para dar muerte (linchar) a Guiteau, porque «él es americano, e instituciones como esas no son americanas». Otro jurado es William Brawner, negociante, que anuncia que ha estudiado, y cree que existen diversos grados de demencia, y que, aunque no es persona devota, cree en Dios y en una vida futura de penas y castigos: Hobbs, otro albañil; Langley, otro vendedor de comestibles; y Bright y Stewart dos mercaderes, hacen los doce. Ya están en pie ante el juez; ya el juez les dice, tomándoles en punto solemne juramento: «Vos y cada uno de vosotros juráis solemnemente que procederéis bien y opinaréis con verdad entre los Estados Unidos y Carlos Guiteau, el acusado de la barra, a quien recibís procesado por el asesinato de Jaime Garfield; y que daréis un leal veredicto conforme a la evidencia: ayúdeos Dios!». Y juran. «Idos ahora, jurados, a preparar vuestros negocios, de modo que estéis mañana libres.» Así se hizo el tribunal histórico.

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 10 de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINÓN NACIONAL*

Proceso de Guiteau.—Discurso del acusador.—Juego de esgrima.—El buen defensor.—Testigos: interrupciones: extrañezas: risas.—Un hombre a caballo dispara un balazo a Guiteau.—La cárcel en fiesta.—¡Admirable defensa!—Testigos favorables.—El proceso hasta el día.—La humana hiena.

II

Nueva York, 26 de noviembre de 1881.

Y de entonces siguieron los acontecimientos culminantes. Siguieron en orden el establecimiento de la acusación, el examen de los testigos en que se apoya, el establecimiento de la defensa, y el examen de los testigos en que la defensa se sustenta. El combate interesa: el criminal obra de modo que hace creer en su locura; resplandor de escaramuza brilla durante las preguntas y repreguntas de los testigos: Scoville, desvalido, cubre con su delgado cuerpo, y para con sus generosas manos los golpes que los abogados de la acusación, numerosos y venerados, dirigen a su mísero cliente. Un caballero se levanta, y habla, y arranca lágrimas. Es el fiscal, que abre el proceso: es el abogado Corkhill, que sin encono, mas con firmeza, acusa al homicida. Levita de doble hilera de botones le cierra el cuello: su apostura es severa, sus ademanes, sobrios; su voz golpeante a veces como si contuviera su indignación, y húmeda otras, como de quien llora sobre un muerto. Describe el carácter de Guiteau, su ambición desordenada, su deseo terco de mezclarse en los grandes actos del Partido Republicano, sus naturales desengaños, sus vanas tentativas de alcanzar altos empleos. Lee sus cartas a Garfield, y a Blaine, el elocuente ministro, que está a su lado, pronto a dar testimonio, opacos ya los ojos que no ha mucho brillaban como centellas en su sillón senatorial. Se ve en las cartas al oficioso amigo, al bellaco entrometido, al vulgar aventurero, al ambicioso sin freno, a un hombre osado, astuto y sano. Espera un empleo, ruega, aconseja, amenaza. Adula a Blaine, y luego llama a Blaine, cuando de él ya nada esperaba, traidor amigo y genio malo. Describe Corkhill las esperanzas, la tarea de logro, la tenacidad inconcebible de Guiteau. Persigue en su mente, que la pérdida absoluta de su fe en hallar empleos, puebla de pensamientos feroces, la idea criminal, idea de ira hacia el que lo desdeña, idea de provecho. Su proyecto comienza cuando su ilusión acaba. Comprende que necesita un disfraz de crimen, y lo halla en las pasiones del momento. Repasa su vida y se decide a utilizar todos sus errores, como excusa de su acto. Pero es un acto de inicua venganza, de cobarde desesperación, de rencorosa impotencia, de rebelde odio. ¡Cuán tristemente acaba Corkhill su discurso! Muchas mejillas había húmedas en la sala del jurado. «Ningún veredicto vuestro», decía a los jurados, «puede ya llamarlo: duerme el ilustre Garfield el sueño que no conoce despertar, sobre la pacífica ribera del lago Erie, cuyas límpidas aguas bañan los límites de su nativo estado; duerme en aquella ciudad que él amó tanto, y bajo el suelo del estado aquel que coronó su vida con los más altos honores. Es demasiado tarde para volver aquel esposo a la doliente esposa, a los

desheredados hijos: que en cuanto a aquella vigilante madrecita, cuyo rostro no se borrará jamás de la memoria de la nación, no hay ya en la tierra alivio para ella. Cierto es el fatal caso, y vivos quedan para siempre sus horrores y penas! A cada uno de vosotros se ha preguntado si estabais regidos por convicciones religiosas. Y así lo habéis jurado. Mil ochocientos años hace fue escrito por la pluma de la inspiración, como la ley de aquel Dios misericordioso a quien reverenciáis: ¡Anatema sobre aquel hombre por quien la ofensa viene; fuera mejor para él que una piedra de molino colgase de su cuello, y que se ahogase en las profundidades de la mar! Y el honrado, el patriótico, el obediente pueblo de esta nación está esperando por vuestro veredicto, ansioso de ver si el hombre por quien esta grande ofensa fue cometida no sufrirá el justo y merecido castigo de la ley!».

Abrió seguidamente la acusación sus arsenales, y llamó al banco de testimonio a sus testigos. Allí se sentaron, a dar llena y abrumadora evidencia, Blaine, que acompañaba al presidente en la horrible mañana; Camacho, el ministro de Venezuela, que estaba cerca de él cuando recibió el balazo funesto; los doctores, que pusieron la mano en aquella honda herida, de negruzcas fauces, y dieron calma y alivio al noble enfermo; la buena señora, que reclinó en sus brazos la cabeza de Garfield desmayado; los que vieron huir a Guiteau, o le vieron entrar, o le vieron disparar, o le prestaron dinero, o le tomaron preso, o ajustaron con él o le vieron ajustar el carruaje que preparó para su fuga. Anonadadora es la evidencia. Ni la defensa la discute; ni él la niega. Que por venganza y despecho mató a Garfield Guiteau, con plena libertad, plena deliberación y pleno juicio, mantienen los acusadores. Él mantiene, ora que le dio muerte para salvar al Partido Republicano, ora que obedeció la voz de Dios, ora que ambas razones le movieron. Y mantiene la defensa que le mató con libertad, mas no de la razón; y con deliberación, mas no con juicio. Sobre esos ejes gira el gran proceso.

Y ¡si vierais al buen Scoville! «Perdonadme, señor, dice al juez, mi ignorancia de las leyes criminales. Ved, caballeros acusadores, que defiendo a este hombre porque creo honestamente en su locura; y sé quién es, y le he visto vivir: ved que abomino y desdeño toda argucia legal, toda habilidad de abogado, toda negativa moratoria, todo entorpecimiento impertinente que cause al estado más gastos y a la nación más inquietudes que las que ha causado ya este infortunado. Pero ved que me respetéis, como respeto yo el decoro de la justicia!» Él no tiene dineros, él no paga auxiliares; él no puede presentar toda la prueba que conoce; él está solo, frente a su mesilla, llena de cartas y papeles. Hace de modo que sus peticiones sean justas y que el tribunal esté siempre, en las escaramuzas jurídicas, de su lado. «¡Aquel Robinson era un bellaco, dice Guiteau; pero este Scoville está trabajando espléndidamente!» Y eso es lo cierto. Él no hace pregunta sin objeto ni se intimida por la fama de agudos, ni social prosapia de los testigos, ni por las risas burlonas que celebran las réplicas felices de sus contrarios. Nada objeta que no haga a su concepto de la defensa: nada excusa de todo lo que puede fortalecerla. Ha meditado, y obra firmemente. Es honrado, y asombra y hace vacilar a sus adversarios. Él los persigue, los acorrala, los estruja. ¿Quién es ese magnífico anciano, de tez descolorida, belicosa apostura, y suelta barba? Le rodean el aplauso y el respeto. Ese es el primer testigo: es Blaine: el formidable discutidor, el vivaz replicante, el caballero de la palabra, en ningún torneo vencido; el verboso y diestro Blaine, que sacude sus frases como látigos, las lanza como azagayas, y las esgrime y hace relucir como floretes. ¡Y a ese afamado esgrimidor lo pone Scoville en confusión y compromiso, y le obliga a esquivar la batalla, y a confesar lo que a la defensa conviene que confiese!

Mirad, mirad conmigo esta escena de esgrima. Ya el amigo ha narrado cómo murió el amigo, cómo conversaban aquella mañana alegremente de cosas de la patria, cómo llegaron a la estación, cómo cayó Garfield en ella, cómo le abrumó a peticiones Guiteau terco: ya ha dado plena evidencia del bárbaro suceso. Y el sencillo Scoville, que cierra los ojos ante aquella montaña, inicia el combate. Blaine, lo ataca; para sus estocadas; hace vacilar el acero en las manos entorpecidas del abogado de provincia; latiguea el arma de Scoville como estoque de oro o estoque de plomo. Mas no ceja el humilde estoquillo, y se tiene firme en la mano provinciana, y estremece en su puño el arma áurea: ¡que no pudiera yo haceros ver el hermoso combate! El ministro, que no sabe refrenar en sus labios la palabra bullente, no olvida, sin embargo su alto deber y el grave caso. Ni perdona Scoville pregunta que le sirva. Guiteau, tímido, calla.

Pregunta la defensa:—¿Cuántas veces, señor ministro, recordáis haber visto al acusado?

Y Blaine responde:—¡Oh, muchas veces! Es difícil decir el número exacto en casos como este, porque ocho o diez visitas de esa clase, bien pueden hacer la impresión de 20 ó 25.

—¿No podrían ser mostradas las cartas que Guiteau escribió durante la campaña electoral?

—No lo creo posible. Al fuego o al cesto van los restos de la campaña. No es cosa importante que una persona se ofrezca como orador al comité de elecciones: muchas se ofrecen. Bien saben ya a qué atenerse los oradores: la regla general es no usar jamás de un orador que se ofrece a hablar.

—¿Por qué esa regla?

—Porque un hombre de reputación suficiente para que sus palabras ejerzan influencia, no busca sino que espera a ser buscado.

—¿Por qué razón creéis que Guiteau no pertenece a la clase de hombres a quienes puede darse el consulado de París?

—Porque empleos semejantes se dan siempre a hombres señalados por su notable inteligencia y públicos servicios. Nunca creí a Guiteau tal.

Y aquí entró de lleno Scoville a sacar a la vergüenza, con inquietud del ministro, cuanto de patronazgos, dones de empleos y complacencias de bandería se censuran justamente al Partido Republicano. Ved que arranque:

—¿Entendéis por servicios públicos, servicios de partido?

—No sé por qué habéis de torcer mis frases. Pueden ser servicios de partido. Por ejemplo, el actual cónsul en París ha prestado servicios públicos en el Departamento de Hacienda de Massachusetts, y ha sido agente de negocios de Massachusetts en Europa, y es vasta y favorablemente conocido. He ahí los hombres de quienes hablo.

—¿No es costumbre, y cosa siempre esperada que esos empleos se distribuyan como recompensa a servicios de partido?

—Debo decir que ese es un elemento que entra siempre en la distribución: mas hay enviados diplomáticos que lo son sin haber prestado jamás servicios de partido.

—¿Queréis dar a entender que en absoluto este elemento de servicio de partido no es reconocido prominentemente en la distribución de empleos?

—No quiero decir que no sea reconocido: sino que no se hace sobre esa sola base la distribución, y que hombres que no prestan esos servicios, gozan sin embargo empleos conspicuos.

—¿Era una peculiaridad de Guiteau basar su petición en servicios de partido?
—Ah!, no!, eso es muy común.
—Y ¿no se basan en eso todas las peticiones?
—Hallaréis como regla que los que gozan altas posiciones en el cuerpo diplomático, son aquellos que no las han pedido.
—¿Os pedía Guiteau el empleo con alguna recomendación?
—Solía decirme que era amigo del general Logan.
—Y ¿es usual que se pidan empleos sin recomendaciones?
—Oh!, cuarenta cada mañana!
—Y ¿todos son semejantes, sustancialmente?
—Todos semejantes en el deseo y casi todos semejantes en el desengaño. No era peculiar el caso de Guiteau.
—¿Cómo tratabais a Guiteau?
—Si yo no hubiera conocido más que un buscaempleos, me hubiera parecido un poco persistente; pero he conocido tantos, que no podía hacer especial reparo en él.
—¿Lo tratasteis siempre con la usual cortesía?
—Yo procuro siempre tratar con cortesía a todo caballero que viene al Departamento de Estado.
—¿Cuándo rechazasteis definitivamente su petición?
—Era como otra, muy tenaz, y venía, y venía, y tornaba a venir, y seguía viniendo: díjele al fin que no debía alentar ninguna esperanza de obtener lo que me pedía. Mas lo hice sin ninguna dureza.
—¿Le dijisteis que si el presidente le nombraba, no opondríais objeción? ¿Concluyó así la entrevista?
—Me parece que no; debí de hablarle de una manera decidida.
Y fue luego cosa curiosa ver sacudirse al gran político militante de las preguntas incisivas que, para apoyar la defensa de Guiteau en la influencia que en él tuvieron las disensiones políticas, dirigía a Blaine fríamente Scoville. ¡León cogido en trampa de conejo!
—Y ¿cuál era la condición del Partido Republicano seis semanas antes del atentado, en cuanto a unanimidad y armonía?
Medita Blaine y dice al cabo:
—Había algunas disensiones en él.
—¿Considerables, no?
—Sí: considerables.
—¿Y creaban gran excitación en el país?
—No debo decir en el país.
—Entre las gentes?
—La disensión era puramente local: diferencias entre el presidente y sus copartidarios sobre asuntos de Nueva York.
¡Aquí versaba el diálogo sobre todo lo que apasiona y lastima a Blaine, sobe todo lo que hay para él de amenazador, de candente, de grave, de odiado, de temible, en la política actual!
—Y ¿se agitaban esas disensiones en la prensa?

—Eran comentadas.
—Deseo que expongáis libremente esas diferencias, las diferencias que culminaron en la renuncia de los senadores de Nueva York.
Sábese de sobra que uno de esos senadores es Conkling, el agrio e irreconciliable rival de Blaine.
—No me explico el alcance de la pregunta.
—¿Había disturbios?
—Sí: grandes disturbios.
—¿No eran actos, a más de opiniones?
—Eran actos.
—¿De qué consistían?
—Del acto que creó la diferencia.
—¿Hizo algo el senador Conkling, o dijo algo, que avivase esa diferencia?
—¿Qué diferencia?
—La del Partido Republicano.
—¿Sobre qué?
Y aquí ya el preguntado, echado sobre sus trincheras iniciaba un ataque infructuoso.
—Cese el combate de palabras. Deseo vuestro informe sobre aquellas discusiones del Partido Republicano.
—Bien sé yo que podría hacer un discurso político de dos horas y media sobre el caso. Pero decidme en concreto a qué queréis que os responda.
Y así lleva Scoville a Blaine a que afirme cuán cierta, honda y acalorada fue aquella contienda, y cuán innegable y visible, para excusar luego a su ahijado, con la excusa de que aquella frenética batalla asordó la conciencia y oscureció el juicio de un hombre de mente débil y pasiones desenfrenadas a quien defiende.
El representante de Venezuela, Simón Camacho, autorizado por el gobierno venezolano, con cortesía que ha sido aquí estimada, a declarar libérrimamente, sin ampararse de ninguno de los privilegios a que los empleados diplomáticos tienen derecho, declaró luego. Él vio el disparo: vio la tentativa de fuga del asesino, excita la ira de Guiteau por asegurar que llevaba el sombrero sobre los ojos. Dice que recuerda cómo estaba Guiteau pálido y lleno de espanto. Recuerda que oyó a la turba gritar: «¡Linchadlo! ¡Linchadlo!».
Oh!, y al día siguiente, qué momento de espanto. A veces el cuerpo es muro de acero, puesto que no lo rompe la ira! Habían ya declarado menudos testigos en general o especial prueba del atentado y sus detalles. Había dicho una mujer joven que vio a Guiteau ajustando el carruaje, que le pareció tan agitado que creyó que iba al cementerio a visitar muertos queridos. La pistola que arrancó la vida a Garfield, cargada aún, había pasado de mano en mano. En entretenido coloquio había estado Guiteau con el policía que lo hizo preso, irlandés fuerte y agudo. Y hubo un punto en que la generosidad y la prudencia debieron perder todo su freno. Sobre la mesa del juez estaba tendido el esqueleto de un hombre. Entre sus huesos amarillos seguía con sus dedos pálidos el curso de la bala uno de los médicos de Garfield. La hora es lúgubre: el esqueleto es frío: el médico es grave. Y ved ahora que el médico explica, sobre el hueso mismo, roído de pus, que se extrajo del cuerpo del presidente, la cabeza del proyectil: ved cómo los jurados examinan el

hueso y ved cómo pasa a las manos del defensor de Guiteau, que lo vuelve, palpa y examina: y ved a Guiteau que se inclina tranquilamente sobre el hueso roído de su víctima, y ayuda en el examen sin que el temor cierre sus ojos, ni sus carnes tiemblen, ni se contraiga un solo músculo de su faz. Se hacían atrás las mujeres, como huyendo de algo. Despedían rayos los ojos de los amigos del presidente. Siguió, reasumió luego la lectura del periódico en que parecía entretenido.

Ese día mismo había aprovechado con vivacidad Scoville la declaración de un testigo a quien pareció Guiteau, antes del atentado, como fuera de sí; y de aspecto extraño.

—Le di veinticinco pesos, decía el testigo, porque me pareció miserable y hambriento.

Protesta Guiteau con ímpetu que nada le irrita tanto como que se revele su miseria. Parecer criminal le inquieta menos que parecer pobre, mal vestido o sin magnos amigos.

—Hambriento?, pregunta Scoville.

—Tenía una mirada singular y cansada, y su traje estaba usado, y como si se le saliese del cuerpo.

—No se usa pronto un traje de $70, prorrumpe el prisionero. Yo comía muy bien en el tiempo en que estuve libre en Washington. Era la ansiedad mental lo que me hacía parecer delgado. «¡A vuestro negocio!», dice brutalmente a Scoville que le interrumpe.

—Debo insistir, repetía el testigo, en que tenía un aire inquieto, y como salvaje.

Y ese mismo día estuvo Guiteau a punto de perder la vida: «Sabed, señor juez, que hay en el tribunal gentes que tratan de atentar a mi vida. No cuido de ello, que Dios cuida de mí. Pero es bueno que sepan que tendrán lo que les conviene por su atrevimiento: ¡apuntad eso, cronistas!». Esto dijo Guiteau, y en verdad había las gentes de que hablaba: al montar en el carro que le lleva y trae por el camino de la prisión, fue el vocerío, y el clamor, y los silbidos de siempre. Mas esta vez no iba tras el carro, porque se creía ya inútil la guardia de a caballo; sino un hombre robusto, caballero en un jaco de pobre apariencia, que a corta distancia iba siguiendo al vagón. De pronto, una bala rompe la pared de hierro del carro en que Guiteau iba sentado, por el lugar de su asiento. La bala, tibia ya, rompió su levita e hizo una contusión en uno de sus brazos. —«A escape!, a escape!», grita el policía que iba al lado del conductor del carro: «A escape tras de aquel hombre que huye!». Y le dispara su pistola. El hombre gira sobre su silla, como si hubiese sido herido, mas continúa su fuga voladora, prendido al cuello de su velocísimo caballo. Era Pegaso la bestia, y él pampero. En vano clamaba porque lo persiguiesen Guiteau acurrucado en el suelo del carro: el vengador se escapa. Lo persiguen: cercan el estado; toman preso a un fanfarrón de las cercanías, que hace de valiente, y es jinete grande. Mas el fanfarrón no fue el hombre que disparó la bala, a lo que dice el policía que descargó sobre él su pistola. Pero el policía que custodia el fondo del carro, dice que es el que iba tras el carro. Hay, pues, conspiración cerrada, secreta y temible. Como de héroes contaban el lance las gentes de Washington. Les parece que el que mate a Guiteau es tan beneficioso como el que mata a un escorpión: y tan irresponsable como la suela del zapato que aplasta a una hormiga.

La curiosidad tuvo su fiesta al día siguiente, que era domingo. Lugar de peregrinación parecía la cárcel. Sitiadas de curiosos estaban las puertas. Unos lograban entrar: otros luchaban por lograrlo. Y Guiteau con acento de inspirado, respondía a los guardias que le movían conversación: «Oh!, soy duro de matar! La gente sabrá dentro de poco que Dios está conmigo y que no ha de permitir que yo sea muerto».—«Pero él insiste, dice un visitante, en que una fuerte guardia de policía asista el lunes al Señor en librarlo de

peligro.»—Tanta gente llegó al cabo a salvar las murallas de la cárcel, que él, a indicación del llavero, tomó con gran prisa, como quien hace lo que le agrada, su levita y sombrero y se asomó al corredor, a ser visto por la multitud ansiosa. Fue su hora de triunfo, y se regaló con ella grandemente. Y al reentrar en su celda, como un hombre feliz que se siente amado, sonrió dulcemente, y saludó a modo de jefe del ejército que responde al saludo de sus soldados. ¡Qué mucho! Al día siguiente, elegantes grupos sitiaban en la corte el elegante aposento donde tomaba Guiteau su refrigerio, y recogían con avaricia de sus manos los autógrafos que él escribía con aire señorial e indiferente.

Fue ese un día de vergonzoso auge para el acusado, y de puro y generoso placer para su defensor. El buen Scoville, cerrado ya el examen de testigos de la acusación, abrió con una conmovedora historia, la historia de la familia del preso, la defensa. A medida que hablaba, que dibujaba los contornos de su proyecto, que con mano segura plantaba sus tiendas, que con modo sencillo decía sus frases limpias de esfuerzo oratorio, seguras, llenas de fuerzas de hecho, y sólido juicio, encorvábanse más atentos los jurados, crecía el silencio respetuoso de la muchedumbre, frunciase el ceño de los abogados acusadores. ¿Conque ese era el abogado de provincia, el pariente desconocido, el justador inexperto? Su discurso es seguro, compacto, macizo. Su plan está engranado, almenado, temible. ¡Es tan simple! ¡Es tan fuerte! «¡Ahí tenéis a manos llenas hechos que os demuestran que ese hombre está loco! Decidme, jueces: cuando un hombre de juicio desequilibrado, de mente sacada de quicio, que en todos sus actos lo muestra, y que en todo momento obra fuera del modo común y de razón, comete en este estado un crimen ¿no se [les] ocurre preguntarse si lo había cometido en estado de razón en equilibrio? Yo bien sé que no hay dos casos de demencia iguales. No ha mucho que en Nueva York se paseaba un maníaco político, que se creía hombre magno, y vivía entre ellos, y en este engaño trabajaba, y cayó luego, al verse desatendido, en desesperación profunda, que envuelve sin duda la capacidad para el crimen.»—«Me dicen que el fiscal del distrito dice a quien quiere oírlo que este hombre finge aquí locura, como si fuera posible para un hombre que nunca supo nada de ciencia alienista, fingir locura de modo de engañar a un experto.»—«Yo no finjo nunca, exclama Guiteau: obro abiertamente, cuerdo o loco!»—«No decía, continuaba Scoville, el mismo Garfield: ¿Qué hace ese hombre? Debe estar loco! No dijo así el mismo Blaine, cuando habló a un noticiero del crimen: ¡Debe estar loco! Sí; esa es la primera idea, la idea espontánea que este crimen inspira.» Enseguida, Scoville cuenta cómo viene de lejos la locura al acusado: cómo desciende de familia que vino a América, empujada de Europa por su ardiente fe hugonote; cómo su padre, que se llamaba Lutero, tuvo hermanos que se llamaron Abrahan, Martín y Calvino; y una hermana, María, que murió loca, y fue madre de un pobre joven, músico notable, que murió al fin en un asilo de dementes; y otra hermana, Julia, que dio muestras de extravío durante los últimos días de su vida, y dejó dos hijas, una de las cuales nació deforme, muy mermada de un lado de la cabeza, y otra, que era una brillante criatura, fue presa de locura religiosa, y está hoy confinada en un asilo. Un tío de Guiteau, Abrahan, murió idiota; otro, Francisco, mortificado por haberse batido sin saberlo con pistola sin bala, paró en loco, y murió en el asilo de Bloomingdale. ¿Y el padre de Guiteau? Scoville cuenta, con su tono sincero, con su apostura llana, con su palabra firme que era un hombre muy tierno, muy puro y muy amado; pero que las cosas de religión lo ponían fuera de sí. Creía que de tal manera estaba unido con Cristo, que era parte de Jesús, y Jesús parte de él, y que viviría perpetuamente como el Salvador. Lloraba como un niño, y amaba como una mujer. ¿Y la madre de Guiteau? Era leal y afectuosa y

pobre de cuerpo y gastada de enfermedades. Cuando llevaba a Guiteau en su seno padeció de enfermedad terrible, y hubo que cercenar de raíz su cabellera, «que podemos extender ahí, sobre la mesa del juez, tal como fue cortada hace cuarenta años». Durante esa enfermedad nació este hombre. Su próximo hijo nació deforme. El que siguió a este murió a poco de nacer. Ella exhausta, murió a poco. ¿Y Guiteau mismo? Tenían las palabras de Scoville algo como marca de verdad y gravedad de testimonio. «Aquellos infortunados seres vivos», dice, «tomaban cuerpo real a su evocación sentida y melancólica. ¿Y este mísero Guiteau? Trabajaba y era bueno en su infancia descuidada; notose sí una vez que luego de muchos años de olvidado, renació en su memoria, después de una impresión ruda, un idiotismo de su infancia. Ya a los dieciocho años, le preocupaban cosas religiosas. Anhelaba saber. Con su pequeña herencia de $1 000 fue a estudiar. Le fatigó el duro aprendizaje, y llevó su haber consigo a la Comunidad de Oneida, donde se vive singularmente; y en mezcla y disciplina patriarcales, de cuyas bondades, que ahora abomina, era entonces sectario vehementísimo. Y ya se imaginaba él el jefe futuro de aquel sistema, que a su juicio debía vencer todos los sistemas de la tierra, con lo que se veía jefe del mundo. ¿No creía Lawrence, que intentó asesinar al presidente Jackson, que tenía cabal título a la corona de Inglaterra y América? Ya fatigado de la vida en común, rumiaba Guiteau que a la fecha vivía de galletas, y como manjar exquisito y raro, de carne seca, la idea de publicar en Hoboken un periódico que había de llamarse *El Teócrata Diario*. Vuelve desengañado a la comunidad, cuyos miembros, con gran disgusto de Guiteau, tenían entonces la costumbre de reunirse en una gran sala a comentarse y criticarse mutuamente sus acciones. Vive entregado a la lectura de la Biblia, a estimarse mensajero divino, a buscar su obra. En Chicago estudió leyes; y como de tres preguntas que le hicieron en el examen, acertó dos, hiciéronlo abogado, en cuyo oficio no supo nunca más que cobrar acá y allá un retazo de deudas incobrables, merced a que en la pesquisa del deudor ponía a su servicio la maravillosa tenacidad con que persigue siempre toda idea que concibe». «Yo tenía muy buenos pleitos», interrumpe Guiteau. «Fue a Chicago», continúa Scoville, «y como era un caballero, si ser gentil en modo, gentil en discurso, benévolo y cortés hacen de un hombre un caballero, halló acogida en buenos círculos». —«No tenía yo malos hábitos de ninguna clase», dice Guiteau de nuevo. Entre grandes protestas del acusado, cuenta cómo pronunció una vez en el tribunal de Chicago en un caso de robo tan disparatado discurso, que el fiscal del distrito quedó convencido de que era demente. Nunca tuvo Guiteau capacidad mental ni física para grandes trabajos. «Yo tenía sesos bastantes», prorrumpe Guiteau a esto; «pero la teología llenaba mi mente. Por eso no adelanté en mis negocios. La teología no da dinero; por eso no me hice rico. Ahora estoy ya fuera de los negocios». «Un día», cuenta el defensor, «alzó el hacha que tenía en las manos sobre la cabeza de su hermana, mi esposa, que empezó a quitar del paso una leña que le había rogado en vano que quitase».—«Falso! Falso!», grita el acusado, con el rostro descompuesto.—«El médico de nuestra casa lo declaró loco.» Describió luego el leal defensor la ridícula tentativa de Guiteau de pasear el país como lector sobre la segunda venida de Cristo, cuya idea le vino de oír ciertos sermones. Su mayor éxito fue en Detroit, donde ganó cuatro pesos.—«Yo tenía las ideas pero no tenía reputación.» Regocíjase el preso de oír contar a su cuñado las artes de bohemio con que se libraba del pago en los ferrocarriles, no sin que una vez, amenazado de prisión, se viese obligado a saltar de un tren que iba andando treinta millas por hora. «A poco muero», dice Guiteau, que se complace en ir anotando con sus interrupciones, que acoge el público con grandes risas, el discurso de su defensor. Pero se indigna cuando Scoville pinta el singular

placer con que el preso se abandona al trato de las damas. Como se hablase de su pobreza, Guiteau dice: «¡Abandoné un negocio de $5 000 por entrar en mi campaña religiosa, y ved cómo he salido de ella. Pero lo mismo le sucedió al apóstol San Pablo. Él al fin tuvo su paga y yo tendré la mía del libro que escribí. Yo iba por las ciudades vendiendo mis lecturas, y pensaban que era yo un agente de libros, nada me hacía tan feliz como eso». «Ved», exclama Scoville, vuelto hacia los jurados, «si concebís que un hombre cuerdo se emplee en semejante negocio por tres años. Creyó siempre este hombre que le bastaba desear una rica heredera para lograrla en matrimonio, y ya lo habéis visto, a él que no ha usado nunca burlas, decir en su autobiografía que solicita una esposa aristocrática y cristiana». «Y me ha respondido una señora que posee 100 000: ¡eso no está malo!» Esperaba que cuando este peligro que le amenaza se apartase de su cabeza, podría entrar a ser el honrado esposo de una dama honrada. Y lo decía de buena fe, grave y serenamente, y aún cree la acusación que este es un hombre cuerdo! Y alcanzó una respuesta su anuncio, lo cual prueba que hay una mujer en los Estados Unidos que ha perdido también probablemente su razón. A esto sigue una escena tormentosa, que termina con un relámpago de noble ira. Confiesa Scoville que no envió las cartas que Guiteau escribía en respuesta a la dama.—«¡Oh, yo lo sabía, yo lo sabía»—grita Guiteau en exabrupto tremendo. «Yo sabía que mentíais, cuando me decíais que se las enviabais.»—«Estad quieto!», ordena el juez.—«¡Mentís, mentís!», exclama el preso con renovada furia.—«Señor—interrumpe con agrio tono el fiscal del distrito:—el esfuerzo del defensor de entrar en un altercado con el preso es reprensible, y debe ser impedido. Tiempo tiene el acusado de representar su papel cuando haga su discurso». Un murmullo de disgusto cogió esta arrogante y descortés demanda, que venía a vejar a un hombre notoriamente bueno en el instante en que jurados y público admiraban su devoción, su sencillez y su cordura.—«Yo no hago aquí papeles—vocifera Guiteau, con arrebatados ademanes: yo sabía que mentía!»—Y pálido, trémulo el cuerpo, relampagueantes los ojos, la voz profunda y el acento grave, encárase Scoville al fiscal inoportuno, y le dice, como si le echara al rostro un manojo de azotes: «Si esta no es evidencia competente de la condición mental del preso, por qué habéis tenido, señor, expertos del gobierno aquí y en la prisión día sobre día? En cuanto a su insinuación, el caballero Corkhill tendrá la respuesta que merece a su debido tiempo!». Una salva de aplausos nutrida y prolongada—¿cuándo no fue generoso el corazón humano?—acoge este rapto de cólera honrada.

Y quedan los jurados conmovidos; y Guiteau murmurando «mentíais!, mentíais!»; y el público enamorado del buen defensor; y la soberbia acusación inquieta, en consulta, desquiciada, sorprendida. —«Todo lo que yo deseo en este caso es que la verdad prevalezca. Si traigo ante vosotros, acusadores, alguna evidencia, tenéis oportunidad de criticarla, en el grado que os plazca, y si un átomo solo de evidencia procurase yo para efectos teatrales, sin una honda convicción de que es justo y honesto presentarla, quiero no solo que la rechacéis, miembros del jurado, sino que la volváis diez y diez veces en contra mía en vuestro veredicto.» Ahogan estas briosas palabras nuevas salvas de aplausos; a ellos sigue la lectura de extravagantes cartas que demuestran los risibles proyectos, desórdenes mentales y menguada vida del acusado en los últimos años. Ya es que afirma que vive de galletas, carne seca y limonada. Ya es que anuncia que la Biblia es su libro de texto, y el Espíritu Santo su maestro de escuela. Ya es que resuelve publicar un periódico que denuncie a los amigos de Satán, donde admitirá, anuncios y modos de ganancia, «porque es bueno combatir al diablo con sus mismas armas». Ya es aquel pobrísimo discurso, zurcido con

frases en boga y reflejos de periódicos, *Garfield contra Hancock,* que él creyó obra capital, y título para pedir muy altos puestos. Guiteau, herido en su vanidad implacable y mórbida, fulmina injurias contra los que así desdeñan su obra. «¡Remediad, señor juez, clama Scoville, estos exabruptos!» «Dadme el medio, vosotros abogados.» La acusación, colérica y áspera, y pletórica de malos deseos desde que nota el ascendiente legítimo y vasto que el humilde defensor ha conseguido sobre los jurados y la mente pública, dice, con befa censurable: «Buen remedio fuera que cesara el defensor en su discurso, que es una mezcla extraña de cosas sin concierto, una olla podrida». Juez y público oyen con desagrado al acusador burlón, y juez y público piensan que asisten a una escena memorable y consoladora en que la bondad desinteresada lucha triunfantemente contra el deber pagado, la vanidad profesional y el desdeñoso encono. Y después de haber mostrado paciente y ordenadamente los grados diversos de exaltación y miseria de la mente del preso; de haber acumulado toda aquella suma de evidencia, psicológica y palpable; de haber presentado en junto los desquiciamientos, las singularidades, las bellaquerías, el desorden espiritual de su defendido; de haber alzado en torno de su cuerpo en riesgo como paredes fortísimas, sus propios hechos, de no haber traído a cuento cosa que no pueda ser en el testimonio, o haya sido en su discurso, probada, de dejar en sus oyentes la idea de que de ser cierto cuando dice, que tiene aire de ser cierto, la demencia del criminal es segura, y su irresponsabilidad nace de ella,—Scoville dice tales cosas, hoy aquí tan repetidas y reales, que parecen sus frases a los que las oyen como salidas de los labios de ellos mismos. «Si es loco este hombre ¿a quién condenar por el terrible crimen? A la política moderna; a la avaricia de empleos; a la mala costumbre de prometerlos; a la viciosa práctica de darlos a los que prestan servicios de orden privado de partido. Aquí debéis determinar, oh!, miembros del jurado, si este ser igual a vosotros, con todos sus infortunios, con todas sus extravagancias, debe al fin perecer en el cadalso. Esta cuestión será sometida a vosotros con la evidencia de este caso, y la defensa confía en que haréis lo que es recto conforme a vuestra conciencia, y a lo que hayan de aprobar vuestros conciudadanos y vuestro Dios.»

Los ujieres tienen que sofocar los aplausos que acogen el término del discurso. Y qué ha conseguido ese hombre, ayer ignorado, que se sienta al lado de su esposa, que le mira con ojos húmedos de agradecimiento y de amor, y del preso, que tiembla estremecido bajo su pálida máscara: ¡ha conseguido que la mitad de la nación crea hoy que ese hombre, a quien la nación entera creía ayer sin discrepancia, odiosísimo malvado, es un antiguo infortunado loco! Días ha, parecía cosa de burlas que se discutiera la posibilidad de aserto semejante: hoy la opinión se divide, la acusación bambolea; los jueces callan dominados, y la nación entera duda. ¡Generoso Scoville!

Comienzan los testimonios de la defensa, entre las asperezas de la acusación, que teme de sí, y quiere quitar probabilidades de prueba a la defensa,—y los paroxismos de furia de Guiteau, que se yergue convulso contra los testigos que más le favorecen, y le vienen teniendo por loco de remate desde hace años,—porque él no quiere ser excusado por más locura que la que viene de aparecer como órgano de la Deidad.—Niégase la acusación a presentar a Scoville, que los reclama, los recortes de periódicos que Guiteau había cuidadosamente conservado, y que excitaron su mente al grado de la capacidad del crimen,—y el juez compele a los acusadores a mostrar los recortes.

—¿Y cómo sabemos que no son convictos de penitenciaría los testigos que nos traéis?

—Ellos y yo, dice el defensor con calma, os iremos probando que no lo son.

—No conocemos a tal gente; dice Guiteau con tono grave.

Un sacerdote que le oyó pronunciar su lectura sobre la segunda venida de Cristo, dice que le pareció persona sacada de sí, y no tanto desarreglada, como mal arreglada. El esposo de una tía de Guiteau afirma la locura de su hija. Un médico, a quien hace seis años consultó Scoville acerca del estado de la mente de Guiteau, declara que lo sometió a minuciosa vigilancia, y opinó que estaba demente, asistiéndole para apoyar su juicio la locura hereditaria en la familia, la exaltación de su naturaleza, sus vehementes explosiones de sentimiento, que no proviniendo de causas externas visibles, debían venir de individual causa interna; su egoísmo excesivo; su frecuente incoherencia de pensamientos; su hablar constante de Cristo y cristiandad, sin parecer por eso penetrado de ninguna de las grandes verdades morales del cristianismo; la flaqueza de casi todos sus juicios y el desequilibrio visible de sus capacidades mentales. El médico conoció al padre de Guiteau, que creía en su perpetua vida. Dice el médico que como Guiteau oyó que, trataba su familia, siguiendo el juicio experto, de hacerle entrar en un asilo, dejó súbitamente la comarca, no sin haber llamado una noche al seno del Señor con palabras y gestos extraños a una reunión de gentes en que el médico estaba, y donde no se hablaba a la sazón de cosas religiosas. Grande evidencia ofreció otro testigo de Boston que alquiló a Guiteau la sala para una de sus lecturas, que anunció de este modo: «No dejéis de oír al honorable Carlos Guiteau, el pequeño gigante del Oeste. Él demostrará que dos tercios de la raza están caminando a su perdición». «Pues estimé muy liberalmente», dice Guiteau desde su asiento entre las risas del auditorio. Aún recuerdo, continúa el testigo, cómo leyó aquella noche. Leyó sin concierto, saltando páginas, y al cabo de media hora, evidentemente colérico y disgustado de sí mismo, enrolló su lectura y abandonó, con pasmo del concurso la plataforma. Celebramos conferencia los allí reunidos, y opinamos que aquel hombre estaba loco. Como al día siguiente me negase a alquilarle la sala, me dijo que él no era loco, sino inspirado; que Dios era su padre y consejero directo, y que él pertenecía a la firma de Jesucristo y Compañía. Y me dijo que si yo seguía sus consejos iría al cielo, y si no, al infierno. El salón en que leyó Guiteau fue fundado por algunos infieles notables, congregados allí para liberalizar la religión. «¿Le hubierais devuelto un golpe si os lo hubiera dado?», pregunta al testigo la defensa. «No se lo hubiera devuelto. Y conste que vengo aquí involuntariamente, movido del llamamiento de Scoville a todos los que en el país supiesen algo de la locura de Guiteau.» Declara luego una señora de Nueva York, en cuya casa estuvo posando, o *bordando,* como aquí dicen, el acusado. De fijo, le quedó debiendo. Guiteau se exaspera de verse así sacado a la vergüenza. «Pero eran buenas señoras, dice, y muy cristianas. Es un buen lugar para vivir. Recomiendo esa casa como buena posada.» La señora afirma que Guiteau era peculiarmente osado en su modo de mirarla, y brusco y excéntrico en sus modales en la mesa.—Otro caballero bostoniano recuerda que le oyó en la noche de su lectura, que le pareció, como todo lo que aquella noche hizo el lector cosa de rematado loco. Un hombre de campo testifica entre los denuestos y apelaciones del preso, que la esposa de Scoville le acusó en su presencia de haber querido matarla con el hacha, y que él siempre lo creyó loco, al verle confundir las más conocidas frutas en los trabajos que le mandaba hacer, y hacía de buena voluntad, como el de enjabonar árboles de *hickory* cuando yo le decía que enjabonase los manzanos.—«Acusadores, prorrumpe Guiteau:—os conjuro a que destituyáis de crédito esas historias absurdas del hacha y de mis torpezas. Yo trabajaba en la hacienda de mi hermana para pagarle mi posada. Lo de enjabonar árboles de madera por árboles de fruta era ignorancia. Yo estaba entonces estudiando

teología.» ¡Si lo hubierais visto! Decía otro testigo, el abogado Reed, que era fiscal de un caso en que Guiteau fue defensor: «Qué hablar de Dios y cosas teológicas en un pequeño proceso de robo. ¡Qué incoherencia! ¡Qué ademanes y gritos! Yo opiné aquel día, y todo me ha fortificado en mi opinión, que estaba loco. Luego se empeñó en adquirir un periódico poderoso de Chicago, y en que yo leyese su lectura sobre la "segunda venida de Cristo". Le ofrecí pocos días antes del crimen ayudarle para que lograse un empleo humilde y sin responsabilidad y se revolvió contra mí lleno de ira. ¿Y en su prisión? Aún me parece hallarlo, gesticulando como ahora, puesto en pie, ante Scoville y yo que le hablábamos, alzar la mano al cielo, y culpar a Dios del asesinato del presidente Garfield. ¿No le habéis oído decir en este mismo tribunal hoy mismo, en ese discurso que el juez le ha permitido leer, que nada teme de nadie, porque Dios es su asociado, pero los que a él atenten deben saber que es muerte su pena, y no menos?». La acusación intenta en vano conmover al generoso e inteligente testigo. «He de abastar toda mentira que digan de mí el defensor, y los declarantes» dice Guiteau con cólera, y gesticula, y contrae el rostro de tan ridícula manera, que el juez le ordena inmediata compostura.

Y este día acaba; y le atan las manos con brillantes esposas; y salen del salón, con los anteojos de teatro y la cestilla de provisiones, las damas ricas; y los jurados pensativos abandonan lentamente sus asientos, y con su paso elástico, rápido, inquieto, pasa como quien se desliza, como quien odia, como quien espía, y mira torvamente, y salta al sombrío vagón la humana hiena!

M. de Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 12 de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

El proceso de Guiteau.—Ser hoffmaniano.—Sus hermanos declaran por él.—Él cuenta su historia.

I

Nueva York, 10 de diciembre de 1881.

Señor Director:

No amengua, no cesa el interés que inspira el proceso del matador de Garfield. Tal parece que una fiera se exhibe, y que la nación entera acude a verla. Es un ente frío, demoníaco, lívido. Deja la impresión de un cerdo salvaje: tiene su mirada, odiadora y luciente, su crin hirsuta, su modo de arremeter, de espantarse, de emprender fuga. Oh!, no hay fantasía que lo afee. Es un ser hoffmaniano–fantástico. Que en la escala moral de fiera a hombre, hay sus grados, como en la escala geológica. La victoria está en humillar la fiera. En ese reo, porque por reo le tiene el tribunal humano, la fiera royó al hombre, y se sentó en el hueco de su

espíritu. Y poco a poco, de brillar en sus ojos, de hablar por sus labios, de obrar por sus manos, fue dando a la criatura externa su apariencia. No mueve a lástima: no mueve a perdón: no mueve a excusa: no halla aposento en los corazones de los hombres, sino en su odio. La razón exige que su vida sea salvada, por la inutilidad del acto horrendo; por la ineficacia de matar al monstruo para detener la potencia de la naturaleza de criar monstruos, porque al fin movido por la soledad prolongada y el espanto puede, al riesgo de las lágrimas, resucitar en el fondo de su cuerpo ese hombre roído, y porque pudiera, en estos días de ira, la justicia tener aspecto de venganza. Y no se debe matar a una fiera en la hora en que se está siendo también fiera; que esto es ser igual a él, y no su juez. El hombre debe tener siempre en alto las bridas de sí mismo: no abandonarlas, ni dejarlas llevar de la tormenta. De lo interior suelen soplar vientos tremendos, que parece que vienen de sima honda. Hay que estar seguro de sí, para poder echar en cara a los demás que anduvieron extraviados. Pues ¿qué pena mayor para ese hombre que ver evaporados sus cálculos, y descubierta su miseria, y sus deseos irrealizables, y su última tentativa frustrada, y su ruin mente revelada a sí propio, y huidos irrevocablemente todos aquellos provechos que esperaba de su acto? ¡En verdad que no hubo jamás mayor villano! Eso arroja la causa, eso revela el proceso. No tiene ese hombre ni la dignidad de su crimen. Juguetea con él: lo hace caso de argucia y de risa. No se sientan a su lado, ni reflejan tristeza en sus ojos, la imagen de la muerte que causó, ni la imagen de sí propio, en huesos y sin carnes, que ya toca en su hombro y le amenaza. Parece una criatura de los mundos a donde los jueces de su crimen van tal vez a lanzarlo. Ama la vida con abominable apego. Es aún motivo de confusión para la mente; pero lo es siempre de desagrado para los ojos. Parece un mar de hielos, que al menor empuje del viento se desata.

El buen Scoville ha traído su cortejo de testigos favorables: la hermana del preso, ha contado en su beneficio su historia de caídas, extravagancias y miserias; su hermano que lo creía antes culpable, ha venido a probar, en su honrado y desembarazado testimonio, que no lo tiene ya por dueño de sí, sino por enajenado. La defensa ha sacado a luz su hueste de expertos, que lo proclaman demente. Pero él mismo, que con tono jocundo y amable sonrisa se sentó en la silla de los atestiguantes a ser testigo de sí propio, se levantó convulso, extenuado, como si llevara aún sobre el cráneo la mano férrea de su hábil fiscal.

Y la acusación ha traído sus declarantes, que combaten y contrastan las afirmaciones de la defensa; y ya tiene preparados, y puestos a la lucha, sus expertos.

Y el mismo hermano de Guiteau, airado porque en busca de excusa para el matador quería tacharse de loca a una buena y amable hermana que ahora entra a la vida, ha venido, como con aliento pujante, a desvanecer la creencia de locura permanente en la familia, en cuya certidumbre basa el buen Scoville la defensa del matador, y basaron sus declaraciones los expertos.

¡Espectáculo singular el del tribunal! Allí están, como desde el comienzo, los jurados a quienes toda relación con cosas extrañas al proceso es prohibida: están mudos como los oráculos, para romper después en voz de oráculo. Allí está el juez que gana fama para sí y para su pueblo, con la inusitada benevolencia con que trata al preso, porque el tribunal lo vea, y el mundo todo, y no se diga luego que se le mató sin defensa, o se le privó de alguna probabilidad de salvarse, o se le condenó sin justicia. Allí está el defensor, con su rostro fatigado y benévolo, y sus ojos ansiosos. Triste y conmovida, está allí la hermana. Y los acusadores en sus puestos. Y protegiendo la espalda del preso, un muro de policías. Y el salón rebosante de senadores, de generales, de magníficas damas, de ancianos sofocados que piden auxilio, y modo de salir del

concurso: el salón, curioso, reidor, profanador, que se regocija, como de ver las convulsiones de un animal ebrio, con los espasmos, los exabruptos, los remedos, los cínicos chistes, los ademanes brutales del acusado. Ríen los concurrentes a carcajadas: el preso comparte las risas que provoca: los callan los ujieres: los riñe en vano el juez. No pasea por la sala regocijada la sombra lúgubre del venerando muerto.

Uno de los acusadores, el juez Porter, es grave y solemne, y puso su mano implacable en las entrañas del preso, y lo sintió convulso bajo su mano, y arrancó de él su único grito honrado, su único gemido de remordimiento, su única señal de acatamiento a la naturaleza humana. Otro de los acusadores alardea de crítico, y de diestro, y de temible, y de travieso: y estruja a los testigos, y los punza, y los sacude, y los exaspera, y provoca a Guiteau befa, y le lanza pullas, y emprende querella de comadres con el defensor, y se paga de que sus chistes sean reídos a coro: es Davidge, el interrogador de los expertos. Su consejo es preciado, y precioso; su risa es heladora; su perspicacia, grande; su conducta en el tribunal, pueril y censurable. Declara la viuda de un primo de Guiteau, muerto en un asilo de dementes, que Guiteau se prendó de su hija, y la quería educar a su modo, para hacer luego su esposa de ella:

«¡Oh; exclama Davidge: esa es una forma muy común de locura.»

Repite luego las palabras de un testigo, y dice del preso, valiéndose de ellas:

«¿Parlanchín y fanfarrón y un poco débil del piso alto? Pues como ese andan muchos locos por el mundo!»

Estima uno de los expertos que entre cada cinco hombres que parecen cuerdos, hay uno loco, y dice Davidge:

«¡Pues eso quiere decir que hay dos locos y medio en el jurado!»

«Cuidado, juez, que eso os toca de cerca», dice Guiteau.

«Tal vez algunos de los abogados pudieran ocupar el lugar de los jurados», prorrumpe colérico Scoville.

Tales escenas colman de gozo a los concurrentes, y son diarias. Ya es Guiteau que, como niño malcriado, vuelve la espalda al acusador que le interroga, calla, y se da a leer un periódico: ya es que, en frenesí de ira, lo cubra de injurias, hienda a puñetazos la mesa que tiene frente a sí, amenace con el brazo alto y la mirada fulminante a los acusadores, y a codazos y con palabras irreverentes aparte de su lado a los guardianes que lo calman: ya, como en sala de escuela, recita con tono dramático un trozo de discurso, y lo anuncia y lo comenta en tono vulgar después de recitado: ya lee un periódico sacado del manojo de ellos que lleva cada mañana al tribunal entre sus manos aherrojadas, y da una página del diario que lee a sus guardianes, que tras él hacen muralla: ya afectando modales caballerescos, habla con lengua y modo senatoriales al letrado acusador, y todo es mieles, gozo, y gala de elegante: ya como si supiese que aquella de que se ase es la última tabla de su vida, pálido, amenazante, iracundo, angustiado, terrible, prendido con ambas manos a su mesa debate, disputa, grita, empuja la mesa, como si quisiera salirse de sí y de su cárcel, y defiende como a dentelladas la frágil tela en que ha bordado su defensa. Que obró por orden de Dios: que no obró por ira de verse desatendido, ni le movieron esperanzas del fruto de su crimen: que la división del Partido Republicano no fue pretexto que encubriese la razón real de su acto, sino la razón real de él: que del seno de su madre y de los pensamientos de amor de su padre, ya venía loco: que los hombres deben juzgar como locura esta que para él fue agencia voluntaria e irresponsable de mandato divino.

Y la acusación mantiene que obró por ruines esperanzas de provecho; que meditó realizar para su beneficio el acto con que al mismo tiempo complacía sus instintos de venganza; que preparó el crimen para que pareciese obra de exaltado político, a quien los que triunfaban por su acto quedarían obligados, y no obra de fanático religioso, porque entonces no hubiera pensado, como pensó, en los que debían a su juicio darle paga; que vio, con su funesta perspicacia, una razón de excusa y una capacidad de provecho en las disensiones republicanas, pero que estas no fueron la causa de su crimen, que él comenzó a concebir cuando comenzó a verse desairado.

Oíd a su hermana, que cuenta la extraña historia del hombre preso, en voz muy rápida, como si quisiese desasirse de lo que dice, y muy baja, como si saliera la voz de un alma exhausta. El preso la desmiente, la interrumpe, la ofende. ¡Qué raro caso! El abogado la interroga, es su esposa: el hombre por quien comparece, es su hermano. Es a la par procesada y testigo. Con acento enérgico contiene al acusador que quiere perturbarla. Su voz es suplicante; su desventura impone silencio, su narración es clara.

«Mi pobre madre estaba siempre enferma: moribunda estaba cuando nació él, y murió a poco. Él era un niño extraño: a los seis años no hablaba: más tarde, era muy tierno: a los diecisiete años, ya lo hallé poseído, cuando fui a verlo en su temporada de colegio, de su extraña manía de redención y de reforma: estaba lleno de lecturas extravagantes: quería irse, y se fue, con los socialistas cristianos de Oneida. Cuando lo fui a ver a la Comunidad de Oneida, me pareció que lo habían aterrado, o dado un golpe en la cabeza, o hurtado su mente. Luego vinieron todos esos infortunios: sus ambiciones locas, su matrimonio, sus miserias, sus tentativas ridículas y osadas, sus constantes caídas. Volvió a mi casa, donde había estado de niño. Allí no hacía ya cosa que no fuese de enajenado, ni obedecía orden a derechas, ni veía bien a mis hijos, ni dejaba la Biblia de las manos, ni ocultaba sus odios ni sus iras. Un día al fin, alzó sobre mí el hacha con que estaba partiendo leña; yo me abracé a mi hija: "¡que lo echen fuera!,¡que lo echen fuera!": y lo que me espantaba no era el hacha sino sus ojos. Nunca he podido olvidar aquellos ojos! Desapareció y volvió a la casa. Supo que le teníamos por demente, y que, a no ser porque le faltaba el acuerdo de su padre y hermanos, lo hubiéramos confiado a un asilo, y huyó luego. ¿Quién no sabe el resto de su historia dolorosa?»

Y oíd ahora a su hermano.

Su hermano es un hombre especial, exaltado, veraz, fiero. Cuenta cómo, después de áspera riña con el preso, y temeroso de él, fue a verlo a su celda. Al principio, le hablaba desde lejos, como quien evita un asalto que teme. Luego se acercó a él, ya asegurado. «¡Quiero que honren nuestro nombre!, decía en altas voces el preso: quiero que me llamen "Guiteau el patriota", quiero que entiendan que no han de decir Guiteau asesino.»

El hermano se acercó más a él, y le dijo en voz baja:

—«Creo que eres honrado en lo que estás diciendo.»

—«Obré por orden de Dios: no me importa morir o sufrir por él.»

—«Pero tú eres honrado?»

—«Soy honrado.»

—«¿Y quieres morir por ese principio como Cristo murió?»

—«Sí quiero.»

—«Pero tú sabes que ese jurado que te va a juzgar no aceptará tu concepto de la inspiración.»

—«Lo sé.»
—«Y sufrirás la pena que te imponga si no la acepta.»
—«Sí, la sufriré.»
—«Dicen que tienes miedo de morir.»
—«¡No tengo miedo: no me importa un ápice mi vida!»
Y todo esto en la celda sombría, con aquel aire húmedo, con voces rápidas.
—«¿Y prefieres ser colgado por la ley o matado en un motín?»
—«Ea!, gritó el prisionero corriendo a un rincón de la celda, y ocultándose tras una mesa: ni en motín ni colgado!»
«Y al punto rompió a reír, de lo bellaco de su acción, y todos reímos. Desde aquel día, creo que dice la verdad en cuanto dice: desde aquel lo creo demente. Hasta entonces lo había creído responsable, porque estimaba que en su vida anterior había preferido voluntariamente la senda del mal a la del bien. En Boston vino a moverme querella porque le habían dicho que yo informaba en daño de él, y lo acusaba de mal pagador, y en Boston le dije esto que digo. Y me respondió que quería vivir como Cristo, cuando hablábamos de que no pagaba a tiempo sus cuentas de posada. Cristo iba a una casa, y si las gentes lo recibían él bendecía a las gentes. Él trabajaba para Dios, y Dios debía cuidar de pagar a sus posaderos. Hablé en bien de la Comunidad de Oneida, y él que ya la odiaba, montó en ira. Así colérico, quise que saliese de mi oficina. Al empujarlo a la puerta me llamó bribón y ladrón: le di con el dorso de la mano un golpe en el cuello, y él me devolvió tal golpe en la cara, que entré en respeto de él. Yo lo creía poseído de un demonio. La teoría religiosa es que hay dos fuerzas en el Universo: una bajo Satán o el diablo, y otra bajo Dios o Jesucristo: mi padre sostenía que había gentes poseídas del diablo o Satán, y otros de Cristo o Dios: creía que los dos poderes estaban en guerra, y que desde la caída del hombre venía Satán para cautivar a cuantos hombres pudiese, y no fuesen buenos creyentes en el Salvador, ni se hubiesen salvado del poder del pecado por una unión completa con Jesús. Creía que todo mal, toda enfermedad, toda deformidad eran efecto del pecado, o del poder del diablo, que es el mal espíritu, la mala naturaleza. Y mi hermano y yo creíamos como mi padre. Y yo creo que mi hermano por su maldad, por su voluntad, por su soberbia, permitió que Satán alcanzase tal dominio sobre él que estaba bajo el poder de Satán. Y por eso creía yo que mi hermano era responsable ante Dios de haber elegido por dueño a Satán, mas no responsable ante la ley por los hechos que Satán le inspirase, puesto que ya estaba en un sentido privado de su mente. Mas eso no ha de decirse de mi padre, que siguió a Dios, y no era loco. Por esto dije al tomar póliza de seguro sobre mi vida que no había habido casos de demencia en ella.»
—«No hubiera quedado duda de su extravío—decía luego la viuda de un primo de Guiteau, que murió loco en un asilo—a quien le hubiese visto vigilar, perseguir, cortejar, importunar a mi hija, que era entonces muy niña, y entró en gran miedo de él.»
Pero era al preso a quien había de oírse.
«¡Oídle!», había dicho Scoville, como si fuera cosa tan clara la demencia del preso que quedara probada con oírle. Coquetea con los jueces; simula resistencia; no ha de obligársele a hablar cuando no se siente dispuesto: reconocerá unas cartas, mas no hablará.

Vedle cómo, temeroso de que puesto de faz al público, se atente a su vida, mira a diestra y siniestra con recelo, cómo se levanta, dueño ya de su miedo, cómo habla al público, graciosamente apoyado en la tribuna de los declarantes, con ademán ceremonioso y complacido, y con fina sonrisa, como orador seguro de su fuerza, que va a hablar a público amable. Mas el temor le vence, y pide silla, que así no hay tanto blanco a manos matadoras: y es bueno que Dios cure de su vida, pero no estima impropio que las maderas de la tribuna le protejan. Monta en su nariz correcta las gafas airosas, y lee, con aire de autor satisfecho las cartas que va identificando. Tiene variedades de escritor, y de escribiente. Parecía muy lleno de fruición. «¡Oh, qué letra!»—«¡Rica letra!»—«Pues esta es mejor.»—«Y esta carta parece un grabado en acero.»—«¡Magnífica letra!»—Parecía un niño engolosinado en un nuevo juguete.—Luego leen las cartas que identifica, y él las aumenta, las repele, las acota, las goza. En una dice: «Mi eterno matrimonio con Jesús y su pueblo en este mundo, es en mí preeminente a toda otra atracción». Y dice en otra: «Todo lo he olvidado por Cristo: reputación, honor de hombre, riquezas, fama y renombre mundano. Ya pasó para mí, quiera Dios que por siempre, aquella persecución de bienes de la tierra. Esta Comunidad de Oneida es el germen del reinado de Dios, y esperamos por el tranquilo y vigoroso adelanto de la asociación, que el mundo entero será pronto su reinado». Pero ya empieza a declarar como testigo y es preciso verle comenzar sereno, a poco sacudirse, estallar luego, golpear la mesa, empujar la vara de madera que le aparta del recinto del jurado, romper de súbito en alardes de ira, en palabras grotescas, en voces altas y violentas: es preciso verle regar, como si no viese lo que riega, todas aquellas frases o memorias de hechos que concuerdan con la teoría de su defensa, y esquivar todas aquellas que pudieran fortalecer la acusación: es preciso oír su verba caudalosa, desenvuelta, saltante, chasqueante.

Se hurta, como zorra, de los peligros de la narración. Se aferra, como can con hambre, a los sucesos en que puede basar sus esperanzas. Y como si los disputara a un can rival, los sacude, los tritura, los pone en alto. Hace reír, y se le aplaude. Y luego que hiere con el puño cerrado la verja de madera, y se entrega a arrebato escandaloso, y agita al juez, que le impone silencio, a su defensor que lo apacigua, al público que se conmueve, a sus guardianes que intentan reprimirlo, mira—como si mirase por debajo de su misma mirada—al público y a sus jueces. Así decía, contando su vida:

«Siempre me sentí sin madre. La vi moribunda, y no la volví a ver. Ya a los doce años, en casa de Scoville vivía yo e iba a la escuela. Mi padre se casó de nuevo entonces sin mi consentimiento, lo que era un modo muy extraño de hacer las cosas. Oh!, mi padre! Yo quería educarme, y él quería salvar mi alma! Yo quería estudiar historia, leyes, lenguas, y él quería que yo entrase como único modo de prepararme para la gloria divina, en la Comunidad de Oneida! Él, él me hizo ir a ese antro hediondo! Y me decía que, aunque fuese yo el hombre más grande de la tierra, de nada había de valerme, si no salvaba mi alma! Él me mandaba el *Bereano,* que es la Biblia de la comunidad, y sus periódicos. De aquello me envenené: en leer aquello perdí mis ojos, mi voluntad, mi afán de ciencia. Al fin fui a la comunidad; allí vi la teoría de la inspiración, de que se decía depositario Noyes, el Cristo de aquella comunión. Noyes decía que su comunidad era el principio del reinado de Dios sobre la tierra, y que él era socio de Dios, y que solo por él serían los hombres salvados, porque él era hombre más grande y divino que el Señor Jesucristo. Y he de decir que de niño recibí un gran golpe en la cabeza: media pulgada de mi dedo meñique me cabe aún en la herida. De todo eso era fanático mi padre, y creía que el diablo se entraba en los cuerpos, y que para curar

las enfermedades no había más que espantar al diablo, de modo que yo mismo, cuando me sentía con la cabeza dolorida en Oneida, no me hacía remedios, sino que decía al diablo: "¡Fuera de mí, diablo viejo!". Pero mi padre era muy sincero, y muy intenso, muy vehemente, muy arrebatado en sus creencias!, y me salí de Oneida; y me fui a Nueva York a fundar aquel periódico que no puede fundar, y que era idea soberana: *El Teócrata*. Luego leí leyes tres o cuatro meses en la oficina de un abogado, y me fui a ver al fiscal del distrito, que me hizo tres o cuatro preguntas de las que erré una, y me dio un certificado que decía: "Por este documento certificamos que Charles J. Guiteau ha sido examinado por nosotros y que le consideramos apto para la práctica de la abogacía en la Suprema Corte del estado de Illinois". Y así me hice abogado. Y por mi apariencia me daban muy buenos pleitos. Y yo iba a casas ricas de comercio, y pedía pleitos, y no dejaba de ir hasta que no me los daban, y así gané miles de pesos en Chicago y en Nueva York. Pero el *Herald* me llamó estafador, y me arruinó eso. Luego anduve por hoteles, y un día me sumieron en un calabozo de Las Tumbas. ¡Horrendo calabozo! De allí me sacó Scoville, y corrí a bañar mi cuerpo en agua caliente. Oh!, yo hubiera hecho buenos dineros a no ser por el *Herald!*»

Contó entonces el acusado aquella extraordinaria empresa suya, que consistió en querer comprar en $75 000, para lo que pedía $200 000 a uno de los que tenía él por sus amigos, un famoso periódico en Chicago: el *Inter-Occeano*. Y fue de ver cómo no dejó cosa de interés para la empresa que no hiciese. Ni veía a pequeños, sino a grandes. Quería reunir en la hoja colosal el ingenio que para adquirir anuncios ha desplegado un periódico de Chicago, de gran renombre, *La Tribuna,* al espíritu de empresa del fundador del *Herald* y al republicanismo brillante de aquel celebradísimo periodista, Horacio Greeley. Se buscó magnos redactores. Ajustó espléndido edificio. No dejó cosa por hacer. Trató de establecer gran servicio de telegramas; vio y ajustó prensas, y escribió al *Herald,* que no le contestó por cierto, en demanda del derecho de publicar a par de él los minuciosos telegramas que a gran costo recibe el diario neoyorquino de todas las partes de la tierra. Y ¿qué propuso al periódico famoso en cambio de tan grande beneficio? Como el *Herald* le había llamado estafador, él había entablado proceso al *Herald* por $100 000 de perjuicios—proceso muerto,—querella de desesperado. Y ¡propuso al *Herald* en cambio de sus telegramas, dar por no establecido el proceso curioso! Y él había dado de mano a la demanda de perjuicios, porque él tenía para sí, y aún tiene, «por más que ya no le importe, y haría renuncia del puesto» que había de llegar a ser presidente de los Estados Unidos: y no cree él que un presidente deba tener en contra suya al *Herald!*

A este punto de su vida, llegaron a Chicago unos predicadores grotescos y frenéticos, que atraían concurrencia grandísima a sus juntas, y hacían de removedores de la fe, como ahora hacen en Londres, donde no allegan menos gentes a sus *Fes de Hosanna* y *Convites al Paraíso*. Guiteau, por descontado, se hizo ujier de Moody y Shaddey.

«¡Y entonces, entonces fue cuando me di a estudiar, por un sermón que oí a un pastor, la segunda venida de Cristo! Oh!, estudios grandes! No salía yo de la Biblioteca Pública de Chicago. Y escribí mi lectura, en cuyo asunto había meditado años, y que no vino a menos que a probar que la segunda venida de Cristo ocurrió cuando la destrucción de Jerusalén, allá en las nubes, directamente encima de la ciudad, y que la destrucción de Jerusalén no fue más que la señal visible de la venida de Cristo. Porque esa es la verdad, y no, como creen las iglesias, que Cristo ha de venir en tiempos futuros. Y allá me fui como San Pablo, cayendo y levantándome, hoy echado de una casa y mañana de un ferrocarril, a publicar mi hallazgo

religioso, y a leer mi discurso. Pues a Pablo le pasó lo que a mí: ni él ni yo teníamos con qué pagar posada: ni lográbamos éxito, porque habíamos descubierto nuevas ideas en teología. Y ¿no trabajaba yo para el Señor? Pues el Señor, como lo tiene dicho de quien para él trabaje, cuidaría de mí. Yo andaba pensando siempre en San Pablo, y huyendo de los conductores. Aún río y gozo acordándome de aquellos buenos tiempos. Y el Señor me protegía siempre. Un día hice de modo que, obligado a salir de un carro, cambié de sitio y seguí viaje a Washington, y se me sentó al lado un hombre a preguntarme si quería yo una buena posada en la ciudad. Y precisamente estaba yo orando al Señor para que me diese una buena casa donde posar.»

El buen Scoville, ganoso de probar cómo en mente tan frágil como la del preso, se clavaron, como en cera, las extravagancias de los fanáticos, de modo de poseerlo y quitarle dominio de sí, y darle capacidad para el futuro crimen, le hizo decir entonces cómo se cree en la Comunidad de Oneida que el hombre que va a ella es hombre de Dios, e inspirado por Dios; y cómo se tiene al jefe por comunicante directo con la altura, y profeta del Señor entre los hombres; a quien los de su comunidad obedecen, y en cuyas manos ponen hacienda, pensamiento, voluntad y toda pertenencia de alma y cuerpo.

«Y seguía yo leyendo sin fortuna, como en Boston, donde ese gran hereje Ingersoll iba a pronunciar su discurso sobre el infierno, cuya existencia niega, y tuvo casa llena, rebosante: y yo, que quería probar que hay infierno, no tuve más que a una docena de personas. Pagaban 50 centavos para oír que no había tormentos infernales y no querían pagar para oír que los había. Abrí oficina de abogado y me fue mal. Emprendí de nuevo campaña de lector y me fue mal. Publiqué mi *Verdad o el compañero de la Biblia,* y no halló eco. Y vino la campaña electoral, y decidí hacer de mí hombre político. Pergeñé mi discurso, ese que se llama *Garfield contra Hancock,* y que tuve que rehacer de modo que conviniese a Garfield, porque yo lo escribí en la creencia de que sería Grant electo candidato republicano. ¡Ese discurso—dijo Guiteau con tono grave, tono de quien habla a siglos venideros sobre obra de coloso—fue escrito en la biblioteca del estado de Boston!»

De este modo, con su palabra insolente, desnuda, desvergonzada, movible, inquieta, contó sus vanas visitas a personajes, «a esos amigos», como él dice, a Arthur, a Logan, que es olímpica persona, y a otros de no menor valía. Contó sus merodeos por las oficinas de la campaña; que envió a los cuatro vientos su discurso; que dijo un trozo de él en una junta de hombres de color; que «esos amigos lo trataban muy bien, y estaban contentos de verme, y todas esas cosas!»; que, no bien fue electo Garfield, le escribió en demanda de la embajada de Austria, porque iba tal vez a hacer matrimonio con dama rica; y le venía bien la embajada; que vio a Blaine en Washington en busca del empleo de cónsul en París en que al fin fue rechazado; que veía bullir a su partido, y agrietarse, y leía la contienda en los periódicos; que escribió a Garfield cartas pacificadoras, que por cierto llevaban al pie del consejo preguntas sobre el empleo de cónsul que ahora deseaba; que no tuvo respuesta, y que, en la noche en que con la renuncia de los senadores ofendidos por Garfield culminó la división en el partido, él tuvo de Dios la inspiración del acto.

Asumía tonos lóbregos, tristes, dramáticos, como de quien oye y ve maravillas, y es casa de ellas. «Me fui a dormir aquella noche, todo opreso de ideas graves sobre aquellas disensiones: y la impresión, como un relámpago, vino a mi mente de que si Garfield no estuviese en el camino, toda la dificultad estaría resuelta. Con la mañana me volvió la impresión. Ya no me dejaba la idea de la remoción del presidente; la idea

trabajaba, me torturó, me oprimía durante dos semanas. Yo estaba lleno de horror, y la echaba lejos de mí, la sacudía, la sofocaba, pero ella creciendo, iba creciendo, de modo que al fin de dos semanas mi mente estaba segura de la necesidad de remover al presidente. En cuanto a la divinidad de la inspiración—os digo que fue divina—exclamaba con grandes voces: entonces creí y creo ahora que fue divina. ¡Yo oraba, oraba, oraba: porque quería que el Señor se me mostrase de algún modo, y me dijese que si no era su voluntad que yo removiese al presidente. Y el Señor no se me mostró, porque aquella era inspiración de él para el bien del gran pueblo americano.»

—«¿Cómo para el bien del pueblo americano?»,le pregunta Scoville, que arrancaba de él esas aclaraciones y respuestas.

—«Para unir las facciones del Partido Republicano, que estaban entonces en riña amarga y deplorable: para evitar que, a causa de la destrucción del Partido Republicano, rompiese la nación en nueva guerra.» «¡Sí, Dios me inspiró cuando entré en Oneida; cuando quise fundar *El Teócrata,* cuando salí a predicar como San Pablo, cuando concebí la remoción del presidente! Dios me cuida. ¡Ved cómo me ha librado de asesinos! Dios me protege, Dios y el gobierno: esos soldados, esos jurados, esos expertos, este tribunal, están aquí para servir a Dios y protegerme!» Como salta la lava encendida saltaban estas palabras de sus labios. «Yo no quería mal al presidente. Estuve en gran agitación espiritual, ahogado, conturbado: no tuve alivio hasta que todo fue hecho: entonces me sentí feliz, y di gracias a Dios.»

M. DE Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 26 de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

El proceso de Guiteau.—Lucha de gato montés.—Duelo solemne.—Reacción hostil.—Espectáculos inauditos.—Enorme depravación moral.

II

Nueva York, 10 de diciembre de 1881.

Señor Director:

Empezó al punto el duelo formidable. El defensor, cual pastor bondadoso a oveja ciega, había ido sacando de riscos y poniendo en lugar de salvación a su defendido. El acusador, el afamado juez Porter, se levantó, cortés y sereno, inquebrantable y terrible, a trocar en lebrel humillado aquel cerdo del bosque: a buscar, y a hacer palpitar entraña de hombre en la rebelde roca. Y halló la entraña, y lo dejó a sus pies lebrel

sumiso. Parecía la acusación ola de mar, arrolladora, incontrastable, creciente. Y la defensa del testigo parecía faena de gato montés, que acá se ampara de un tronco erizado; allá se echa sobre el cuello de su enemigo, aquí se escurre y alberga en una cueva, allí la deja, corre desesperado, encuentra muro, vuélvese a su adversario, escápasele herido, no halla refugio, y expira con los dientes clavados en la mano de su perseguidor. Fue un espectáculo extraño, siniestro, doloroso. Fue una lucha a mordidas. Los vulgares reían de él: los observadores se entristecían de aquella hora solemne. Se veía la sima profunda: el espanto del réprobo: la figura tremenda del juzgador. Se oía el grito desgarrador de aquella vida impía.

El reo veía en su fiscal, vestido de negro y puesto en pie, la imagen del cadalso. Y el fiscal veía en el reo al engañador procaz de un mundo atento, y al retador de la verdad, que ha de abrirse camino, y ser señora. Comenzó el reo burlando, y acabó fulminando. Cortesía, befa, injuria, todo lo echó a la faz del acusador. Entró en el debate sonriendo, y obrando con gentileza, y hablando con seguridad, cual si de antemano tuviese ganada la victoria. A poco, alzaba el puño amenazante. A poco, se negaba espantado a responder. A las preguntas directas, satisfacía con presteza, y con frases de pauta. A las preguntas indirectas, como animal prudente que teme una celada, se hacía atrás. Huía, con visibles signos de terror, del análisis de su delito. Y el acusador se le entraba por las celdillas del cerebro, por los ríos del corazón, por las fibras de la mano. Le buscaba en el cráneo la cuna del crimen. Le buscaba en el pecho el hueco de un corazón que parecía ido de él. Hay naturalezas delirantes, frenéticas, enfermizas: la del reo infortunado. Hay hombres que parecen tallados en roca fulgurante, a cuyo resplandor se ve lo cierto, y en cuya superficie resbalan las saetas: el juez Porter, que no aturdía al preso, sino la gravedad de sus preguntas: que no se encarnizaba con el desventurado, sino ponía en claro su flaqueza, y lo dejaba luego, iba movido de anhelo de verdad, no de ira. Hemos de oírlos, que parece la entrada del debate como puñado de balas disparadas sobre tablas secas: es aturdidor, seguro, rudo. Sonríe el preso, y el acusador le habla como a hidalgo:

—¿Os creéis hombre de capacidad considerable?

—Permitid que calle mi opinión de mí, juez.

—¿Habéis sido siempre hombre perseverante y decidido?

—Hay gentes que lo creen.

—Y decidisteis matar al general Garfield?

—Declino responderos. Os digo que es esa una manera ruda de preguntar. Fui el agente de Dios: no hubo en mí volición personal.

—Y decidme ¿ofreció el general Logan recomendaros para el empleo que queríais al general Garfield?

—Lo ofreció.

—Luego mintió aquí cuando juró que no os lo había ofrecido?

—Yo no diré que mintió. Me lo ofreció un día, y se excusó con no tener a mano pluma con que firmar la recomendación. El día siguiente, ya no quería recomendarme. Así hacen todos esos políticos.

—Vos exclamasteis, después de disparar vuestra pistola: «Ya es presidente Arthur!».

—No sé si lo es, exclamé. Lo que quiero es que entendáis que Dios lo hizo, y no yo.

—Y quién compró la pistola: Dios, o vos?

—Dios facilitó el dinero para comprarla: yo fui su agente.

—Supongo que fue alguien más quien facilitó el dinero?

—Eso no hace al caso, digo. Fue un amigo que me dio $15. Con $10 compré la pistola.
—Y recibisteis inspiración del cielo para tomar del amigo los $15?
—Del cielo recibí inspiración para remover al presidente: los medios fueron míos. Os digo que me cansan esos detalles!
—Pero no tuvisteis éxito inmediato en la obra de Dios?
—Los médicos lo tuvieron.
—De manera que Dios no pudo, y vos no pudisteis, y pudieron los médicos?
—Dios confirmó por ellos su obra.
—Y cuándo os inspirasteis?
—Un miércoles, de 8 a 9 de la noche.
—Os dio Dios la comisión por escrito?
—No.
—Os la dio de palabra?
—No, me la dio por presión sobre mí.
—Pero de un modo oíble?
—No.
—No vino a vos, como visión de la noche?
—Oh!, yo no me inspiro de ese modo!
—Os ocurrió que debía ser removido para resolver la dificultad política?
—Sí.
—Y que erais vos quien debía matarlo?
—No [se] me ocurrió eso al principio.
—Y no pensasteis que pudiera ser removido sin ser asesinado?
—No, juez; y os repito que no me place esa palabra asesinato!
—Ya sé yo que no os place, y que es dura, pero esa es la palabra.
—No recuerdo esos hechos menudos. Si hubiera disparado sobre el presidente de los Estados Unidos por mi propia cuenta, ningún castigo hubiera sido bastante severo o bastante rápido para mí. Pero obré como agente de la Divinidad: sépanlo tribunal, jurado y acusadores. Digo que la remoción del presidente fue un acto de necesidad nacido de la situación y realizado para el bien del pueblo americano. En esa idea fijaos, no en esa vuestra fría de asesinato: nunca fue mi primera concepción de asesinato en este asunto.
—Y os sentís muy obligado al pueblo americano?
—Entiendo que el pueblo americano puede alguna vez considerarse muy obligado a mí.
—Os pregunto si os sentís vos obligado a él?
—No sé por qué no haya de estarlo.
—Y al Partido Republicano?
—No que yo sepa.
Y Porter adelanta así, enfrentando los documentos del reo, ciñéndolo a fechas, echándole en el rostro las contradicciones de motivo y de fecha que en los documentos aparecen. La acusación se va cerrando, como

dogal de hierro: adelanta con paso seguro. Es guerra de capitán preparada contra neófito sorprendido. Ved cuál se cierra ahora.

—Dijisteis en una carta al presidente, luego de ser rechazado por Blaine en vuestra solicitud de empleo, que Blaine era un malvado, y que de no removerlo, vendrían daños al presidente y a su partido?

—Daños políticos, no físicos. Todo hombre inteligente entenderá ahí daños políticos.

—Fue aquel miércoles de mayo cuando concebisteis la idea de remoción?

—Fue aquel un mero relámpago, que no tomó forma hasta después de dos semanas.

—Luego no hubo inspiración en mayo.

—No. Fue mero relámpago, embrión de inspiración, simple impresión la que vino a mi mente de que aquello habría tal vez de ser hecho. Ya en 1ro de junio tenía hecho mi ánimo. Antes me prosterné, oré, dudé.

—Dudabais?

—Porque mis sentimientos personales estaban contra el acto.

Y allí quedó la primera escaramuza de la batalla. Al día siguiente, Guiteau entró en el tribunal hosco, desatentado, arrebatado. Vejaba a su acusador, remedaba sus tonos, decía sus respuestas con las mismas palabras y el mismo acento de la pregunta. Temía el debate: traía al cuello el dogal: no quería debate.—Ya era este exabrupto: «No tenéis que mirarme tan fieramente, que no me dais miedo!». Ya era este otro: «No necesitáis apuntarme con vuestro dedo huesoso, que no os temo!». A veces, con raro indecoro, el auditorio rompía en risas. Pretendía el acusador obligar al reo a respuesta, y el reo se sacudía de él, y le hacía mofa. Era siniestro aquel debate ridículo.—¡Tened, tened ahora!—Responded, responded esto!—Esperad!—Masticad eso! Antes del nuevo examen, Guiteau apela a aquellos de sus amigos que quisieran enviarle dinero para los gastos de su defensa. «Pueden enviar 5, 10, 50, 1000 pesos si quieren.»

—Con qué estabais en duda, acusado?

—No de la inspiración de Dios, sino de la posibilidad de obedecerla.

—Diferís de la opinión de Dios, y discutís lo que os ordena?

—Estudiaba la posibilidad de cumplir su orden.

—Y usó Dios la palabra *remoción?*

—Así vino a mi mente. Uno mata a otro en querella, y es asesinato. Esto fue homicidio.

Y así lo ceñía, lo escudriñaba, lo volcaba en tierra, vencido por su lógica, y el acusado aún desde el polvo, se guarecía el cuerpo con su escudo abollado y maltrecho, y clamaba alzando sus manos crispadas y amarillas: «Divinidad! Divinidad!».—Dicen que le brillaban los ojos, acusando preñadas nubes de ira, con fúnebres relámpagos: que sus labios contraídos dejaban ver sus dientes relucientes, que sacudía, en dirección de su acusador, el puño apretado, y parecía a punto de estallar, y henchido de odio.

—Pues todos los que han querido mataros ¿no son asesinos?

—Sí! Porque no estaban inspirados por la Divinidad.

—Y obró mal el sargento que quiso mataros en vuestra celda?

—No sé si obró mal. No quiero responderos. Conozco hombres más grandes que vos, juez Porter. Ya os he visto sacudir vuestro dedo en Nueva York a otros presos, no os tengo miedo!

—Obró mal?

—No quiero responderos.
—Conocéis los diez mandamientos?
—Sí.
—Y tenéis más evidencia de que Dios dijo: Tú matarás, que la que tenéis de que dijo: Tú no matarás?
—No quiero discutir más esta materia. Ya sabéis lo que hice y por qué lo hice. Esto es cosa muy sagrada para tratarla de ese modo tan ligero. No la trato.
—Un amigo vuestro ha jurado que cuando teníais 18 años, disteis un golpe a vuestro padre.
—No lo recuerdo.
—Vuestra hermana jura que alzasteis contra ella un hacha.
—No lo recuerdo.
—Otro dice que la amenazasteis con quitarle la vida.
—Jamás la amenacé.
—Quisiéramos saber cómo os proponéis allegar los fondos que esperáis.
—Tomándolos prestados. Ved, juez, cómo yo pido, que eso puede serviros. Ni miento ni hablo mucho. Voy derecho a mi hombre, y le pido lo que necesito. Si lo tiene, tal vez, en el impulso del momento, me lo da. Si no, no; eso es todo.
Inagotable parecía el arsenal del juez Porter: no fue la menos temible, ni menos certera, esta arma suya:
—Cuando fuisteis a probar vuestra pistola ¿teníais orden divina para hacerlo?
—No sabía usar armas y quería familiarizarme con ella.
Y a esto vino esta pregunta, repleta de amenazas, que el reo aturdido intentó parar en vano.
—No sabíais cómo disparar la pistola, pero era esta la obra de la Divinidad?
—Os digo que no alcanzo—prorrumpió Guiteau con salvaje manera—a qué me importunáis con esas pequeñeces. Podíais dejar de hacerlo. Ya habéis hablado demasiado del acto externo de la Divinidad: ved al motivo!
Demuestra el juez cómo en un documento relativo a la muerte del presidente, habla de razón política, y no de orden divina:—que cuando esperaba de Blaine empleo, le ofreció su apoyo para su candidatura a la presidencia en 1884: que cuando fue a poco despedido por Blaine, lo denunció a Garfield como un mal genio: que breves días antes del de la concepción, encendido ya en interna cólera el Partido Republicano, dijo a Garfield que «a modo de relámpago» le había venido «la inspiración» de que debía ser reelecto en 1884, y le ofrecía su auxilio: demuestra, en suma, que a medida que amenguaban, y se perdían las esperanzas del preso de alcanzar empleo, se acercaba la hora de la remoción de aquel que no quería emplearlo.
Y a esto, con firmísimo tono, seguro de la pasajera impresión que su razonamiento causaría, por más que la razón objete que pareciendo ser el deseo de provecho mezclado al de venganza, aunque mayor el de provecho, el móvil de su crimen, de matar a Blaine no hubiera alcanzado, por no dar paso esta muerte a un nuevo presidente, el provecho que pareció haberse prometido; a esto, dijo resueltamente el acusado.
—Nada tuvo que hacer la derrota de mi solicitud en mi acto. No soy un cazaempleos ofendido. Si hubiera obrado por malicia, hubiera matado a Blaine, y no a Garfield. Pues ¿qué mal había recibido yo de Garfield? La Divinidad me dirigía: mil hombres de entre los republicanos, dado al odio y exaltación de

aquellos días, hubieran matado a Garfield, si hubieran tenido el nervio, el vigor mental y la oportunidad de darle muerte.

—Habéis dicho en una carta que la muerte del presidente era una necesidad política, ¿os lo dijo así Dios?

—No requería eso que Dios me lo dijera.

—Os dijo Dios aquello que dijisteis, que con su muerte sería salvada la República?

—Mi propio juicio me lo dijo: y era así la verdad.

—Vos estabais bajo la protección de la ley, cuando el sargento pretendió mataros? Estimáis eso un crimen?

—Eso es un crimen.

—Dijisteis en una carta a la Casa Blanca: la vida es un sueño pasajero: ¿qué importa perderla?

—Así lo dije.

—Os importa mucho, mucho, a vos perder la vuestra?

—Con esta frialdad que veis os digo que no tengo yo temor grande de la muerte. Lo que importa es estar listo para morir.

—Dijisteis en vuestra carta a la Casa Blanca: «presumo que el presidente era un cristiano y será más feliz en el Paraíso que aquí»?

—Lo dije, y estoy seguro de que el presidente es mucho más feliz ahora que ningún hombre en la tierra.

—No tenéis duda de que cuando le matasteis, fue directamente al Paraíso?

—Creo que fue un buen cristiano.

—Pues decidme!—(y aquí la voz del acusador vibraba poderosa, y parecían sus frases látigos de fuego): ¿creéis que el Ser Supremo, que tiene las llaves de la vida y de la muerte, quería enviarle al Paraíso por haber roto la unidad del Partido Republicano, y por haber sido ingrato al general Grant y al senador Conkling?

—Su cristianismo—responde malhumorado el preso—no tiene que hacer nada con su carácter político. Su historia política era pobre, pero su carácter cristiano era bueno: en lo que sé a lo menos, que muchas cosas duras se dijeron sobre él a propósito del crédito mobiliario.

¡Aquel hombre reabría impasible la fosa que había abierto, y echaba en ella un poco de lodo, y la volvía a cerrar!

—Y quien haló del gatillo, Dios o vos?

—Yo cumplía allí la voluntad divina. Dios me usó como agente al halar el gatillo. Lo hubiera hecho, aunque supiera que allí quedaba muerto. La presión era tan enorme que yo no podía resistirla. Anotad eso.

—Y a no ser por vos ¿hubiera habido en la nación una nueva guerra?

—No pretendo que la guerra hubiese sido inmediata.

Y en este punto alzó Guiteau la voz, echó con oratorio ademán el cuerpo, y prorrumpió de este modo en tono dramático, cual de perorador de asamblea:

—«Pero debo decir aquí en voz alta que el encono en el Partido Republicano ahondaba de hora en hora, y que por dos o tres años a lo menos hubiera ardido la nación en llamas de guerra. En presencia de la muerte todos los corazones callaron, cesó el disturbio. Durante semanas y semanas, el corazón y el pensamiento de

la nación estuvieron fijos en el hombre enfermo de la Casa Blanca. Al fin,—continuó Guiteau, silbando apenas, de misterioso y lúgubre modo sus palabras—anduvo el camino de toda la carne, y la nación estuvo en duelo! Este es señores,—añadió volublemente, dando a su voz sus tonos naturales, y como muy pagado de su peroración—un trozo del discurso que yo quería pronunciar aquí dos semanas hace. Me parece que es pertinente al caso, y estoy contento de haber tenido esta ocasión de pronunciarlo.»

Aquí venció su espanto, y al punto su espanto asoma.

—Creéis errado haber matado al general Garfield sin proceso?

—No quiero decir lo que creo.

—Os dijo Dios que debíais asesinarlo?

—Removerlo!

—Cuándo os lo dijo?

—Excuso responderos.

—Os acriminaría el decirlo?

—No sé si me acriminaría.

—Pretendíais que con su muerte creciese la demanda de vuestro libro?

Le compelen a responder, y dice que lo pretendía.

—Cuando escribisteis: «El nombramiento del presidente fue un acto de Dios: su elección fue un acto de Dios: su remoción fue un acto de Dios». ¿Teníais en la mente los boletines de Napoleón?

Muy complacido parece Guiteau con la pregunta, a que responde:—Esa es mi manera de expresarme: breve, precisa, sentenciosa: si queréis ver muestra de ese estilo, ved mi libro.

—Pienso que tenéis—dice Porter con reticencia singular y mirada ahondadora—considerable poder mental. Y piense lo que guste vuestro cuñado, estimo vuestra capacidad.

—Y yo os doy gracias, juez, por vuestra buena opinión.

—¡Pienso que esa es también la opinión de los jurados!

Ruidos como de clavo en féretro debió haber en aquel instante en el espíritu de Guiteau.

Leen más cartas suyas, y como todo lo que es suyo, le place. Acúsanle de haber copiado su libro del *Bereano,* aquella Biblia de la Comunidad de Oneida, y se defiende ásperamente. No cree en ilusiones diabólicas. No quiere decir si se cree cuerdo o loco, sino que loco lo creen muchos, y él no es experto, y ha de dejar al jurado que estime cierta o falsa su locura. Le hacen narrar, y sin vacilaciones cuenta, cómo espió, cómo siguió, cómo acechó a su víctima.

—¿Habíais tratado antes de matar a Garfield?

Y como esto es dicho de modo amenazador y solemne, afectando este modo, dice el osado preso:

—Nunca traté antes de matar a Garfield.

—Y aquella noche que le perseguíais ¿no hallasteis el gatillo?

—Oh! No habléis tanto del gatillo!

—Pensáis así?

Y dice Guiteau remedándolos, entre el coro de carcajadas del auditorio regocijado: «No, señor: no pienso así. Hacía mucho calor, y no me sentí dispuesto en aquel momento».

De nuevo quiere el acusador que le diga, con mira grave, sin dudas, por qué no disparó sobre Garfield el día que le vio con su esposa. Resístese. Compélenlo. Llama al acusador estúpido.

—«¡Respondedme!»—«No quiero responderos.»

—Contad ahora los incidentes de la mañana del suceso.

Y él los cuenta, y se presiente que el drama allí se anuda: el acusador está atento; el reo parlero; la sala silenciosa; los jurados, conmovidos; Scoville, pálido. Narra, cómo vinieron en carruaje, que no era del gobierno, Blaine y Garfield, lo que muestra la influencia del ministro en el presidente; cómo en la estación se bajaron, y el presidente veía, el ministro hablaba, y pasaron ante él, y él disparó dos veces.

Porter con vivacidad creciente, estrecha sus preguntas. Las lanza sobre Guiteau como pedradas. Guiteau responde como si se fuera haciendo atrás. Porter inquiere como si fuera avanzando a medida que el reo huye.

—Le disparasteis en la espalda?

—No tiré a ningún lugar determinado. Mi intención fue herirle en la espalda.

—Y pensasteis que lo removeríais si le poníais dos balas en la espalda?

—Así pensé.

—E intentasteis poner allí las balas?

—Lo intenté.

—Pero decidme!, decidme, acusado! ¿Desde aquella hora hasta esta no habéis sentido jamás pesar ni remordimientos?

—Me apena haber hecho sufrir a alguien; pero no tengo duda de la divinidad y necesidad del acto.

—Jamás habéis sentido remordimiento?

—Libre está de ellos mi ánimo.

—Dice un testigo que os vio un día echar por una ventana a un pobre perro: ¿no sentisteis más remordimiento en dejar viuda a su esposa, y huérfanos a sus hijos, que el que sentisteis por haber roto la pierna de aquel perro?

—Bien… bien… por supuesto que sentí remordimiento, en cuanto a mis sentimientos personales.—Y aquí su voz se deslizaba como una queja, baja y pesarosa.—Sentí tanto remordimiento como hubiera sentido cualquiera otro hombre, y lamenté la necesidad del acto; pero (y aquí, con reacción súbita, como ahogando aquella paloma blanca que acababa de aletear en el fondo de su recia alma, alzó la voz el reo).

—Basta! Basta!, exclamó con voz vibrante el abogado acusador. El examen del testigo está cerrado.

—Pero—prorrumpió con su usual violencia el reo—mi deber para con el Señor y para con el pueblo americano se sobrepusieron a mis sentimientos personales.

Y añadió luego, como pidiendo gracia a los hombres:

—Si el Señor no me lo hubiera inspirado, no hubiera sido hecho!

Yérguese al punto Scoville, como para cerrar la honda herida abierta: para que no vibre en los oídos de los jurados aquel grito humano, arrancado al alma aletargada del preso: para que el eco de sus acentos de locura, de su frialdad monstruosa, de su fe en lo divino de su acto, sofoquen en la atención despierta de los jueces las ideas de castigo que aquel lamento trémulo y aquella voz sumisa han debido levantar. Lo interroga: le incita, da ocasión de que confirme en sus respuestas frías y crueles la creencia de que ser

semejante o es criatura demente, o no es humana. Mas el lamento trémulo, la voz sumisa, sus negaciones, sus temores, su aceptación del debate el primer día, su renovación súbita de mayor demencia cuando el temible diálogo se volvió en su contra—debilitan, si no echan por tierra, los esfuerzos generosos del buen Scoville. Y entró Guiteau en la sala al día siguiente con paso lento, con ojos apagados, con aire vago y triste. Revive cuando le declaran demente los expertos. Los conforta, los aplaude. Los guía. Revive cuando en su favor declara algún testigo. Renueva aquellas escenas de debate con su propio defensor, tan frecuentes ha pocos días. Reclama la dirección de su defensa. Abatido, ha surgido. Mas ya en estos instantes despliegan sus testigos la acusación.

Gran número de personas ha atestiguado en beneficio de la teoría de defensa. El general Logan, que es alto político, dice que le fue a pedir un día recomendación para un elevado puesto, e iba Guiteau sin medios, y ruinmente vestido, y calzado de zapatos de goma. Y lo halló al día siguiente sentado en la mesa de comer de su casa de posada, y lo tuvo por loco. El abogado Reed, que le dio entrada a la práctica de la abogacía, cuenta de él cosas menudas, y todas singulares, y dice que recuerda que le dijo que era su libro tan inspirado por Dios como el Nuevo o el Viejo Testamento. Un trabajador de la Comunidad de Oneida declara que le pareció siempre hombre fuera de ánimo, y que se tenía Guiteau en la comunidad por un caudillo de los hombres, y persona grandísima; y pasaba a veces largo tiempo en soledad y como sin habla, y otras hablaba misteriosamente, y gesticulaba y clamaba de un modo desusado. Otro miembro de la comunidad afirma que era tal la pasión de sí mismo que animaba a Guiteau, que le hacía diferente en absoluto de los demás hombres, a los cuales se creía superior en muchos codos, y como nacido a regirlos. Storrs, afamadísimo abogado, y persona de peso, abocada ahora a altos puestos, lo juzgó «fuera de caja» mas no incapaz de distinguir lo justo de lo injusto. Declara un médico reputado que lo tuvo siempre por lunático. Un secretario de la campaña electoral, mueve en Guiteau gran cólera, porque afirma que su discurso le pareció cosa menguada, y enajenado el discursante. Asegura North, un viejo amigo de la casa, que el padre de Guiteau, que fue persona honesta y sincerísima, y muy amada, y digna de serlo, no tenía paces con los médicos a quienes echaba de la cabecera de los enfermos, y decía luego a estos: «¡Levántate!, anda!», y de tal modo le dominaba aquella fe que quedaba su faz descolorida, como sin sangre. Y otras veces, se arrodillaba junto a la cama del paciente, y oraba en alta voz al Dios del cielo, porque hiciese huir al espíritu satánico de aquella criatura. Viene a declarar un caballero de pueblo, que no halla ocasión mejor de parecer grande hombre, y usa muy largamente, entre las risas del concurso, de su fecunda prosa. Lleva en la alba camisa lujosa pedrería. Saca del bolsillo, como hombre muy ocupado, cartas que trascienden a antiguas. Habla con deleite, como si no tuviera presente ocasión de hablar de ellas, de sus cosas de familia. Muestra por Guiteau desdén tal que, de puro dramático, baja a cómico. Él conoció al anciano, y le hacía mofa por aquellas rarezas. Es verdad lo de los médicos. Y decía que todo hombre ha de tener abierta su bolsa a los demás hombres, mas que estos no han de tomar de la bolsa ajena sino lo que le sea absolutamente necesario. Otro extraño testigo trae como voz de otro mundo a la asamblea. Es pálida su tez; de cavernas lucientes brotan sus miradas; le cae en rizos el cabello negro por los hombros. Habla lánguidamente, desesperadamente. Se diría que pasea por la tierra en busca de modo de salir de ella. Él da fe, no de que Guiteau sea loco, que a él también le han llamado loco, sino del singular celo, de la tenacidad sobrehumana, de la abstracción religiosa

del preso en época en que ambos se vieron a menudo en una asociación cristiana, de modo que le pareció Guiteau persona de fe profundísima, y absorta en alguna nueva idea de religión.

De estas evidencias hace masa Scoville; de aquella madre enferma, con la cabellera cortada, y la naturaleza exhausta; de aquel padre fanático, que espanta al diablo, lanza al hijo a una secta extravagante, y cree en su unión corporal con el Creador; de aquellos parientes muertos en asilos; de aquellos proyectos singulares; de aquellas ambiciones sin tasa ni fundamento; de la profunda discusión política, que vino a sacudir aquella mente enferma; del molde violento que dieron al espíritu de Guiteau las pláticas de la comunidad en que vivía—junta el defensor un haz de bases y sobre ellas inquiere de los expertos en locura el juicio que por aquella herencia fatal, vida extraviada, violenta presión exterior, crimen inexplicable, y actual conducta, hayan formado del rebelde preso.

Y él rompe a hablar de esta manera:

«Deseo hacer un corto discurso. El punto sobre el cual quiero que los expertos determinen es este: cuando un hombre mantiene que está compelido a hacer un acto ilegal por un poder que está más allá de él, y al que no puede dominar, mientras que su agencia moral está dominada: hay cordura en ese hombre o demencia?»

Y dice el experto Kierman, que rechaza decorosamente las burlas y alardes amenos del inquieto Davidge: «Creo que está loco. Creo que hereda la locura. Creo en la demencia moral, y en que la mente está fuera de quicio, cuando la naturaleza moral está alterada. Creo que hay casos varios, pero ciertos, en que aunque no se alcance a descubrir lesión mental alguna, puede la demencia moral hacer irresponsable a un criminal. Creo que—a semejanza de un demente de Chicago que, juzgando por lo que él tuvo por revelación divina de que su esposa le era infiel, no la mató, sino le entabló divorcio—hay casos en que los hombres obran regularmente, como si no lo fueran».

—Y si con todo eso que creéis—interroga la acusación,—aunque bien sé que dais dictámenes sobre hipótesis, os dice un hombre que se tiene por inspirado para cometer un crimen, y no hace luego cosa, ni en la comisión ni después de ella, que no sea de un criminal vulgar ¿creeréis en su inspiración?

—Mirad, caballero acusador, que lo que puede ser vulgar para vos puede no serlo para el caballero experto.

—Vulgar? Quién osa aquí decir vulgar?—interrumpe Guiteau bruscamente. En este caso todo es de alto tono. Y me han dicho que mi mujer anda haciendo discursos que no me favorecen. Bien hará en callar, si no quiere oír de mí cosas mayores. Y no dice verdad, porque nosotros siempre posamos en casa de primera clase. Yo andaba siempre bien vestido, con buenas referencias, en buenos hoteles, posando con altos amigos, posando siempre en primera clase.

—Creo, continuaba el experto, que si hay desigualdad entre los dos lados de la cabeza, puede haber locura.

—Pues ese es mi caso! Yo tengo un lado de la cabeza más grande que el otro.

—Creo que si viene de herencia la mancha, tarde o temprano se muestra.

—Mi caso!, mi caso!

Y uno, dos, tres, cuatro expertos declaran lo mismo. Certificada la evidencia de cuanto se supone que es evidente, Guiteau está «incuestionablemente loco».

La prueba de la defensa se cierra. Se abre la de la acusación. Se abre tan anchamente, que entran por ella en tropel testigos numerosos. ¡Como que cada uno arranca un retazo del antifaz de aquel hombre, que se lo sujeta al rostro con desesperación, y se cubre la faz con los retazos que aún le dejan! Ya no se oyen risas sino comienzo de rugido. Crece el testimonio de cordura: crece la ola: crece la ira. Él clama que el caso político no está bien probado; y como a manos del juez Porter vino a tierra aquella floja tablazón en que había puesto en alto la imagen de la Divinidad, hace ahora de modo que pueda ser defendido por haber sido él la tormenta política, que cuando pasó cerca él, sacudió su juicio, y le llevó la mente. A él no le basta que el presidente Arthur, preguntado por Scoville, envíe al tribunal sus respuestas, sobre que le conoció, y recibió visitas de él, y peticiones de empleo en la campaña electoral. Él quiere ver en la sala del jurado «a esos amigos»; y probar que estaba unido a ellos; mostrar que le veían bien, y él no andaba mal, ni vestía mal, y vivía en el hotel de la Quinta Avenida, que es en Nueva York magno hotel. Y anunció que luego que Scoville diga su discurso: «quiero decir yo el mío, que Scoville es buen hombre y está trabajando bien, pero él no sabe de esto!».

La procesión de testigos comienza implacable. El general Sherman, que llenó de tropas a Washington, imaginando que tan gran maldad como el asesinato del presidente, no podía venir sino de un conflicto nacional, dijo en tono severo, al levantarse de su asiento de testigo: «¡Fue el acto de un hombre: de un hombre solo!». North y Hammerling, el caballero de pueblo, habían contado extravagancias del padre de Guiteau, que habían visto viviendo a par de él en un mismo pueblo; pero vienen otros testigos de aquel pueblo, y destruyen ese benévolo testimonio. «Su mente era lúcida, su carácter era puro, su rectitud era grande en los negocios»—dice un abogado de aquella población: «pero es verdad que creía que no había de morir». Un comerciante de aquel pueblo mismo, no supo jamás, de locura en los miembros que conocía de la familia del acusado. El médico de la casa, en aquella época en que dicen que el anciano expulsaba a los médicos, afirma que en varios años le trató de cerca, y le halló siempre de hermosa inteligencia y mente lógica: nunca oyó hablar de las manías supuestas.

—No había de ir mi padre—murmura el preso—a contar sus manías por las calles como un idiota.

Quiere el defensor probar que Flora, hija del segundo matrimonio del padre del preso, está afligida de demencia: y el hermano de Guiteau, a quien su hermana se vuelve con los ojos encendidos y palabras coléricas, protesta airado contra aquella tentativa de dañar el carácter de Flora con falsos pretextos: y el fiscal del distrito anuncia que ha recibido una carta de aquella niña, una niña de 16 años, en que se duele con gran tristeza de ser así acusada de locura. Labriegos, hacendados, mercaderes, letrados del pueblo del anciano—todos concuerdan en que él no dio jamás, ni dieron los suyos señales de extravío.

—Parad ahí, testigo! No creía mi padre en Oneida? No fue durante 25 años el hazmerreír del pueblo? No le veía todo el mundo como a un trastornado?… Dejadme en paz, Scoville! No me interrumpáis cuando yo hablo!

—No, repite el testigo, vuestro padre no creía en Oneida, ni estaba loco.

—Me alegro mucho que el general Arthur haya vapuleado en su mensaje a los mormones. Deseo que haga una especialidad en su administración de destruir el mormonismo. Nos va a dar Arthur el gobierno mejor que hemos tenido.

Continúan los testigos declarando. Un senador del estado a que pertenece el pueblo cuyos vecinos tacharon al anciano de enajenado, dice que fue el padre del preso hombre tan cuidadoso de la educación pública, que su nombre está en la lápida de honor de una de las escuelas de la villa: y el senador, que fue maestro de escuela, recuerda que a los 6 años Guiteau no articulaba. «¿Si era loco?», pregunta un rico del lugar: «¡era el tercer hombre en inteligencia del condado!».

Un vecino de Chicago publica en aquella ciudad que recuerda que el acusado, que le pedía entonces tenazmente negocios, le anunció hace dos años, que iba a Washington, y que allí haría cosa tal que le diese fama en todo el orbe.—«¡Nada quiero saber de ese loco de Chicago! Jamás he hablado con hombre semejante», dice Guiteau al jurado.—Mueve querella a todos los que declaran en su daño: se afana en probar que no le conocen bien. La hija de una tía de Guiteau, a quien la defensa dio como demente, afirma que no lo fue jamás su madre, y que su hermana, la pobre Abby, enfermó no de locura de sus padres, sino de la influencia magnética que ejercía en ella, extremadamente sensible, el francés de Bonneville, profesor de magnetismo y clarividencia. Hombres y mujeres de Boston y Chicago, que le trataron de cerca, le declaran cuerdo. Narra un sacerdote de Nueva York una breve historia de bribón bien vestido, que sorprende acompañado de su esposa a una asociación sagrada, y obra en ella galante y cuerdamente, hasta que empieza a mostrar su real naturaleza, y a tomar dinero de unos, y a estafar [a] otros y a caer en prisión hasta que los asociados, en fin, lo encausan y expulsan por cargos, que él no niega, de grandes inmoralidades. Se revuelve en vano Guiteau contra el sacerdote. En vano quiere interrumpir la narración bochornosa, la defensa:—«¿A qué traéis ese testigo?»—«A probar que lo que llamáis demencia no es más que una profunda depravación moral!»—Y la sala entera rompe en aplausos ardientes y estruendosos.

Y hoy mismo, hoy mismo que os escribo, ya la ola le llega a la garganta. Ha roto todo freno. Un testimonio le hiende la cerviz, y se anonada al golpe, para alzarse después con mayor furia: aquí lo tenéis! Ha tomado dos almuerzos. Entra temblando. «¡Poneos bien cerca, bien cerca», dice en voz baja a sus guardianes. Lo escarnecen, lo injurian mortalmente. Pasa, como bajo lluvia de pedradas. Ya os dije que parecía un gato montés acorralado. Salta a cada testigo que llega. Anuncia sobre lo que va a testificar. «Os debo $20», grita a uno. «Os debo $70», dice a otro. A casi todos debe. Así se oye que el padre de Guiteau murió de hidropesía, complicada con inacción del hígado, que acabó en infección de la sangre, lo que produjo en el enfermo el usual delirio de estos casos. Allí se presentan los que le han alquilado escritorios, y le tuvieron por vivaz y por activo. Allí dice uno que le dijo que iba a hacerse teólogo porque no lo estaba haciendo rico ser abogado: saltó sin transición del escritorio de letrado a la plataforma de lector religioso. Era egoísta y presumido; pero parecía hombre hábil. Allí entra uno a quien Guiteau estafó $300. ¡Escena escandalosa! Le llama perjuro!, bribón!, desvergonzado! El hombre es implacable: Guiteau fue su abogado, y tomó para sí el dinero que le dio para que le buscase fiador, al salir de la cárcel, vio a Guiteau rodeado de una turba de presos a quienes había defendido de igual modo—que le llamaban ladrón y estafador,—se ve bien que era un abogadillo lleno de artes, y una mala persona. «¡Vaya si gastáis dinero en vano!», increpa al acusador. «¿Qué importa que estuviera yo sano hace diez años si estaba loco el día 2 de julio?» Y así acaba la sesión, entre testimonios anonadadores. El reo habla a borbotones. La defensa está confusa. La concurrencia no tiene ya aquel noble carácter. La acusación está segura de sí. El carro que lleva al asesino a su prisión va seguido de los policías a caballo que lo custodian, de perros que ladran, de hombres que

vocean, de chicuelos que le injurian. La muchedumbre en masa, al verlo, se desata en denuestos, en palabras de espanto, en gestos de odio. Él va huraño, desconcertado, como herido; si se pusiera un papel frente a sus ojos, quedaría el papel atravesado, como de daga.

¿Qué más queréis que os diga? ¡Cansa andar al lado de ese hombre! Instruye, pero fatiga. Me falta espacio para escribiros que el presidente Arthur ha enviado al Congreso un excelente mensaje, que es la suma de la vida actual de la nación, y una revelación de su vida próxima. No quiero escribiros que un italiano ha matado hoy a su esposa y a su madre, y ha querido luego matarse a sí. Es ya cosa vulgar que Ida Ullman pida a su amante que la abandona $25 000 en pago del rompimiento del contrato. Es naturalísimo que el presidente Arthur quiera, como quiere, tener un periódico que defienda principalmente sus propias miras. Os digo esto para que alejéis con estas mezcladas nuevas ese aire de ala de búho que queda como pegado a las sienes, luego de haber obtenido durante tan largo tiempo fijos los ojos en ese hombre hoffmaniano, misérrimo, diabólico!

M. de Z.

La Opinión Nacional. Caracas, 27 de diciembre de 1881.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Las Pascuas.—Pascuas y *Christmas.*—La caja de presentes.—El calcetín maravilloso.—El buen Santa Claus.—La Jánuca.—Los hijos de los peregrinos.—El caballero Frelinghuysen.—Todo, todo, todo.—Flores pascuales.

Nueva York, 24 de diciembre de 1881.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

Ciérranse el Congreso, las casas de gobierno, los colegios; parecen las calles calzadas de romería; las tiendas rebosan; los hogares se conmueven; los hombres graves se animan; las madres se afanan; hay rostros muy tristes, y rostros muy alegres; se venden por la calle coronas y arbolillos; gozosos, como pájaros libres, dejan su pluma el escritor, su lápiz de apuntes el mercader, su arado el campesino: la alegría tiene algo de fiebre—y la tristeza!—los desterrados vuelven con desesperación los ojos a la patria; los pequeñuelos los ponen con avaricia en los mercados llenos de juguetes: todo es flor, gala y gozo; todo es Pascuas!

Nueva York es en estos días ciudad ocupadísima: es fiesta de ricos y de pobres, y de mayores y pequeños. Son días de finezas entre los amantes, de efusión entre los amigos, de regocijo, susto y esperanza entre los niños. La madrecita pobre ha esperado a las Pascuas para hacer a su hija el traje nuevo de invierno,

con que saldrá el domingo pascual, como cabritillo en día de sol, a triscar por las calles populosas. ¡Rubíes hay de precio en las acaudaladas joyerías, mas no vale ninguno lo que valen esas gotas de sangre que acorralan los dedos afanados de la madrecita buena! Los jefes de familia vuelven a sus casas, sonriendo con malicia como que llevan ocultos en los amplios bolsillos del abrigo, los presentes para la esposa y los hijuelos. La abuela generosa, vuelve toda azorada de las tiendas, porque no sabe cómo podrá entrar a la casa, sin ser vista de los vigilantes niños, los regalos misteriosos que vienen estrechos al que los encarga. Los lucientes carros en que los grandes bazares envían a la vivienda de los compradores los objetos comprados, cruzan con estrépito y prisa las calles animadas, entre racimos de pequeñuelos concupiscentes que ven absortos y malhumorados aquellas riquezas que no son para ellos, o se agolpan a la verja de hierro, en torno de la madre que en vano los acalla, para ver bajar del carro bienvenido la caja de las maravillas. ¡Ay, qué tristes los que ven pasar el carro! ¡Oh, qué aurora en los ojos de los que lo reciben! Conciértanse las vecinas para ir a las tiendas y elegir regalos; pone el empleado del mercader aparte la soldada de la semana, para comprar con ella presente lujoso a su prometida o a su amiga; dispone en su mesa el dueño de la casa los asientos de sus amigos más queridos; cuelgan los padres en las horas de la noche, por no ser vistos de los hijos candorosos, de bujías de colores y bolsillos de dulces y brillantes juguetes el árbol de *Christmas;* recuentan de antemano las doncellas vanidosas cuántos galanes vendrán a saludarlas en las alegres Pascuas, y cuántos saludarán a su vecina. Doblan los periódicos sus páginas, y las acompañan de láminas hermosas, llenas de nevadas campiñas, de revoltosos venados, de barbudos viejos, de chimeneas abiertas, de calcetines próvidos—los símbolos de *Christmas*. Aderezan los pastores el órgano sonoro de sus templos. Y dispónense a baile suntuoso los magnates de la metrópoli,—y los alegres que son otros magnates. La alegría es collar de joyas, manto de rica púrpura, manojo de cascabeles. Y la tristeza,—pálida viuda! Así son en Nueva York las Pascuas de diciembre.

No son, como aquellas de España, fiestas de pavo y lechoncillo, ni días de siega de lechugas y aderezo de atunes y besugos. Óyense allá por todas partes, en los contornos de la ancha Plaza Mayor, chirimías y dulzainas; y una madre gentil ha puesto alas de cera a su hijo alegre, y la otra cachucha de soldado, y este compra tambor y aquel zampoña, y la señora Petra está celosa porque no tiene en su ventorrillo un tan galano nacimiento, hecho de cartón pardo y polvo de oro, como el que luce cerca de ella la corpulenta señora María. Vense debajo de las espaciosas capas descomunales prominencias, y son pavos; y asoman por la cesta repleta, como diablillos retozones, los rábanos frondosos. El duque y el teniente cenan a la vez y la costurera y la chulilla, y con igual afán se acicalan en la taberna de Botino los conejos famosos; como se salpican de rojo pimentón en la tienda de pasteles y chorizos que está junto al Teatro del Príncipe, cual la vieja España bajo el ala de la nueva, los embutidos extremeños y las farinetas salmantinas; como el suntuoso Fornos saca de su bodega los añejos vinos, y deja en las botellas señales del polvo nobiliario, a que luego la viertan manos blancas sobre las trufas de Perigord, gustosas y aromadas, y el hígado de ganso de Estrasburgo. La fiesta es la escena que remata en misa.

No son las *Christmas* del yanqui como las Pascuas del hidalgo. Ni es la cena sino mero accidente de este regocijado jubileo. Las *Christmas* son las fiestas del dar y del recibir; de hacer donativos al pariente pobre; de ostentar sobra de dinero; de buscarlo para ostentarlo; de visitar a los conocimientos; de enviar con ramos de flores, artísticas tarjetas de dibujos pascuales, de engastar en el pie del ramillete serpientes y cables de

oro, que se usan en este invierno como anillos. Las *Christmas* son las fiestas de niñas casaderas, que acaparan en ellas presentes de relacionados y conocidos, se dan con júbilo al placer desenfrenado de la compra, prenden flores al traje de máscara que lucirán en el baile de la noche, y aguardan, en la cohorte de amigos que ha de venir a desearles Pascua alegre, a aquel de entre ellos con quien es más alegre la Pascua, y la amistad más deleitosa. Las *Christmas* son las fiestas de los padres que ven, como nidal de tórtolas gozosas, agruparse en torno a la mesa de los regalos, la niña esbelta, el varón apresurado, la crianza balbuciente, y olvidan las desventuras de la tierra en aquel gozo ingenuo y celeste compañía. Las *Christmas* son la fiesta amada de los pequeñuelos, cuyos deseos de todo el año van siendo encomendados a este día solemnísimo, en que se entrará el buen viejo Santa Claus por la chimenea de la casa, se calentará del frío del viaje junto a las brasas rojas que se consumen en la estufa, y dejará en el calcetín maravilloso que cada niño pone a la cabecera de su cama, su caja de presentes. Y luego subirá chimenea arriba, se calará su turbante recio, se mesará la barba blanca, se echará sobre el rostro la capucha para ampararse de la nieve, tomará la rienda de los alígeros venados que arrastran su trineo, y echará a andar por los aires, a los alegres sones de las colleras de campanillas, hasta la chimenea del niño vecino. A Santa Claus, que es el buen santo Nicolás, ruegan los niños todo el mes de diciembre; y le prometen conducirse bien como a la Lela Marien, que es la dulcísima Virgen, ofrecen en casos graves las gallardas moras; y le escriben cartas, y le incluyen la lista de los presentes que desean; y piden a sus padres que la envíen en telegrama, para que la respuesta venga pronto. ¡Y Santa Claus es muy bueno, y siempre responde! ¡Oh, calcetín prodigiosísimo! Los niños quieren esta noche tener pies tamaños, como los de los gigantes de Perrault. Nada despierta como el deseo, y al alba, ya están despiertos. ¡Qué resonar de clarines! ¡Qué redoblar de atamboras! De aquel calcetín salen, como de un cuerno de abundancia, vestidos completos, arreos marciales, botines de seda, muchedumbre de confites, gorras de piel de foca, estuches de carpintería, bastones, relojes, juguetes, hermosísimos libros! ¡Qué reír!, ¡qué vocear!, ¡qué darse celos!, ¡qué ser felices! ¡Oh, tiempos de dulce engaño, en que los padres próvidos cuidan, a costa de ahogar los suyos, de la satisfacción de nuestros deseos! ¡Qué bueno es llorar a mares, si podemos traer con nuestro llanto una sonrisa a los labios del hijo pequeñuelo! No hay como vivir para los otros,—lo que da suave orgullo y fortaleza.

Tiffany es poderosísimo joyero. Museo es su casa, no tienda: exhibe en un piso maravillas de cerámica, y en otro, castos mármoles y ricos bronces y en otro tal cúmulo de costosa prendería, que no parecen aquellos mostradores propiedad de mercader privado, sino tesoro de monarca persa. Ira y piedad levanta el puñado de gentes ávidas que rodea siempre el mostrador de los diamantes. Parecen esclavas, prosternadas ante un señor. Una esclava es más dolorosa de ver que un esclavo.—¡Cuánto deseo! ¡Cuánta sonrisa forzada! ¡Cuánta tristeza! Oh! Si miraran de esa manera en el alma de sus hijos: qué hermosos diamantes hallarían!

Y ahí van los compradores ricos en estos días de fiesta. Cuál celebra el «diamante de Tiffany», de tintas canarias, que fue traído de Kimberley, en el África meridional, y vale $50 000; cuál anhela una pluma, cuajada de piedras, que vale diez mil pesos, porque no tiene menos de seis mil brillantes; cuál compra una mariposa, o una abeja, y paga por ella mil quinientos dólares. Tiffany es como jefe de ejército, y su casa como campamento, cuyas tiendas son de tapices de Esmirna y de Flandes, al pie de cuyos pliegos ricos yacen aceros de Damasco y de Toledo, y copas de oro y plata. Tiene una cohorte de obreros y otra de

vendedores, y otra de inventores. De las supersticiones, de las leyendas, de los mitos, hacen joyas los imaginadores que tiene a sueldo Tiffany. Cada año saca a sus mostradores prendas nuevas, como las que andan en boga en Europa, o como los inventores se las aconsejan. Hoy es un cerdo de oro, que se lleva como alfiler de corbata, y como pendiente de dama, y como sortija; mañana es un anillo, sujeto al cual flota un candado cubierto de turquesas, cuya llave menuda da la amada a su amado, como en símbolo de fe: ahora son anillos abiertos, ya en forma de sierpe, ya de cordón trenzado, que luce un brillante en el centro, y rubíes, turquesas o esmeraldas en los remates.

Regálanse en estos días esas joyas costosas. Los caballeros envían a las damas, ya, puesto como piedra en una sortija, un carcaj de oro lleno de brillantes pequeñísimos; ya piedras extravagantes, que llaman de ojo de gato, con diamantes lucientes de un lado y del otro: o ponen en un anillo tres piedras de colores, blanco, rojo y azul, y con ellas quieren decir pureza, amor y lealtad. Las damas envían a su vez a los caballeros tabaqueras lujosas, de bronce y esmalte, que les cuestan dos centenares de pesos; o alfileres de corbata que ostentan, cuando no la esquina de una calle en oro, perlas de forma rara, que imitan ave o cuadrúpedo, montadas en oro, plata o hierro. Gran precio pagan ahora las niñas apalabradas de matrimonio por monedas del viejo Egipto, Roma o Rusia, que hacen aderezar elegantemente, y envían luego a que sirvan de prendedor a las corbatas de sus dueños. De bastones, de enfriadores de vino, de estuches de viaje, de tinteros ricos hacen presente las damas a los galanes. Y llenan los estantes de las tiendas, elefantes de plata que cargan en lindos frascos penetrantes esencias: frutas de ónice de México, que alcanzan aquí excelente precio, falderos dorados que con su hociquillo agujereado anuncian que son humildes saleros: escudos brilladores, que encubren juegos elegantes de aseo de manos, viaje, o costura. Y casas de libros, que se parecen a la Biblioteca de Alejandría. Y cuentos de niños, hacinados en montañas. Y colosales sombreros de damas; breves chinelas, rudos zapatos, cisnes de alas abiertas, rosas gigantes, que se abren, apenas se les toca, en jugosos dátiles de Esmirna, o turrones fragantes, frutas azucaradas o castañas suaves. De todo se hace regalo en estos días: de lo de lujo y de lo de uso.

Si unas manos benévolas emplearon sus ocios en tejer con estambre unos mitones que en esta tierra se usan para amparar del frío las muñecas, no desdeñará el lujoso caballero ostentar, cual joya de valía, como que lo es más que otra alguna, el donativo familiar. Si una hija hace aposento de seda todo lleno de rizos y de lazos, para los enseres de aseo de su padre, este lo pondrá orgulloso en lugar preferente de su alcoba, como antiguo guerrero su panoplia. Si una amorosa niña borda con sus delgadas manos en cinta de seda el nombre de su amigo, este colocará reverentemente, para que sepan que es querido, la linda cinta como señal del libro más preciado entre los que adornan su chimenea de hombre soltero. Se encontrarán el Domingo de Pascua los conocidos, ya en el salón de las casas, que para recibir estas visitas se alhaja con especial esmero, ya en el baile risueño, donde danzan los aturdidos convidados en torno al resplandeciente árbol de *Christmas*. O se saludarán en los días previos en esas calles rebosantes que con parecer hipódromos griegos, por lo luengas y amplias, vienen cortas y estrechas a la muchedumbre bulliciosa que se apiña a las puertas de los almacenes babilónicos, o lucha por poner los ojos en los palacios de niños, o patios de reyes, o escenas de caridad con que las grandes tiendas adornan sus aparadores.

¡Qué multitudes! ¡Son bosques humanos! ¡Qué tiendas! No fue más animado, ni tuvo más compradores, un mercado de Tiro. Afluyen en las calles, como ríos, procesiones de paseantes: el buhonero pregona sus

baratijas: amparado de la lluvia, que no detiene a los compradores, por fuertes botas, gabán fuerte y gorra de hule, el guardia de policía alza en su brazo robusto su bastoncillo corto, a cuya señal detiene los fornidos corceles el cochero de casa poderosa, y enfrena sus caballos pesados el carretero que lleva su carro rojo lleno de altos cajones, y el férreo irlandés que conduce con su montuosa mano el vagón del tranvía para de súbito los brutos espumantes y nerviosos, en tanto que el guardia dirige el paso de aquel núcleo de transeúntes de una acera a otra, tras el cual, a otra señal del corto bastoncillo, emprenden su bulliciosa marcha vagón, carro y carruaje. Todo el día es comprar y vender. Museos son las aceras, las manos fuentes de oro, las gentes locos ávidos. Y de noche, entre los rizos rubios de los niños, revuelan sobre la cándida almohada, sueñecillos azules.

¿Qué suceso ha de alcanzar importancia en estos días de tantas lágrimas calladas de las madrecitas para cuyos hijos no entrará el buen Santa Claus por la ruinosa chimenea, y de tantos delicados gozos para el padre que llevará a su prole una casa en miniatura, por cuyas puertas y balcones han de verse, en salones liliputienses, libros, juguetes y ricas prendas de vestidos? ¿En qué acontecimiento ha de ponerse mente atenta, en estos días en que domina a los hombres ansia de hogar y goces puros, y descansan las plumas, y las malas pasiones, y como palomar en día de estío, abren las alas las pasiones buenas? El proceso mismo de Guiteau, del que apartaremos hoy los ojos por no poner en nube sonrosada cendales de lutos, se ha arrastrado como en desmayo y fatiga, ya por ausencia de testigos, ya por locuacidad de algunos de ellos, ya por la muerte de la esposa de uno de los jurados. En bronce hacen el busto del criminal, cuyo molde se dejó tomar con insana complacencia, luego que le convencieron de que bien valía el sacrificio de sus barbas, de que estaba muy pagado, el júbilo de ser admirado en efigie en los tiempos venideros. Y la que fue su esposa, del brazo del que es hoy su nuevo esposo, entró con su pequeña hija de la mano en la fría celda del preso, y entre sollozos y palabras lúgubres desearon bien y dijeron adiós al asesino.

Asoman, entre el andar de las gentes, el trenzar de las coronas, y los ramos verdes del árbol de Pascuas, concepciones monstruosas, como una compañía peruana, que mantiene que los hombres del norte de América tienen derecho a todo el oro y riquezas todas de la América del Sur, y a que en el Perú se haga lo que ha comenzado a hacerse en México, lo cual ha de empezar porque, en pago de un crédito de aventurero, abra el Perú todas sus minas a los reclamantes avarientos, sus lechos de oro, sus vetas de plata, sus criaderos de guano; y, en prenda del contrato, sus puertos y ferrocarriles.

Y los hebreos celebran su Jánuca; y los hijos de los peregrinos, el desembarco de los mensajeros de la libertad, que un día once de diciembre llegaron a las playas de la misteriosa América hace doscientos sesenta y un años. De su religión, los hebreos como los polacos, hacen patria. ¡Otros la hacen de un amor, y muerto él, van por la tierra como desterrados! ¡Otros la hacen de un sueño! Aquella lengua raizal, como que fue hecha y hablada en tiempos raíces, de que han venido luego estos pueblos de ahora, como frondosísimo ramaje, es conservada con pasión, cual joya de familia, en las casas de los judíos. Para ellos, la indiferencia religiosa, no es delito de incredulidad, sino de traición. Dejar solo el templo en los días de fiesta, es desertar de las banderas de la patria: y ¡de la patria puede tal vez desertarse, mas nunca en su desventura! Cierran talleres y tiendas en los días consagrados por su iglesia, y celebran con danzas y festines las hazañas de Judas Macabeo, que se llamó el Macab, porque dio golpes de maza en el testuz de los tiranos, y entró triunfante, a la cabeza de sus huestes redentoras, en el templo que había profanado el vil Antíoco. Todo lo

cual aconteció hace más de dos mil años. Como injurias mortales y recientes, abominan aún los judíos las groseras profanaciones del sanguinario rey de Siria, que regó con agua en que había hervido un cerdo, el templo venerado de Salomón, y dio muerte a tantos judíos que fue la hecatombe terrible más alta que el templo. Aún calientan el rostro pálido y enjuto de los hebreos de ahora las llamas en que echó a arder Antíoco Epífanes las Santas Escrituras. Aún sienten aquel ardor que llevó a sus antepasados a cobijarse bajo la bandera de Matatías, rebelarse fieramente contra el general del rey, y echarse, como mar en cólera, por llanos y montañas!

Los hijos de los peregrinos tuvieron también su fiesta: mas ay!, que ya no son humildes, ni pisan las nieves del Cabo Cod con borceguíes de trabajadores, sino que se ajustan al pie rudo la bota marcial; y ven de un lado al Canadá, y del otro a México. Así decía, a la faz del presidente de los Estados Unidos, que se sentaba a la cabeza del banquete, y es miembro de la asociación celebradora, un caballero senador que dijo, por otra parte, con justicia, que le movía a cólera y desprecio el hombre menguado que por pereza o ignorancia se negaba a tomar parte activa en los asuntos de su pueblo. Decía así el senador Hawley: «¡Y cuando hayamos tomado a Canadá y a México, y reinemos sin rivales sobre el continente, ¿qué especie de civilización vendremos a tener en lo futuro?». ¡Una, terrible a fe: la de Cartago!

Sobrado de actividad se mostró en la Secretaría de Estado el esforzado Blaine. De una parte, púsose de pie en las montañas del Istmo, y abrió los brazos para impedir el paso a pueblo alguno de Europa. De otra, intimó a Inglaterra que dejase a la Unión Americana, señora exclusiva de la América, a lo que se opone el Tratado Clayton-Bulwer. De otra, apoyó con premura, en forma de negociación de paz, la reclamación que, como compradora de los derechos de un francés andariego, hace, por suma loca, una compañía de explotadores al Perú. Y el presidente Arthur, no bien sale de la Secretaría por propia voluntad y miras de partido, el innovador y denodado secretario, le reemplaza, atendiendo a la petición urgente de paz y cordura de la prensa, con un caballero mesurado y grave, de hábitos conservadores y juiciosos, de rostro lampiño, como de astuto abogado; de fama excelente, a quien viene la habilidad política de padre y abuelo, que fueron gente de nota: el caballero Frelinghuysen. Y como no tenía orador la Cámara de Representantes, eligieron estos, más por derrotar al candidato Hiscock, que es intrépido y temible, que porque acompañasen al electo merecimientos singulares, a un diputado que antes de cruzar palabras, cruzó balas, y manejó a un tiempo los libros y el azadón: el general Keifer. Viste como hacendado; habla correctamente, y discute con destreza y fluidez; y muestra en su rostro expresivo y abierto la decisión y el ímpetu que requiere su puesto codiciado. ¿Pero cómo hablar de ellos ahora, si huyen hoy, como todos del bullicio público, y dejan sus asientos cómodos, y van, caminito de Pascuas, a colgar el uno su cartera, y el otro su nuevo título, en el árbol de *Christmas* que les espera en sus hogares?

Ved!, aquí pasa un árbol de *Christmas:* es de bálsamo, porque son tenidos por vulgares, y se dejan para gente modesta, los de pino y los de cedro. Ved!, cuánta corona de flores y hojas secas que vienen de Alemania! Cuánta estrella, hecha de mirto y siemprevivas! Cuánta guirnalda, hecha de laurel y acebo! ¡Cuánto adorno valioso, que se colgará luego en las paredes del comedor engalanado, y en puertas y ventanas! ¡Ved el muérdago, la rama sagrada de los galos, ante la cual juraban las sacerdotisas y los druidas eterno odio a César, y cuyas palmas verdes, a los acentos bélicos de la magnífica Velleda, postraban en el bosque misterioso, en la pálida luz de noches tibias, frente a los mudos y divinos dólmenes! ¡Ved estas

violetas, que son de Nápoles y Parma! ¡Ved esos cestos de rosas, grandes rosas de Francia; de claveles encarnados; de inmortales amarilis, que vienen de Italia; de jacintos romanos; de camelias japónicas! Y tomadlas y ponedlas junto a la cuna de vuestro último hijo, que es mi don de Pascuas!

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 7 de enero de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Año nuevo.—Jubileo de cortesía.—*Knickerbockers* y yanquis.—Casas de ricos y casas de pobres.—Vestidos suntuosos.—El año nuevo del presidente, el del orador y el del asesino.

I

Nueva York, 7 de enero de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

El año nuevo ha nacido coronado de nieve, ha sacudido su manto real, y ha llenado la tierra de copos blanquísimos. ¡Ay! Dicen que la nieve es necesaria en estas tierras invernosas, para amparar del frío las semillas y las raíces de las plantas; mas el ánima azorada suele verla con aquel espanto con que ve la gacela al cazador, y como ella de él, huye el alma de la nieve al bosque—al bosque de sí misma!—A bien que harto lloró Boabdil, y no sienta bien el llanto en rostro de hombres. Es día de ir y venir el día primero de año; día de jubileo, en que no se cambian deudas, sino las de cortesía; día de anhelo y estreno en las damas, y de peregrinación en los galantes caballeros. Vacíanse de carruajes los vastos establos; calles de Semana Santa en pueblo católico semejan las calles: parece todo el mundo montado a caballo; hay frente a cada puerta un coche; el galán que entra tropieza con el galán que sale; adivínase el plácido rostro de los hombres que vienen de ver damas. No hay cosa que disponga el ánimo, y lo remoce y regocije, como hablar con mujer. ¡Así deben volar los céfiros felices, cargados del perfume de las flores!

No es aquí uso, como en Francia, acompañar de presentes los saludos,—que esto se hace en las alegres *Christmas;* ni es día, como en España, de regalar a carteros y porteras; sino que,—al modo de los viejos holandeses que alzaron en torno a esta bahía, siguiendo la caprichosa senda marcada por el ganado vagabundo, las primeras casas,—es costumbre que cada caballero visite en este día a las damas que conoce, las que se juntan luego al día siguiente, y comparan con ojos brillantes de ansia y celos, como Tenorio y Mejía sus conquistas, el número de galanes que les desearon año bueno. Y así como en los solemnes banquetes de la antigua Filadelfia, celebrados al calor de los amables leños, y a la luz de macilentas bujías, era pecado grave que el señor de la casa no bebiese separadamente, cual lo ordenaba la cultura puritana, a la salud de cada uno de sus huéspedes,—así se mira en estos tiempos como culpable negligencia, y ofensivo

desdén, que deje un caballero de llamar a la puerta hospitalaria de las damas que aguardan ansiosas a cada visitante cual justador de la palma apetecida, o cual romano centurión la corona de laurel.

Con gozo igual reciben las damas las visitas y las hacen los caballeros. Ya en los días anteriores publican los periódicos respuestas a las preguntas curiosísimas que jóvenes inexpertos, o visitadores embarazados, les dirigen. Cuál quiere saber si ha de llevar guantes a la visita de año nuevo, y si sentará bien la casaca en visita de día, a lo que le responden que lleve guantes y no lleve casaca; y cuál pregunta qué brazo ha de dar a la dama que le toque en suerte acompañar a la mesa y si ha de doblar o no la servilleta después de haber festineado, a lo que le dice el diario que dé a la dama el brazo izquierdo para que pueda prepararle con el derecho el asiento que a su derecha ha de ocupar, y le aconseja que no doble la servilleta, sino que la deje caer con descuido elegante al lado del plato del festín. Pide una dama a un diario idea de un vestido propio para recibir a sus amigos el día de año nuevo, y otra ruega a otro diario que le indique si le estará mejor llevar joyas en su tocado, o poner una humilde margarita de plata en el cabello, a lo que opina el diarista con buen juicio que le estará mejor la margarita humilde.

Entran en estos días previos en las casas pobres, que alardean de adineradas, paquetes vergonzantes, que son de copas, o de los modestos manjares que aderezan para obsequiar a los que, con el alba del año, hayan de favorecerlas; y los hombres de color y las elegantes suizas que aquí hacen los oficios de la casa en las suntuosas viviendas de los acaudalados, repasan y aprontan para la fiesta, los ricos vasos de plata, y las artísticas bandejas en que han de servirse a los atentos huéspedes los aromosos vinos que guardaban las bodegas de los dueños. Y ponen en lugar fresco los vinos rojos, porque así son mejores, y quitan de él los vinos graves, porque estos han de servirse un tanto calientes. Si tropiezan con Chateau-Yquem del 70, lo dejan a un lado, porque es de días comunes, y buscan el del 69, que es vino de fiesta. Ha de ser de Duff y Gordon el buen jerez, o de Domecq, porque en el jerez se paga la bondad, y la fama. El de Málaga ha de ser del que usan los sacerdotes españoles para sus misas, porque si catador neoyorquino sabe que no es el Málaga sacramental, no bebe Málaga. El Madera es vino muy gustado en esta tierra. Cuenta la leyenda que John Hancock, que era antes de la guerra de Washington, un gran mercader de la próspera Boston, acostumbraba en los días de gran festejo, llenar la fuente pública de vino de Madera, del que bebía libremente el pueblo agradecido: mas no ha de ser este vinillo isleño más viejo que el de la cosecha de 1813, ni más joven que el del 46. Y ron, si se ha de servir, ha de ser de la Antigua, y de veintiún años.

Porque de los fundadores de Nueva York viene a sus actuales habitantes el hábito cortés y pintoresco de revolotear de casa en casa, que parecen ramilletes de flores, como mariposas mensajeras de buenos deseos el Día de Año Nuevo; pero no han heredado los neoyorquinos la sencillez de los fundadores. Juntábanse antes en estos días los contertulios y relacionados, que se abstenían de bebidas en la presencia de las damas, y no cataban a sus solas más que vinillo de maíz, cebada y trigo, que hacían muy bien los cosecheros del viejo Kentucky y la histórica Maryland; pedíase gravemente a la severa matrona que rodeada de sus ruborosas hijas recibía la visita, su venia para acudir el año próximo a desearle nuevamente un feliz año. Y en la familia se hablaba de los elegantes bailes de Filadelfia, que ponía entonces la moda, de los magistrados y pastores de Boston, que era ya entonces centro de cultura; y de los regocijos del otoño, en que era uso que los vecinos se reuniesen en el cortijo del vecino, y se ayudasen por turno a deshojar la cosecha de maíz, lo que era ocasión de risa y gozo, porque el que hallaba una mazorca picada tenía el

derecho de golpear el rostro de los varones de la junta, y el que hallaba una mazorca roja, el de besar en la mejilla a cada una de las niñas solteras que hubiese en el cortijo: y si era la niña la que hallaba la mazorca ¡qué sustos!, ¡qué deseos!, ¡qué suplicar con los ojos el de los galanes! Porque la niña besaba entonces al que le pareciera en la comunidad más digno de un beso.

Hoy se hacen las visitas a manera de ráfaga brillante. Detiénese en la puerta el carruaje bullicioso: salta de él en traje de día el visitador: tropieza en el umbral con el artesano corpulento o el empleado agradecido que vinieron a dar fe de su cariño al dueño de la casa: y entra a la sala deslumbrante, en donde ricas damas responden con volubilidad e ingenio al saludo de usanza. Y allá, en el fondo, resplandece la mesa de Año Nuevo, que es mesa que cuesta a veces a sus dueños dos millares de pesos. Viste el visitador como de viaje; pero las damas se han acicalado grandemente. Van como sobrevestidas estas damas, y no se nota en ellas aquella artística analogía entre la esbeltez que da al cuerpo un espíritu elegante, y las ropas que ciñen el cuerpo, sino una como superabundancia corporal, que da a las damas aires de esposas de mercader, que pasean a los ojos de los compradores las maravillas de los almacenes de su esposo. Era de verse más la seda del alma que la del traje: y aquí es esta tanta, que no se ve aquella. Unas llevan sobre traje de seda carmesí, flores de plata: otra ostenta delantal riquísimo, que venden los parisienses a ciento setenta y cinco pesos [la] vara, y está todo bordado a la mano, al modo japonés, de raras aves y grandes rosas sobre fondo crema; y otra lleva bordado en el delantal un gran relámpago de oro, en forma de rama seca, cuyas escasas hojas están hechas de rubíes, cuentas de ámbar y zafiros. No usan ya, por bien del arte y de los ojos, aquellos altísimos tocados con que se robaban las damas de los *Knickerbockers,*—que viene a ser aquí como noble de abolengo, descendiente de fundadores, y fue realmente el nombre de estos,—aquella ingenua e infantil belleza de las cabezas femeniles, que ahora se adornan con sus propias galas, y una que otra florecilla púdica: mas reviven las neoyorquinas los viejos brocados, y opulentas flores de relieve ornamentan de nuevo los vestidos, en los que se tiene a gala imitar los colores de la madera húmeda del bosque, y los oscuros matices del bronce y el oro.

Tal suma de gastos, que con trajes semejantes y la lujosa mesa, vienen a ser de verdadera monta, van siendo causa de que muchas familias que gozan fama de acaudaladas, y no quieren perderla, tomen pretexto de la muerte de algún pariente lejano, o la de su deseo, para colgar a su puerta una elegante cesta, atada con una cinta negra, en la que dejan los visitantes sus tarjetas; o cuelguen simplemente la cestilla, adornada de cintas azules, o saquen al umbral un jarrón rico, puestos allí también a recibir tarjetas, en tanto que comentan en lo interior de la casa lo enojoso de obedecer a costumbres que se van haciendo ya vulgares, o disfrutan de este día de fiesta en el abrigado hogar de alguna aldea vecina.—¡Qué rodar de carruajes! No cesa en todo el día! ¡Qué recibir visitantes! Sorprenden en esta faena a las damas las campanas de la media noche. ¡Qué entristecerse el de las niñas casaderas, si no vienen a verlas caballeros numerosos! ¡Qué regocijo el de la casa de los pobres, cuando la campanilla desusada anuncia un visitante! Así es en Nueva York el año nuevo. Y en Brooklyn, dos mil personas, en interminable procesión, saludaron a un anciano de faz roja y blanca y larga cabellera, al orador Beecher. Y en Washington, no recibió a más gentes el presidente en la Casa del Estado, que el orador recibió en la suya en Brooklyn. Y en su celda, rebosante de júbilo, y de insana soberbia, de pie, como un monarca, junto a la ruin mesilla de los presos, respondía Guiteau con sonrisas afables y frases graciosas, a trescientas personas que fueron a desearle venturoso Año

Nuevo. ¡O curiosidad, o monstruosidad! Esas visitas no son obra de piedad, sino sanción de un crimen. Y no eran los visitantes personas conspicuas, mas no eran tampoco personas vulgares. Parecía la celda un trono sombrío. Las madres enviaban a sus hijos a que diesen la mano al asesino. Las señoras cambiaban con él apretones de manos. Más de una hubo que le llevó flores. A trescientas subieron también las felicitaciones de Año Nuevo que recibió por el correo, con hermosas tarjetas alegóricas, y motes bíblicos. De todas partes de la nación le llegaban cartas de saludo y demandas de su autógrafo; en el tribunal ya le ponen en el cepo, como para atajar las censuras que la excesiva libertad del proceso provoca en la prensa extranjera, y él vocea, se desmanda, injuria, como cuando se sentaba entre su hermana y su abogado. Pero en su celda, ved que le llevan flores, cuando ya se han secado las que descansan en la tumba de aquel varón magnánimo que arrebató a la vida! Debe ser ley en los tribunales el ahorro de la vida humana. Debe ser culto en las familias el horror al crimen.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 20 de enero de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

El proceso de Guiteau.—El estetismo.—«Pálido Postlethwaite.»—El poeta Oscar Wilde.—Los inmigrantes.—Un grande anciano muerto.

II

Nueva York, 7 de enero de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

Ya toca a su remate el proceso del asesino; ya han negado a sus defensores permiso para poner peritos nuevos al formidable cortejo de peritos que le han venido declarando cuerdo en estos días; ya se prepara el defensor a resumir los hechos, y a aprovechar los testimonios en que cimienta su defensa; ya tienen concertada los acusadores la terrible respuesta que ha de seguirle; ya se aguardan cosas dolentísimas, y escenas de monstruo; ya se acerca el día en que han de publicar su veredicto los jurados.

Con los primeros días del año, llegó a Nueva York, a bordo de uno de esos vapores babilónicos que parecen casas reales sobre el mar, un hombre joven y fornido, de elegante apostura, de enérgico rostro, abundante cabello castaño, que se escapa de su gorra de piel sobre el Ulster recio que ampara del frío su robusto cuerpo. Tiene los ojos azules, como dando idea del cielo que ama, y lleva corbata azul, sin ver que no está bien en las corbatas el color que está bien en los ojos. Son nuestros tiempos de corbata negra. Este

joven lampiño, cuyo maxilar inferior, en señal de fuerza de voluntad, sobresale vigorosamente—es Oscar Wilde, el poeta joven de Inglaterra, el burlado y loado apóstol del estetismo.

¿Quién no ha visto ese cuaderno de caricaturas que se publica cada semana en Londres, y en cuya carátula ríe maliciosamente, cercado de trasgos, bichos y duendes, un viejillo vestido de polichinela? Ese es el *Punch,* y Du Maurier es el dibujante poderoso que le da ahora vida. Cuanto acaece, allí es mofado. Toda figura que en toda parte de la tierra se señala, allí es desfigurada y vestida de circo. Va el *Punch* detrás de los hombres, con un manojo de látigos que rematan en cascabeles. Publica sus caricaturas por series, como los cuadros de Hogarth, y familiariza a su público con sus víctimas. Londres ríe hace meses con el poeta Postlethwaite, que es el nombre, ya famoso de un lado y otro del Atlántico, que el *Punch* ha dado a Oscar Wilde. Postlethwaite es una lánguida persona, que abomina la vida, como cosa democrática, y pide a la luz su gama de colores, a las ondas su escala de sonidos, a la tierra apariencia y hazañas celestiales. Todo disgusta al descontentadizo Postlethwaite. Cuanto hacen los hombres, le parece cosa ruin. De puro desdeñar los hábitos humanos, va tan delgado que parece céfiro. Postlethwaite quiere que sea toda la tierra un acorde de armoniosa lira. Estos paramentos de los hombres de ahora le mueven a desdén, y quiere para la vida empleo espiritual, y para los vestidos colores tenues y análogos, de modo que el fieltro del sombrero no desdiga del cuero de las botas, y sea todo melancólico azul, o pálido verde. Postlethwaite es ya persona célebre, y toda Inglaterra y todos los Estados Unidos aplauden hoy una ópera bufa de un poeta inglés en que se cuentan los melodiosos y alados amores del tenue bardo mustio. Con tanta saña movió Du Maurier su lápiz tajante, que cuando publicó al cabo Oscar Wilde, jefe del movimiento artístico así satirizado, su volumen de versos, no veían los lectores en sus arrogantes y límpidas estrofas más que aquella ridícula figura, que pasea con aire absorto por la tierra su mano alzada al cielo, como coloqueando con las brisas, y su nariz husmeante, en que cabalgan colosales gafas. Ahí está, en luz y sombra, el movimiento estético. Mantiene este hombre joven que los ingleses tallan sus dioses en carbón de piedra, y huye a Italia, en busca de dioses tallados en mármol, y va a Roma, por ver si halla consuelo en los alcázares católicos su espíritu sofocado por el humo de las fábricas; mas vuelve al fin desconsolado a las islas nobles que le dieron cuna, y lo fueron en otro tiempo de la grandeza y la caballería, e invita a su alma a que salga de aquella vil casa de tráfico, donde se venden a martillo la sabiduría y la reverencia, y donde, entre los que exageran el poder de Dios y los que se lo arrebatan, no tiene espacio el espíritu para soñar en su mejora y en las nobles artes. Quiere el movimiento estético, a juzgar por lo que de él va revelado, y lo que muestra el libro de versos de Oscar Wilde, que el hombre se dé más al cultivo de lo que tiene de divino, y menos al culto de lo que le sobra de humano. Quiere que el trabajo sea alimento, y no modo enfermizo y agitado de ganar fortuna. Quiere que vaya la vida encaminada, más a hacer oro para la mente, que para las arcas. Quiere, por la pesquisa tenaz de la belleza en todo lo que existe, hallar la verdad suma, que está en toda obra en que la naturaleza se revela. Quiere que por el aborrecimiento de la fealdad se llegue al aborrecimiento del crimen. Quiere que el arte sea un culto, para que lo sea la virtud. Quiere que los ojos de la mente y los del rostro vean siempre en torno suyo—seres armónicos y bellos. Quiere renovar en Inglaterra la enseñanza griega. Y cae al fin en arrogancia y fraseo de escuela, y dice que quiere hallar el secreto de la vida.

Hay en estos Estados Unidos, a la par que un ansia ávida de mejoramiento artístico, un espíritu de mofa que se place en escarnecer, como en venganza de su actual inferioridad, a toda persona o acontecimiento

que demande su juicio, y dé en sus manos. Y pasa en eso lo que en las ciudades de segundo orden con los dramas aplaudidos en las capitales, que solo por venir sancionados de la gran ciudad son recibidos en la provincia con mohínes y desdenes, como para denotar mayor cultura y más exquisito gusto que el de los críticos metropolitanos. En esta dependencia de Europa viven los Estado Unidos en letras y artes; y como rico nuevo a quien nada parece bien para aderezar su mesa, y alhajar su casa, hacen profesión de desdeñosos y descontentadizos, y censuran con aires magistrales aquello mismo que envidian y se dan prisa a copiar.

¿Qué suerte aguarda, pues, al joven poeta que viene a esta tierra a propagar desde la plataforma del lector su dogma estético, y a poner en escena una tragedia de argumento ruso que por respetos internacionales no ha podido ser representada en Londres? No bien pisó muelles de Nueva York el bardo inglés, a quien estiman los jueces serenos dotado de ingenua fuerza poética, que se verá entera cuando haya pasado para el bardo joven el forzoso periodo de imitación,—imitación de Keats y Swinburne— en que anda ahora,— ya los periodistas sacaron a luz al lánguido Postlethwaite, y ya echan a andar por plazas y calles, más ganosos de cebarse en lo alto que capaces de acatarlo, a esa criatura del sangriento *Punch,* a ese poeta famélico de cielo y agostado, a ese trovador que tañe en los aires enfermos una lira doliente e invisible.

Pero Oscar Wilde volverá a Europa. No volverán, en cambio, sino que harán casa en las entrañas de los bosques, o arrancarán una fortuna al seno de las minas, o morirán en la labor, esos cuatrocientos cuarenta mil inmigrantes, que Europa, más sobrada de hijos que de beneficios, ha enviado este año a las tierras de América. Manadas, no grupos de pasajeros, parecen cuando llegan. Son el ejército de la paz. Tienen derecho a la vida. Su pie es ancho, y necesitan tierra grande. En su pueblo cae nieve, y no tienen con qué comprar pan ni vino. El hombre ama la libertad, aunque no sepa que la ama, y viene empujado de ella, y huyendo de donde no la hay, cuando aquí viene. Esa estatua gigantesca que la República Francesa da en prenda de amistad a la República Americana, no debiera, con la antorcha colosal en su mano levantada, alumbrar a los hombres, sino mirar de frente a Europa, con los brazos abiertos. He aquí el secreto de la prosperidad de los Estados Unidos: han abierto los brazos. Luchan los hombres por pan y por derecho, que es otro género de pan; y aquí hallan uno y otro, y ya no luchan. No bien abunda el trigo en los graneros, o el goce de sí propio halaga al hombre, la inmigración afloja, o cesa; mas cuando los brazos robustos se fatigan de no hallar empleos,—que nada fatiga tanto como el reposo,—o cuando la avaricia o el miedo de los grandes trastorna a los pueblos, la inmigración como marea creciente, hincha sus olas en Europa y las envía a América. Y hay razas avarientas, que son las del Norte, cuya hambre formidable necesita pueblos vírgenes. Y hay razas fieles, que son las del Sur, cuyos hijos no hallan que caliente más sol que el sol patrio, ni anhelan más riqueza que la naranja de oro y la azucena blanca que se cría en el jardín de sus abuelos: y quieren más su choza en su terruño que palacio en tierra ajena. De los pueblos del Norte vienen a los Estados Unidos ejércitos de trabajadores: ni su instinto los invita a no mudar de suelo, ni el propio les ofrece campo ni paz bastantes. Ciento noventa mil alemanes han venido este año a América: ¿qué han de hacer en Alemania, donde es el porvenir del hombre pobre ser pedestal de fusil, y coraza del dueño del Imperio? Y prefieren ser soldados de sí mismos, a serlo del emperador. —De Irlanda, como los irlandeses esperan ahora tener patria, han venido este año menos inmigrantes que en los anteriores. La especie humana ama el sacrificio glorioso. Todos los reyes pierden sus ejércitos: jamás la libertad perderá el suyo:—de las

islas inglesas solo han buscado hogar americano este año, ciento quince mil viajeros. Francia, que enamora a sus hijos, no ha perdido de estos más que cuatro mil, que son en su mayor parte artesanos de pueblos, que no osan rivalizar con los de la ciudad, ni gustan de quedarse en las aldeas, y vienen, movidos del espíritu inquieto de los francos, a luchar con rivales que juzgan menos temibles que los propios. Italia, cuyas grandes amarguras no le han dejado tiempo para enseñar a sus campesinos el buen trabajo rudo, ha acrecido con trece mil de sus perezosos y labriegos la población americana. Suiza, que no tiene en su comarca breve, faena que dar a sus vivaces y honrados hijos, no ha mandado menos de once mil a estas playas nuevas. De Escandinavia, a cuyas doncellas de cabellos rojos no tienen los desconsolados nativos riquezas de la tierra que ofrecer, porque es su tierra tan pobre como hermosa, llegaron a Nueva York cincuenta mil hombres fornidos, laboriosos y honrados. Nueve mil llegaron de la mísera Bohemia, más en fuga del trabajo que en su busca; y nueve mil de Rusia, de cuyas ciudades huyen los hebreos azotados y acorralados. Y los áridos pueblos de la entrada del Báltico han enviado a esta comarca de bosques opulentos dieciséis mil neerlandeses. Y cómo vienen, hacinados en esos vapores criminales! No los llaman por nombres sino los cuentan por cabeza, como a los brutos en los Llanos. A un lado y otro del lóbrego vientre de los buques se alzan jaulas de hierro construidas en camadas superpuestas, subdivididas en lechos nauseabundos, a los que sube por una escalerilla vertical, entre cantares obscenos y voces de ebrio, la mísera mujer cubierta de hijos que viene a América traída del hambre, o del amor al esposo que no ha vuelto. Les dan a comer manjares fétidos. Les dan a beber agua maloliente. Como a riqueza a que no tienen derecho, los sacan en majadas a respirar algunos instantes sobre la cubierta del buque el aire fresco. No se concibe cómo reclusión semejante no los mueve a crimen! ¿Dónde está la piedad, que no está donde padecen los desgraciados?

Y ellos llegan contentos como los hebreos que acompañaban a Moisés. Vienen a la tierra de los gigantescos racimos de uvas. Vienen a los ríos que arrastran oro, y a las selvas que no se secan. Los unos empuñan la hoz, y se van en cuadrillas por los campos, a hacer trabajos de labriegos. Hácense los italianos de unas cuantas naranjas y limones y pastas de azúcar y alzan en un rincón de Nueva York una frágil barraca. Los alemanes son hombres de ciencia y de comercio. No hay relojeros como los suizos. Ni gente más honesta que los belgas. No hay trabajo recio y mezquino que no hagan con buena voluntad los hombres de Irlanda, ni sirvienta que no sea irlandesa. Ni hay modo de ir por las calles sin dar con esos hombres de rostro áspero y huesoso, nariz corta y empinada, ojos malignos y breves, maxilares gruesos, labios belfudos y afeitados, y barbilla ruin que les cerca, como un halo, el rostro: son inmigrantes de Irlanda. Llenan las minas de California, llenan las fábricas de Nueva York. Ellos elaboran la cerveza, y ellos la beben. De su tenacidad e industria [se] aprovechan los yanquis, que los mofan, y en verdad no hay fiesta que sea más de reír que un día de San Patricio, patrón de Irlanda, en que enfilan en las calles de Nueva York los irlandeses, que andan ese día la ciudad en procesión copiosa, acicalados con las mejores prendas de su baúl de lujo, que son sombreros altos de olvidadas modas, o levitas gruesas que van diciendo en sus indómitas arrugas el excesivo cuidado con que las ven sus dueños, que ostentan en ese día los colores patrios, en una banda verde, que les cruza sobre el chaleco de grandes ramazones el orgulloso pecho. Y en prestados corceles hacen de generales, con sombreros plumados, mofletudos cerveceros. Mas es también verdad que cuando yacen en la cárcel de Kilmaiham, en la oprimida Irlanda, los bravos caudillos que intentan arrebatar a los voraces propietarios ingleses las tierras de cuyo señorío culpablemente abusan, para que las gocen en su

precio justo, los infelices nativos,—estos Patricios y estos Jaimes no vuelven los ojos de su viejo pueblo en desventura, y apartan de sus haberes y salarios grandes sumas que ayudan a mantener viva en Irlanda la sabia rebelión pacífica que organizaron los caudillos presos. ¡Suelen los hombres tener manos rudas y espíritus blandos! Yo estrecho con gozo toda mano callosa.

¡Ahora acaba de huir la vida de una mano que ha arrancado muchos secretos a la naturaleza! Fue también mano inglesa, y sostuvo una de las plumas más investigadoras y elocuentes de su tiempo. Fijó la faz humana en el cristal, y vio, como si fuese de cristal, en el cuerpo humano. El profesor Draper ha muerto. Nació en Inglaterra y vivió en los Estados Unidos. Sus obras están traducidas al francés, al italiano, al alemán, al polaco y al ruso: ¡una apenas está traducida al castellano!: *Los conflictos entre la ciencia y la religión*. Escribía como el inglés Burke, como Herbert Spencer, como Stuart Mill.—Bajo su frase se sentía el hecho en que la fundaba. No preconcebía sistemas, ni laboraba ofuscado por ellos. Su oficio era buscar verdades, y revelarlas. Este siglo prepara la filosofía que ha de establecer el siglo que viene. Este es el siglo del detalle: el que viene será el siglo de síntesis. Draper fue uno de los grandes preparadores.—No alcanzan los obreros empeñados en una parte de la obra toda la grandeza y maravilla del conjunto: por lo que no son los que fabrican un edificio los que han de juzgarlo, sino los que huelgan después por sus salones espaciosos, y los ven acabados y 1o gozan. ¡Qué estudiante neoyorquino, u hombre de ciencia americano, o extranjero respetuoso, no había visto a Draper! Su frente era saliente y adoselada, como la del poeta Bryant, y la del naturalista Darwin. Daba envidia su frente, a la que los pensamientos habían empujado, a manera de solio, sobre el rostro. Invitaba a llamar a ella con respeto, y a evocar las riquezas que encerraba. Fluía de sus labios espesos la palabra grave. Brillaba en sus ojos, cobijados por cejas tupidas, la jovialidad de un alma buena. Los selvosos cabellos castaños que ampararon un día su vasto cráneo, habían sido consumidos por el ardor del pensamiento. Setenta y dos años tenía, y aún exploraba. Tales son sus obras, que no debiera haber hombre moderno que no se regalase con su lectura y las tuviese siempre a mano.

Pueblan hoy los fotógrafos la tierra, y todos ellos deben su arte y bienestar al profesor Draper, que enamorado de las copias de estatuas y edificios que hacía en Francia Daguerre, y que su amigo Morse le trajo de París, se dio a ahondar en el descubrimiento, hasta que fijó en la lámina fotográfica el rostro de su ayudante, que fue el primer hombre cuya faz reprodujese la fotografía. En manos de Draper, fue a poco anticuado el antiguo procedimiento: él, como Daguerre, sometía la lámina de plata al vapor de íodina, dejaba que la luz imprimiese en la lámina la imagen, y desenvolvía gradualmente la imagen al vapor del mercurio. Él, con el bromino mejoró el hallazgo y lo reformó a tal punto que, alegres como Arquímedes, abrieron en dos habitaciones un tanto lóbregas la primera fotografía, Morse, que estaba entonces inventando el telégrafo, y Draper que no había escrito aún su revolucionario y creador *Tratado de fisiología;* ni su serena y profunda *Historia de la Guerra Civil americana,* que escribió para los tiempos por venir, seguro de la posibilidad y pasión de este; ni su libro sobre *El desarrollo intelectual en Europa,* que es obra tal que parece al que la lee que se le abren en la sombra luminosos horizontes; ni sus *Pensamientos sobre la política civil de América,* que son guía de estadista, ni su *Filosofía natural,* que quiere que no se niegue lo visible, ni se le imponga lo desconocido; ni sus *Conflictos entre la ciencia y la religión,* que es una obra formidable y precisa, que movió tormenta y consagró la fama del anciano.

¡Cómo nos avergonzamos ante esos cíclopes, nosotros los que hacemos grandes méritos de tal o cual librillo mendicante! ¡Cómo nos afligimos de vivir, como vivimos todos los americanos montados en nuestro caballo de batalla! Y ¡qué bueno fuera dejar de una vez los arreos de batallar, y luego de volver del campo de labor, escribir en la mesa de pino del hogar cosas graves y ciertas, aprendidas en la experiencia provechosa de horas reposadas! ¡Qué maravillas no sacaríamos de nuestras mentes, dados a pensar en lo maravilloso! ¡Nuestros libros serían rayos del sol! ¡Y ahora nos vamos, llenos todos de heridas, con nuestros libros inescritos a la tumba!

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 21 de enero de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK
EXRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

El proceso de Guiteau.—Abogados, público y reo.—Los acusadores y los defensores.—El grave Porter.—El astuto Davidge.—El defensor nuevo.—Defensa legal y defensa ardiente.—Se va cerrando el libro de la vida.—Librerías nuevas.—Boston.—Daniel Webster.

Nueva York, 21 de enero de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

Ya es la hora suprema para ese hombre extraño, de corazón seco y rostro lívido, que se revuelve con zozobra y angustia contra sus implacables perseguidores.—Ya está al cerrarse el proceso de Guiteau. Ya caen las últimas palabras, más como oración fúnebre que como súplica confiada, de los labios desconsolados de la defensa. Ha hablado el abogado Porter, con voces que parecían golpes de maza sobre el cráneo imperfecto y deprimido del intranquilo reo. Ha instruido, con sabio y generoso informe, a los jurados el prudente juez Cox. Ha sido el discurso del abogado Davidge como diestro can de caza que persigue saltando, mordiendo yerba, jugueteando en el bosque, a la perdiz cansada. Ha defendido a Guiteau el abogado que le hizo abogado, el diestro Reed, con energía, novedad y alteza. Y está luchando el triste Scoville, no como quien defiende de un tribunal común a un reo desconocido, sino como quien arranca a las manos de los acusadores un infeliz ser vivo, por quien llora, arrebatada de dolor «la esposa de su alma».—Generoso espectáculo, no bien entendido! No es una defensa: es un combate: truena, gime, punza, acusa, ruega, se desalienta, abofetea. Cuatro días hace que habla, sin fatiga, y sin que se fatiguen de él. Moisés no ha muerto, porque Moisés es el amor. Para el amor no hay peña dura, que no se abra a su contacto en raudal de aguas. Cuando parece que ya se extingue el argumento, reempieza a rebosar, como si surgiese de fuentes inexhaustas. Y lo dice todo como quien no se ocupa de sí, ni de parecer bien. Habla como si cuchichease, como si arguyese en familia, como si debatiese en aposento privado con sus colegas. Si diera tono oratorio a

lo que dice, alcanzaría fama. Desdeña el adorno de la frase, que por esto mismo es más vivaz y brillante. Denuncia, con voces de Tácito, el interés político que a su juicio compele a los actuales gobernantes, venidos al poder por este asesinato, a desear la sentencia a muerte de este asesino, para que no pueda su absolución ser sospechada de misteriosas culpabilidades suyas. Pone en alto todo hecho favorable, como un escudo. Exprime y tuerce todo hecho desfavorable, y lo ve de todos los lados, hasta sacar provecho de él, y se ase de él, con esperanza de quebrarlos, como león preso muerde y vuelve a morder la reja que le estorba. Es una defensa angustiosa, desordenada, doliente, jadeante.

Y el tribunal todo ofrece un singularísimo espectáculo. Aquel es siempre un diálogo, terrible o cómico. La muerte se sienta en aquella sala, con gorro de polichinela, colgado de cascabeles. Los abogados hablan con saña, se tratan con brutalidad, se acusan con descortesía. Uno de los perseguidores es solemne: Porter, anciano grave, de sesenta años. Otro es ameno, y alardea de agudo, Davidge: sus pensamientos son como los rizos blancos que encuadran su rostro sonrosado: pequeños y lucientes. En su caja de cepo, Guiteau gesticula y vocea, como un Pippo de teatro de títeres. Los acusadores le increpan, o lo mofan, o lo amenazan. El preso, que tiene un pasmoso dominio de sí, y esconde su zozobra mortal, que luce solo como relámpago fantástico en sus ojos, repele a sus fiscales, los acusa de pensadores de alquiler, les dice faz a faz que es ya tiempo de que mueran. «¡He de colgarle!», clama con dureza repugnante, en medio de magistral discurso, el más solemne de los abogados. «Hemos de verlo!», responde Guiteau desde su cepo, con voz que no parece salir de cuerpo humano; voz que suena y no vibra; voz que daña. Oh! Hay veces en que parece aquel desventurado un cuerpo muerto, que se disputan canes: se ve la mordida, se oye el ladrido, se presencia la lucha. El fiscal Corkhill, que corta trozos de carta no desfavorables a Guiteau, y presenta la carta mutilada en la evidencia útil a la acusación, mantiene, coreando su discurso con recios puñetazos en la barra, que no ha de permitirse a Guiteau que hable en el tribunal en su defensa. «¡Yo publicaré mi discurso»—dice Guiteau a voces,—«que suena como un discurso de Cicerón, e irá tronando por todas las edades!».—«¡No lo dejéis ir al patíbulo»—ruega Scoville entre los aplausos de las mujeres que llenan la sala—«sin el privilegio de decir una palabra en su defensa!». Y la hermana del preso rompe en lágrimas.

Cuatro alegatos van hechos en esta estación del proceso memorable. El del juez Porter que aquí miran como a personaje profético, para impedir que en las respuestas que el juez hace a las preguntas de los defensores del reo, para establecer, en vía de informe a los jurados, el aspecto legal del caso y los principios elementales que han de servirles para dictaminar, no diese el juez ocasión a que el jurado la tuviese de exculpar al preso por una u otra escapada que permitiesen las respuestas. El del locuaz Davidge, el anciano astuto y parlero, que estableció definitivamente la acusación de asesinato premeditado y malicioso, contra las súplicas de la defensa, que quiere que se tenga el caso por homicidio sin malicia, que no acarrea pena de muerte, y no por asesinato. El de Reed, que comparó en defensa del reo su proceso, y el acto que lo engendra, a otros procesos y a otros crímenes históricos. Y esa plática afanosa e infatigable, que parece exabrupto prolongado, del cuñado del preso.

Porter habla como quien enseña. Condena y fulmina. No debate, sino establece. Es cruel con Scoville, que es leal con la desgracia. Sabe hacer de su voz maza, y eco de tumba. Señala con su dedo descarnado el libro de la ley que tiene abierto sobre su brazo izquierdo. Dice que deja hablar al reo, que clava en él sus ojos odiadores y sus palabras rudas, porque sus días son cortos. Guiteau discute su muerte en el tribunal,

como deudilla de pesos, o cosa de poca monta, que no le causa inquietud. Sus labios gruesos, que mueve constantemente, deben estar ya fatigados de ser valladar del espanto que sube constantemente del alma a ellos! El juez Porter no quiere que tenga el asesino beneficio alguno de alguna duda del jurado, «aunque ya le parece ver junto al cuello rebelde del reo la cuerda del verdugo». Ni quiere que haya quien ose suponer que al presidente Arthur, a quien llama con parcialidad visible, el más grande hombre de Estado de estos tiempos, ni el exsenador Conckling, a quien agracia con el título de sumo parlamentarista de estos tiempos, como quien no ha oído a otros parlamentaristas—tienen afán alguno por ahorrarse sospechas, de que muera ese hombre,—«porque»—y al oírle esto rompe la sala en aplausos estruendosos;—«si esos hombres hubieran estado en el lugar del crimen en aquel terrible día de julio, habrían impedido el acto del asesino con un brazo de hierro». Y cuando pedía con elaborada plegaria, oratorio estilo, y voz pausada y honda, la muerte del reo, decía que eran aquellas voces, no las suyas, sino las que «brotaban de la tumba abierta de la víctima de aquel malvado». «¡Obró libremente, cobardemente, intencionalmente!» «¡No acepte el jurado el juramento de haber obrado sin malicia, que intenta hacerle ese discípulo de Scoville!» «¿Discípulo de Scoville?»—interrumpe la voz agria de Guiteau:—«¡Scoville es mi discípulo!».

Davidge habló luego. La muchedumbre oleaba en las puertas, ganosa de entrar. De la sala sacaban a hombres desmayados. El juez Porter oía a su colega; grave el rostro, como de apóstol que ha hablado, con la cabeza erguida y la mano posada sobre el pecho.

«Oh!, esos jurados cuelgan!»—se oye decir a uno—«¡Cómo miraba ayer en medio de los ojos a la hermana de Guiteau el juez Porter!».

Los ujieres imponen silencio. Guiteau parece como que pierde ya, al pie de la escalera del patíbulo, las cintas de su máscara que se le sale ya del rostro. Reo, por lo angustiado, parece Scoville. Cerca de Davidge está Rossi, el trágico italiano, en cuyos labios se oye susurrar algún verso de *Hamlet*. Davidge establece con calma, y con orden y cuidado sumos, todos los aspectos del caso, y como este surge naturalmente, de manera culpable y espontánea, del carácter ruin, vida miserable, impaciencia de bienestar y ambición loca del preso. ¿Qué quiere probar? Que Guiteau era un villano de hábito, que culminó su existencia despreciable por un nuevo acto vil de que esperaba beneficio. Guiteau asombra, por la precisión y seguridad de sus interrupciones. No hay exceso de celo que no mofe, con rapidez que conturba al mismo Davidge, al mismo Porter. No hay argumento terrible, a cuyo encuentro no salga, y a que no oponga, con sorprendente destreza, la razón única o el único escudo que pudiera aflojarlo. Hace que escribe; pero ¡qué batalla en su mano que tiembla!, ¡qué seno de miedos sus dos ojos!, ¡qué tragedia su pecho! ¿Quién ha de decir que ese hombre es loco? Vedle estimar, con toda cordura, este y aquel acto político. «¡Es verdad que lo estimo!», dice el preso alzando la vista del periódico que afecta leer. «Pues eso hará que os cuelguen!», responde Davidge con bárbara rudeza. ¡Debiera ser la compasión dote de toda alma! «¿Quién ha de decir que ese asesino está loco? Ved con qué arte estafa y toma dineros de un preso para defenderlo y se embolsa los dineros, y da a un prestamista un reloj de bronce como reloj de oro!» «Era de oro bueno, y valía $50!»—Y los jurados y el público ríen.—«Y ved con que esmero y juicio se ha procurado y exigido toda medida que asegure su salvación, y cómo, movido al fin de alguna consideración humana, no disparó sobre Garfield, cuando lo vio partir para Elberon, del brazo de su pálida esposa!»—«Pues no os lo decía yo?»—exclama Guiteau—«Dijo que hablaría dos horas, y hablará dos semanas!».—El abogado describe, con

exclamaciones de horror, y frases súbitas y aisladas de espanto, y gestos que entre nosotros parecerían singulares, la escena del asesinato, la furia del pueblo, el dolor de la nación, el terror del asesino, las tropas que lo ampararon. Y al recordar que Guiteau ha dicho: «Como yo quería que se fuera sin obstáculo, disparé sobre él varias veces»; exclamó el abogado, alzando las manos al cielo: «Oh! Dios! ¿Habéis oído hablar jamás de depravación semejante?». El jurado le veía atentamente. «¿Y por qué temía tanto Guiteau el amotinamiento del pueblo, sino porque a sus solas se confiesa que es plenamente culpable del crimen de que aquí se intenta defender? ¿Qué es un motín, sino el exabrupto de nuestras mejores pasiones? No soy yo un amotinador, pero no conozco motín popular que no haya sido inspirado por los mejores sentimientos, y por alguna noble y elevada pasión humana.»

Cuando Davidge, luego de haber dibujado, con líneas rigurosamente tomadas del curso del proceso, la vida de Guiteau, describía, a la sala silenciosa y suspensa, el crimen y la frialdad del criminal, y volvía a él, tendidos los brazos, las palmas de sus manos, como para apartarlo o rechazarlo. «¡Ea, señor Davidge»,—dijo Guiteau,—«que os vais volviendo hinchado!».—La voz del orador, que comenzó como apagada y turbia, era ya penetrante y argentina, y fiel vehículo del espanto que henchía su alma. «Ese discurso ha sido un gran acto, y un extraordinario discurso, digno del teatro y de la admiración de todos»,—dijo Rossi—«¡pues ya veréis como Reed despedaza ese discurso extraordinario!».—Y la sala repetía como un eco las palabras de Davidge: «¡Es cuerdo y depravado! ¡Su alma es negra y deforme! ¡Su perversidad es satánica! ¡El testimonio de su hermano mismo muestra que obró mal y pensó mal desde la cuna! En nombre de la nación y de la cristiandad, condenadlo, jurados!».

El defensor Reed no hizo esa cosa que hace Scoville, defensa ardiente y desesperada, sino defensa histórica. El juez Cox, en sus decisiones para el informe de los jurados, llenas de buen sentido, y de esa claridad deseable en todas las cosas de la ley, estableció que había culpa legal, y cabía veredicto, si los jurados estimaban que en el momento del crimen conocía el reo la diferencia entre lo justo y lo injusto respecto de su acto; y que la alucinación única que podría hacerle declarar irresponsable, debía ser verdadera enajenación mental, que no fuese resultado de su propio razonamiento, sino que tomase posesión de su mente, sin sujeción a su albedrío ni a su raciocinio, privándole así de la capacidad de distinguir entre lo justo y lo injusto respecto de su acto; sin que la duda de los jurados sobre un hecho aislado del proceso pudiese ser motivo para sobreseimiento, sino la duda razonable, nacida del conjunto de la evidencia y el balance de la acusación y la defensa, sobre el hecho que acusa el proceso.

Reed comentó estas decisiones, de manera clara y vigorosa, y echó en cara a Davidge, que se defendió confusamente, que había callado con malicia, al repetir en su alegato las decisiones del jurado, palabras que capacitaban a este para salvar de la muerte al acusado. Demostrar arterías de la acusación, y deslealtades para con el preso y la defensa, y hacer saber que en procesos semejantes, en que los criminales han sido defendidos por demencia, han sido salvados de la muerte, y enviados a asilos de dementes—fueron los objetos principales del discurso de Reed.—«¡Sabed, jurados, que hubo una pobre mujer que mató en su baño a un gran revolucionario, una Carlota Corday que mató a un Marat, y fue muerta a pocos días en castigo! Y sabed que hay un cuadro en la galería de arte de Corcoran, en que desde la reja de su prisión, apelando a la posteridad de la injusticia, clama Carlota Corday, demente! Os dicen que jamás hubo un caso como este, de hombre enajenado que atentase por enajenación al jefe de su país, ni acusado como este, que

asombrase a la Cámara con sus interrupciones y su osadía. Pero os callan que Guillermo Lawrence, que atentó a la vida del presidente Jackson, se revolvía en su asiento, e interrumpía y protestaba como este acusado, y fue enviado a un asilo de dementes. Oíd esto que os leo, que son escenas del proceso de Lawrence, y pensad si no son escenas de este proceso de Guiteau. Pues Lawrence fue enviado a un asilo de dementes. Y Hadfield, que disparó sobre Jorge III de Inglaterra; y Oxford, que disparó sobre la reina Victoria, y, como Guiteau, compró su pistola, y como Guiteau, la preparó y probó; y como Guiteau decidió con libertad y deliberación aparentes su acto,—fueron también enviados a una casa de locos. Nuestro Dios, oh cristianos jurados, no ordenó que pereciesen en la horca los lunáticos que llevaron a su presencia, sino que dijo lo que os ruego yo que digáis: ¡Curadlos! ¡Curadlos!, dijo Jesús: pero estos acusadores dicen: "ahorcadlos!". ¿Qué más necesitáis saber vosotros, sus jueces, que la miserable existencia que ha arrastrado, una existencia en fuga, imbécil, ridícula, compadecible, extravagante? Leed conmigo sus cartas. Reflexionad conmigo sobre sus actos. Decidme si vosotros, que sois cuerdos, haríais lo que él ha hecho, y viviríais como él ha vivido. Miraos como tipo de cordura, y comparadlo a vosotros. Pues si ese hombre fingiese demencia ¿qué maravilla de inteligencia no sería la suya? ¿Y tal inteligencia maravillosa no se habría despertado antes, para servirle en su triste existencia, sino en la hora de su crimen, ya mediada su vida? ¿Qué motivo halla la persecución para este crimen? ¡No señala motivo! ¿Cómo alega que no dijo Guiteau, a raíz de su crimen, que había sido inspirado por Dios, sino por razones políticas, y que la defensa por inspiración vino más tarde,—cuando ha impedido que traigamos aquí al empleado de policía que le llevó a la prisión, y a quien habló de su inspiración desde el primer momento? No seáis, jurados, tan duros como quieren que seáis esos abogados duros. No seáis como quiere ese hombre de alma fría, que os dijo ayer que la familia de Guiteau debió abandonarlo como a una rama corrompida, como a un malvado. ¡Abandonarlo, Davidge, cuando, cinco años hace, ya llamaban a un médico para que lo curase de locura, y no tenía amparo en la tierra, ni tenía ya el de su razón! ¡Abandonarlo, y dejarlo ir al patíbulo! ¡Vergüenza para vos, Davidge, que esto pensasteis y dijisteis! Eso es monstruoso e inhumano. Ved a esa noble hermana afligida, que será bendita en esta vida y después de ella, por su amor fraternal y su fidelidad a ese desventurado. Os dijo ayer Davidge que los mejores sentimientos animaban siempre a los motines populares. Un motín popular crucificó a Jesús. Esos son, jurados, los mejores sentimientos para Davidge! Habéis jurado condenar por la evidencia, y es tal aquí la evidencia que os obliga a no condenar. Salvaos, y salvad a esta amada tierra, de eterna infamia. Si condenarais a ese hombre, de ojos extraños y mirada vagabunda, imaginándole arrancado de su celda, con ese mismo rostro pálido de enajenado, todo atado con cuerdas, todo rodeado de los oficiales de la muerte, cubierta la faz con la capucha negra, privado de la luz, camino del patíbulo. ¡No lo condenéis, jurados, para que años tras años no tengan que cubrirse de vergüenza en esta tierra todas las mejillas!» «Pues no pago yo a centavo el cesto por todos esos desperdicios», dijo Guiteau al terminarse este discurso.

Y al día siguiente, antes de comenzar Scoville el resumen de la defensa, decía Guiteau:—«Ni al más famoso hombre de América fío yo el último discurso de mi defensa. Solo yo sé defenderme. Yo no estoy loco, ni he estado loco más que desde que pensé en mi acto hasta el día 2 de julio. Lean los jurados ese discurso que no me han dejado leer, ese gran discurso mío que llena ocho páginas del *Herald*. Ahí está todo: lo demás es escombro. ¿Qué importa esa procesión de expertos? Ni los míos que me declaran demente, ni

los de mis acusadores, que me declaran cuerdo, saben nada de mí. Dios me inspiró. Dios ha impedido que me maten. Dios lo impedirá. Las divisiones del Partido Republicano hicieron necesaria esta intervención de Dios. Ved todas las cartas que me han mandado de felicitación y simpatía. Si no fue la remoción de Garfield el acto de un loco ¿por qué el gobierno mismo que me acusa lo telegrafió el día del suceso a todos los gobiernos de la tierra? Ni al más famoso hombre de América fío yo mi discurso!».

De la defensa de Scoville; todo va dicho. Se ha abrazado a su reo, y no se lo quiere dejar arrebatar. Se ha impedido que pruebe su constante alucinación. Se han alejado los testigos que pudieran declarar que habló de mandato de Dios el día del crimen. Se han pagado a amigos del preso como al general Reynolds, para sorprender sus confidencias en la celda, y arrancarle documentos, que se han aprovechado luego en la persecución. El fiscal ha destruido en un libro de notas taquigráficas que su estenógrafo llevaba de pláticas con Guiteau en la prisión, todas aquellas notas que demuestran el desequilibrio constante de la mente del reo, cuyo marco es ese cráneo achatado de una parte y alto de otra, y lleno de accidentes irregulares, que todos los concurrentes señalan con el dedo desde sus asientos. Hay experto que le ofreció espontáneamente venir a declarar que Guiteau estaba enajenado, y vino, habló con los acusadores, y declaró en favor de la acusación.—«¡Ese quería venir de balde a Washington!»—exclamó Guiteau.—Su vida entera es una quiebra, una prueba constante de extravío, una muestra extraña de insensatez metódica, y cordura en la demencia, como se observan tantos lunáticos.—Scoville se exalta; se abandona, se precipita sobre sus adversarios que no son para él abogados que acusan, sino conspiradores que traman, conspiradores contra la vida de Guiteau. Falsean la ley: truncan los documentos: esconden los recortes de periódicos cuya lectura inflamó la mente del lunático: saludan a los jurados, y les hablan privadamente del caso: sobornan a los expertos.

Esos redactores de periódicos, esos políticos codiciosos, ese general Arthur, que hizo en vida de Garfield tan enconosa y repugnante guerra al rival a quien encomia y diviniza; ese senador Conkling, que porque no dieron un puesto importante a un amigo suyo, intentó ostensiblemente la ruina y el deshonor del hombre cuya muerte hoy llora compungido; ese general Grant a quien cada americano tomaba hasta ahora como a miembro de su casa e hijo de su seno, y que no es para los americanos lord Grant, ni el duque de Galena, sino aquel bueno, viejo y valiente general Grant, ese estadista glorioso que abandonó precipitadamente sus deberes personales para venir a azuzar, con pequeñez indigna de un grande hombre, la ruin y vil guerra que sus secuaces hacían al presidente; esos políticos hambrientos, de puestos y de empleos, de mando y de gloria; esos, por el viento de tempestad que movieron y enardeció la mente exaltable del lunático, son los culpables indirectos, son los cómplices, son los instigadores, son los autores de este asesinato! «Y lo digo sin miedo, yo que he llevado en mi corazón durante veinte años al general Grant: lo digo avergonzado y triste, aunque yo no quería decirlo, porque asisto a esa trama bochornosa que se urde entre estos abogados que están a su servicio, y esos altos políticos que necesitan de la muerte de ese hombre para que no caiga sobre ellos por su absolución la sospecha de haber instigado al acto, que en realidad, aunque indirectamente instigaron, por lo cual tienen miedo a la sospecha: lo digo porque veo que esos altos políticos demandan la vida de este desventurado, para poder alardear de su independencia del crimen, y de su virtud y su justicia!» Y así habla, lleno de dolor, lleno de congoja, lleno de cólera. A un argumento sigue un anatema; a un interrogatorio, una disputa; a un trozo de prueba, un párrafo exaltado. Se le escucha con avidez, con respeto,

con ternura. ¡Guiteau tendrá ya sobre el rostro la capucha negra, y Scoville estará aún luchando por arrancarlo de manos del verdugo!

Y ya se asoma, aguardado con ansia por toda la nación, ese tonante juez Porter. Hay en torno a un discurso de clausura, ese aplauso tácito y silencio respetuoso que precede a las maravillas. Aguárdase tal esfuerzo de elocuencia, de terrible y malaventurada elocuencia, que se moje al fin de lágrimas al rostro seco y pálido del reo. Aguárdase un esfuerzo oratorio, que justifique ante los hombres plenamente la muerte de ese hombre, y que se aflojen al fin estremecidos, los músculos exangües y los nervios de hierro de ese preso.

Para ese mísero se está cerrando el libro de la vida: y algunos de los hombres buenos de Nueva York tratan de que todos los libros se abran a los pobres. Hay librerías famosas, como la de Lenox, que es casa monumental, colgada de excelentes pinturas, y sobrecargada de ricos anaqueles, llena de libros raros y preciados. Hay la librería de Cooper, sobre cuyos periódicos numerosísimos se inclinan a la vez dos millares de cabezas. Hay la librería de Astor, luminosa y solemne, donde se alberga toda la ciencia y está dibujado todo el arte de la tierra. Pero esas son librerías de día, para desocupados, especialistas y ricos. Se anhela una como la celebradísima de Boston, tan rica en cosas nuestras, de España y de las Indias, y en cosas de todas partes:—de Boston, que no se llama en vano Atenas, bajo cuyos árboles pensó Thoreau, en cuyas fiestas conversaba Motley, por cuyas avenidas medita Longfellow. Quiérese una librería nocturna, adonde vayan, como a un hogar de alma y cuerpo, en que ambos reciben amparo del frío, cuantos no saben cómo dar empleo a estas tediosas noches neoyorquinas, oscuras, largas, desocupadas, fúnebres, inútiles. Quiérese casa para los que no la tienen—rica librería de estudiantes, de artesanos, de trabajadores. Quiérese un gran depósito de libros, que se den gratuitamente a las gentes honradas, para que los lleven a sus casas, y los abran junto al fuego en la mesa de familia; y hagan la maravilla de que el espíritu viva en estío entre las nieves del invierno.

¡Bien haya ese proyecto! Cien años hace ahora que nació un hombre ilustre que lo hubiera alimentado, un hombre en honor de cuyo nacimiento resonaban ayer las campanas de las iglesias de su pueblo, y se reunían los pensadores de esta tierra a ver alzarse majestuosa estatua. Puesto que sus palabras fueron tan ardientes que fundían el bronce, debe conmemorársele en bronce. Fue Daniel Webster,—que fue de los que quedan siendo. Aún le recuerdan los que lo veían, desatado como la tempestad, caer desde su magnífica tribuna sobre sus absortos y confusos adversarios. Aún se repiten como código de esta nación, los mágicos y nobles discursos con que explicó sus leyes, enmendó sus yerros y previó los sombríos y grandiosos tiempos futuros. La nación se sintió en él, y él en ella. Su frente era vasta y limpia como hecha para escribir leyes. Sus ojos eran penetrantes y fogosos, como para imponerlas. De color de oro usaba el chaleco que cubría su pecho robusto; y oro, con su corazón magnánimo llevaba en su pecho. Dicen que en torno suyo se veía como luz deslumbradora; y que parecía cuanto nacía de él, que nacía de montaña. ¡Hicieron bien en ponerse ayer de fiesta los alegres hogares y los leales campanarios de su pueblo!

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 6 de febrero de 1882.

[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Oscar Wilde

Vivimos, los que hablamos lengua castellana, llenos todos de Horacio y de Virgilio, y parece que las fronteras de nuestro espíritu son las de nuestro lenguaje. ¿Por qué nos han de ser fruta casi vedada las literaturas extranjeras, tan sobradas hoy de ese ambiente natural, fuerza sincera, y espíritu actual que falta en la moderna literatura española? Ni la huella que en Núñez de Arce ha dejado Byron, ni la que los poetas alemanes imprimieron en Campoamor y Bécquer, ni una que otra traducción pálida de alguna obra alemana o inglesa, bastan a darnos idea de la literatura de los eslavos, germanos y sajones, cuyos poemas tienen a la vez del cisne níveo, de los castillos derruidos, de las robustas mozas que se asoman a su balcón lleno de flores, y de la luz plácida y mística de las auroras boreales. Conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de alguna de ellas: así como no hay manera de salvarse del riesgo de obedecer ciegamente a un sistema filosófico, sino nutrirse de todos, y ver cómo en todos palpita un mismo espíritu, sujeto a semejantes accidentes, cualesquiera que sean las formas de que la imaginación humana, vehemente o menguada según los climas, haya revestido esa fe en lo inmenso y esa ansia de salir de sí, y esa noble inconformidad con ser lo que es, que generan todas las escuelas filosóficas.

He ahí a Oscar Wilde: es un joven sajón que hace excelentes versos. Es un cismático en el arte, que acusa al arte inglés de haber sido cismático en la iglesia del arte hermoso universal. Es un elegante apóstol, lleno de fe en su propaganda y de desdén por los que se la censuran, que recorre en estos instantes los Estados Unidos, diciendo en blandas y discretas voces cómo le parecen abominables los pueblos que, por el culto de su bienestar material, olvidan el bienestar del alma, que aligera tanto los hombros humanos de las pesadumbres de la vida, y predispone gratamente al esfuerzo y al trabajo. Embellecer la vida es darle objeto. Salir de sí es indominable anhelo humano, y hace bien a los hombres quien procura hermosear su existencia, de modo que vengan a vivir contentos con estar en sí. Es como mellar el pico del buitre que devora a Prometeo. Tales cosas dice, aunque no acierte tal vez a darlas esa precisión, ni a ver todo su alcance, el rebelde hombre que quiere sacudirse de sus vestidos de hombre culto, la hulla oleosa y el polvillo de carbón que ennegrecen el cielo de las ciudades inglesas, sobre las que el sol brilla entre tupidas brumas como opaco globo carmesí, que lucha en vano por enviar su calor vivificante a los miembros toscos y al cerebro aterido de los ásperos norteños. De modo que el poeta que en aquellas tierras nace, aumenta su fe exquisita en las cosas del espíritu que ama tiernamente, de ver al espíritu tan desconocido y desamado. No hay para odiar la tiranía como vivir bajo ella. Ni para exacerbar el fuego poético, como morar entre los que carecen de él. Solo que, falto de almas en quienes verter la suya desbordante, muere ahogado el poeta.

¡Ved a Oscar Wilde! Es en Chickering Hall, casa de anchos salones, donde en Nueva York acude el público a oír lecturas. Es la casa de los lectores aristocráticos, que ya gozan de fama y de fortuna para llamar desahogadamente a ella. En esas salas se combate y defiende el dogma cristiano, se está a lo viejo, y se predica lo nuevo. Explican los viajeros sus viajes, acompañados de vistas panorámicas y dibujos en una

gran pizarra. Estudia un crítico a un poeta. Diserta una dama sobre la conveniencia o inconveniencia de estos o aquellos trajes. Desenvuelve un filólogo las leyes de la filología. En una de esas salas va a leer Wilde su discurso sobre el gran renacimiento del arte en Inglaterra, del que le llaman maestro y guía, cuando no es más que bravo adepto y discípulo activo y ferviente. Él propaga su fe. Otros hubo que murieron de ella. Ya llegaremos a esto. La sala está llena de suntuosas damas, y de selectos caballeros. Los poetas magnos faltan, como temerosos de ser tenidos por cómplices del innovador. Los hombres aman en secreto las verdades peligrosas, y solo iguala su miedo a defenderlas antes de verlas aceptadas, a la tenacidad y brío con que las apoyan luego que ya no se corre riesgo en su defensa. Oscar Wilde pertenece a excelente familia irlandesa, y ha comprado con su independencia pecuniaria el derecho a la independencia de su pensamiento. Este es uno de los males de que mueren los hombres de genio: acontece a menudo que su pobreza no les permite defender la verdad que los devora e ilumina, demasiado nueva y rebelde para que puedan vivir de ella. Y no viven sino en cuanto consienten en ahogar la verdad reveladora de que son mensajeros, de cuya pena mueren. Los carruajes se agolpan a las puertas anchas de la solemne casa de las lecturas. Tal dama lleva un lirio, que es símbolo de los reformistas. Todas han hecho gala de elegancia y riqueza en el vestir. Como los estetas, que son en Inglaterra los renovadores del arte, quieren que sean siempre armónicos los colores que se junten en la ornamentación o en los vestidos, el escenario es simple y nítido.

Una silla vacía, de alto espaldar y gruesos brazos, como nuestras sillas de coro, espera al poeta. De madera oscura es la silla, y de marroquí oscuro su respaldo y su asiento. De castaño más suave es el lienzo que ocupa la pared del fondo. Junto a la silla, una mesa elegante sostiene una artística jarra, en que brilla, como luz presa, el agua pura. ¡Ved a Oscar Wilde! No viste como todos vestimos, sino de singular manera. Ya enuncia su traje el defecto de su propaganda, que no es tanto crear lo nuevo, de lo que no se siente capaz, como resucitar lo antiguo. El cabello le cuelga, cual el de los caballeros de Elizabeth de Inglaterra, sobre el cuello y los hombros; el abundoso cabello, partido por esmerada raya hacia la mitad de la frente. Lleva frac negro, chaleco de seda blanco, calzón corto y holgado, medias largas de seda negra, y zapatos de hebilla. El cuello de su camisa es bajo como el de Byron, sujeto por caudalosa corbata de seda blanca, anudada con abandono. En la resplandeciente pechera luce un botón de brillantes, y del chaleco le cuelga una artística leopoldina. Que es preciso vestir bellamente y él se da como ejemplo. Solo que el arte exige en todas sus obras unidad de tiempo, y hiere los ojos ver a un galán gastar chupilla de esta época, y pantalones de la pasada, y cabello a lo Cromwell, y leontinas a lo petimetre de comienzos de este siglo. Brilla en el rostro del poeta joven honrada nobleza. Es mesurado en el alarde de su extravagancia. Tiene respeto a la alteza de sus miras, e impone con ellas el respeto a sí. Sonríe, como quien está seguro de sí mismo. El auditorio, que es granado, cuchichea anhelante. ¿Qué dice el poeta?

Dice que nadie ha de intentar definir la belleza, luego de que Goethe la ha definido: que el gran renacimiento inglés en este siglo une al amor de la hermosura griega, la pasión por el renacimiento italiano, y el anhelo de aprovechar toda la belleza que ponga en sus obras el espíritu moderno: dice que la escuela nueva ha brotado, como la armoniosa eufonía del amor de Fausto y Helena de Troya, del maridaje del espíritu de Grecia, donde todo fue bello, y el individualismo ardiente, inquisidor y rebelde de los modernos románticos. Homero precedió a Fidias; Dante cedió a la renovación maravillosa de las artes en Italia; los

poetas siempre preceden. Los prerrafaelistas, que fueron pintores que amaron la belleza real, natural y desnuda, precedieron a los estetas, que aman la belleza de todos los tiempos, artística y culta. Y Keats, el poeta exuberante y plástico, precedió a los prerrafaelistas. Querían estos sectarios de los modos de pintar usados por los predecesores del melodioso Rafael, que hiciesen a un lado los pintores cuanto sabían del arte, y venían enseñando los maestros, y con la paleta llena de colores, se diesen a copiar los objetos directamente de la naturaleza. Fueron sinceros hasta ser brutales. Del odio a la convención de los demás, cayeron en la convención propia. De su desdén de las reglas excesivas, cayeron en el desdén de toda regla. Mejorar no puede ser volver hacia atrás: pero los prerrafaelistas, ya que fueron incapaces de fundar, volcaron al menos ídolos empolvados. Tras de ellos, y en gran parte merced a ellos, empezaron a tenerse por buenas en Inglaterra la libertad y la verdad en el arte. «No preguntéis a los ingleses—decía Oscar Wilde—quiénes fueron aquellos beneméritos prerrafaelistas: no saber nada de sus grandes hombres es uno de los requisitos de la educación inglesa. Allá en 1847, se reunían los admiradores de nuestro Keats para verle sacudir de su lecho de piedra la poesía y la pintura. Pero hacer esto era perder en Inglaterra todos sus derechos de ciudadanos. Tenían lo que los ingleses no perdonan jamás que se tenga: juventud, poder y entusiasmo. Los satirizaron, porque la sátira es el homenaje que la medianía celosa paga siempre al genio, lo que debía tener muy contentos de sí a los reformadores, porque estar en desacuerdo con las tres cuartas partes de los ingleses en todos los puntos, es una de las más legítimas causas de propia satisfacción, y debe ser una ancha fuente de consuelos en los momentos de desfallecimiento espiritual.»

Oíd ahora a Wilde hablar de otro armoniosísimo poeta, William Morris, que escribió *El Paraíso Terrenal,* y hacía gala de su belleza suma y condición sonora de sus versos, vibrantes y transparentes como porcelana japonesa. Oíd a Wilde decir que Morris creyó que copiar de muy cerca a la naturaleza es privarla de lo que tiene de más bello, que es el vapor, que, a modo de halo luminoso, se desprende de sus obras. Oídle decir que a Morris deben las letras de Inglaterra aquel modo preciso de dibujar las imágenes de la fantasía en la mente y en el verso, a tal punto, que no conoce poeta alguno inglés, que haya excedido, en la frase nítida y en la imagen pura, a Morris. Oídle recomendar la práctica de Teófilo Gautier, que creía que no había libro más digno de ser leído por un poeta que el diccionario. «Aquellos reformadores,—decía Wilde—, venían cantando cuanto hallaban de hermoso, ya en su tiempo ya en cualquiera de los tiempos de la tierra». Querían decirlo todo, pero decirlo bellamente. La hermosura era el único freno de la libertad. Les guiaba el profundo amor de lo perfecto. No ahogaban la inspiración, sino le ponían ropaje bello. No querían que fuese desordenada por las calles, ni vestida de mal gusto, sino bien vestida. Y decía Wilde: «No queremos cortar las alas a los poetas; sino que nos hemos habituado a contar sus innumerables pulsaciones, a calcular su fuerza ilimitada, a gobernar su libertad ingobernable». Cántelo todo el bardo, si cuanto canta es digno de sus versos. Todo está presente ante el bardo. Vive de espíritus, que no perecen. No hay para él forma perdida, ni asunto caducado. «Pero el poeta debe, con la calma de quien se siente en posesión del secreto de la belleza, aceptar lo que en los tiempos halle de irreprochablemente hermoso, y rechazar lo que no ajuste a su cabal idea de la hermosura.» Swinburne, que es también gran poeta inglés, cuya imaginación inunda de riquezas sin cuento sus rimas musicales, dice que el arte es la vida misma, y que el arte no sabe nada de la muerte. No desdeñemos lo antiguo, porque acontece que lo antiguo refleja de modo perfecto lo presente, puesto que la vida, varia en formas, es perpetua en su esencia, y en lo pasado se la ve sin esa

«bruma de familiaridad» o de preocupación que la anubla para los que vamos existiendo en ella. Mas no basta la elección de un adecuado asunto para conmover las almas: no es el asunto pintado en un lienzo lo que encadena a él las miradas, sino el vapor de alma que surge del hábil empleo de los colores: así el poeta, para ser su obra noble y durable, ha de adquirir ese arte de la mano, meramente técnico, que da a sus cantos ese perfume espiritual que embriaga a los hombres. ¡Qué importa que murmuren los críticos! El que puede ser artista no se limita a ser crítico, y los artistas, que el tiempo confirma, solo son comprendidos en todo su valer por los artistas. «Nuestro Keats decía que sólo veneraba a Dios, a la memoria de los grandes hombres y a la belleza.» A eso venimos los estetas, a mostrar a los hombres la utilidad de amar la belleza, a excitar al estudio de los que la han cultivado, a avivar el gusto por lo perfecto, y el aborrecimiento de toda fealdad, a poner de nuevo en boga la admiración, el conocimiento y la práctica de todo lo que los hombres han admirado como hermoso. ¿Mas de qué vale que ansiemos coronar la reforma dramática que intentó nuestro poeta Shelley, enfermo de amar al cielo en una tierra donde no se le ama? ¿De qué vale que persigamos con ahínco la mejora de nuestra poesía convencional y de nuestras artes pálidas, el embellecimiento de nuestras casas, la gracia y propiedad de nuestros vestidos? No puede haber gran arte sin una hermosa vida nacional, y el espíritu comercial de Inglaterra la ha matado. No puede haber gran drama sin una noble vida nacional, y esa también ha sido muerta por el espíritu comercial de los ingleses!—Aplausos calurosos animaron en este enérgico pasaje al generoso lector, objeto visible de la curiosidad afectuosa de su auditorio.

Y decía luego Oscar Wilde a los norteamericanos: «Vosotros tal vez, hijos de pueblo nuevo, podréis lograr aquí lo que a nosotros nos cuesta tanta labor lograr allá en Bretaña. Vuestra carencia de viejas instituciones sea bendita, porque es una carencia de trabas; no tenéis tradiciones que os aten ni convenciones seculares e hipócritas con que os den los críticos en rostro. No os han pisoteado generaciones hambrientas. No estáis obligados a imitar perpetuamente un tipo de belleza, cuyos elementos ya han muerto. De vosotros puede surgir el esplendor de una nueva imaginación, y la maravilla de alguna nueva libertad. Os falta, en vuestras ciudades, como en vuestra literatura, esa flexibilidad y gracia que da la sensibilidad a la belleza. Amad todo lo bello por el placer de amarlo. Todo reposo y toda ventura vienen de eso. La devoción a la belleza, y a la creación de cosas bellas, es la mejor de todas las civilizaciones: ella hace de la vida de cada hombre un sacramento, no un número en los libros de comercio. La belleza es la única cosa que el tiempo no acaba. Mueren las filosofías, extínguense los credos religiosos; pero lo que es bello vive siempre, y es joya de todos los tiempos, alimento de todos y gala eterna! Las guerras vendrán a ser menores cuando los hombres amen con igual intensidad las mismas cosas, cuando los una una común atmósfera intelectual. Soberana poderosa es aún, por la fuerza de las guerras, Inglaterra; y nuestro renacimiento quiere crearle tal soberanía, que dure, aun cuando ya sus leopardos amarillos estén cansados del fragor de los combates, y no tiña la rosa de su escudo la sangre derramada en las batallas. Y vosotros también, americanos, poniendo en el corazón de este gran pueblo este espíritu artístico que mejora y endulza, crearéis para vosotros mismos tales riquezas, que os harán olvidar por pequeñas estas que gozáis ahora por haber hecho de vuestra tierra una red de ferrocarriles, y de vuestras bahías el refugio de todas las embarcaciones que surcan los mares conocidos a los hombres!».

Esas nobles y juiciosas cosas dijo en Chickering Hall el joven bardo inglés, de luenga cabellera y calzón corto. ¿Mas qué evangelio es ese, que ha alzado en torno de los evangelistas tanta grita? Esos son nuestros

pensamientos comunes: con esa piedad vemos nosotros las maravillas de las artes; no la sobra, sino la penuria del espíritu comercial hay en nosotros. ¿Qué peculiar grandeza hay en esas verdades, bellas pero vulgares y notorias, que, vestido con ese extraño traje, pasea Oscar Wilde por Inglaterra y los Estados Unidos? ¿Será maravilla para los demás, lo que ya para nosotros es código olvidado? ¿Será respetable ese atrevido mancebo, o será ridículo?—¡Es respetable! Es cierto que, por temor de parecer presuntuoso, o por pagarse más del placer que da la contemplación de las cosas bellas, que del poder moral y fin trascendental de la belleza, no tuvo esa lectura que extractamos aquella profunda mira y dilatado alcance, que placerían a un pensador. Es cierto que tiene algo de infantil predicar reforma tan vasta, aderezado con un traje extravagante que no añade nobleza ni esbeltez a la forma humana, ni es más que una tímida muestra de odio a los vulgares hábitos corrientes. Es cierto que yerran los estetas en buscar, con peculiar amor, en la adoración de lo pasado y de lo extraordinario de otros tiempos, el secreto del bienestar espiritual en lo porvenir. Es cierto que deben los reformadores vigorosos perseguir el daño en la causa que lo engendra, que es el excesivo amor al bienestar físico, y no en el desamor del arte, que es su resultado. Es cierto que, en nuestras tierras luminosas y fragantes, tenemos como verdades trascendentales esas que ahora se predican a los sajones como reformas sorprendentes y atrevidas.—Mas, ¡con qué amargura no ve ese hombre joven; cómo parece aletargado en los hijos de su pueblo ese culto ferviente de lo hermoso, que consuela de las más grandes angustias, y es causa de placeres inefables! ¡Con qué dolor no ha de ver perdida para la vida permanente la tierra en que nació, que paga culto a ídolos perecederos! ¡Qué energía no ha menester para sofocar la censura de dibujantes y satíricos, que viven de halagar los gustos de un público que desaman a quien le echa en cara sus defectos! ¡Qué vigor y qué pujanza no son precisos para arrostrar la cólera temible, y el desdén rencoroso, de un pueblo frío, hipócrita y calculador! ¡Qué alabanza no merece, a pesar de su cabello luengo y sus calzones cortos, ese gallardo joven que intenta trocar en sol de rayos vívidos, que hiendan y doren la atmósfera, aquel opaco globo carmesí, que alumbra a los melancólicos ingleses! El amor al arte aquilata el alma y la enternece: un bello cuadro, una límpida estatua, un juguete artístico, una modesta flor en lindo vaso, pone sonrisas en los labios donde morían tal vez, pocos momentos ha, las lágrimas. Sobre el placer de poseer lo hermoso, que mejora y fortifica, está el placer de poseer lo hermoso que nos deja contentos de nosotros mismos. Alhajar la casa, colgar de cuadros las paredes, gustar de ellos, estimar sus méritos, platicar de sus bellezas, son goces nobles, que dan valía a la vida, distracción a la mente, y alto empleo al espíritu. Se siente correr por las venas una savia nueva cuando se contempla una nueva obra de arte. Es como encadenar lo fabuloso. Es como tener de presente lo venidero. Es como beber en copa de Cellini la vida ideal.

Y ¡qué pueblo tan rudo, aquel que mató a Byron! ¡Qué pueblo tan reacio, como hecho de piedra, aquel que segó los versos en los labios juveniles del abundoso Keats! El desdén inglés hiela, como hielan los ríos y los lagos ingleses el aire frío de las montañas. El desdén cae como saeta, despedida de labios fríos y lívidos. Ama el ingenio, que complace, no el genio que devora. La luz excesiva le daña, y ama la luz tibia. Gusta de los poetas elegantes, que le hacen sonreír; no de los poetas geniosos, que le hacen meditar y padecer. Opone siempre las costumbres, como escudo ferrado, a toda voz briosa que venga a turbar el sueño de su espíritu. A ese escudo lanzan sus clavas los jóvenes estetas; con ese escudo intentan los críticos ahogar en estos labios ardientes las voces generosas. Selló ese escudo, antes que la muerte, los labios de

Keats. De Keats viene ese vigoroso aliento poético, que pide para el verso música y espíritu, y para el ennoblecimiento de la vida el culto al arte. De Keats vino a los bardos de Inglaterra aquel sutil y celoso amor de la forma, que ha dado vida perdurable a los sencillos pensamientos griegos. En Keats nace esa lucha dolorosa de los poetas ingleses, que lidian, como contra ejército invencible, por despertar el amor de la belleza impalpable y de las dulces vaguedades espirituales en un pueblo que rechaza todo lo que no hiera, adule o adormezca sus sentidos. ¿Adónde ha de ir en aquella tierra un poeta, sino al fondo de sí mismo? ¿Qué ha de hacer, sino plegarse en su alma, como violeta herida de casco de caballo? En Keats las ideas, como aguas de mar virgen, se desbordaban de las estrofas aladas y sonantes. Sus imágenes se atropellaban, como en Shakespeare: solo que Shakespeare las domaba, y jugueteaba con ellas; y Keats era a veces arrebatado por sus imágenes. Aquel sol interior calcinó el cuerpo. Keats, que adoraba la belleza, fue a morir a su templo: a Roma. ¡Pueda su fervoroso discípulo, que, con desafiar a sus censores, da prueba de majestuosa entereza, y con sus nobles versos invita a su alma a abandonar el mercado de las virtudes, y cultivarse en triste silencio,— avivar en su nación preocupada y desdeñosa el amor al arte, fuente de encantos reales y de consuelos con que reparar al espíritu acongojado de las amarguras que acarrea la vida!

Nueva York, enero 1882

José Martí

La Opinión Nacional. Caracas, 11 de febrero de 1882.

[Mf. en CEM]

GQA t. 13 pp. [115]-128.

La América. Madrid, 8 de noviembre de 1882.

[Fotocopia en CEM]

La Nación. Buenos Aires, 10 de diciembre de 1882.

[Fotocopia en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK

EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Nieves, gozos y tristezas.—Patines y trineos.—Las casas de dormir y las tabernas.—Grandes bailes del año. —Incendio terrible.—Míseras obreras.—Congreso del sufragio para la mujer.—Nuestros pueblos y aquel pueblo.—Nueva York condena la persecución de los judíos.—El anciano Evarts.

Nueva York, 4 de febrero de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

Va esta carta como mensajera adolorida, que emprendiese sin pan y sin bordón el camino de tierras de verano, tiritando bajo la recia capucha enmarañada por las nieves. Los labriegos están gozosos porque los copos fríos, como mariposas blancas, les traen en sus alas, a hacer bien a las siembras, todo el amoníaco de la atmósfera, y luego se tienden sobre la tierra, a que los animales dañinos mueran bajo ellos, y a que el saludable amoníaco,—que gusta de volar, como toda esencia—no se escape del suelo cultivado que lo ha menester. Despiértase en las mañanas de nevada el hombre del trópico cuyo cráneo parece natural aposento de la luz, que lo engalana y lo arrebola todo, como hombre que viviese hambriento y sediento, y huraño como lobo encerrado en las paredes fosforescentes de una vasta sepultura. Imagina que su cabello ha encanecido. Amenaza con el puño aquel enemigo inmenso y alevoso. Su mano hecha a grabar en el papel los relámpagos que iluminan su mente, pósase en él hinchada y aterida, y aletean, en su cráneo encendido, las águilas rebeldes. Fuera es el regocijo y la algazara. Caballos generosos, empenachados y arrogantes, arrastran, con gran ruido de sus colleras de cascabeles, los rápidos trineos. Hay sol suave en la altura, y sol de gozo en los rostros de los hijos de estas tierras de nieve. Álzase en el Parque Central la amada bola roja, que anuncia a los patinadores que ya está bueno de patinar el lago helado, y aquí es uno que se ajusta los ricos patines, allá otro que se calza de modo que no se les vean los suyos modestos. Puéblase el lago de alegres danzadores. Una parte, sobre el patín afilado que corta, sigiloso como la calumnia, los hielos dóciles, y se balancea, se revuelve, se mece, se extiende—como si se extendiese sobre el cuello de un caballo invisible, se refleja, se acerca, gira presto, traza relámpagos, dibuja edificios, escribe su nombre, se abalanza, se para de súbito, toma de la mano a gallarda doncella, y alegres, como besos que volasen, se deslizan, veloces como sueños: otro más inexperto, aprende, con sus rudas caídas, cuán caro cuesta en la tierra intentar volar. Y dura el regocijo, el reír de los que dan consigo sobre el hielo, el batir palmas y silbar —que aquí se usa por aplauso—a los que caracolean, revolotean y triunfan, el hacer cerco a los patinadores hábiles, el celebrar a las hermosas damas, el seguir con los ojos a los airosos caballeros, el tomar notas de los agentes de periódicos, el poner orden de los guardianes del parque, hasta que va a dar la nieve en lodo, cual suelen las bellezas, y cae de lo alto del mástil, anunciando que el patinar ha terminado, la amada bola roja.

No cesan en la noche la fiesta y el bullicio.—Sobre la nieve, envía la hermosa luna de enero su luz nevada. Los chicuelos, reunidos en bandadas, se vocean, se persiguen, se echan, luchando entre risas, sobre

la nieve. Ya ponen sobre dos pilares imperfectos, dos masas colosales, y abren en la más alta dos grandes agujeros, y dejan su obra a que presida la función, que ese es el buen gigante Tomy. Ya, donde hay cercado, válense de él para apoyar gruesas paredes de nieve, que llenan de almenas, desde las que atisban las operaciones del fuerte vecino, donde el bando enemigo está ocupado en amasar sendas bolas pesadas, que suelen ser peligrosos arreos de batallar. Ya amontonan la nieve, en medio de las anchas avenidas, y luego que la ven bien alta, y la apelmazan a palmadas, le ahuecan el centro, con lo que le dan aire de colosal colmena, y se albergan en ella, orgullosos de su habilidad de constructores.

Otras veces, el viento, más que sopla, arrastra. El agua nevada en la altura, desciende en copos por el aire frío, y el viento los revuelve, los junta a los que alza de la tierra, los arrebata y arremolina. Así el toro que brama, escarbando la tierra como para sacar de ella fuerzas con que acometer a su enemigo, abate con su aliento enfurecido el yerbaje cercano. Las madres, que lloran por todos los hombres, desde que tienen hijos, piensan con angustia en los trabajadores valerosos, que en la alta noche cruzan, en vapores que suenan al golpe de los témpanos, cual montes que crujiesen, los anchos ríos helados. Ampáranse en las tabernas los transeúntes, cuyos rostros amoratados parecen, mostrándose trabajosamente en aquella venenosa atmósfera, setas enfermizas. Humean sobre los mostradores las bebidas calientes. Aglioméranse, coléricos y blasfemantes los hombres más ruines o los más desventurados de la ciudad, a las puertas estrechas de miserables casas de dormir, en cuyas alcobas nauseabundas, ebrios de licor y de odio, que embriaga como el licor, yacen desnudos por el suelo en torno a una vieja estufa enrojecida, centenares de huéspedes. O por medio real compran, los que se espantan de aquella abominable compañía, el ruin derecho de dormitar en una silla de la taberna, junto al piadoso fuego. O merodean ateridos, para gozar del calor de los caballos, entre los magníficos carruajes que aguardan a las puertas de la Academia de Música fastuosa, donde las luces del baile de los grandes parecen como opacas, por no dar calor a las resplandecientes pedrerías de que son mostrador las elegantes damas.

Ahora es en Nueva York tiempo de bailes, y la Academia de Música, que es el teatro de la ópera, y de la rivalidad y el fausto de los ricos neoyorquinos, reúne en estas noches de vientos y nevadas a los venturosos de la ciudad, y a los que imaginan que lo son, por no morir de espanto, de mirar en sí, y a los que quieren ser tenidos por felices. Los franceses, que en Nueva York se cuentan por millares, y viven prósperamente de varias industrias, se juntan en estos días del año en bailes celebrados, exuberantes de color y gozo, que hacen pensar en Béranger y en el buen Barrio Latino, que es como una gran casa de familia, donde todos los hombres de la tierra están como en su tierra, y viven juntas todas las grandezas y todas las locuras: de guirnaldas de luces de matices vivos cuelgan el ancho salón de la Academia, y los palcos parecen balcón del *corso* de Roma en día de carnavales, y el tablado paleta de pintor, donde hubiera vaciado un niño revoltoso la caja de colores. Danzan guerreros duros, armados de coraza y guantelete, con pajecillos enamoradores, que parecen tazas sonrosadas, rebosantes de espumoso vino de Borgoña. Saltan de grupo en grupo doncellas suecas y retozones arlequines; un francés, que no ha de ser lector de *El Universo,* lleva blusa de carnicero del mercado, y capuchón de monje, sujeto por collares, que dejan caer al pecho largas cruces; y este baila, con caballeresca gentileza, con una india moza, que luce manto y penacho de plumas, y que ha comprado, de fijo, novelas de Xavier de Montepin a los libreros de viejo que venden libros en los bordes murados del río Sena.

Tal es el baile de la Amistad, el más famoso de los que en Nueva York celebran cada año los franceses. El de la Caridad, que fue un tiempo el gran baile del año, es aún buena ocasión de galas donde van a ostentar las de sus trajes y joyeros las familias que gozan fama de acaudaladas, y a lucir su casaca de noche, que ha de ser de faldones de punta y no cuadrados, los caballeros que hallan espacio en este mundo ansioso para meditar en la forma de los faldones de las casacas. Y otro día, ya no son animadas guirnaldas las que ornamentan el techo majestuoso de la Academia de Música, sino almetes y escudos, y banderas y lanzas, como en señal de que los que apadrinan el baile, que ha sido suntuosísimo, son los ricos soldados del Regimiento vigésimo segundo, cuyos regimentados, que son nobles de Bolsa, la cual es clase de nobleza nueva, divirtieron a los elegantes bailadores con escenas de milicia, simulacros de batalla y juego de armas.

La vida y la muerte se despiertan a la par cada mañana: al alba, la una afila su hoz y la otra coge su ramillete de jazmines, mordidos algunas veces de gusanos. Un baile, es incendio de alma. Un edificio que hace costado a la alta casa de correos, rugía ese día incendiado. Ha sido un espectáculo terrible, cuya presencia no alcanzó a turbar el regocijo de los enamorados de la danza. En esa noche fría, cruzaban almas, ya libres de sus cuerpos, el espacio húmedo y oscuro, y arrebujábanse ateridas, salpicadas en su camino de copos silenciosos de volante nieve. Y los alegres danzadores deslizaban sobre la alfombra suntuosa el ancho pie, calzado de zapato femenil y medias negras. Fue el incendio en la mañana, en casa de numerosos pisos, llena toda de oficinas de periódicos, porque, como evocados por la estatua de Franklin que preside la plaza cercana, afluyen en aquellos contornos todos los soldados de la prensa. Por allí está el *Sun,* con Carlos Dana, su jefe hidalgo, romántico y benevolente; por allí el *Tribune,* donde escribió Greeley, que supo sembrar fresas y verdades, y escribe Whitelaw Reid, que sabe hablar y odiar; por allí está el *Times,* diario severo cuyo jefe joven es honrado y brusco; allí estuvo el *World,* hoy vendido a un negociante; allí había aún periódicos notables, que enseñan a sembrar, a comprar y vender, a trabajar en artes, a preservar cosechas, a criar ganados.

Las llamas ascendieron, con tal furia, que parecía que hubiesen estado largo tiempo presas. Cien lenguas rojas se entraron a la par por escaleras y pasillos. Los pisos altos, llenos de trabajadores, de pobres mozas, que hacen oficio de cajistas, de niños recaderos, se llenaron de horror y de clamores. Ya las llamas rebosaban por las puertas, y los bomberos acostaban sus escaleras en las paredes, y la muchedumbre se agolpaba en las afueras. Un hombre, como de pie en las llamas, asoma en una ventana. Otro, rodeado de un halo de fuego, asoma en otra. Ya son todas las aberturas de la casa fauces rojizas, donde hierve el humo. No alcanzan a los pisos altos las escalas de los bomberos. Vese a una pobre negra, que, como perseguida de monstruos feroces, salta dando hondos gritos de un cuarto encendido, se acurruca en el umbral de una ventana, se ase, por no caer a la calle, de su mano ardiente, y se yergue de súbito, se recoge las ropas entre ambas piernas, exhala un alarido, y se arroja a la calle, en cuyas piedras chocó su cuerpo despedazado con estruendo. Un negro heroico, que limpia botas en una casa de beber, y tiene el alma libre de betunes, ve que en el techo del edificio humeante donde asoman tres hombres, corre un alambre de telégrafo a un poste vecino, que dista de la techumbre como esta de la calle, y hace una trincha, se ayuda de ella para subir, halagado por los aplausos, a la cima del poste, donde corta el alambre, que ya colgado sirve de cuerda de descenso a los tres hombres, y baja velozmente, a hacer más bien, lleno el rostro de gozo, y el pecho de sangre. Una mujer joven aparece en la más alta ventana. Trae las manos manchadas de la gloriosa tinta del

trabajo. Muerden las llamas sus cabellos; y ella aparta las llamas con sus manos. Ya se prende el fuego a sus vestidos, y ella arranca los trozos incendiados. Batalla brazo a brazo con el fuego. A seis varas de sus pies está la más próxima escalera, donde la aguarda con los brazos abiertos un bombero; y ella se deja caer, arrogante y serena, y así es salvada. Dícese a un hombre que haga lo mismo, y el hombre rehúsa hacerlo. Tardan los bomberos en ver a dos míseros, que con las manos en alto piden ayuda, y un albañil asalta la escalera, les excita a dejarse rodar por la pared, y con su brazo noble, al que da su fuerza suma la buena voluntad, recibe a los dos hombres. Otros gritan, agitan las llamas que los envuelven con sus ademanes de horror, se asoman a la calle, donde les aguarda el espacio vacío, se hunden en el fuego, como queriendo ablandarlo con sus lágrimas, y al fin saltan, moribundos de angustia sobre los lienzos que mantienen extendidos los bomberos piadosos. Se ven dos manos que se prenden al marco de una ventana ya incendiada, y una mujer a poco, de pie en el poyo humeante. La masa roja olea en su torno; ya está como vestida por las llamas, ya desaparece en el turbión negruzco, como arrebatada por la fiera hambrienta. Hoy, ya todo es ceniza. Queda el respeto a los valientes, que han sido honrados con medallas; quedan los periódicos que mudan de casa, y están hechos de espíritu, por lo que no mueren en incendio; y quedan los cadáveres sepultados entre himnos religiosos, o enterrados en las húmedas ruinas.

En esos escombros asoman, como guerreros de buena batalla, muertos en la mitad del guerrear, las armazones que sustentaban las cajas de tipos de imprimir, manejados a cambio de ruin salario, por débiles mujeres. En verdad que llena de dolor ver venir de lejanos suburbios, en estas mañanas turbias que parecen madrugadas, a esas obreras valerosas que, al volver en la noche anterior de la ruda faena, reclinaron la inquieta cabeza, sin tiempo de soñar, en su almohada dura y fría. Carros y vapores parecen a esa hora casas de huérfanas. Llevan la color mustia; la nariz roja; los ojos, como de llorar; las manos hinchadas. Van los obreros amparados de trajes gruesos, y ellas, de telas descoloridas, delgadas y ruines. Hacen la labor de un hombre, y ganan un jornal mezquino, mucho más bajo que el de un hombre.

Estas amarguras afligen a algunos corazones buenos, que no hallan modo de poner remedio a esa miseria, que roe cuerpos y almas. Hay en esta tierra un grupo de mujeres, que batallan con una vivacidad y un ingenio tales en el logro de las reformas a que aspiran, que, a no ser porque no placen mujeres varoniles a nuestra raza poética e hidalga, parecerían estas innovadoras dignas de las reformas por que luchan. Ni es justo querer que en prados de mariposas pasten leones. Ni es cuerdo sujetar a nuestro juicio de pueblos romancescos, y—por encima de nuestras pueriles desazones—puros,—los menesteres y urgencias de ciudades colosales, en cuyos senos sombríos se agitan criaturas abandonadas y hambrientas, comidas de avaricia, nacidas en soledad y apartamiento, y dadas sin freno al loco amor de sí. No ve el norteño en la mujer aquella frágil copa de nácar, cargada de vida, que vemos nosotros; ni aquella criatura purificadora, a quien recibimos en nuestros brazos cuidadosos como a nuestras hijas; ni aquel lirio elegante que perfuma los balcones y las almas. Ve una compañera de batalla, a quien demanda brazos rudos para batallar. Ni son los hogares en esta tierra aquel puerto sereno, en que la hija es gala, y no estorbo, y su matrimonio cosa temida y no deseada, sino como casa de hospedaje, donde no se cree el hostelero obligado a mantener a los huéspedes que trajo él a su casa. Ni nacen las mujeres en estos pueblos como en aquellos nuestros, miradas de cerca por los ojos vigilantes de sus familiares, que las guardan con ternura y con esmero; sino que vienen al mundo, en lo que hace a los pobres, como retoños malsanos de un árbol enfermizo, que brota entre una

mesa coja y un jarro de cerveza, y oye desde el nacer palabras agrias, y ve cosas sombrías, y se espanta de ellas, y va sola.

Tantos males pueden hacer surgir como legítimos, y verdaderos por relación, pensamientos que a nosotros nos han de parecer—por ser nosotros de tierras distintas,—vulgares y extravagantes. Voy cerrando estas líneas—que muchas veces se han acabado, ya al andar del vapor en una mesa de las de esa casa que ha escombrado el incendio,—y va cerrándose el congreso de damas, convocado para abogar enérgicamente por la concesión del derecho de votar a las mujeres. Ha sido el congreso en elegante sala, y las damas de él muy elegantes damas. Vestían todas de negro, y la que más, que era la presidenta, llevaba al cuello un breve adorno azul. Y el auditorio era selecto, lleno de hombres respetuosos, y de damas de buen vestir y de buen ver. Es cosa sorprendente cómo la gracia, la razón y la elegancia han ido aparejadas en esa tentativa. Deja el congreso de mujeres la impresión de un relámpago—que brilla, alegra, seduce e ilumina. Yo he oído a un lacayo negro hablar, pintando el modo de morir de un hombre, con tal fuego y maestría que le hubieran tenido por señor los maestros de la palabra. Yo he oído con asombro y con deleite la verba exuberante y armoniosa de los pastores hondureños, que hablan castellano de otros siglos, con donaire y fluencia tales que pondrían respeto a oradores empinados. Y ese modo de hablar de estas damas ha sido como el corretear de un cupidillo malicioso, bien cargado el carcaj de saetas, y bien hecha la mano a dispararlas, entre enemigos suspensos y conturbados, que no supiesen cómo ampararse, alzando el brazo y esquivando el rostro, de los golpes certeros. ¡Qué lisura, en el modo de exponer! ¡Qué brío, en la manera de sentir! ¡Qué destreza, en sus artes de combate! ¡Qué donaire, en los revuelos de su crítica!

—«¡No nos dejáis más modo de vivir que ser siervas, o ser hipócritas! Si ricas, absorbéis nuestras herencias! Si pobres, nos dais un salario miserable! Si solteras, nos anheláis como a juguetes quebradizos! Si casadas, nos burláis brutalmente! Nos huís, luego que nos pervertís, porque estamos pervertidas! Puesto que nos dejáis solas, dadnos los medios de vivir solas. Dadnos el sufragio, para que nos demos estos medios!»

Y como decía tales cosas una respetable anciana, con tal riqueza de dicción y propiedad de ademanes, que no había espacio a burlas, amigos y adversarios oían atentos y batían las palmas. «¡Vienen a convertirse las mujeres ignorantes, merced al desamparo en que viven, en frutas de noche, y huéspedes de la policía, y no tenéis en las casas de policía, mujeres honradas que asistan a esas infelices, sino hombres que las burlan y mancillan! Poned mujeres en las estaciones adonde van presas mujeres! Dejadnos votar, y nosotras las pondremos!»

Y a este punto, como si fuese ley que en esta tierra fueran siempre unidos lo poderoso y lo pueril, dice una dama linda que está en la sala el Jorge Washington de la causa de las mujeres sufragistas, y se debe oír hablar a Jorge Washington; cuya dama, que es famosa, y habla esa lengua que gusta a los americanos, porque hace reír, y tiene en abundancia la brutalidad y la presteza del boxeo, subió seguidamente a la plataforma, donde ostentaba un grave caballero su gabán lujoso y sus gruesos zapatos de andar; mas no dijo discurso, sino que el libro que tenía en la mano era una historia del sufragio de las mujeres, y que alcanzaría gracia, y se haría miembro de dos asociaciones sufragistas, quien en prueba de fe comprase el libro. Con lo que bajó de la tribuna Susana Anthony.

La pasión generosa, la réplica aguda, la ironía mordiente, la razón sobria, la exaltación sectarista, distinguieron a esta reunión de damas estimables; por las que se supo que no ha mucho cincuenta y nueve legisladores votaron en Albany, que es la cabeza del estado, por la concesión del sufragio a las mujeres, contra cincuenta y cinco, que no gustan de concederlo; y se supo también por un exgobernador de Wyoming, que en Wyoming votan, y gozan empleos, y se disputan candidaturas las mujeres, y hubo vez, en la que todo quedó en paz, en que un marido era candidato republicano para un empleo, y su consorte candidato demócrata.

Y aún resuenan a par de esas voces, extrañas por fortuna a nuestros pueblos, donde compartir la vida es comenzar de veras a gozarla,—los acentos robustos y magnánimos de los prohombres neoyorquinos, congregados a denunciar, como delito humano, que han de execrar las gentes, y de penar el cielo, la caza bárbara y enconosa de que los míseros hebreos son hoy víctimas en Rusia. Y un anciano de faz rugosa, cuerpo escueto, y palabra apostolar, el anciano Evarts, decía que cuando el pecho se hincha, desborda por los labios, y que, como la faz en la linfa del arroyo copia al punto la faz que se asoma a la linfa, el corazón de todos los hombres y mujeres de la tierra responde al grito de angustia de los hombres y las mujeres de Moisés.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 18 de febrero de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Una pelea de premio.—«Los hombres peleadores.»—El mozo de Boston y el gigante de Troya.—Exhibición, preparación, paseo triunfal, condiciones de pelea, y pelea de los pugilistas.—La ciudad, el viaje y el circo.—Golpeadores famosos.—Interés de la nación.—Pedro Cooper, amigo de los hombres.—Los valentines.—Vieja y nueva usanza.—El *Ramayana* en Nueva Orleans.

Nueva York, 17 de febrero de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

Vuela la pluma, como ala, cuando ha de narrar cosas grandiosas; y va pesadamente, como ahora, cuando ha de dar cuenta de cosas brutales, vacías de hermosura y de nobleza. La pluma debiera ser inmaculada como las vírgenes. Se retuerce como esclava, se alza del papel como prófuga, y desmaya en las manos que la sustentan, como si fuera culpa contar la culpa.—Aquí los hombres se embisten como toros, apuestan a la fuerza de su testuz, se muerden y se desgarran en la pelea, y van cubiertos de sangre, despobladas las encías, magulladas las frentes, descarnados los nudos de las manos, bamboleando y cayendo, a recibir entre la turba que vocea y echa al aire los sombreros; y se abalanza a su torno, y les aclama—el saco de moneda que acaban de ganar en el combate. En tanto el competidor, rotas las vértebras, yace exánime en brazos de

sus guardas, y manos de mujer tejen ramos de flores que van a perfumar la alcoba concurrida de los ruines rufianes.

Y es fiesta nacional, y mueve a ferrocarriles y a telégrafos, y detiene durante horas los negocios, y saca en grupos a las plazas a trabajadores y a banqueros; y se cambian al choque de los vasos sendas sumas, y narran los periódicos, que en líneas breves condenan lo que cuentan en líneas copiosísimas, el ir, el venir, el hablar, el reposar, el ensayar, el querellar, el combatir, el caer de los héroes rivales. Se cuentan, como las pulsaciones de un mártir, las pulsaciones de estos viles. Se describen sus formas. Se habla menudamente del blancor y lustre de su piel. Se miden sus músculos de golpear. Se cuentan sus hábitos, sus comidas, sus frases, su peso. Se pintan sus colores de batalla. Se dibujan sus zapatos de pelea.

Así es una pelea de premio. Así acaban de luchar el gigante de Troya y el mozo de Boston. Así ha rodado por tierra, ante dos mil espectadores, el gigante, inerte y ensangrentado. Así ha estado de gorja Nueva Orleans, y suspensos los pueblos de la Unión, y conmovido visiblemente Boston, Nueva York y Filadelfia. Aún veo, prendidos como colmena alborotada a las ruedas y ventanas del carro donde les venden los periódicos, a esas criaturillas de ciudad, que son como frutas nuevas podridas en el árbol. Los compradores, en montón, aguardan en torno al carro, que ya anda, arrebatado por el grueso caballo a que va uncido, en tanto que ruedan por tierra, revueltos con paquetes de periódicos míseras niñas, cubiertas de harapos, o pequeñuelas bien vestidas, que ya desnudan el alma, o irlandesillos avarientos, que alzan del lodo blasfemando el sombrero agujereado que perdieron en la lucha. Y vienen carros nuevos, y luchas nuevas. Y los que alcanzan periódicos, no saben cómo darlos a tiempo a los compradores ansiosos que los asedian. Y la muchedumbre, temblando en la lluvia, busca en los lienzos de noticias que clavan en sus paredes los diarios famosos, las nuevas del combate. Y lee el hijo, en el diario que trae a casa el padre, a qué ojo fue aquel golpe, y cuán bueno fue aquel otro, que dio con el puño en la nariz del adversario, y con este en tierra, y cómo se puede matar empujando gentilmente hacia atrás el rostro del enemigo, y dándole con la otra mano junto al cerebro, por el cuello. Y publican los periódicos los retratos de los peleadores, y sus banderas de combate, y diseños de los golpes. Y se cuenta en la mesa de comer de la familia, que este amigo perdió unos cien duros y aquel ganó un millar, y otro otros mil, porque apostaron a que ganaría el gigante, y sucedió que ganó el mozo. Eso era Nueva York la tarde de la lucha.

¿Y en el campo de la lucha? Fue allá, en tierras del Sur, junto al mar, bajo cedros y robles. No son estas querellas de bribones, que la ira encona, el azar cansa, y el capricho legisla. Son troncos de antemano concertados, en que se dividen—como en las justas antiguas—el campo y la luz, y se determina como para los caballos de carrera, el peso y el modo de justar, y se acuerda en tratado formal y de manera minuciosa, que los peleadores pelearán de pie, y sin piedras ni hierros en la mano, ni más que tres espigas de punta redonda y media pulgada de largo en la suela del zapato, y se establece como mejora de decoro, que aquella vez no muerdan, ni se rasguen la carne con las uñas, ni se dé golpe al que ya tiene una mano y una rodilla en tierra, y a aquel a quien se sujeta por el cuello contra las cuerdas o estacas del circo, que ha de ser en prado llano, y no mayor de veinticuatro pies en cuadro, y ha de ostentar al sol, enarboladas en las estacas del centro, los colores de pelea de ambos rufianes, los cuales fueron esta vez arpa, sol, luna y escudo, y águila de anchas alas sobre esfera tachonada de estrellas para el gigante de Troya, y águila que sustenta en

las nubes un escudo americano, cercada de banderines de Irlanda y Norteamérica, para el mozo fuerte de Boston. Porque de Irlanda vino a esta tierra, con la poblada numerosa, la bárbara costumbre.

Los tiempos no son más que esto: el tránsito del hombre-fiera al hombre-hombre. ¿No hay horas de bestia en el ser humano, en que los dientes tienen necesidad de morder, y la garganta siente sed fatídica, y los ojos llamean, y los puños crispados buscan cuerpo donde caer? Enfrenar esta bestia, y sentar sobre ella un ángel, es la victoria humana.—Pero como el Caín de Cormon, en tanto que los aztecas industriosos y los peruanos cultos hacían camino en la cresta de los montes, echaban por canales ciclópeos las aguas de los ríos, y labraban para los dedos de sus mujeres sutilísimas joyas, los hombres de aquellas tierras del Norte que opusieron a los dardos de los soldados de César el pecho velludo, y las espaldas cubiertas de pieles, alzaban tienda nómade en la tierra riscosa, y comían en su propia piel, ahumada apenas, la res ensangrentada que habían ahogado con sus brazos férreos. Los brazos de los hombres parecían laderas de montaña, sus piernas troncos de árboles, sus manos mazas, sus cabezas bosques. Vivir no fue al principio más que disputar los bosques a las fieras. Mas hoy la vida no es montaña áspera, sino estatua tallada en la montaña.

Así se espantan los ojos, como si de súbito se viera pasar por las calles de una ciudad moderna a Caín, de ver cómo las artes de la pintura y de la imprenta lamen sumisas los pies rugosos de estas bestias humanas, y copian y celebran al bruto magnífico, y le espían anhelantes en el instante en que, desnudo el torso montuoso, y encrespado el brazo troncal, ensaya en una bola de cuero, que envía bamboleando al techo de que cuelga por fajilla de hierro, los golpes que ha de dar luego, entre hurras y víctores, en el cráneo crujiente, en los labios hinchados, en el cuerpo tambaleante de su adversario estremecido. Se educan para la pelea, se fortalecen, se consumen la carne superflua que pesa y no resiste,—se recogen en población de campo, en casa apartada, con sus educadores, que les enseñan golpes excelentes, y les prohíben excesos corporales, y los muestran a los que apuestan de oficio, y quieren ver, antes de apostar, a su hombre, porque «ellos van de negocio» y deben apostar «al mejor hombre». Y de negocio también van los peleadores, que jamás se vieron a veces, y van a verse por primera vez en la arena del circo. Pero un chalán ha puesto a los brazos de uno dos millares de pesos, y un diarista ha puesto a los brazos de otro otros dos millares, y ajustan la pelea, la sangrienta pelea, porque no viene mal ganar, rompiendo huesos y sacudiendo en los cráneos los cerebros, los dineros y la fama de «campeón del peso grande de la América». Porque hay menguados que pesan ciento treinta libras, y se baten por la fama de ser los más recios golpeadores entre los de poco peso; mas hay mancebos que pesan doscientas libras, y estos lidian por merecer el derecho de campeón entre los de peso grande.

Y no bien se publica que se ha ajustado la batalla, hácense cargo del peleador los que le «educan», que se llaman «sus segundos», e impiden que por el beber o el mocear comprometa «el hombre de pelea» la ganancia del que ha puesto dinero «a su espalda». Y es la nación circo de gallos. Van los dos hombres enseñándose por los pueblos, y peleando con guantes, desnudos de cinto arriba, en teatros, plazas y tablados de cantina, donde ondean sus colores, y narran sus hazañas, y palpan sus músculos, y balancean las condiciones de ganancia o pérdida, antes de cruzar con el jugador vecino la apuesta de dinero. Créanse bandos en las poblaciones, que suelen parar en que ambos contendientes saltan, revólveres al aire y cuchillos en alto, al circo o al tablado: y Troya, que ama a su gigante, que es dueño de un teatro, y padre de

familia, y pródigo de fama, como buen rufián, arde en celos de Boston, que está orgullosa de su bestia, porque no se ha puesto hombre enfrente del mozo bostonés que no haya caído ensangrentado en tierra. No se pregunte quién lo impide, que cuando acontece en plazas públicas, un mes tras otro mes, no lo impide nadie. Hay leyes, mas como en México, donde prohíben las lidias de toros, buenas para hacer toros de los hombres, en el recinto de Tenochtitlán, y dejan las que haya en el pueblecillo cercano de Tlalnepantla, donde un tiempo oró en su torre alta el gran Netzahualcóyotl, poeta, rey y capitán excelso, y hoy desjarretan brutos, vestidos de toreros de comedia, hombres nacidos, por la grandeza de la tierra que los cría, a más glorioso empleo.

Cuando se acerca el día fijado para el combate, como cada estado tiene ley diversa, y abundan entre los hombres distinguidos, que hacen las leyes, los abominadores de esta pelea de hombres, suelen los pugilistas andar de salto en salto, en fuga de las cárceles. Mas hallan siempre estados que los amparen, y allí, es fiesta pública. Vienen los trenes, de comarcas lejanas, cargados de apostadores, que ponen punto a sus negocios, y dejan sin padre sus casas, por venir, a centenares de millas, a apiñarse en la muchedumbre vociferadora que con el rostro encendido y las manos en alto, y el sombrero a la nuca, rodeará en la mañana anhelada, el circo de la lidia. Son banqueros, son jueces, son graves personas, miembros de las iglesias de su pueblo, son jóvenes ricos,—de dinero que debiera trocarse en yugo para sus frentes!, no son solo bribones ni chalanes. Hay en toda ciudad un centro de estos juegos, y en algunas ciudades muchos centros. Cada agrupación envía sus diputados; cada postor que puso precio, envía su hombre a ver; cada amador del ejercicio va a gozarse en sus lances. No tienen cierre las puertas de los hoteles y cantinas. Los hijos pródigos del azar asombran con su fausto, y los boxeadores de oficio con sus fuertes músculos, a las damas y damiselas de la vida, que no apartan de ellos los ojos, como de seres aborrecibles, sino que les miran con curiosidad y con regalo, como a hombres magnos y seres de privilegio.

En Nueva Orleans, en cuyas cercanías fue este combate, se abrieron las bolsas viejas, muy atadas desde los tiempos de la guerra terrible, para poner los ahorros mohosos a la bravura de los jayanes. Las calles parecían corredores de casas; y el suceso, suceso de familia. Todo era chocar de vasos, hablar en voces altas, discutir en tiendas y plazas los méritos de los mozos, en cohorte a saciar los ojos avarientos en la espalda robusta, el hombro redondo, y la cadera desenvuelta de los atletas. Y volvían los unos mohínos porque su jayán tenía demasiada carne sobre las costillas, y los otros alborozados porque su hombre era todo hueso y músculo. Iban los médicos en grupos, a ver aquel ejemplar rico del bruto humano. Y las damas iban a poner su mano delgada en la mano huesosa de los héroes.

Toda la ciudad parecía de viaje en la noche que acabó en la madrugada de la marcha. En sillas, y en sofás y de codos en los balcones, dormían, temerosos de que partiese el tren sin ellos, los que habían comprado, a cambio de diez pesos, el derecho de ver la anhelada lucha. Vaciaban en los mostradores de los hoteles, porque no se las robasen en el camino, las joyas, a que son los rufianes muy aficionados. ¡Y allá va al fin, cruzando los llanos pantanosos de la Luisiana, el tren veloz con los peleadores, con sus segundos, con la esponja y menjurjes de curar, con los dineros de la lidia, con sus vagones repletos, techados de gente, rebosada de los carros. Allí el beber; allí el vocear; allí el proponer apuestas y aceptarlas. Allí el decir que un buen peleador ha de tener arrojo, agilidad y resistencia. Allí el hacer memoria de cómo en otros tiempos se libraban al vigor del puño las contiendas electorales de los neoyorquinos; cómo un McKoy mató en el

circo a un Chris Lilly; cómo cuando Hyer venció a Sullivan, en «pelea de huracán se encendieron luminarias en Park Row», que es la calle vieja y famosa, que da hoy al costado del correo, y se leyó por largo tiempo en un gran lienzo transparente: «Tom Hyer, campeón de América». Era allí el recordar entre sorbos de pócimas ardientes, que Morrisey dejó a Heenan por muerto; que cuando Jones peleó con Mc Coole recibió de él tal golpe en la frente, que rodó al suelo víctima de náuseas y como con el cerebro desquiciado; y que Mace era un gran golpeador, que braceaba como aspa de molino, y quebró de un buen golpe el cuello de Allen. ¡Y el sol entraba a raudales por las ventanillas de los carros!

Ya en el lugar de la pelea, que fue la ciudad de Misisipi, estaban llenos de gentes los alrededores del sitio elegido para el circo, y a horcajadas los hombres en los árboles, y repletos de curiosos los balcones, y almenados de espectadores los techos de las casas. Vació el tren su carga. Se alzó el circo en el suelo, y otro circo concéntrico, entre los que podrían vagar los privilegiados; cantando alegres, se entraron por la arena en batallón gozoso los cronistas, y cuando se pobló el aire de hurras, y fueron todas las manos astas de sombreros, era que venían el huraño Sullivan con su calzón corto y su camiseta, de franela verde, y el hermoso Ryan, el gigante de Troya, en arreos blancos. En el circo, había damas. Y a la par que los jayanes, se dieron las manos, y ponían a hervir la sangre que iba de correr abundosa a los golpes, encuchillados en el suelo, contaban los segundos los dineros que se habían apostado a los dos hombres. ¿A qué mirarlos? A poco, ruedan por tierra; llévanlos a su rincón, y báñanles los miembros con menjurjes, embístense de nuevo, sacúdense sobre el cráneo golpes de maza; suenan los cráneos como yunque herido; mancha la sangre las ropas de Ryan, que cae de rodillas, en tanto que el mozo de Boston saltando alegre y sonriendo, se vuelve a su «esquina». Atruena el vocerío; álzase Ryan tambaleando; le embiste Sullivan riendo; ásense de los cuellos y estrújanse los rostros; van tropezando a caer sobre las cuerdas; nueve veces se atacan; nueve veces se hieren; ya se arrastra el gigante, ya no le sustentan en pie sus zapatos espigados, ya cae exánime de un golpe en el cuello, y al verlo sin sentido, echa al aire la esponja, en señal de derrota, su segundo.—Se han cruzado $300 000, apostados en todas las ciudades de la nación a la pelea de estos dos mozos; se han alquilado hilos de telégrafo para dar cuenta menuda a todos los vientos de los detalles de la lidia; han recorrido las calles de las grandes ciudades, muchedumbres ansiosas que recibieron con clamores de aplausos, o ruidos de ira, la nueva del triunfo; se ha celebrado con música y fiestas al bostonés victorioso; y se exhiben de nuevo en circos y cantinas, agasajados y regalados, el mozo y el gigante.—¡Aún está roja, y castigada de los pies, en la ciudad del Misisipi la arena de la mar! Es este pueblo como grande árbol: tal vez es ley que en la raíz de los árboles grandes aniden los gusanos.

Y ¿quién es ese viejecillo, de espalda corva, y alba y lacia melena, que va camino de esa casa grande,—que él ha hecho casa de leer para los trabajadores,—apoyado en su bastón nudoso, y en el brazo de su hija que lo mira con amor? Es Pedro Cooper, amigo de los hombres, que acaba de cumplir noventa y un años. Él ha creado ese Instituto Cooper, para que los pobres lean libros y periódicos, y tengan cátedras de bien sentir y bien pensar, en las que cada sábado se sienta a hablar con aquellos hijos suyos, el trémulo anciano. ¡Cómo lo victorean, los buenos obreros! Defenderían a Pedro Cooper de todo daño, como los habitantes de Harlem defendieron de los soldados de Alba a su ciudad. Es de salir a abrazar hombres, contento de serlo, la defensa de Harlem. ¡Y cómo ríe el anciano, que da ahora a raudales el oro de sus arcas, y que vivió en Nueva York, cuando este viejo pueblo de Gotham no tenía más que cuarenta mil vecinos, siempre que

cuenta que allí donde ha puesto ahora una fuente para que tengan buena agua los pobres, allí sirvió él de mozo de tienda, y vendió harinas y especias, y caviló en fabricar aquella locomotora de vapor, que fue la primera fabricada en estos pueblos, y que llevó él mismo gozoso, como mago moderno sentado en su retortas colosales, por los alrededores de la rica Baltimore! La noche es la recompensa del día. La muerte es la recompensa de la vida. Y la vida es una lucha a dentelladas, en que los hombres detractores echan abajo, royendo como gusanos o espadeando como guerreros, las fortalezas que acumulan, para ampararse de la pasión y estar más cerca de lo alto, los hombres creadores,—y en que los creadores, de rodillas, sin miedo a las mordidas del insecto ni a los relámpagos de la espada, abarcan y rehacen sin cansancio las fortalezas que echan en tierra los hombres destructores. Ese Pedro Cooper que va todas las mañanitas, como padre a ver su hijo, a su Instituto beneficioso, ha pasado la vida inclinado sobre los abismos, preguntándoles sus secretos; y volviendo, fuerte de sus pláticas con la naturaleza, como impregnado de una luz extraña, que parece luz de luna, a poner paz y amor entre los hombres. Ocho días ha cumplió años, y los mejores de la ciudad fueron a desearle bien y se sentaron a su mesa. ¡No han de decir los poetas que no hay en este tiempo en que vivimos caudales de poesía—sino que son tales las maravillas de este tiempo que ni el concebirlas ni el narrarlas cabe ya en la mente de un poeta maravilloso! Tal vez la poesía no es más que la distancia.

¿Qué me trae este niño mensajero, con su uniforme y cachucha de paño azul, que llama a mi puerta? Ah! Es la costumbre de estos días, en que se envían, en lindas tarjetas, sus saludos anónimos los enamorados y los amigos leales, que sufren de ver almas solas. En esta tarjeta bordada de fleco azul, me mandan un niño alado, sentado en un camello; y en esa otra, que tiene al pie dos hermosos versos, como es uso, aunque no todos los versos son hermosos, hay un águila, que mira a lo alto, posada en una roca. Y este niñuelo que viene ¿qué me trae ahora? ¡Me trae un Valentín de burlas en que está un hombre triste, vestido de navegar, de pie en la orilla de un océano en que no apunta un barco! Porque los Valentines, que son de una inglesa, llenan en estos días los mostradores de las tiendas, las bolsas de los fabricantes, los sacos de cuero de los carteros. No hay casa que no los envíe, y que no los reciba. Antes fue solo hábito de enamorados, y en este día de San Valentín, en que es fama que los pájaros amanecen piando y aleteando en torno a la rama en que se posa aquella que eligen por compañera de su nido, no se acostaban las doncellas de Inglaterra sin haber prendido cuatro hojas en las esquinas de su almohada, y una en el centro, porque tenían las hojas la virtud de hacer aparecer en sueños a las doncellas aquel de sus cortejos a quien debían elegir para su esposo, el cual poder era más cierto si luego de haber puesto a hervir un huevo a punto de endurecerlo, y sacándole la yema, llenaban de sal su espacio, y comían el resto, sin comer ni beber después, ni sacar la cáscara al huevo, porque esto le hubiera quitado la virtud. Y era también uso que el que había sido elegido Valentín, hiciese a su dama un regalo valioso, como el del duque de York, muy gentil duque, que regaló a la señorita Stuart, que fue luego duquesa de Richmond afamada, una joya que no le costó menos de ochocientas libras esterlinas: en tanto que las pastoras, «en este día en que los pájaros eran bondadosos», como reza el verso viejo, salían de mañanita a buscar leche, y tomaban de novio al primer pastor que encontraban sus ojos, lo cual, por de contado, haría muy mañaneros el día de San Valentín a los pastores.

De este lado del mar, no fueron estos usos, sino enviar, explicados con versos, dibujos alegóricos a los defectos o peculiaridades de la persona a quien se encaminaban los dibujos, de lo cual, que fue al principio práctica de relacionados en amores, como que era anónima la práctica, tomó pie la malicia y cada jorobado,

o bizco, o narigudo, o avaro, o fanfarrón, o vicioso, recibía de manos desconocidas una gran lámina coloreada, en que en menguados versos se hacía burla, vaga unas veces, y cruel y certera otras, del defecto del valentinado. Y no hay, aun hoy mismo, más que entrar en una tienda, y pedir un Valentín de sastre, para que el tendero busque en sus mostradores el manojo de los sastres, y saque de él un vejezuelo en pocas ropas, que enmienda y repara una casaca añosa, de modo que parezca de lienzo y corte nuevos. Ya queda para barrios bajos este uso de la malicia, que fue a tanto que no hay presunción humana ni hábito ridículo de estas tierras, que no tenga en estos valentines de antaño su poema y su azote, tal como uno enviado a dama casera, que hace en la casa las faenas del servicio y luego va, enjoyada y envuelta en sedas a lucir galas en su jueves de salir, en el cual Valentín está la dama con cubo gigantesco por sombrero, delantal de pinche por frente de vestido, tenedores por pendientes, por abanico espumadera, y una cuchara de alfiler de pecho, a todo lo que saludan, vestidas de galante caballero, un par de flacas tenazas. Pero los valentines que aún quedan en boga, son dibujos caseros, hechos de mano amiga para poner en curiosidad a un amigo bueno, o encantadoras figurillas, tiernas o cómicas, de variedad tan numerosa y rica, que no son más copiosas en arenas que los valentines en tiendas las playas de la mar. Son de fino cartón, franjado o cercado de encaje o de flecos; son almohadillas azules y rosadas, en que sonríe, con su gorro francés, un niño candoroso; son ángeles, amantes, ramos de flores silvestres, lirios, margaritas, un negrillo que se hunde como quien tropieza en los aleros del gorro colosal que ata a su barba una negrilla, o girasoles, que están ahora en boga, por ser la flor de los estetas, o tulipanes, que es flor que se ha pagado aquí a tal precio que se compraban por acciones. Y al pie de todos ellos, versos rientes, versos de día de pájaros, versos azules, de esos que se escriben antes de entrar en lo recio de la vida, y no rojos, como se escriben luego, y no negros, como se suelen escribir, hasta que luego los años buenos tiñen del color blanco de la luz los cabellos y el alma!

Las gentes andan contentas, ocupadas, activas. El Senado, tras debate brillante, aprueba una ley que deja sin capacidad de elegir ni de ser electo, a los polígamos mormones. La Academia de Música resuena con el clamor de alegres enmascarados que, ora son niños que llevan de reyes, en carroza tirada por cabras, a Esmeralda y a Febo, ora son actores que imitan en la escena aquel carro de Tespis en que nació la comedia, y echan a danzar, aparejados por la sala a Frou Frou y al duque de Buckingham, y a Camille y Luis Onceno. Nueva Orleans celebra sus carnavales con procesión suntuosa, en que reviven las maravillas magnas de los poemas indostánicos.

Portland corta de sus jardines las rosas mejores, para ornar con ellas la casa en que ha de celebrarse el aniversario próximo del poeta Longfellow. Ya en la casa se limpia el asta de las banderas de festejo, para honrar con ellas a aquel hombre resplandeciente y sereno, menos infortunado que Bolívar, porque fue menos grande: a Jorge Washington. Oiremos esos himnos, y les pondremos alas de buena voluntad, y cruzarán la mar.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 4 de marzo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Los bárbaros «caminadores».—Carrera de hombres.—Atletas griegos y atletas modernos. Rowell y Atalanta.—El aniversario de Washington: los banquetes, las banderas, los discípulos de Pedro Cooper.—Blaine pronuncia ante el Congreso el elogio de Garfield.—El hombre externo y el hombre invisible.—Poeta en acciones.—Longfellow, el poeta.—Su aniversario, su casa, sus libros, su vida.

Nueva York, 4 de marzo de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

Con más dificultad se abre paso el espíritu por entre las brumas húmedas de este mes de marzo, que lo espantan y contristan, y lo invitan, no a salir de sí, sino a reentrar en sí,—que aquella con que, en este instante mismo,—apretados los codos a ambos costados, cerrados los puños, jadeante la faz, y llagados los pies, tajan el aire en su carrera los «caminadores», que en torneo por dineros, comparten con sus hazañas repugnantes, su faz marmórea, y sus ojos salidos de las órbitas la admiración de un público enfermizo que ha aprendido a mirar sin dolor las lastimaduras de los pies, y las del alma. Un héroe es un bellaco, y un caminador es un héroe. Las almas asustadas y púdicas; los que no caben en sí y anhelan verterse en los otros; los que prefieren el derecho de vivir en paz en la vida próxima, al goce de una paz que se compra demasiado cara en esta vida; los que gustan más de ver ricas las arcas del alma,—con cuyo oro se compra el bien eterno, que las arcas de dineros, cuyo cuño suele ser marca de infamia para el alma que la señalará en sus trances próximos,—como la cédula amarilla al presidiario francés,—son a los ojos de buena suma de neoyorquinos como flores enfermas o mentes sin seso, o maravillas extraterrenas, u hombres de poca monta, que ven más por los otros que por sí: en tanto que de manos enguantadas y breves, acabado remate de airosos brazos femeniles, cae a los pies de un negrillo caminador, vestido de camisa de seda azul y pantalón de seda roja, una herradura de rosas opulentas, con que la dama de Nueva York desea al negrillo buena suerte en el rudo torneo. Hurras responden a la dádiva, hurras estruendosos de aquellos diez millares de hombres que llenan el circo, henchido de humo espeso, humo de vicios, y de ese aroma de frutas estrujadas, de naranja sin jugo, de manzanas mondadas, grato a las almas corrompidas. Caminan de día, caminan de noche, caminan sin tregua. La gente entra en el hipódromo de Madison a oleadas, no para ver el trance de adelanto de los hombres a un estado mental o moral sumo, sino para ver y vitorear el trance de retroceso del hombre al bruto.

Mas no lucen estos caminadores como aquellos corceles del desierto, sobre cuyo dorso musculoso ondea el albornoz franjado de oro del altanero beduino, y que parecen, más que siervos, señores de sus magníficos jinetes; sino que con sus zapatillas de caminar, y su camisa ceñida y calzón corto de colores alegres, hundido el rostro entre los hombros, pegado a las sienes enjutas el cabello lacio y sudoroso, respirando difícilmente por entre los labios pálidos y colgantes, andan al paso, galopan, trotan, se detienen sofocados, se disputan el puesto primero, se codean, se ofenden, hasta que, vencidos por la fatiga, se refugian un instante en sus tiendas respectivas, a que sus cuidadores les bañen y cepillen los miembros hinchados, y

toman de manos de ellos sin detenerse en su carrera, una tajada de pan, una costilla de carnero, o un trozo de carne a medio cocer, en las que hincan los dientes voraces a par que galopan. Y así durante el día, así en la alta noche, así en el alba. En anchos carteles van anotándose las millas que andan. En pequeñas mesas, tienen abiertos los libros de apostar los que han pagado dos centenares de pesos por recibir apuestas, que se hacen a los pies de los hombres, como a sus puños, como a la ligereza de los caballos. Y estos hombres se pesan, y se nutren, y se demacran de antemano. Cuál no toma más que leche, que alimenta y no carga el cuerpo de excrecencia, que estorba para la marcha; cuál solo come avena, que da fuerza a los músculos; cuál vive de carne sangrienta, tal como la rebana el cuchillo del matador del lomo de la res. Y cada cual tiene sus hombres de cuidar, que les preparan durante el torneo bebistrajos fortalecedores, y menjurjes, y friegas, y los reciben en sus brazos cuando ebrios de sueño y adementados se apartan un momento de la pista, y los ponen en pie, los reaniman con golpes eléctricos o golpes de puño, y los echan a andar aún dormidos por la arena cubierta de aserrín, que miran con sus ojos abiertos y azorados, y revuelven con sus pies tambaleantes, en tanto que tiritan en sus asientos, despiertos por el miedo de perder y el ansia de ganar, los apostadores, y filtran por las hendijas y cristales el aire húmedo y las luces fantásticas de la madrugada.

Y esto lo hacen, porque se ha prometido que aquel de los caminadores que haya andado más espacio al cabo de ciento cuarenta y dos horas, ganará para sí tantos millares de pesos cuantos sean los que se han presentado a tornear, cada uno de los cuales deposita un millar a la entrada, y ganará también si anda los seis días del torneo quinientas veinticinco millas, o más, todos los dineros del público que acude ávido a toda hora del día y de la noche a ver cómo el fornido inglés Rowell, de piernas cortas, que anda en veintidós horas y media ciento cincuenta millas, vence sin esfuerzo a Scott gigantesco, que viste camisa de lana blanca y calzón rojo, y a Hazael que tiene de zorra, y lleva piernas encarnadas y azules, y al escocés Noremac, que tiene de lobo, y a Fitzgerald famoso, que anduvo quinientas ochenta y dos millas en seis días, y a Sullivan, que luce traje verde, y a Hart, el negro esbelto, de andar rítmico y cuerpo donairoso, que corre por entre sus rivales con los brazos llenos de cestos de flores que le dan las damas, como aquellos flamencos antillanos que pasean ligeramente el cuerpo rosado por la arena abrasada de la margen marina.

Ni es esta aquella garbosa lucha griega, en que a los acordes de la flauta y de la cítara lucían en las hermosas fiestas panateneas sus músculos robustos y su destreza en la carrera los hombres jóvenes del Ático, para que el viento llevase luego sus hazañas, cantadas por los poetas coronadas de laurel y olivo, a decir de los tiranos que aún eran bastante fuertes los brazos de los griegos para empuñar el acero vengador de Harmodio y Aristogitón. Ni es aquel aire balsámico de las serenas tardes atenienses, en que envueltos los hombres arrogantes en el majestuoso himation de ruda lona y anchos pliegues, y las mujeres en sus suntuosas diploidias, oían de pie que ceñían con sandalias, y con la cabeza, que ornaban con diadema, los versos desesperados y terribles de Edipo el Tirano.

Ni son los premios de estos caminadores, como de los que se disputaban el premio de correr en aquellas fiestas, coronas de laurel verde y fragante, o ramillas de mirto florecido.—Sino que estos jayanes andan pesadamente,—y dan vuelta al circo con una esponja en la mano y una toalla en la otra,—y comen dando vueltas, como perro famélico que huye con la presa entre los dientes, y se enllagan los pies,—y se hinchan el rostro, a punto tal que parece que estalla,—y se arrastran por la pista revuelta, como jacos de posta sudorosos y latigueados,—y ruedan por tierras, hinchadas las rodillas y tobillos, o caen inertes como

resortes rotos o masas apagadas,—por unos cuantos dineros, cuyo sonido, al rebotar sobre los mostradores de la entrada aligera y anima su marcha!

Oh! El espíritu humano, como la tierra, como la atmósfera, tiene capas. Las unas son de arena menudísima, que el sol calienta, y movida de vientos extraños, asciende, en revueltas y brillantes columnas al sol: y son las otras de roca áspera, en que parece quebrarse impotente, como en masa intachable, el cincel divino.—Ni se casarán al fin de esta lidia, el astuto Hipómenes y la hermosa Atalanta, que vencía a todos sus rivales en la carrera, y les daba muerte, con su acerada jabalina, mas no venció a Hipómenes, que dejó caer tras sí en la justa las manzanas de oro que tentaron la avaricia de la hermosa, y dieron tiempo al doncel enamorado para llegar, antes que la hija adusta de Esqueneo, al término de la carrera cuyo premio era el amor de aquella vencedora de centauros: lo que enseña que han de tenerse los ojos siempre cerrados a las manzanas de oro;—si no que acabará esta fiesta del hipódromo Madison en disputas y querellas de rufianes, malcontentos con haber de perder, o haber de compartir, las monedas de la apuesta. De vapores de mirto iban oreadas las sienes de los esbeltos corredores de otro tiempo: y orean las sienes de estos, en salones sombríos y húmedos, que parecen cuevas, los vapores del lúpulo.

No está lejos del circo donde, hombro a hombro, trotan ya en parejas, ya en grupo, ya a la cabeza, ya a la zaga los caminadores,—la estatua de bronce de aquel robusto soldado a quien, como a monumento humano, y ejemplo y prez de su raza, vuelven hoy los ojos los americanos, cuyo valor avigoró con su prudencia, y los hombres todos de la tierra, que vieron convertirse en sus manos generosas la espada del triunfo en rama de oliva:—la estatua de Washington, que lucía al sol brillante del día veintidós de febrero, en que ha ciento cincuenta años nació, raquíticas guirnaldas y menguadas coronas, allí llevadas por la mano marcial de soldados piadosos, cuando debieran,—por cuanto ayuda a ser grande el respeto a los grandes,—venir en este día al altar de granito y de bronce con sus hijos los padres, y con coronas de rosas frescas las doncellas, y con bandera al aire y destocados los niños que se instruyen en las escuelas, y con la falda llena de siemprevivas y las manos llenas de besos las niñas de la ciudad.

Comienza a ser desventurado el pueblo que empieza a ser desagradecido. El grano de oro ha de ser cosechado en los campos y en las almas. Corre peligro de perder fuerza para actos heroicos nuevos aquel que pierde, o no guarda bastante, la memoria de los actos heroicos antiguos. Y aquí se cierran, en el día de Washington, tribunales, escuelas, casas de banca y oficinas; los mozos de tiendas pasean alegres por el ancho Broadway a sus amadas bulliciosas; bullen repletos en tarde y noche los teatros; limpia el pilluelo las botas colosales que le dio el munífico vecino, y orla su camisa azul de un cuello amarillento, y encarama en su hirsuta cabellera, revuelta como nido de pájaros traviesos, un sombrerillo agujereado; asoman, en las calles suntuosas, rubias cabezas de damas, y manos cuajadas de diamantes ocúpanse con afán, ya en cambiar saludo con el galán rubio, ya en ayudarse de él para colgar a sus ventanas señoriales la alegre bandera de la tierra.

En una parte son banquetes, y en la otra discursos, y en los edificios públicos gala y pabellones; mas es este deber de hábito, o de gobierno, o tributo de leales corazones y almas privilegiadas, no la procesión maravillosa en que para hacerse de esas fuerzas de espíritu que la vida moderna ofusca y retacea, debiera la ciudad agradecida venir cada año a honrar a aquel héroe amable y sereno, a quien no cegó ese reflejo funesto de la luz del sol en los laureles de la corona de la gloria, ni devoraron esos apetitos de lengua de

llama que engendra el triunfo. Es aquí ese aniversario día de suelta y paseo, mas no de reverencia; y como a voces anticuadas suenan las nobles voces que en círculos estrechos se alzan aún, con vehemencia filial, a loar aquel que no odió, ni ambicionó, ni engañó, ni quiso ser más que caballero de la virtud, conquistador de la libertad, y soldado cristiano. De gran vaso de antigua labor, de donde un día bebieron Henry Clay, aquel jefe de hombres, y Daniel Webster, en quien su nación se hizo hombre—sacaba en la casa del club Washington humeante ponche un capitán canoso; y daba de él al elocuente Daniel Sickles, que perdió una pierna en las batallas, y con su palabra fogosa gana otras; y al orador Walker, que saludaba en el caudillo de la independencia a un hombre tal que ni tuvo par antes de él ni ha de tenerlo luego; y al caballero Fairchild, que ha traído de España un mensaje de amor de la reina Cristina a esa viuda de Garfield nobilísima, que esconde en la aldea oscura, su dolor sereno y sus virtudes pudorosas. El dolor se ofende de que miren a él y lo publiquen.

En torno a la mesa de la Sociedad de Cincinnati, oían prohombres las palabras sobrias con que el general Grant, que rebosa ansias y acontecimientos, honraba, en la fiesta del día, al ejército de los Estados Unidos. Y como en la faena de acaparar fortuna, olvidan los americanos nuevos a aquellos veteranos que en 1812 movieron y mantuvieron guerra a los ingleses, que estorbaban el comercio de Norteamérica, herían en la mar a los tripulantes de sus barcas, y asaltaban en el océano solitario, so pretexto de derecho de registro, sus buques indefensos,—tráenlos a su mesa en este día de Washington los veteranos de aquella otra guerra ruda de 1848 contra México, que fue a la voz de Taylor y de Scott, hasta enrojecer con sangre de niños bravos que almenaron el último castillo de la patria, la lava abrupta, que como entraña de monte roto, se alza fría y abandonada en el solemne valle mexicano. Truécase el fuego en piedra, como en peñasco truecan los años en el pecho los hervores volcánicos y generosos de la mocedad. Y el buen Pedro Cooper, con su cabellera blanca y con su báculo, preside la fiesta de los mancebos aplicados de su Instituto, a quienes ruega que en este aniversario del padre de la patria, se junten a hablar de él, y a contarse sus méritos, y cómo era ya en su niñez, juez más que compañero de sus amigos, tan pulcro y recto que no parecía su espíritu abismo, sino llano; y como puso a su bravura el freno de la prudencia, quitó a la justicia las espuelas de la venganza; y cómo con artes de indio, que da la tierra, caía de súbito sobre los ingleses aterrados y revueltos, y con decoro de puritano, haciendo a un lado la corona de monarca, colgaba de su casa de labriego la espada del triunfo; y cómo lloraba a grandes lágrimas, cuando presentaba a Lafayette magnánimo, que le venía a ayudar de Francia, a sus soldados gloriosos y macilentos; y cómo, vencido en Brooklyn, salvó con su serenidad a su ejército, y vencedor en Princeton, se aprovechó con celeridad de la victoria; y cómo, en suma, el que a la cabeza de batalladores medio desnudos acampaba en cabañas alzadas con troncos de árboles en medio de la nieve, presidió luego en fértil paz y en próspera fortuna a su pueblo agradecido, que dobló la rodilla sollozando y puso la frente en tierra cuando supo que el hombre virtuoso había muerto en su casa tranquila de Mount Vernon. ¡Buen Pedro Cooper! Así, cuando la maldad reina entre los hombres, la virtud tiene siempre hogares encendidos.

Ochenta y dos años hace ahora que, en la iglesia de los luteranos alemanes de California, ungió Henry Lee a Washington, con las palabras históricas que diez días antes había rogado al Congreso su amigo Marshall que aceptase como el título que discernía al muerto la nación: «El primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos». Y muchos años después del panegírico famoso

de Henry Lee, el historiador Bancroft pronunciaba ante el Congreso americano el elogio de Lincoln, aquel que no bien puso su pie ancho de leñador en la casa de las leyes, acusó con voces nobles de injusta, la guerra que el presidente Polk, hombre del Sur, movía injustamente contra México.

Y ayer, ante auditorio grave y enlutado, leía con voz lenta en un ancho manuscrito un hombre anciano el elogio de Garfield. Negros bordes remataban las páginas anchas; de tocas y vestiduras de dolor estaban aderezadas las damas; y la Casa de Representantes, y el Senado, y el presidente de la nación y sus ministros, silenciosos y tristes, oían la voz del elocuente Blaine, que no se encrespaba, ni azotaba, ni aceraba, como suele en los agrios debates que levanta y doma, sino que salía de sus labios lentamente, como si fuese labor dura para quien bracea sin miedo en los mares de la vida, bogar en calma sigilosa por las sosegadas aguas de la muerte. Y sobre ellos, como brilló en vida, lucía en ancho lienzo el muerto glorioso, con aquella su esbelta apostura de batallador del Parlamento, en la una mano el mazo de papeles, que él movía como dardos, y la otra mano blandamente inclinada en el respaldo de una silla, como quien habla sin esfuerzo, porque el habla le surge de manantial hondo y sereno, y no de estufa recién caliente, en que corren el peligro de morir a poco los carbones no bien encendidos;—y con aquella su faz benévola, radiante y acariciadora, iluminada más que por luz de sol, por luz interna.

Oh!, la palabra, como viento que enciende, saca las llamas del espíritu al rostro.—Y Blaine se asió a su tribuna, y sus labios vacilaron, sus labios de orador vehemente y diestro, e hizo ademán de poner de lado su manuscrito voluminoso, como si aquel discurso que lleva siempre hecho el orador al público que le oye, el cual lo ciega, y al cual lo torna, le pluguiese más que aquella tarea de gabinete, hija de razón que traía escrito. Mas la palabra tiene alas, y vuela caprichosa, y se entra en mundos ignorados e imprevistos, y aquel que habla en nombre del pueblo ha de poner rienda doble y freno fuerte a su palabra alada.

Así fue el elogio de Garfield, más señalado por su obediencia a la rienda que por sus rebeldías.—Vese, en aquel elogio, a la par que tacto discretísimo en no usar la ceremonia solemne en bien del elogiante, que pudo, a no ser discreto, ampararse del caso para hacer defensa de los actos que, como ministro de Garfield, se le censuran, una como vaguedad extraña, y falta de líneas fijas, que den marco saliente a aquella hermosa figura, cuyas virtudes viriles, muerte serena y talento honrado cautivan y enamoran a los que tienen los ojos fatigados de ver crímenes de la inteligencia y mascaradas del corazón. Como la llaga con hierro ardiente, ha de ser quemado en su cueva el talento que no sirva a la virtud. Surge del elogio, sobria y galanamente hablado, y hermosísimamente rematado, el hombre externo y visible, el niño que supo leer a los tres años, el estudiante que leía sus libros de aprender sobre su banco de trabajador, el maestro blando, el soldado hazañero, el diputado laborioso e incontrastable, el viajador que rebusca en los archivos de Inglaterra datos que muestren que no hubo abuelo suyo que no hubiese cargado mosquete y blandido espada en defensa de la libertad; el brigadier romántico que dio con su bravura en Chickamauga color de victoria a la derrota; el discutidor leal e invencible que arrolló siempre en campo abierto, y del lado de la justicia, a sus contrarios. Vese a un hombre valioso, que adelanta, brillante y velozmente, en alas de fortuna acariciadora, tolerante e ingenuo, sin odios y sin séquitos, amigo de los libros, poco hecho a las ansias famélicas de los humanos. Y se entrevé al hombre grandioso cuando sofocado en la casa de gobierno, repleta de aire espeso de hombres, va a entregar frente al mar vasto, su espíritu vasto. Pero los que han vivido echan de menos en esa figura externa la falta de la vida verdadera. El hombre no es lo que se ve, sino lo que no se ve. Lleva la grandeza

en sus entrañas, como la ostra negruzca y rugosa lleva en sus entrañas la pálida perla. El árbol de la vida no da frutos si no se le riega con sangre. Ese andar afanoso; ese sacudir con los hombros peso de montañas; ese vencer, sin más armas que las de amor y las de razón, a los hombres que mueven otras armas; ese aparecer y deslumbrar; ese sentarse, como Sísifo triunfador sobre la piedra que ha empujado con sus brazos a la cumbre del monte, a recibir luz de sol y ofrenda de hombres; y ese partir a tan alto destino con un libro de escuela y un cepillo de carpintero bajo el brazo dan, a quien sabe ver, y goza en admirar, la medida de una titánica figura, titánica hasta en el modo de ocultar que lo era!

De Boabdiles, ya no es hora! Es necesario arrodillarse cada día, como el bravo Balboa, a descubrir un nuevo mar. Es fuerza que cada hombre trabaje, con los maderos vírgenes del bosque, su silla de triunfo. Fuerza es que cada hombre, con sus manos tenaces, se labre a sí propio. Y el que se labre de tal manera, que saque de sí el jefe de cincuenta millones de hombres, oh, es un gran labrador! Vivir en estos tiempos y ser puro, ser elocuente, bravo y bello, y no haber sido mordido, torturado y triturado por pasiones; llevar la mente a la madurez que ha menester, y guardar el corazón en verdor sano; triunfar del hambre, de la vanidad propia, de la malquerencia que engendra la valía, y triunfar sin oscurecer la conciencia ni mercadear con el decoro; bracear, en suma, con el mar amargo, y dar miel de los labios generosos, y beber de aire y agua corrompidos, y quedar sano: he ahí maravillas!—Cuánta agonía callada! Cuánta batalla milagrosa! Cuánta proeza de héroe! Resistir a la tierra es ya, hoy que se vive de tierra, sobradísima hazaña. Y mayor, vencerla.

No fue el elogio de Blaine, aunque caluroso, diestro, sentido y elegante,—aquella alabanza justa, mirada en lo interior y lección suma que nacen de la vida de aquella criatura casta, cuyas mejillas encendió siempre noble pudor viril; de aquel varón eminentísimo, que volvía el rostro descompuesto de la cohorte de mendicantes bien vestidos que le asaltó en sus turbulentos meses de gobierno; de aquel orador singular, cuya palabra limpia y maciza, revuelta airosamente, cual manto de griego, iba cargada de puras y hondas enseñanzas; de aquel espíritu puro que creyó en tiempos de incredulidad, y amó el honor en tiempos en que los hombres se aman a sí propios; de aquel poeta, en suma, que no rimó versos, sino acciones.

Ya aquel ha muerto, y otro, feliz y famoso, está en riesgo de morir. Un cáncer roe el rostro de Longfellow, que cumplió cuatro días ha setenta y cinco años. Y no hubo en Atlanta, en Cambridge, ni en Boston mano de niños sin flores, y labio sin versos. Allá en Atlanta, sentados en los mismos bancos niños blancos y negros, recitaron las estrofas melodiosas del bardo de Boston cinco mil voces puras: las voces de los niños, cual si vinieran de mundo armonioso, vibran extrañamente; y, cual si temblaran de miedo de entrar a vivir, cuando se alzan en canto, parecen llenas de lágrimas. «¡Excelsior!» decían en coro, con la poesía más celebrada de Longfellow, los niños leales de Atlanta, y toda esta tierra que ama a este hombre tierno y bueno, y se ha placido en hacerlo venturoso decía «¡Excelsior!». Él vive en Cambridge, donde con los pies desnudos, las ropas desgarradas y las manos ennegrecidas por la pólvora, llegaron, allá en los años de la Independencia, los bravos soldados norteamericanos, que a pedradas y a culatazos, hundidas ya en cuerpos ingleses todas sus balas, venían de defender la fortaleza, afamada por toda la tierra, con cuyas ruinas se amasó este pueblo, la fortaleza de Bunker Hill. Y posa Longfellow los ojos en el reloj en que posó los suyos Washington. Y engasta y monta sus pulidas rimas en la alcoba misma en que el héroe tranquilo urdió batallas. La vida, que es para unos como monstruo demente y bufador que los elige por jinetes, y los

exalta a nubes, los sacude contra las laderas de los montes, y los esconde en abismos—es para otros riachuelo murmurante, que les baña los pies, cargado de flores. Hombre, la fortuna llamó a las puertas de Longfellow, y le dio esa dote benéfica—trabajo,—esa dote de hadas —trabajo poético, trabajo libre, trabajo de creación y de revelación de la hermosura; y a otros hiende en mitad el hacha de la muerte el cráneo lleno de una selva hermosa! Poeta, nació Longfellow en huerto nuevo, de flores no segadas, en que su mano activa, guiada de ojo perspicaz, segó presto las más lindas flores. De ahí ese frescor de las poesías bíblicas; ese aspecto de tronco de las frases de Job; ese carro de oro en que aparece Ezequiel; esa escala de Jacob, más hermoso, aunque menos osado, que el Prometeo griego; esos ruidos de bosque de los poemas indios; y esa lengua pictórica y perfumada que habla Homero. Está la grandeza de aquellos bardos en sí mismos, y en haber nacido cuando todo era nuevo. ¡Hoy, los que nacen, hallan altares rotos, que estorban el paso, altares confusos que se alzan en la distante sombra, y en la tierra, los árboles sin flores, y en la morada de los bardos muertos, los grandes bardos que pasan con las primeras flores de los árboles en sus manos. Son inmortales porque aspiraron las primeras flores de la tierra. Y ¡qué hermosa es la casa que con sus albores se ha alhajado el poeta! Bajo el pórtico que lleva a su sala, ve a los que entran, como símbolo del culto que tras de aquel umbral se tributa a la hermosura, la casta y serena Venus de Milo. Sobre la ancha y maciza chimenea guardada por altos tibores de la China, álzase ornamento rico que recuerda las líneas airosas del templo de Paestum. Él trabaja en un ancho sillón, ante mesa redonda, cuajada de libros. Allí relee sus versos musicales; sus *Voces de la noche,* en que a vueltas de imitaciones del socrático Bryant, ya apunta el sentidor afable y melancólico, a quien, porque consuele y conforte con su poesía sana y fragante, quiso dar la fortuna fortaleza y consuelo. Relee allí sus *Aves de paso,* en que ya ve con ojos amorosos las penas de los hombres; sus *Baladas,* nacidas de mirar atentamente en las obras humildes y armónicas de la naturaleza: y aquella *Evangelina,* cuento hermoso de Acadia, olorosa y blanca como un lirio: y aquel *Hiawatha,* poema de los indígenas de América, en que se ve la primitiva luz sagrada, los arroyuelos que juguetean entre los céspedes, y se oyen crujir hojas vírgenes al paso de pies nuevos; y aquellos *Cuentos de la posada del camino,* ya impregnados de mística embriaguez y ansias de cielo; y aquellas coplas nuestras de Lope y de Manrique, que él dio al inglés, con singular fortuna, porque ese poeta tiene, como el don de ver en pie cosas y hombres pasados, el don raro de asir la música y el espíritu de las lenguas, de lenguas de Europa, y letras de ellas, le hicieron maestro cuando tenía apenas dieciocho años, y en enseñarlas sucedió luego a Ticknor, que historió con mano segura las letras de España, y por conocer de fuente propia, como ha de hacer todo el que enseñe, la materia de su enseñanza, fue tres veces a tierras europeas, donde el sol calienta, y la naranja enjuga los labios ardorosos; como en el mediodía, y donde la tierra parece mar cubierto de perenne espuma, y el color del cabello de las doncellas es el color de las naranjas, como en Escandinavia. Y se trajo Longfellow, en sus ojos ávidos, los estudiantes salmantinos, y bridones gallardos de Nápoles, y aquellas mozas de Roma, que son estatuas coloreadas, y aquellos caballeros dormidos, que rezan con sus manos de piedra sobre las sepulturas de las iglesias; y aquellos hombres voladores que cruzan, con velas a la espalda que parecen alas, por las laderas, los valles, los ríos, los pueblos nevados de los daneses. Y así que tuvo de tanto matiz rico llena su paleta, sentose a ver, con los ojos de quien ve poblada de seres la atmósfera vacía, a este Universo que hierve perpetuamente, como mar en cuna; aesta naturaleza que se abre perpetuamente, como inmensa rosa, y a oír esas risas de alba, que flotan en la tierra en medio de la noche. Para él la vida es

un amable sacerdocio, una tarea grave, un deber que acarrea gloria, si cumplido, y si olvidado, culpa y miseria, y son los vivos como peregrinos meritorios, que van con las banderas desplegadas, los pies ensangrentados, y la azada en las manos, comiendo del trigo que siembran, y bebiendo del agua de los ríos, que vadean con puentes. Dice esas cosas profundas en versos alados. Habla de fe, hoy que tantos hablan de desesperación. Pervade sus versos una hermosa tristeza, la tristeza azul de aquel que no ha sufrido, no la tristeza mordedora, inquieta y bárbara de los infortunados. Las pasiones tuvieron compasión de su alma pura, y en su alma cantan ángeles. Le hallan perfecto en forma, como vaso árabe. Le hallan descriptor excelente, que no escribe con tinta, sino con colores. Le hallan como ruiseñor del verso, que canta en rama en flor. Y le hallan como si no vibrasen en su lira las voces hondas y desgarradoras de las pasiones humanas, lo cual viene de que este poeta ha sido venturoso. El dolor madura la poesía. Los ángeles de Longfellow no tienen manchadas de sangre las alas. A las veces, pálido de ansia, ve ese anciano al cielo, como buscando en él cual buscan todos los humanos el bajel invisible que ha de volverle a la patria de que vino. El hombre necesita sufrir. Cuando no tiene dolores reales, se los crea. Purifican y preparan los dolores. Y así ha vivido este poeta, en cuyo honor soltaron al aire sus banderas el día de su cumpleaños las casas del pueblo de su nacimiento, y quedaron sin rosas los jardines comarcanos, porque fueron a llenar los jarrones artísticos de aquel en cuyo espíritu vibra blandamente un arpa melodiosa; de aquel bardo dichoso que ha vivido en el solemne culto y en el apacible cultivo de la belleza; de aquel afortunado en cuya casa, como en paredes de diamante, se quebraron los bardos del dolor.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 22 de marzo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTA DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITA PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

El Misisipi desbordado.—Guerra social.—Numerosísimas nuevas.—Un monumento roto.—«¡No han de alzarse monumentos a traidores!»—La historia del mayor André y del traidor Arnold.—Colonos aduladores.—Henry Garnet, notable orador negro.—Hermosa vida de Henry Garnet.—Corre sangre en Omaha.—Graves huelgas.—San Francisco contra los chinos.—Los Estados Unidos cierran sus puertas a los chinos.—Washington, Chicago, Boston.—El caballo de Sheridan.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

El Misisipi desbordado, aquel río hermoso que vieron, antes que ojos algunos de Europa, ojos de españoles,—arrasa e inunda aldeas, haciendas, centenas de hombres, millares de ganados. Llena de agua los

valles. Trueca en mar la comarca. Y así se precipitan en los diarios las nuevas, los aniversarios, las lidias del Congreso, las noticias de muerte, los cuentos de crímenes, las narraciones de fiestas, la historia de las rebeliones imponentes que se encrespan y estallan en las ciudades vírgenes de las lejanas selvas, y que parecen ensayos tímidos de la revuelta colosal y desastrosa con que, en futuros tiempos, habrá de estremecer a esta tierra la pelea de los hombres de la labor contra los hombres del caudal. De Europa viene a este país la savia y el veneno. El trabajador que viene aquí, ya odia. Si prospera, como su rencor era alimentado por su infortunio, acalla su rencor. Mas si medra penosamente, y mientras no medra, vierte en los que le cercan el odio que le llena. De vivir exclusivamente para el laboreo de una fortuna, viene que sea desnudo y formidable el apetito de poseer, envilecedor en los hombres cultos, y tremendo en los hombres ignorantes. Vese aquí cómo los ricos se van agrupando y espaldando, y buscando gobierno para sí, que les ponga a cubierto de las demandas de los pobres. Y vese cómo los adoloridos de otras tierras, enardecidos por la dificultad que a su progreso opone el visible concierto de los ricos, azuzan las iras y avivan la mente de los pobres desasosegados. En esta tierra se han de decidir, aunque parezca prematura profecía, las leyes nuevas que han de gobernar al hombre que hace la labor y al que con ella mercadea. En este colosal teatro llegará a fin el colosal problema. Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores.—Los problemas se retardan, mas no se desvanecen. Negarnos a resolver un problema de cuya resolución nos pueden venir males, no es más que dejar cosecha de males a nuestros hijos. Debemos vivir en nuestros tiempos, batallar en ellos, decir lo cierto bravamente, desamar el bienestar impuro, y vivir virilmente para gozar con fruición y reposo el beneficio de la muerte. En otras tierras se libran peleas de raza, y batallas políticas. Y en esta se librará la batalla social tremenda.

Mas de prever vengamos a ver. No tienen los ojos espacio para todo lo que salta a ellos. Ya es el guía de la raza negra que muere. Ya son mineros y ferrocarriles que se alzan en demanda de monto de sueldos. Ya son californianos avarientos, que tienen celos de los chinos sobrios, y exigen en el calor de los motines que se ponga coto a la venida de los chinos. Ya es una moza que ganaba poco con los vestidos de su sexo, y para hacer oficios de hombre, que acarrean mejor salario, y que ella hizo cumplidamente, como criado de comedores y mancebo de tienda, se embarcó vestida de hombre, por lo que fue presa, y movió curiosidad, y anda ahora libre. Ya es que esta ciudad provinciana hace gala de tener en menos que en las ciudades de Europa tienen a la Patti, como si no fuera el honrar a quien lo merece, honrarse a sí, y el negar honra a aquel a quien se la debe, quitarse honra a sí propio. Ya son guerreros que cenan, para hacer memoria de sus heridas, sus marchas y sus guerras. Ya niñas de dieciocho años que preguntan a los diarios si no será la edad suya edad buena de casarse, contra el consejo materno, a lo que uno de los diarios dice que ese de dieciocho años ha de ser afecto pueril, y celaje de primavera, y que es bueno aguardar a más, por ver si el celaje hermoso resiste al sol de estío y a las nieves del invierno, por lo cual el consejo de la madre, aunque parezca áspero a la hija, es buen consejo. Ya, todos encintados de verde, calzados con botas corpulentas, y coronados de extraños sombreros, pasean, tras de su general que va a caballo, los hijos de Irlanda, la ciudad en este día de su patrón amado San Patricio. Ya son abanicos que se exhiben; monumentos cuya demolición se trama; diarios que, en este mes de anuncios, se venden como diarios y son montes; banquete con que celebra el presidente en Washington, en mesa llena de rosas y jazmines, a los buenos y graves jueces de la Suprema Corte. O es ya séquito fantástico de gentes de circo encabezado por mozas robustas vestidas de

reinas de Escocia, y por titiriteros en trajes de condes y de duques, en que a la lumbre eléctrica, que baña de luz blanda las calles, resplandecen crinajes de árabes corceles, melenas de leones, labios fangosos de chacales, colmillos de elefantes, jorobas de dromedarios, ojos de hiena.

Y ¡qué dolorosa historia recuerda ese monumento que se quiere demoler! Es el de un joven militar, cuyo cuerpo yace hoy, honrado entre los cuerpos de los grandes, en la Abadía de Westminster. Salió de las filas inglesas por mandato de su jefe, allá en los tiempos en que guerreaba contra Inglaterra Washington, y se entró en una fortaleza americana, y huyó por entre filas de soldados de América, luego que ajustó el precio de la traición que había de dar a Inglaterra la anhelada fortaleza. Y el mayor André, que era bravo y gallardo, fue sentenciado por Washington a morir como traidor en la horca. Y se vendó los ojos, y se ajustó el nudo de la cuerda al cuello y golpeó con el pie firme el carro que iba a servirle de cadalso, el cual fue súbitamente arrebatado de debajo de los pies del triste joven, que quedó allí, colgando por traidor. Es suceso famoso, que merece cuento. Arnold era general americano, y hombre de tantos vicios como bravura, y audacia como ligereza. Vino a poco en dineros cual vienen siempre los viciosos; logró de Washington el mando de la fortaleza de West Point, que era llave del Hudson y casa de águilas, y ofreció en venta la fortaleza al caudillo enemigo, que envió al mayor André por diestro y bravo, a que averiguase los dineros que quería Arnold por su ignominia, los cuales fueron averiguados, y merecidos de antemano por unos planos de la fortaleza que Arnold dio a André, y este escondió en sus botas, y causaron su muerte; que no es bien por cierto lamentar y honrar, porque va para vil quien comercia con vilezas, de las que supo al punto por qué cayó el mayor en manos de soldados del ejército de América que, más honrados que su general, rehusaron los monedales que les ofrecía André porque le dejasen libre, y le llevaron a poder de Washington, quien le sometió a consejo, el cual le juzgó por su propia confesión, y no creyó bien acordarle el hermoso consuelo de morir faz a faz con los fusiles, como mueren los buenos soldados. Murió vilmente el que había venido a envilecer. Es ley dura, pero es ley justa. Y es ahora moda de americanos de alma enferma solicitar gracias y halagos de la metrópoli inglesa, porque hay frentes serviles, hechas para yugo, cuyos dueños emplean la riqueza que heredaron de sus padres trabajadores en esconder que vienen de ellos, porque no tengan a mal los nobles de mano fina de Londres soberbia, sentar a su mesa a hijos de menestrales y labriegos.—A veces tiene vientre de oro quien tiene testuz de can; es crimen avergonzarse de los que hicieron a su patria colosal y libre, porque hacerla libre era ya ponerla en camino, breve y dilatado de ser colosal, y besan luego la orla de las casacas señoriales de los que mantuvieron a su patria en hierros, a su riqueza en diques, a su decoro en cepo, a su razón en ignorancia ignominiosa.—De esas frentes yugales vino el pensamiento de erigir a André a la margen del Hudson un monumento, que fue a poco erigido. Mas un joven poeta, hecho en la guerra del Sur a arrancar banderas de los cañones enemigos y a quebrar prisiones, y a poner sobre ellas el pabellón cuya asta fuerte rompió de un golpe la argolla cruenta en el pie de los esclavos, se echó al hombro una azada, aguardó a la margen del río la noche amiga, e inhábil para dar en tierra, como quería, con el monumento bochornoso,—tajó sus bordes y rompió sus letras, porque no se dijese que la traición tenía un altar donde la libertad tiene su más solemne templo. Y le persiguen, porque fue ese trozo de granito tallado y colocado a expensas de Cyrus Field, magnate rico, que pone empeño en hacer mal al poeta que llama vil a su obra. Mas, en junta de doscientos hombres que se congregaron en un lindo pueblo a la orilla del río, un anciano de cabellos muy blancos denunció con los labios muy trémulos,

puestas en alto las dos manos rugosas, al que en el suelo que guarda los cadáveres sagrados de los que murieron por la independencia de su patria, alza insolente piedra a honrar al que, tomando vino y comiendo pan en la mesa de un soldado infame, concertó la manera de mantener la patria gloriosa en ruina y servidumbre. Y se ve ahora el modo de ir en séquito a dar en tierra con el monumento malaventurado.

En tanto que esos amigos de las glorias americanas se reunían para ver que no se honrase a quien no era digno de honor,—otros hombres agradecidos al bien que del reverendo Henry Garnet recibieron, decidían vestir de luto por su muerte la iglesia que fue suya; y contar en solemne ceremonia, la humildad, la elocuencia, la grandeza, la firmeza, el empuje del afamado orador negro. En un día solemnísimo, los rayos de sol que penetran por las ventanas altas del Capitolio de Washington iluminaban la frente bronceada y vasta de un hombre altivo que decía con voz serena frases magnánimas y elocuentes: era Henry Garnet, el primer hombre negro que se sentaba, como sacerdote venerable, entre los hombres blancos que cobija la cúpula del severo Capitolio. En otro día no olvidado, un joven imponente decía vehementísimas y cultas palabras ante la Sociedad Antiesclavista de Nueva York, que admiró lo aprovechado de su mocedad, lo evangélico de su frase, lo acabado de su modo de decir, la virilidad de su apostura: era Henry Garnet, que vuelto de trabajoso colegiaje lucía por vez primera en público sus facultades oratorias. ¿Y ese grumete mísero, que limpia vajillas y cubiertos y hace oficios menores, y va de mozo de cámara en un vaporcillo que da viaje a Cuba? Es Henry Garnet, que enseña a los hombres perezosos, soberbios e impacientes, cómo se puede, de negrillo camarero, hijo de esclavos fugitivos que anduvieron desnudos por la nieve y padecieron frío y hambre en los bosques, ir a pastor de iglesia: a maestro, a miembro del congreso de Frankfort, a abogado del trabajo libre de Inglaterra, a caudillo de su raza, a representante de una nación de cincuenta millones de vasallos en tierra extranjera, a orador en cuya frente limpia y altiva juguetea, como acariciándosela enamorada, la serena y grandiosa luz del Capitolio.—Venían los negros, perseguidos en los estados del Sur, a Nueva York, y llamaban, como a la casa del patriarca, a la de Garnet, que les aderezaba para vivir su casa y su iglesia: y le oían como a mesías, y le obedecían como a Moisés.—Era fama, cuando ya estaba Garnet privado del uso de una pierna y entrado en latines, que traía revuelta con sus bravas ideas antiesclavistas a la Academia de Canaan, que llegó a ser fortaleza de estas ideas, repleta de vehementes soldados,—y los partidarios de la esclavitud juntaron noventa y cinco yuntas de bueyes, y las uncieron a la Academia, y la arrancaron de cuajo, en tanto que balas matadoras tajaban el aire en busca de «aquel negro atrevido de frente alta». No era su lenguaje truncado e imperfecto como el de casi todos los hombres de su raza en esta tierra, sino atildado y ejemplar; sus ojos, decían honradez; sus labios, verdad; todo él, respeto. Lo tributaba y lo inspiraba. En un grupo de hombres, parecía él el jefe. Fue sacerdote en Washington, y lució como virtuoso y elocuente sacerdote. Lo fue en Nueva York, en propia iglesia, y cada año le traía a sus feligreses más amorosos y sumisos. Con el brazo derecho paraba todo golpe que el negro injusto dirigiese al blanco que había ayudado a libertarlo, y con el brazo izquierdo desviaba de la cabeza de los negros todo golpe que a ellos enderezasen los blancos que los desdeñan sin razón, porque les ven víctimas del mal que les hicieron. Garnet, que ha muerto de Ministro de los Estados Unidos en Liberia, ni se avergonzaba de las miserias de su raza, ni las compartía. Odiaba el odio. Amaba vivamente a los blancos y a los negros. Ha muerto amado.

Otro hombre acaba de morir, al borde de cuya tumba se congregaron dos millones de hombres agitados. —Era un herrero, que vivía hace tiempo sin empleo. Nótase ahora, en los grandes lugares de labor, como oleaje de cólera. Los que se rebelan son hombres fuertes, de espaldas anchas, que dejan sin encender la fragua, y sin batir el hierro sobre el yunque;—y mujeres débiles, de manos flacas y hábiles, que se niegan a que se les merme el ruin salario que les pagan por hilar el lino. A un tiempo estallan huelgas entre los molineros de Chicago, los mineros de Cumberland, los terrapleneros de Omaha, los herreros de Pittsburg, las hilanderas de Lawrence. En Pittsburg, corre la sangre de dos guardianes. En Omaha, muere con una bayoneta en el costado el herrero sin empleo. Los empresarios de los terraplenes en Omaha consintieron en pagar un peso y cincuenta centavos de jornal a cada trabajador, que trabajaba antes por un peso y cuarto cada día. Los terrapleneros se alzaron, y pidieron aumento de veinticinco centavos al jornal diario. La empresa trajo hombres de otra comarca. Omaha desde entonces arde en cólera. La ven los obreros airados como a fortaleza de sus derechos. Con sesenta guardianes custodió la empresa el lugar de sus trabajos, y a la zaga de grandes banderas y al son de música y atambores, arrollaron tres mil obreros omahenses a los guardianes aterrados, y espantaron e hirieron a los trabajadores forasteros. Convocó el gobernador a la milicia, y el presidente le envió tropas. La muchedumbre, como ola, fluía y refluía en torno a los soldados armados, los vejaba, los punzaba, los denostaba. Los soldados, al fin, calada la bayoneta, cargaron sobre la turba, que retrocede y vocifera, y quiere arrebatar a los soldados los fusiles, en cuya lid cae un obrero al suelo, con el acero clavado junto al corazón. La línea se repliega. La muchedumbre ruge. Su caudillo, que lamenta el motín y mantiene el derecho del trabajador a ganar salario que le habilite para vivir sin sustentos y miserias con el producto de su labor, reúne a los miembros de las sociedades de trabajadores para ver de salvar del hambre, y de las cobardías que vienen de ella, a los terrapleneros sin empleo; ruega a los senadores que alcancen del presidente la retirada de las tropas, a la cabeza de dos mil obreros, acompaña a ser puesto en la tierra, el cadáver del herrero herido, en honra del cual ya se talla en granito un monumento. Parecía el entierro tregua de campaña. Dicen mucho, dos mil hombres silenciosos. Y de pie en las filas, estaban los soldados, preparado el cartucho, atenta la mano, calada la bayoneta. Y así quedan; así se ven ahora faz a faz, trabajadores y soldados.

Allá a lo lejos la gran ciudad de San Francisco ha sido teatro de más extraña lucha. De viejo viene siendo entre los chinos endebles y sumisos que hacen varias y buenas labores a ruin precio, y los inmigrantes europeos que han menester de trigo y de licores, y de telas costosas, y de familia, por lo que no pueden hacer a precio ruin las labores en que, en lo barato y en lo hábil, le aventaja el chino. Al fin, fue llevado al Congreso el problema arduo. Al fin el Congreso ha decidido que cese la inmigración china en San Francisco. Ya no podrán venir, como venían a modo de rebaño, y a millaradas, los hombrecillos de ojos almendrados, rostro huesudo y lampiño, y larga trenza. Ya no podrá el hombre de China, a no ser viajero, o mercader, o maestro, o enviado diplomático, o estudiante, o trabajador que hubiese estado en Norteamérica hasta noviembre de 1880, los cuales han de traer muy minucioso pasaporte, pisar en busca de trabajo, tierra norteamericana. En vano dijo un senador que la nación que hacía gala de llamar a todos los hombres a su seno, no podía, sin que causase asombro, cerrar sus puertas y negar sus campos a toda una raza respetuosa, útil y pacífica. En vano dijo un economista que el Congreso de una nación, hecho a amparar los derechos de los nacionales, no podía privarles del derecho de comprar barato, y en mercado libre, el trabajo que

necesitan para sus industrias. En vano imponentes grupos en la alta y baja Cámara decían que prohibir la entrada de hombre alguno, y de un pueblo entero de hombres, a esta tierra, era como rasgar con una daga la Constitución generosa de este pueblo, que permite a todos los hombres el ejercicio libre y libre empleo de sí. En vano toda la prensa buena del Este tenía a mal que en provecho de los inmigrantes de Europa, ambiciosos y voraces, se compeliese a emplear trabajo caro a los fabricantes del Oeste, y se cerrase la entrada del país a los inmigrantes de Asia. Era un duelo mortal de una ciudad contra una raza. Por mantener la esclavitud de los negros hizo una guerra el Sur. Pues por lograr la expulsión de los chinos hubiera hecho una guerra el Oeste. Se veía la nube sangrienta. Días antes del término del debate, la ciudad de San Francisco se replegó en silencio, como aquellos antiguos caballeros, armados de hierro y oro, se recogían a orar en la víspera de la batalla que llamaban velada de las armas. En la ciudad inmensa, inmenso silencio. Era día de paseo, y parecía día de combate. Daba miedo la calma. En sus casas, las mujeres. En las calles, los hombres huraños, rojos y espaldados. En sus callejuelas y rincones, los trémulos chinos. Pero en la hora de las juntas, fue toda la ciudad un gran clamor. Parecían cruzados, ya puestos en camino, a echarse al hombro los mosquetes, y a afirmar en las cujas las pesadas lanzas. Y en las ciudades, villas, aldeas, aldehuelas vecinas, había juntas iguales. Montes despeñados parecían de lejos los hombres en las calles. Todos tenían los puños apretados, y los ojos coléricos. Alzábanse tribunas en las plazas. Para siempre y de cuajo debían salir los chinos de la ciudad de San Francisco! La ciudad quería defender su civilización y sus hogares! ¡El Congreso debe votar a una la petición de los senadores californianos! ¡Como un hombre, como un pueblo, como leales ciudadanos de la República, el pueblo de San Francisco, reunido todo en junta, ruega al Congreso que le libre de los daños que le vienen de esa absorbente, servil, corruptora, incontrastable invasión china!—Y el Congreso encargado de mantener la unión de todos los estados, y librar a esta tierra de paz de la mancha de sangrientas guerras intestinas, acató sumiso los deseos del agitado y amenazador pueblo de San Francisco de California. Y no es, no, la civilización europea amenazada la que levanta como valla a los chinos la espuma de sus playas; es la ira de una ciudad de menestrales que han menester de altos salarios contra un pueblo de trabajadores que les vencen, porque pueden trabajar a sueldos bajos. Es el rencor del hombre fuerte al hombre hábil. Es el miedo de una población vencida al hambre.

Omaha está aún de miedo. San Francisco está ya de regocijo. Boston no sabe si, empatados como están los votos en la comisión del sufragio de mujeres en su legislatura, se concederá al cabo, como se aguarda, o se negará, como otros quieren, a las mujeres del viejo y glorioso estado de Massachusetts, cuna de glorias y casa de letras, el derecho de votar en todos los asuntos que someta a la decisión de las urnas el estado. Washington, que aplaudió al senador Hoar, que muestra ya por su elocuencia y brío que sabrá hacer su nombre famoso, persigue con ansia la investigación, comenzada a puerta abierta, de todos los lances, complicidades, compromisos y misterios de la extraordinaria Compañía Peruana, de relación con la cual se acusa a buena suma de representantes de la Unión. Y como es voz entre altas gentes que en esa extraña Compañía andaban interesados muy venerables personajes, están los unos tímidos y los otros contentos de ver salir así amigos y enemigos culpables a la plaza.

Y en Chicago, la ciudad grande de los graneros y molinos, celebraron ciudadanos prominentes, en torno a mesa suntuosa, el día en que cumplió cincuenta y un años el bravo general Sheridan, que con Sherman y Grant venció al Sur gigantesco, que limpió de rebeldes el valle de Shenandoah, que midió sus armas con las

armas del Sur en sesenta y cuatro batallas, y que una vez que el general Early, caudillo de los confederados se entró a tala y a saco por su ejército cuando andaba él a veinte millas de distancia de sus soldados, oyó la nueva, clavó las dos espuelas en los ijares de su caballo alado, hizo riendas de los vientos, y llegó a punto de hacer volver grupas a la victoria, que huía ya de su campo glorioso en rota desolada. Y es famoso, como el caballo de Alejandro, el caballo de Sheridan.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 31 de marzo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Longfellow ha muerto.—Su muerte, sus versos, su vida.—Urnas sonoras.—Abogados mujeres.—La mujer en los asilos, en los hospitales, en las cárceles, en las escuelas.—La mujer en las universidades.—En Inglaterra y en los Estados Unidos.—Derecho de desembarque que han de pagar los inmigrantes.—Fauces enormes.

Nueva York, 1ro de abril de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

Ya, como vaso frío, duerme en la tierra el poeta celebrado. Ya no mirará más desde los cristales de su ventana los niños que jugaban, las hojas que revoloteaban y caían, los copos de nieve que fingían en el aire danza jovial de mariposas blancas, los árboles abatidos, como por el pesar los hombres, por el viento, y el sol claro, que hace bien al alma limpia, y esas leves visiones de alas tenues que los poetas divisan en los aires, y esa calma solemne, que como vapor de altar inmenso, flota, a manera de humo, sobre los montes azules, los llanos espigados y los árboles coposos de la tierra. Ya ha muerto Longfellow. ¡Oh!, cómo acompañan, los buenos poetas! ¡Qué tiernos amigos, esos a quienes no conocemos! ¡Qué benefactores, esos que cantan cosas divinas y consuelan! ¡Si hacen llorar, cómo alivian! ¡Si hacen pensar, cómo empujan, y agrandan! Y, si están tristes ¡cómo pueblan de blandas músicas los espacios del alma, y tañen en los aires, y le sacan sones, como si fuera el aire lira, y ellos supieran el hermoso secreto de tañerlo!

La vida, como un ave que se va, dejó su cuerpo. Le vistieron de ropas negras. Le arreglaron la blanca barba ondeante sobre el pecho. Le besaron la mano generosa. Miraron tristemente, como quien ve un templo vacío, su frente alta. Le acostaron en su ataúd de paño. Le pusieron en él un ramo humilde de flores campestres. Y abrieron, bajo la copa de un álamo majestuoso, un hueco en tierra. Y allí duerme.

Y ¡qué hermoso fue en vida! Tenía aquella mística hermosura de los hombres buenos; el color sano de los castos; la arrogancia magnífica de los virtuosos; la bondad de los grandes, la tristeza de los vivos, y aquel anhelo de la muerte, que hace la vida bella. Era su pecho ancho, su andar seguro, su cortesía real, su

rostro inefable, su mirada fogosa y acariciadora. Había vivido entre literaturas, y sido quien era, lo que es mérito grande. Le sirvieron sus estudios como de crisol, que es de lo que han de servir, y no de grillos, como sirven a otros. Tanta era su luz propia, que no pudieron cegarla reflejos de otras luces. Fue de los que dan de sí, y no de los que toman de otros. Le graznaron cuervos, que graznan siempre a las águilas. Le mordieron los envidiosos, que tienen dientes verdes. Pero los dientes no hincan en la luz. Él anduvo sereno, propagando paz, señalando bellezas—que es modo de apaciguar, mirando ansiosamente el aire vago, puestos los ojos en las altas nubes y en los montes altos. Veía a la tierra, donde se trabaja, hermosa; y la otra tierra, donde tal vez se trabaja también, más hermosa todavía. No tenía ansia de reposar, porque no estaba cansado; pero como había vivido tanto, tenía ansia de hijo que ha mucho tiempo no ve a su madre. Sentía a veces una blanda tristeza, como quien ve a lo lejos en la sombra negra rayos de luna. Y otras veces, prisa de acabar, o duda de la vida posterior, o espanto de conocerse, le llenaban de relámpagos los ojos. Y luego sonreía, como quien se vence. Parecía un hombre que había domado a un águila.

Son sus versos como urnas sonoras, y como estatuas griegas. Parecen al ojo frívolo pequeños, como parece de primera vez todo lo grande. Mas luego surge de ellos, como de las estatuas griegas, ese suave encanto de la proporción y la armonía. Y no batallan, en lo hondo de esas urnas, ángeles rebeldes en nubes encendidas; ni se escapan de ellas lamentos alados, que vuelan como cóndores heridos, lúgubre la mirada llameante, el pecho rojo; ni sobre rosas muelles se tienden descuidados, al son de los blandos besos y la amable avena, los tiernos amadores, sino que es su poesía vaso de mirra, de donde asciende en humo fragante como en homenaje a lo alto, la esencia humana. Hizo el poeta canoso versos varios, y supo de finlandeses y noruegos, y de estudiantes salmantinos, y de monjas moravas, y de fantasmas suecos y de cosas de la colonia pintoresca y de la América salvaje. Pero estos ocios de la mente, que son bellos, no copian bien el alma del poeta, ni son su obra real, sino aquellos vagares de sus ojos y efluvios de su espíritu, y luengos y ternísimos coloquios con la solemne naturaleza, que era como la desposada de este amante, y se ponía para él sus galas ricas, y le mostraba, confiada en su amor, los tesoros de su magnífica hermosura. Y sus labios, hechos al canto, fluían entonces versos armoniosos. Así miraba, desde los cristales de su ventana, la tarde oscura, no como quien teme a la noche, sino como quien aguarda a su perezosa desposada. Y le parecían los niños flores, y las niñas rosas, y él era para ellas muro viejo, por el que trepaban alegres las rosas y las flores. Le sobrecogía, como a onda mísera, el miedo de perderse en el mar inmenso como onda, y se rebelaba, y se preguntaba cuál era entonces la utilidad de tanta pena, y la razón de tanto bárbaro martirio, pero tenía piedad de sí, y de los demás, y no contaba estos dolores a los hombres. Quería que se viviese como Héctor, y no como Paris, que se viviera sin ira, y con agradecimiento; y que se supiese cuánto hay de hermoso en el dolor, y en la muerte, y en el trabajo. No incitaba a los humanos a cóleras estériles, sino al bravo cultivo de sí mismos. Creyó que, puesto que se tienen brazos, han de moverse y emplearse; y puesto que se tiene alma, ha de vivirse de ella, y no de vanidad, ni de comprar ni vender goces, por cuanto no es goce el que se compra o vende. Veía la vida como monte, y el estar en ella como la obligación de llevar un estandarte blanco a la cima del monte. Y vivió en paz fuera de los mercados bulliciosos, donde los árboles rumoreaban, y trabajaba, a la sombra de un castaño, un herrero robusto, y volaban, como las hebras rubias del maíz tierno, las chispas de la fragua, y se paraban a verlas, como pensativos, parvadas de escolares pequeñuelos. Y ha muerto ahora serenamente, cual se hunde en el mar la onda. Los niños llevan

su nombre; está vacío el sillón alto, hecho del castaño del herrero, que le regalaron, muy labrado y mullido los niños amorosos; anda, con son pausado, el reloj rudo, que sobrevive al artífice que lo hizo, y al héroe que midió en él la hora de las batallas, y al poeta que lo celebró en sus cantos; y cuando, más como voz de venganza que como palabra de consuelo, sonaron sobre la fosa abierta aún aquellos sones religiosos, salmodiados tristísimamente por el hermano del poeta, que dicen que se vino del polvo y al polvo se vuelve, parecía que la naturaleza descontenta, en cuyo seno posaba ya su amado, enviaba el aire recio que abatía sobre la tumba fresca el ramaje del álamo umbroso, y que decía el viento en las ramas, como consuelo y como promesa los nobles versos de Longfellow, en que cuenta que no se dijo lo de la vuelta al polvo para el alma. Y echaron tierra en la fosa, y cayó nieve, y volvieron camino a la ciudad mudos y tímidos, el poeta Holmes, el orador Curtis, el novelista Howells; Luis Agassiz, hijo del sabio, que lo fue de veras porque no fue para él el cuerpo, como para tantos otros, velo del alma, y el tierno Whittier, y Emerson trémulo, en cuyo rostro enjuto ya se pinta ese solemne y majestuoso recogimiento del que siente que ya se pliega su cabeza del lado de la almohada desconocida!

La vida humana está harta, como la tierra, de montes y de llanos. ¡Y a las veces de criptas siniestras y de abismos! Y es fuerza a cada paso sacar los ojos de los montes, que son los hombres altos, y ponerlos en llanuras.—Está el Congreso de debates; y de fiesta la dama de Massachusetts. Ve el Congreso si debe sacar provecho de tanto hombre de Europa como viene a estas tierras; y ya dijo la asamblea de Massachusetts que pueden abogar damas en los tribunales del estado. Nótase en esta tierra nueva gran premura por dar a la mujer medios honestos y amplios de existencia, que le vengan de su propia labor, lo cual le asegurará la dicha, porque enalteciendo su mente con sólidos estudios, vivirá a par del hombre como compañera, y no a sus pies, como juguete hermoso, y porque, bastándose a sí, no tendrá prisa en colgarse del que pasa, como aguinaldo del muro, sino que conocerá y escogerá, y desdeñará al ruin y engañador, y tomará al laborioso y sincero. Pues en ese mismo estado que acepta ahora las damas como abogados en sus tribunales, hay una señorita Robinson que dirige, con éxito notable, su bufete de letrado, lo cual es honra en Boston, capital de Massachusetts, donde trabaja la señorita, porque es Boston tierra de sabihondos y censores, y no luce allí quien quiere, sino quien puede. Y uno de los periódicos de leyes que más crédito goza en toda esta tierra, está también dirigido por una culta dama. En nueve de los estados de la Unión, puede ya la mujer abogar como letrado en casos criminales y civiles. Y en otro estado, que es Vermont, las que pagan contribución votan por aquel que más les place de los candidatos a los empleos de las escuelas, cuyos candidatos pueden ser también mujeres—aunque cuentan los murmuradores que curan poco de este beneficio las damas vermontesas, porque en este año, hubo pueblo en que solo votaron cinco damas.

Mas no es solo en los tribunales, y en las urnas, en donde quieren los pensadores de esta tierra ver a las mujeres. Es en la administración pública, en la dirección de cada casa de caridad, en el consejo de cada taller correccional. ¿Pues, dos gobernadores de Nueva York no nombraron para altos puestos a dos damas? Nombráronlas, y no hay en el estado más inteligentes oficiales, ni mejor servidos puestos. ¿Quién no ve en las casas, y más en nuestras casas que en estas, a la esposa siempre tímida y ahorradora; y al esposo siempre pródigo y fantaseador, como si fuera la tierra Sésamo, y él Montecristo, y a cada clamor suyo, de esos terribles que no hallan respuestas, hubiese de abrir a sus ojos la tierra obediente el seno de oro? Somos un tanto hebreos, en punto a fortuna; y esperamos siempre un mesías que nunca llega. Y no hay más que un

modo de ver llegar al mesías, y es esculpirlo con sus propias manos. No hay en la tierra más riqueza que la que viene precipitadamente, por medios de indecoro, o lentamente, por medios de trabajo. ¿Quién ha de ser mejor guía para las mujeres extraviadas, que una dama buena? Ni ¿quién que ve una madre, y la ve cómo ama, y prevé, y endulza, y perdona, duda de ese caudal de maravillas que yace ignorado en cada alma de mujer? Es una mano de mujer, vara de mago, que espanta búhos y sierpes, y ojos de Midas, que trueca todo en oro.—Pues ¿cómo no ha de ser justo que en las juntas en que se ha de aconsejar sobre el modo de dirigir maestras, o alumnas, o pobres presas, aconsejen mujeres, que saben de achaques de mujer, y del modo de reformarlos o curarlos? El hombre es rudo e impaciente, y se ama más a sí que a los demás. Y la mujer es tierna, y goza en darse, y es madre desde que nace, y vive de amar a otros. ¡Llámenla, pues, a que sea consejera en todas esas juntas de consejo, y donde haya niños o mujeres a quienes dirigir, o cuidar, o curar, sea mujer la que dirija, con lo que será más suave y rápida la cura!

¿Y en colegios? ¿Se han de cerrar acaso los altos colegios a estas mujeres que han de ser luego compañeras de hombres? Pues si no tienen los pies hechos al mismo camino, ni el gusto hecho a las mismas aficiones, ni los ojos a la misma claridad ¿cómo los acompañarán? Vive todo ser humano de verterse, y es el más suave goce el comercio de las almas. ¿Qué ha de hacer el marido sabedor, sino apartar los ojos espantados y adoloridos de aquella que no entiende su lenguaje, ni estima sus ansias, ni puede premiar sus noblezas, ni adivinar sus dolores, ni alcanzar con los ojos donde él mira? Y viene ese divorcio intelectual, que es el mal terrible.

Ni es verdad, a lo que dicen maestros y observadores, que sea cosa probada la flaqueza de la mente femenil para llevar en sí hondas cosas de artes, leyes y ciencias. Inglaterra les ha abierto sus colegios, y están orgullosos de ellas los colegios de Inglaterra. Altas cosas estudian las mujeres en el colegio de la Universidad en Londres, donde una tercera parte de los discípulos son doncellas atentas y estudiosas, y no hay año en que no hay ventaja relativa a los donceles estudiantes. Cuatro universidades viejas y famosas tienen los ingleses, y en esa de Londres y en la de Durham, invístese ya de la toga doctoral a las educandas; en Cambridge, se las recibe en cátedras y exámenes, los que les sirven como de títulos de honor, aunque no les dan derechos; y en Oxford, que es universidad reacia y severa, ya las admiten a cátedras, a que ellas van gozosas. Es cosa que alegra los ojos ver llegar a las puertas del colegio a los mancebos retozones, a la par que bajan gravemente de sus carruajes las jóvenes que vienen a la universidad a aprender artes y ciencias. De la Universidad de Cambridge han salido maestras excelentes. Y en esta tierra misma, Harvard es universidad celebradísima, y tiene cátedras para mujeres, cuyos adelantos y aplicación encomia; y en la Universidad de Cornell, que goza también fama, no hay memoria de que haya hecho examen nulo ninguna de las numerosas estudiantes. Y ahora se quiere, que, como las de Harvard soberbio, y Cornell celebrado, se abran a las mujeres jóvenes las puertas del muy valioso colegio de Columbia. Cosas pueden ser estas, para quien viva en otras riberas, singulares: mas si es verdad que ese ir y venir por cátedras y calles pudiera parecer en nuestros países como echar flores débiles al viento, no ha de verse el modo de enseñar, ni a que sea de hombre el instituto en que se enseñe, sino que se ha de proveer, en forma que concierte con nuestras costumbres, a la urgentísima necesidad de esa enseñanza.—Porque no suelen volar los esposos de la jaula de oro primaveral en busca de nueva primavera, o de belleza nueva, sino porque es dama sin mente como

vaso seco, y busca el hombre sediento donde posar los labios ardorosos. Son las almas como las rosas, y han menester de sol ardiente, y de que caiga en ellas, con cada alba, rocío nuevo.

Nueva York, que quiere abrir su universidad a las mujeres, no gusta de tener abierta su bolsa a todos los menesteres de los inmigrantes europeos, que llegan a las veces con hambre, y sin dineros, ni ropa, ni salud, todo lo cual acarrea gastos que Nueva York paga, porque a Nueva York llegan, aunque luego se salen del estado, y fincan en otras comarcas que se benefician de ello, sin tener parte en sus costos. Ya fue uso en otro tiempo que cada inmigrante pagara un peso al erario, a modo de derecho de entrada, porque el estado de Nueva York había de reenviar a sus tierras los pordioseros y los criminales, de los que venían muchos, y esos pesos se empleaban en los costos del reenvío. Pero se dijo que era inconstitucional la ley, como se dijo también de otra semejante que la sustituyó, por lo que ahora trátase de que sea la ley de la nación, y no de un estado, y que cada atezado hebreo de Rusia, o fornido alemán, o irlandés belfudo, o francés bullicioso, o sueco de cabellos rojos que a estas playas lleguen, pague unos cuantos dineros, que se pondrán en caja, para pagar con ellos a los que vienen enfermos o a medio vestir, o en incapacidad de hallar rápido empleo. Y esa va a ser la ley nueva para Castle Garden, que será nombre famoso en tiempos venideros, en que parecerá esta tierra maravilloso monstruo, y esa casa de emigrantes, con su ancha puerta abierta, será temida por sus fauces enormes.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 11 de abril de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

«Ostera» y las Pascuas.—Antaño y hogaño.—Los huevos de Pascuas.—Costumbres de Nueva York.—El pájaro de Holanda.—Jesse James, gran bandido.—Sus proezas, su fama y su muerte.—Los cazadores de búfalos.—Los indios de Norteamérica.—*Crows* rebeldes y prósperos *cheyennes*.—«A ver crecer el maíz.»—El presidente opone su veto al acuerdo de la Casa de Representantes que cierra los Estados Unidos a los chinos.

Nueva York, 15 de abril de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

¡No parece de abril el triste día! Ni son de abril los árboles desnudos, que dibujan en el cielo sombrío sus esqueletos negros; ni los arbustos secos, que parecen, más que gala de los patios, manojos de látigos clavados en la tierra; ni la enmarañada enredadera, colgada como de harapos, de hojas rotas; ni el sol triste, que se levanta perezoso entre las nubes densas. Pero ya son de abril los pajarillos aleteadores, y los nidos están llenos; y los niños juguetean por las calles, aderezados con sus lujos pascuales, porque estos son días

de regalo y de fiesta, en que abren ya sin miedo sus alas las palomas; y su seno al aire fresco de la primavera los niños candorosos.

¿A dónde va la pequeñuela linda, calzada de fino y enguantada, prendido el broche de perlas de su madre al cuello de encaje rico? Va, con paso menudo y jubiloso a dejar en la caja de bronce, pintada de verde, que está fija en el poste del farol de la esquina, la tarjeta de Pascuas que recogerá a poco, y llevará a casa de otra linda amiga el cartero cansado, el buen cartero, con su bolsón cuerudo, y su uniforme y su cachucha azules, los cuales trocaría de buena gana por otro hábito en días como estos, en que se llenan las cajas de bronce de las esquinas, y aquellos nichos de la casa de correos, semejantes a los que lo fueron de libros de la vieja Biblioteca de Alejandría, de las cartas de plácemes que cambian estos corteses vecinos de Nueva York.

Y no hay secta, ni hay herejes, ni hay rebeldes, para esta fiesta de Pascuas, que parece religiosa y es pagana, porque con el alborear de la primavera, la tierra alborea, la esperanza renace, los enfermos se alegran, los niños triscan, los ojos se encienden, se enjubila el alma. Y todos los credos, a despecho suyo y como anuncio de mejores días de paz, se juntan en esta creencia suma en la naturaleza. De ella nacieron, y el capricho humano les dio imágenes y formas, que persisten, porque persisten los intereses creados a su amparo, pero el amor llenará al cabo el pecho de los hombres, y todas las creencias vendrán a ser en suma, en los días de las almas tranquilas, esta mejoradora y reverente en la divinidad de la naturaleza. Al buen Jesús celebran los cristianos, y los teutones viejos celebraban a la Primavera buena: y con nombre gentil llaman sus pascuas los enemigos de los gentiles, porque era Ostera en los pueblos teutónicos la diosa primaveral que venía de *Oster,* palabra de júbilo, que quiere decir renacimiento, y de *Oster* viene *Easter,* que es como acá llaman, y en toda tierra inglesa, a las Pascuas cristianas. Es el hombre gallardo y dadivoso y no sufre de haber sido pródigo, sino de no tener qué dar. No hay goce como hacer gozosos. Busca el ingenio ocasiones discretas de regalo.

Las Pascuas son aquí días de presentes, y no hay niño que no lleve en sus manos cuidadosas un huevo de colores, ni galán que no compre dones primaverales, ni doncella que no ostente en la repisa de sus chimeneas la linda tarjeta, de seda flecada y muy pintada, o la flor blanca, o el nido de pájaros que le ha ofrendado su cortés amigo. No saludan los neoyorquinos como los cristianos griegos, que gustan de ver salir el sol en nuestros días, como suelen aún en tierras nuestras nuestras madres, y el uno dice, a modo de saludo al griego con quien tropieza: «El Señor ha resucitado», y el otro griego dice «En verdad que ha resucitado, y que a Simón se ha aparecido». Ni creen, como en Irlanda,—donde creen muy extrañas cosas, y ponen aún entre los dientes apretados de los muertos la moneda con que han de pagar su pasaje por la Estigia al barquero Carón,—que el sol baila en el cielo en estos días pascuales, y hacen gozo del día, por dar placer al cielo: aunque son los de Irlanda muy católicos, y creen a la par en las virtudes de San Ramón y en el agua negra de la Estigia, en lo que se parecen a los indios de Oaxaca, que esconden bajo el manto de la Virgen el ídolo que veneran, y lo pasean reverentemente en sus procesiones; y a los negros caribes de Honduras, muy bellos e inteligentes negros, que han hecho comercio con los sacerdotes del lugar, los cuales les permiten su *maffia,* que es baile misterioso, y sus fiestas bárbaras de África, a trueque de que acaten su señoría, y lleven velas y tributos a la iglesia; y a los indios de los Altos en Guatemala, que antes van a

ofrecer el recién nacido, en la cima de un monte, a la naturaleza, como hacen los persas, que a ofrecerlo al Señor cristiano, como manda Roma en la pila del bautismo.

No celebran los neoyorquinos como los irlandeses estos días, en que ya no entumece los miembros temerosos el frío enemigo, y en que ya salen sin miedo a los patios de sus casas las buenas viejecitas de rostro sonrosado y de cabeza blanca, ni los festejan con juego ceremonioso de pelota, en que hacen de jugadores ante las autoridades del lugar y el pueblo aplaudidor, como fue uso en antiguos pueblos ingleses, doce alegres ancianos. Ni tienen los hombres el derecho de levantar en alto en sus brazos tres veces a las mujeres que hallan a su paso, por lo que habían de darles las mujeres, como daban a los venturosos de Inglaterra, un beso, o una moneda de seis centavos, amén de que el día próximo, era de aquellas mozas fornidas el derecho de levantar otras tres veces a los mozos. Ni es uso tampoco que los feligreses de la parroquia vayan muy de mañana a echar manzanas en el patio del señor cura, lo que pudiera tenerse a astucia del eclesiástico, que se proveía así de manzanas, si no fuera porque él traía luego a la casa parroquial a sus regaladores, y les daba lonjas de pan y de buen queso, rociadas con cerveza. Y por cierto que ya para entonces el matrimonio era tenido como gran beneficio, y el cura que lo consagra como benefactor grande, porque los recién casados habían de echar en el patio de la parroquia tres tantos de manzanas, y no uno, como los solteros y los viudos. Mas si esas costumbres de los metropolitanos no han sido guardadas por los colonos, otras sí, como la de los huevos de colores, que ya se regalaban en tiempo de antaño, como es probado por una cuenta de uno de los reyes Eduardos, que repartió a sus cortesanos cuatrocientos huevos.

¿En qué nido no hay alba en este abril piadoso? Nido inmenso es la tierra, y se abre en Pascuas. Huevos de plata y de oro, llenos de ricos confites, son estos días regalos de uso. Ya están forrados de seda suntuosa, y son joyeros, que adornarán luego el tocador de las damas regaladas. Ya van en linda bandeja, cubiertos de paño de seda, por mano de buen artista pintado de aves o flores, el cual es costoso presente. Ya en gran huevo de porcelana, que se rompe en la mesa de comer entre vítores de niños, envía el amigo a la niña un ramillete; al niño otro huevecillo, bien cargado de fresas azucaradas o de almendras; a la madre un pajarillo lindo, que lleva en el pico una muñeca, la cual es usanza de este año, que ha venido de Holanda, donde de los niños saben, como sabemos nosotros que vienen en cestos de flores: que los recién nacidos son traídos a la casa en el pico de los pájaros, que los dejan caer, para que no se lastimen, en los brazos de sus madres, que es como lo que nosotros creemos, porque los brazos de las madres son cestos floridos. Y remata los regalos del amigo una cáscara de huevo, con cabellera de estambre en la alta punta, y la otra punta hundida en alto cuello de camisa, ceñida de corbata de anchos pliegues, en la cual cáscara monda está pintado en burla el que recibe el regalo cariñoso: pues ¿qué mejor presente, que el que se hace a nuestra mujer y a nuestros hijos? Y es curioso ver, tras de los cristales de la ventana de una dulcería, cómo acurrucado en una alta banqueta, pinta sobre sus rodillas un artista de Pascuas dibujillos amorosos, y barquichuelos, y palomas, y corazones rojos en grandes huevos de avestruces: y cómo una madre próvida lleva a la casa una cesta de paja, en que van tantos huevos como hijos, y cada huevo coronado, en el lugar en que fue roto para llenarlo de sabrosos dulces, de un amarillo girasol o de una delicada margarita. Luego enseñan las doncellas halagadas los presentes que les enviaron sus amigos, porque no hay acá gozo como el de enseñar, y a ese, que es gozo de la vanidad, suelen poner aquí a tributo los inefables del alma.

El presente de un caballero, «que está en el negocio de las acciones», y es mancebo listo, regalador de damas, es una cruz de hojas secas y flores de la Tierra Santa, la cual es muy agradecida, porque con ella muestran las damas que son muy estimadas y merecedoras de que en ganar sonrisa de gracias emplee un mancebo más de cien bolívares, que es lo que la cruz cuesta. Ese nido de pájaros, que es nido verdadero, lleno de huevecillos grises, sobre los cuales extiende las alas un pájaro disecado, es don pascual de «un hombre de sustancia», como llaman aquí a los ricos de veras. Los graves amigos han enviado tarjetas alemanas, sobradas de muy místicos dibujos, y de textos de la escritura en grandes y revueltas letras góticas, o tarjetas de América, de cuyos lados salen cintas, que atan el arrogante lirio, o el girasol cabelludo, o el tulipán estimado, las cuales flores están hechas de bulto, y van a ser luego ornamento bello de rinconeras y repisas.

Y allá, en la madrugada de Gloria, en cuarto estrecho y aire espeso, y a la luz turbia de una lámpara humilde, cose de prisa, acatada la labor del día, una madre de alma buena y manos fatigadas, para que al despertar halle su hija, que reposa en la almohada dura su cabecita pálida, el traje nuevo de Pascua, hecho de telas pobres, que son tan ricas, luego que las tocó la mano de la madre, que no las hay mejores!

Estos días que para Nueva York fueron de fiesta, han sido de agitación grande en Misuri, donde había un bandido de frente alta, hermoso rostro y mano hecha a matar, que no robaba bolsas sino bancos; ni casas, sino pueblos; ni asaltaba balcones sino trenes. Era héroe de la selva. Su bravura era tan grande, que las gentes de su tierra se la estimaban por sobre sus crímenes. Y no nació de padre ruin, sino de clérigo, ni parecía villano, sino caballero, ni casó con mala mujer, sino con maestra de escuela. Y hay quien dice que fue cacique político, en una de sus estaciones de reposo, en que vivía amparado de nombre falso, y vino como cacique a elegir presidente a la última convención de los demócratas.

Están las tierras de Misuri y las de Kansas llenas de recio monte y de cerradas arboledas. Jesse James y los suyos conocían los recodos de la selva, los escondrijos de los caminos, los vados de los pantanos, los árboles huecos. Su casa era armería, y su cinto otra, porque llevaba a la cintura dos grandes fajas, cargadas de revólveres. Empezó a vivir cuando había guerra, y arrancó la vida a mucho hombre barbado, cuando él aún no tenía barba. En tiempo de Alba, hubiera sido capitán de tercio en Flandes. En tiempos de Pizarro, buen teniente suyo. En estos tiempos, fue soldado, y luego fue bandido. No fue de aquellos soldados magníficos de Sheridan, que lucharon porque fuera toda esta tierra una, y el esclavo libre, y alzaron el pabellón del Norte en las tenaces fortalezas confederadas. Ni de aquellos otros soldados pacientes de Grant silencioso que acorraló a los rebeldes aterrados, como sereno cazador a jabalí hambriento. Fue de los guerrilleros del Sur, para quienes era la bandera de la guerra escudo de rapiña. Su mano fue instrumento de matar. Dejaba en tierra al muerto, y cargado de botín, iba a hacer partes generosas con sus compañeros de proezas, que eran tigres menores que lamían la mano de aquel magno tigre.

Y acabó la guerra, y empezó un formidable duelo. De un lado eran los jóvenes bandidos, que se entraban a caballo en las ciudades, llamaban a las puertas de los bancos, sacaban de ellos en día pleno todos los dineros, y ebrios de peligro, que como el vino embriaga, huían lanzando vítores entre las poblaciones consternadas, que se apercibían del crimen cuando ya estaba rematado, y perseguían a los criminales flojamente, y volvían a las puertas del banco vacío, donde parecían aún verse, como figuras de oro que vuelan, las de los bravos jinetes, a los ojos fantásticos del vulgo embellecidos con la hermosura del

atrevimiento. Y de otro lado eran los jueces inhábiles, en aquellas comarcas de ciudades pequeñas y de bosques grandes; los soldados de la comarca, que volvían siempre heridos, o quedaban muertos; los pueblos inquietos, que, ciegos a veces por ese resplandor que tras de sí deja la bravura, veían en el ladrón osado a un caballero del robo, y dejaban latir los corazones conmovidos, cual se conmueven siempre, cuando la buena doctrina del alma no los purifica, ante todo acto extraordinario, aunque sea vil. ¡Así, ante los toros que mueren a mano de los hombres en el circo enrojecido, suelen las damas de España lanzar al aire los grandes abanicos, y descalzarse del pie breve, para arrojarlo al matador, el chapín de seda, y enviarle la rosa roja que prende su mantilla, y batir palmas!

Una vez estaba Misuri en feria, y no menos de treinta millares de hombres en la inmensa villa, todos de apuesta y de almuerzo, todos de juegos y de carreras de caballos. Y de súbito, corre miedo pánico. Era que Jesse James había sabido de la fiesta, y cuando tenían las gentes puestos los ojos en las cañas ligeras de los caballos corredores, cayó con los suyos sobre la casilla de la feria, dio en tierra con los guardianes, y huyó con los copiosos dineros de la entrada. Lo que pareció a los de Misuri crimen que debía ser perdonado por lo hazañoso y gigantesco.

Y otras veces esos malvados hundían los codos en sangre. Alzaban en una curva del camino, los hierros de la vía. Ocultábanse, montados en sus veloces caballos, en el soto. Y el tren venía, y caía. Allí era matar a cuantos hiciesen frente al robo inicuo. Allí el llevarse a raudales los dineros. Allí el cargar a sus caballos de grandes barras de oro. Allí el clavar en tierra a cuantos podían mover el tren. Si había taberna rica, y bravo del lugar, a la taberna del lugar iban, a armar guerra los bandidos, porque no se dijese que fatigaba caballo ni manejaba armas, hombre más bravo que los de James. Si se danzaba en las villas texanas con las hermosas del partido, con el cabo de sus pistolas llamaba Jesse James a la casa de la fiesta, y como de él era la mayor bravura, de él había de ser la más hermosa. Enviaron a cazarle espía famoso, y con un cartel sobre el pecho atravesado de balazos hallaron al espía; el cual cartel decía que así habían de morir todos los que enviaran a la caza.

Es aquella de las apartadas comarcas de esta tierra, vida singularísima, que desenvuelve en los hombres, en la selva libres, todos los apetitos, todas las suntuosidades, todos los impulsos y todas las elegancias de la fiera! Bien es que el cazador de búfalos, hecho a retar al animal pujante, y a sentarse, como en su propio asiento, en los ijares de la gran res vencida, deje crecer y colgar por los hombros su cabello largo, y tenga el pie robusto hecho a hollar troncos, y la mano a doblarlos, y el corazón a la tempestad, y los ojos empapados de esa mirada solemne y triste de quien mira mucho a la naturaleza y a lo desconocido.

¡Mas, dónde hallan, como quieren hallar diarios y cronistas, hazañas de caballero manchego en ese ensangrentador de los caminos? Bien es que le mató un amigo suyo por la espalda; y por dineros que le ofreció para que le matase el gobernador. Bien es que merezca ser echado de la casa de gobierno, quien para gobernar haya de menester, en vez de vara de justicia, de puñal de asesino. Bien es que da miedo y vergüenza que allá en la casa de la ley, cerca de puerta excusada y en noche oscura, ajustaran el jefe del estado y un salteador mozo el precio de la vida de un bandido. ¿Pues qué respeto merece el juez, si comete el mismo crimen que el criminal? Sombra era la del soto en que aguardaban a los trenes que habían de robar los de la banda de James—y sombra la del gabinete de gobierno en que el guardador de la ley ajustó el precio del caudillo de la banda.—Y los corregidores que le persiguieron en vida le sepultaron en féretro

suntuosísimo, que de su bolsa pagarán, o de la del estado: el cadáver fue a ser puesto en tierra de la heredad materna en tren especial, y no en tren diario: llevaban los cordones del féretro del bandolero los corregidores del lugar, y millares de personas, con los ojos húmedos de llanto, acudieron a ver caer en la fosa a aquel que rompió tantas veces con la bala de su pistola el cráneo de los hombres, con la misma quietud serena con que una ardilla quiebra una avellana. Y los empleados de la policía del lugar quedaron arrebatándose la yegua veloz en que montó el bandido.

Solía James ir a amparanse, luego de cometer sus crímenes, en tierras de indios. De indios se habla ahora, y se teme su guerra; porque les han reconocido, cuando se les han cansado ya los brazos desnudos de pelear por el dominio de los ríos y bosques patrios que los hombres blancos violan su derecho a ocupar ciertos trozos de tierra, y a alimentarse y vestirse por unos cuantos años, que unas veces son más y otras menos, con los dineros que en pago de las comarcas que hurtó de ellos, paga de buen grado el gobierno de los blancos. Pero en estas reservas todo es miseria; y hay agentes encargados de distribuir los haberes indios, que parecen los leones de la fábula de Fedro, que toman para sí la mayor parte; y es tal el hambre en algunas agencias que ya los indios, azuzados de ella, tienen puestas las manos cerca de sus arreos de batallar. Y hay junto a ellos ganados ricos, y los roban. ¿No han de pagar los ocupadores de su tierra el precio de la tierra a los dueños de quienes la tomaron?

Son los *crows* los que amenazan guerra ahora, y tienen listos sus mil guerreros y sus cuatro mil caballos de batalla. ¿Qué es de aquellos cinco pesos y medio que para el vestido de cada un indio acordaron los blancos en formal tratado dar cada año? Y de los mil quinientos pesos para la escuela? Y de los seis mil quinientos más para médico, y maestro de cultivo, y carpintero, y herrero, y mecánico? Y de sesenta y cinco millares más que para carne y harina da el gobierno? En bancos e instituciones que andan en manos de agentes, quedan, como en crisoles, estas buenas sumas. Y es en vano que los *crows* ingeniosos que no tienen menos de catorce mil caballos, y numerosos búfalos, y muchas cabezas de ganado, aprendan artes de los blancos, y les venzan en la del ahorro. Quieren hurtarles aún más tierra, muy cara para ellos, que viven de ella, y ya los pies-negros, y los vientres gruesos, y los *sioux* temidos y los valerosos *arapahoes* acarician el lomo de sus caballos pequeños y veloces; y sienten de nuevo la embriaguez del bosque, y limpian coléricos sus armas.

No así los vivaces *cheyennes,* tratados con blandura. El amor encorva la frente de los tigres. Eran esos *cheyennes* cuatro años hace peleadores tremendos. Como defendían su tierra, no dormían, y caían sobre los blancos, que se dormían al cabo, porque no defendían más que su vida. Brazo a brazo cazaban las ovejas salvajes, las rebeldes *mussienes;* y no era de lienzo su vestido, sino de pieles frescas. Y el general Miles los venció de veras, porque fue bueno con ellos. ¡Qué fiesta el primer carro que vieron! Se echaron sobre el carro en tropel, como niños sobre juguetes. Subiéronse en montón. ¡Qué gozo, ver dar vueltas a la rueda! ¡Qué alegre el hombre salvaje, de aquel triunfo sobre la distancia! Así es el hombre americano: ni la grandeza le sorprende, ni la novedad le asusta. Cuanto es bueno, es suyo. Le es familiar cuanto es grande. No hubo a poco *cheyen* que no quisiera su carro, y que no unciera a él su caballo de pelear. Pero gustaban mucho de correr caballos, por cuanto no ve el hombre ingenuo, que vive del aire de la selva y de las migajas de su caza perezosa, que la vida sea más que risa y huelga. Y el buen Miles les vendió los caballos de correr, mas no los de los carros, y les compró vacas y bueyes. Como arrieros comenzaron a ganar salario. Y

luego se hicieron de mejores trajes, y de casas fuertes, y de habilidad de agricultores, para lo que les mandó Miles un buen maestro de campo, que les enseñó a arar, y a sembrar, y a levantar cercas.

¡Oh, qué maravilla, cuando brotó el maíz! Sentábanse, acurrucados en el suelo, a verlo crecer. Y a la par que a la brisa de la tarde abría el viento las hojas aún pegadas al tallo del maizal, acariciaba el *cheyen* pensativo la cabeza de su hijo, reclinada en sus rodillas. Crecían a la par arbusto y hombre. Llenos ya del placer de poseer, se enamoraban de sus plantas, que les parecían sus hijos, y como criaturas de sus manos, el cual es amor saludable y fecundo. Y hoy ya piensan en hacerse de escuela, para lo que guardan en sus arcas muy buenos dineros; y no hay mercader que no quiera mercadear con ellos, porque palabra de indio es oro; ni hay traficante que engañe a un cheyen, porque ya el cazador de *mussienes* lleva libros de cuentas, y si gasta dos pesos en zapatos, dibuja un zapato, y saca de él una línea, y a la cabeza de ella hace dos círculos, que son los dos pesos; y si compra en un mismo día una libra de azúcar, que le place saborear, y una hoz de segar, en peso y medio, dibujará la hoz, y el papel de la libra, y juntará en lo alto en una línea las dos que saca de ellos, y pondrá en el remate un círculo grande, que es el peso, y uno pequeño, que es el medio: y si algo queda a deber en ese viaje—pondrá al fin de su apunte tantos círculos cuantos pesos sean los de la deuda.—Y así viven, ya dueños de sí, y dueños de su tierra, en que han hecho muy lindas haciendas. ¡En verdad que no es de tierras de Europa de donde han de venir nuestros cultivadores! Somos como notario olvidadizo que lleva en sí, y anda buscando fuera, las gafas con que ve.

Y para terminar: el presidente Arthur sensatísimo niega su firma al acuerdo loco, por el que los representantes cierran esta nación, cuya gloria y poder viene de ser casa de todos los hombres, a los hombres chinos, por no perder en las elecciones próximas los votos de los celosos irlandeses, cuyo trabajo burdo y caro no les da modo de competir con el trabajo chino, barato y perfecto. Viril y cuerdamente envía Arthur su veto. Dícenle que no perderá con ello su partido, a lo que ha respondido con nobleza que ganará con ello la nación.—Un millonario ha muerto.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 1ro de mayo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL*

Muerte de Emerson.—El gran filósofo americano ha muerto.—Emerson, filósofo y poeta.—Su vida pura.—Su aspecto.—Su mente, su ternura y su cólera.—Su casa en Concord.—Éxtasis.—Suma de méritos.—Su método.—Su filosofía.—Su libro extraordinario: *Naturaleza*.—¿Qué es la vida? ¿Cuál es el objeto de la vida? ¿Qué son las ciencias? ¿Qué enseña la naturaleza?—Filosofía de lo sobrehumano y de lo humano.—La virtud, objeto final del Universo.—Su modo de concebir. Su modo de escribir.—Sus maravillosos versos.

Nueva York, 6 de mayo de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

Tiembla a veces la pluma, como sacerdote capaz de pecado que se cree indigno de cumplir su ministerio. El espíritu agitado vuela a lo alto. Alas quiere que lo encumbren, no pluma que lo taje y moldee como cincel. Escribir es un dolor, es un rebajamiento: es como uncir cóndor a un carro. Y es que cuando un hombre grandioso desaparece de la tierra, dejas tras de sí claridad pura, y apetito de paz, y odio de ruidos. Templo semeja el Universo. Profanación el comercio de la ciudad, el tumulto de la vida, el bullicio de los hombres. Se siente como perder de pies y nacer de alas. Se vive como a la luz de una estrella, y como sentado en llano de flores blancas. Una lumbre pálida y fresca llena la silenciosa inmensa atmósfera. Todo es cúspide, y nosotros sobre ella. Está la tierra a nuestros pies, como mundo lejano y ya vivido, envuelto en sombras. Y esos carros que ruedan, y esos mercaderes que vocean, y esas altas chimeneas que echan al aire silbos poderosos, y ese cruzar, caracolear, disputar, vivir de hombres, nos parecen en nuestro casto refugio regalado, los ruidos de un ejército bárbaro que invade nuestras cumbres, y pone el pie en sus faldas, y rasga airado la gran sombra, tras la que surge, como un campo de batalla colosal, donde guerreros de piedra llevan coraza y casco de oro y lanzas rojas, la ciudad tumultuosa, magna y resplandeciente. Emerson ha muerto: y se llenan de dulces lágrimas los ojos. No da dolor sino celos. No llena el pecho de angustia, sino de ternura. La muerte es una victoria, y cuando se ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo. El llanto es de placer; y no de duelo, porque ya cubren hojas de rosas las heridas que en las manos y en los pies hizo la vida al muerto. La muerte de un justo es una fiesta, en que la tierra toda se sienta a ver cómo se abre el cielo. Y brillan de esperanza los rostros de los hombres, y cargan en sus brazos haces de palmas, con que alfombran la tierra, y con las espadas de combate hacen en alto bóveda para que pase bajo ellas, cubierto de ramas de roble y viejo heno, el cuerpo del guerrero victorioso. Va a reposar, el que lo dio todo de sí, e hizo bien a los otros. Va a trabajar de nuevo, el que hizo mal su trabajo en esta vida.—Y los guerreros jóvenes, luego de ver pasar con ojos celosos, al vencedor magno, cuyo cadáver tibio brilla con toda la grandeza del reposo, vuelven a la faena de los vivos, a merecer que para ellos tiendan palmas y hagan bóvedas!

¿Que quién fue ese que ha muerto? Pues lo sabe toda la tierra. Fue un hombre que se halló vivo, se sacudió de los hombros todos esos mantos y de los ojos todas esas vendas, que los tiempos pasados echan sobre los hombres, y vivió faz a faz con la naturaleza, como si toda la tierra fuese su hogar; y el sol su propio sol, y él patriarca. Fue uno de aquellos a quienes la naturaleza se revela, y se abre, y extiende los múltiples brazos, como para cubrir con ellos el cuerpo todo de su hijo. Fue de aquellos a quienes es dada la ciencia suma, la calma suma, el goce sumo. Toda la naturaleza palpitaba ante él, como una desposada. Vivió feliz porque puso sus amores fuera de la tierra. Fue su vida entera el amanecer de una noche de bodas. ¡Qué deliquios, los de su alma! ¡Qué visiones, las de sus ojos! ¡Qué tablas de leyes, sus libros! Sus versos, ¡qué vuelos de ángel! Era de niño tímido y delgado, y parecía a los que le miraban águila joven, pino joven. Y luego fue sereno, amable y radiante, y los niños y los hombres se detenían a verle pasar. Era su paso firme, de aquel que sabe adonde ha de ir; su cuerpo alto y endeble, como esos árboles cuya copa mecen aires puros. El rostro era enjuto, cual de hombre hecho a abstraerse, y a ansiar salir de sí. Ladera de montaña parecía su frente. Su nariz era como la de las aves que vuelan por cumbres. Y sus ojos, cultivadores, como de aquel que está lleno de amor, y tranquilos, como de aquel que ha visto lo que no se ve. No era posible verle sin desear besar su frente. Para Carlyle, el gran filósofo inglés, que se revolvió contra la tierra con brillo y fuerza de Satán, fue la visita de Emerson, «una visión celeste». Para Whitman, que ha hallado en la naturaleza una nueva poesía, mirarle era «pasar hora bendita». Para Stedman, crítico bueno, «había en el pueblo del sabio una luz blanca». A Alcott, noble anciano juvenil, que piensa y canta, parece «un infortunio no haberle conocido». Se venía de verle como de ver un monumento vivo, o un ser sumo. Hay de esos hombres montañosos, que dejan ante sí y detrás de sí llana la tierra. Él no era familiar, sino era tierno, porque era la suya imperial familia cuyos miembros habían de ser todos emperadores. Amaba a sus amigos como a amadas: para él la amistad tenía algo de la solemnidad del crepúsculo en el bosque.—El amor es superior a la amistad en que crea hijos. La amistad es superior al amor en que no crea deseos, ni la fatiga de haberlos satisfecho, ni el dolor de abandonar el templo de los deseos saciados por el de los deseos nuevos. Cerca de él, había encanto. Se oía su voz, como la de un mensajero de lo futuro, que hablase de entre nube luminosa. Parecía que un impalpable lazo, hecho de luz de luna, ataba a los hombres que acudían en junto a oírle. Iban a verle los sabios, y salían de verle como regocijados, y como reconvenidos. Los jóvenes andaban luengas leguas a pie por verle, y él recibía sonriendo a los trémulos peregrinos, y les hacía sentar en torno a su recia mesa de caoba, llena de grandes libros, y les servía, de pie como un siervo, buen jerez viejo. Y le acusan, de entre los que lo leen y no lo entienden, de poco tierno, porque hecho al permanente comercio con lo grandioso, veía pequeño lo suyo personal, y cosa de accidente, y ni de esencia, que no merece ser narrada! ¡Frinés de la pena son esos poetillas jeremíacos! ¡Al hombre ha de decirse lo que es digno del hombre, y capaz de exaltarlo! ¡Es tarea de hormigas andar contando en rimas desmayadas dolorcillos propios! El dolor ha de ser pudoroso.

Su mente era sacerdotal; su ternura, angélica; su cólera, sagrada. Cuando vio hombres esclavos, y pensó en ellos, habló de modo que pareció que sobre las faldas de un nuevo monte bíblico se rompían de nuevo en pedazos las Tablas de la Ley. Era moisíaco su enojo. Y se sacudía así las pequeñeces de la mente vulgar como se sacude un león tábanos. Discutir para él era robar tiempo al descubrimiento de la verdad. Como decía lo que veía, le irritaba que pusiesen en duda lo que decía. No era cólera de vanidad, sino de

sinceridad. ¿Cómo había de ser culpa suya que los demás no poseyesen aquella luz esclarecedora de sus ojos? ¿No ha de negar la oruga que el águila vuela? Desdeñaba la argucia, y como para él lo extraordinario era lo común, se asombraba de la necesidad de demostrar a los hombres lo extraordinario. Si no le entendían, se encogía de hombros: la naturaleza se lo había dicho: él era un sacerdote de la naturaleza. Él no fingía revelaciones; él no construía mundos mentales; él no ponía voluntad ni esfuerzo de su mente en lo que en prosa o en verso escribía. Toda su prosa es verso. Y su verso y su prosa, son como ecos. Él veía detrás de sí al Espíritu creador que a través de él hablaba a la naturaleza. Él se veía como pupila transparente, que lo veía todo, lo reflejaba todo, y sólo era pupila. Parece lo que escribe trozos de luz quebrada, que daban en él, y bañaban su alma, y la embriagaban de la embriaguez que da la luz, y salían de él. ¿Qué habían de parecerle esas mentecillas vanidosas que andan montadas sobre convenciones, como sobre zancos?, ¿ni esos hombres indignos, que tienen ojos y no quieren ver?, ¿ni esos perezosos u hombres de rebaño, que no usan de sus ojos, y ven por los de otro?, ¿ni esos seres de barro, que andan por la tierra amoldados por sastres, y zapateros, y sombrereros, y esmaltados por joyeros, y dotados de sentidos y de habla, y de no más que esto?, ¿ni esos pomposos fraseadores, que no saben que cada pensamiento es un dolor de la mente, y lumbre que se enciende con óleo de la propia vida, y cúspide de monte?

Jamás se vio hombre alguno más libre de la presión de los hombres, y de la de su época. Ni el porvenir le hizo temblar, ni le cejó el pasado. La luz que trajo en sí le sacó en salvo de este viaje por las ruinas—que es la vida. Él no conoció límites ni trabas. Ni fue hombre de su pueblo, porque lo fue del pueblo humano. Vio la tierra, la halló inconforme a sí, sintió el dolor de responder las preguntas que los hombres no hacen, y se plegó en sí. Fue tierno para los hombres, y fiel a sí propio. Le educaron para que enseñara un credo, y entregó a los crédulos su levita de pastor, porque sintió que llevaba sobre los hombros el manto augusto de la naturaleza; ni obedeció a ningún sistema, lo que le parecía acto de ciego y de siervo; ni creó ninguno, lo que le parecía acto de mente flaca, baja y envidiosa. Se sumergió en la naturaleza, y surgió de ella radiante. Se sintió hombre, y Dios por serlo. Dijo lo que vio; y donde no pudo ver, no dijo. Reveló lo que percibió, y veneró lo que no podía percibir. Miró con ojos propios en el Universo, y habló un lenguaje propio. Fue creador, por no querer serlo. Sintió gozos divinos, y vivió en comercios deleitosos y celestiales. Conoció la dulzura inefable del éxtasis. Ni alquiló su mente, ni su lengua, ni su conciencia. De él, como de un astro surgía luz. En él fue enteramente digno el ser humano.

Así vivió: viendo lo invisible, y revelándolo. Vivía en ciudad sagrada, porque allí, cansados los hombres de ser esclavos, se decidieron a ser libres, y puesta la rodilla en tierra de Concord, que fue el pueblo del sabio, dispararon la bala primera, de cuyo hierro se ha hecho este pueblo, a los ingleses de casaca roja. En Concord vivía, que es como Túsculo, donde viven pensadores, eremitas y poetas. Era su casa, como él, amplia y solemne, cercada de altos pinos como en símbolo del dueño, y de umbrosos castaños. En el cuarto del sabio, los libros no parecían libros, sino huéspedes: todos llevaban ropas de familia, hojas descoloridas, lomos usados. Él lo leía todo, como águila que salta. Era el techo de la casa alto en el centro, cual morada de aquel que vivía en permanente vuelo a lo alto. Y salían de la empinada techumbre penachos de humo, como ese vapor de ideas que se ve a veces surgir de una gran frente pensativa. Allí leía a Montaigne, que vio por sí, y dijo cosas ciertas; a Swedenborg el místico, que tuvo mente oceánica; a Plotino, que buscó a Dios y estuvo cerca de hallarlo; a los hindúes, que asisten trémulos y sumisos a la evaporación de su propia

alma, y a Platón, que vio sin miedo, y con fruto no igualado, en la mente divina. O cerraba sus libros, y los ojos del cuerpo, para darse el supremo regalo de ver con el alma. O se paseaba agitado e inquieto, y como quien va movido de voluntad que no es la suya, y llameante, cuando, ganosa de expresión precisa, azotaba sus labios, como presa entre breñas que pugna por abrirse paso al aire, una idea. O se sentaba fatigado, y sonreía dulcemente, como quien ve cosa solemne, y acaricia agradecido su propio espíritu que la halla. ¡Oh, qué fruición, pensar bien! Y qué gozo, entender los objetos de la vida!—¡modo de monarca!—Se sonríe a la aparición de una verdad, como a la de una hermosísima doncella. Y se tiembla, como en un misterioso desposorio. La vida que suele ser terrible, suele ser inefable. Los goces comunes son dote de bellacos. La vida tiene goces suavísimos, que vienen de amar y de pensar. Pues ¿qué nubes hay más bellas en el cielo que las que se agrupan, ondean y ascienden en el alma de un padre que mira a su hijo? Pues ¿qué ha de envidiar un hombre a la santa mujer, ni porque sufre, ni porque alumbra, puesto que un pensamiento, por lo que tortura antes de nacer, y regocija después de haber nacido, es un hijo? La hora del conocimiento de la verdad es embriagadora y augusta. No se siente que se sube, sino que se reposa. Se siente ternura filial y confusión en el padre. Pone el gozo en los ojos brillo extremo; en el alma calma; en la mente, alas blandas que acaricia. Es como sentirse el cráneo poblado de estrellas: bóveda interior, silenciosa y vasta, que ilumina en noche solemne la mente tranquila! Magnífico mundo. Y luego que se viene de él, se aparta con la mano blandamente, como con piedad de lo pequeño, y ruego de que no perturbe el recogimiento sacro, todo lo que ha sido obra de hombre. Uvas secas parecen los libros que poco ha parecían montes. Y los hombres, enfermos a quienes se trae cura. Y parecen los árboles, y las montañas, y el cielo inmenso, y el mar pujante como nuestros hermanos, o nuestros amigos. Y se siente el hombre un tanto creador de la naturaleza.—La lectura estimula, enciende, aviva, y es como soplo de aire fresco sobre la hoguera resguardada, que se lleva las cenizas, y deja al aire el fuego. Se lee lo grande, y si se es capaz de lo grandioso, se queda en mayor capacidad de ser grande. Se despierta el león noble, y de su melena, robustamente sacudida, caen pensamientos, como copos de oro.

Era veedor sutil, que veía cómo el aire delicado se transformaba en palabras melodiosas y sabias en la garganta de los hombres, y escribía como veedor, y no como meditador. Cuanto escribe, es máxima. Su pluma no es pincel, que diluye, sino cincel, que esculpe y taja. Deja la frase pura, como deja el buen escultor la línea pura. Una palabra innecesaria le parece una arruga en el contorno. Y al golpe de su cincel, salta la arruga en pedazos, y queda nítida la frase. Aborrecía lo innecesario. Dice, y agota lo que dice. A veces, parece que salta de una cosa a otra, y no se halla a primera vista la relación entre dos ideas inmediatas. Y es que para él es paso natural lo que para otros es salto. Va de cumbre en cumbre, como gigante, y no por las veredas y caminillos por donde andan, cargados de alforjas, los peatones comunes, que como miran desde tan bajo, ven pequeño al gigante alto. No escribe en períodos, sino en elencos. Sus libros son sumas, no demostraciones. Sus pensamientos parecen aislados, y es que ve mucho de una vez, y quiere de una vez decirlo todo, y lo dice como lo ve, a modo de lo que se lee a la luz de un rayo, o apareciese a una lumbre tan bella, que se sabe que ha de desaparecer. Y deja a los demás que desenvuelvan: él no puede perder tiempo; él anuncia. Su estilo no es lujoso, sino límpido. Lo depuraba, o acrisolaba, lo aquilataba, o ponía a hervir. Tomaba de él la médula. No es su estilo montículo verde, lleno de plantas florecidas y fragantes: es monte de basalto. Se hacía servir de la lengua, y no era siervo de ella. El lenguaje es obra del

hombre, y el hombre no ha de ser esclavo del lenguaje. Algunos no le entienden bien: y es que no se puede medir un monte a pulgadas. Y le acusan de oscuro—mas ¿cuándo no fueron acusados de tales los grandes de la mente? Menos mortificante es culpar de inentendible lo que se lee, que confesar nuestra incapacidad para entenderlo. Emerson no discute: establece. Lo que le enseña la naturaleza le parece preferible a lo que le enseña el hombre. Para él un árbol sabe más que un libro; y una estrella enseña más que una universidad; y una hacienda es un evangelio; y un niño de la hacienda está más cerca de la verdad universal que un anticuario. Para él no hay cirios como los astros, ni altares como los montes, ni predicadores como las noches palpitantes y profundas. Emociones angélicas le llenan si ve desnudarse de entre sus velos, rubia y alegre, la mañana. Se siente más poderoso que monarca asirio o rey de Persia, cuando asiste a una puesta de sol, o a un alba riente. Para ser bueno no necesita más que ver lo bello. A esas llamas, escribe. Caen sus ideas en la mente como piedrecillas blancas en mar luminoso: ¡qué chispazos!, ¡qué relampagueos!, ¡qué venas de fuego! Y se siente vértigo, como si se viajara en el lomo de un león volador. Él mismo lo sintió, y salió fuerte de él. Y se aprieta el libro contra el seno, como a un amigo bueno y generoso; o se le acaricia tiernamente, como a la frente limpia de una mujer leal.

Pensó en todo lo hondo. Quiso penetrar el misterio de la vida: quiso descubrir las leyes de la existencia del universo. Criatura, se sintió fuerte, y salió en busca del Creador. Y volvió del viaje, contento, y diciendo que lo había hallado. Pasó el resto de su vida en la beatitud que sigue a este coloquio. Tembló como hoja de árbol en esas expansiones de su espíritu, y vertimientos en el espíritu universal: y volvía a sí, fragante y fresco como hoja de árbol. Los hombres le pusieron delante al nacer todas esas trabas que han acumulado los siglos, habitados por hombres presuntuosos, ante la cuna de los hombres nuevos. Los libros están llenos de venenos sutiles, que inflaman la imaginación y enferman el juicio. Él apuró todas esas copas y anduvo por sí mismo, tocado apenas del veneno. Es el tormento humano que para ver bien se necesita ser sabio, y olvidar que se lo es. La posesión de la verdad no es más que la lucha entre las revelaciones directas de la naturaleza, y las revelaciones impuestas de los hombres. Unos sucumben, y son meras voces de otro espíritu. Otros triunfan, y añaden nueva voz a la de la naturaleza. Triunfó Emerson: he ahí su filosofía. *Naturaleza* se llama su mejor libro: en él se abandona a esos deleites exquisitos, narra esos paseos maravillosos, se revuelve con magnífico brío contra los que piden ojos para ver, y olvidan sus ojos; y ve al hombre señor, y al Universo blando y sumiso, y a todo lo vivo surgiendo de un seno y yendo al seno, y sobre todo lo que vive al Espíritu que vivirá, y al hombre en sus brazos. Da cuenta de sí, y de lo que ha visto. De lo que no sintió, no da cuenta. Prefiere que le tengan por inconsistente que por imaginador. Donde ya no ven sus ojos, anuncia que no ve. No niega que otros vean; pero mantiene lo que ha visto. Si en lo que vio hay cosas opuestas, otro comente, y halle la distinción: él narra. Él no ve más que analogías: él no halla contradicciones en la naturaleza: él ve que todo en ella es símbolo del hombre, y todo lo que hay en el hombre lo hay en ella. Él ve que la naturaleza influye en el hombre, y que este hace a la naturaleza alegre, o triste, o elocuente, o muda, o ausente, o presente, a su capricho. Ve la idea humana señora de la materia universal. Ve que la hermosura física vigoriza y dispone el espíritu del hombre a la hermosura moral. Ve que el espíritu desolado juzga el Universo desolado. Ve que el espectáculo de la naturaleza inspira fe, amor y respeto. Siente que el Universo que se niega a responder al hombre en fórmulas, le responde inspirándole sentimientos que calman sus ansias, y le permiten vivir fuerte, orgulloso y alegre. Y mantiene que todo se

parece a todo,—que todo tiene el mismo objeto,—que todo da en el hombre, que lo embellece con su mente todo,—que a través de cada criatura pasan todas las corrientes de la naturaleza,—que cada hombre tiene en sí al Creador, y cada cosa creada tiene algo del Creador en sí, y todo irá a dar al cabo en el seno del Espíritu creador,—que hay una unidad central en los hechos, en los pensamientos, y en las acciones;—que el alma humana, al viajar por toda la naturaleza, se halla a sí misma en toda ella;—que la hermosura del Universo fue creada para inspirarse el deseo, y consolarse los dolores de la virtud, y estimulase al hombre a buscarse y hallarse;—que «dentro del hombre está el alma del conjunto, la del sabio silencio, la hermosura universal a la que toda parte y partícula está igualmente relacionada: el Uno Eterno».—La vida no le inquieta: está contento, puesto que obra bien: lo que importa es ser virtuoso: «la virtud es la llave de oro que abre las puertas de la Eternidad»: la vida no es solo el comercio ni el gobierno, sino a más, el comercio con las fuerzas de la naturaleza y el gobierno de sí: de aquellas viene este: el orden universal inspira el orden individual: la alegría es cierta, y es la impresión suma, luego, sea cualquiera la verdad sobre todas las cosas misteriosas, es racional que ha de hacerse lo que produce alegría real, superior a toda otra clase de alegría, que es la virtud: la vida no es más que «una estación en la naturaleza». Y así corren los ojos del que lee por entre esas páginas radiantes y serenas, que parecen escritas, por sobre humano favor, en cima de montaña, a luz no humana: así se fijan los ojos, encendidos en deseos de ver esas seductoras maravillas, y pasear por el palacio de todas esas verdades, por entre esas páginas que encadenan y relucen, y que parecen espejos de acero que reflejan, a ojos airados de tanta luz, imágenes gloriosas. ¡Ah, leer, cuando se está sintiendo el golpeo de la llama en el cerebro!, es como clavar un águila viva ¡Si la mano fuera rayo, y pudiera aniquilar el cráneo sin cometer crimen!

Y la muerte? No aflige la muerte a Emerson: la muerte no aflige ni asusta a quien ha vivido noblemente: solo teme el que tiene motivos de temor: será inmortal el que merezca serlo: morir es volver lo finito a lo infinito: rebelarse no le parece bien: la vida es un hecho, que tiene razón de ser, puesto que es: solo es un juguete para los imbéciles, pero es un templo para los verdaderos hombres; mejor que rebelarse es vivir adelantando, por el ejercicio honesto del espíritu sentidor y pensador.

Y las ciencias? Las ciencias confirman lo que el espíritu posee: la analogía de todas las fuerzas de la naturaleza: la semejanza de todos los seres vivos; la igualdad de la composición de todos los elementos del universo; la soberanía del hombre, de quien se conocen inferiores mas a quien no se conocen superiores. El espíritu presiente; las creencias ratifican. El espíritu, sumergido en lo abstracto, ve el conjunto; la ciencia, insecteando por lo concreto, no ve más que el detalle. Que el universo haya sido formado por procedimientos lentos, metódicos y análogos,—ni anuncia el fin de la naturaleza, ni contradice la existencia de los hechos espirituales. Cuando el cielo de las ciencias esté completo, y sepan cuanto hay que saber, no sabrán más que lo que sabe hoy el espíritu, y sabrán lo que él sabe. Es verdad que la mano del saurio se parece a la mano del hombre, pero también es verdad que el espíritu del hombre llega joven a la tumba a que el cuerpo llega viejo, y que siente en su inmersión en el espíritu universal tan penetrantes y arrebatadores placeres, y tras ellos una energía tan fresca y potente, y una serenidad tan majestuosa, y una necesidad tan viva de amar y perdonar, que esto, que es verdad para quien lo es, aunque no lo sea para quien no llega a esto, es ley de vida tan cierta como la semejanza entre la mano del saurio y la del hombre.

Y el objeto de la vida? El objeto de la vida es la satisfacción del anhelo de perfecta hermosura; porque como la virtud hace hermosos los lugares en que obra, así los lugares hermosos obran sobre la virtud. Hay carácter moral en todos los elementos de la naturaleza: puesto que todos avivan este carácter en el hombre, puesto que todos lo producen, todos lo tienen. Así, son una la verdad, que es la hermosura en el juicio; la bondad, que es la hermosura en los afectos; y la mera belleza, que es la hermosura en el arte. El arte no es más que la naturaleza creada por el hombre. De esta intermezcla no se sale jamás. La naturaleza se postra ante el hombre—y le da sus diferencias, para que perfeccione su juicio; sus maravillas, para que avive su voluntad a imitarlas; sus exigencias, para que eduque su espíritu en el trabajo, en las contrariedades, y en la virtud que las vence. La naturaleza da al hombre sus objetos, que se reflejan en su mente, la cual gobierna su habla, en la que cada objeto va a transformarse en un sonido. Los astros son mensajeros de hermosuras, y lo sublime perpetuo. El bosque vuelve al hombre a la razón y a la fe, y es la juventud perpetua. El bosque alegra, como una buena acción. La naturaleza inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre. Y el hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza. El Universo va en múltiples formas a dar en el hombre, como los radios al centro del círculo, y el hombre va con los múltiples actos de su voluntad a obrar sobre el Universo, como radios que parten del centro. El Universo, con ser múltiple, es uno: la música puede imitar el movimiento y los colores de la serpiente. La locomotora es el elefante de la creación del hombre, potente y colosal como los elefantes. Solo el grado de calor hace diversas el agua que corre por el cauce del río y las piedras que el río baña. Y en todo ese Universo múltiple, todo acontece, a modo de símbolo del ser humano, como acontece en el hombre. Va el humo al aire como a la Infinidad el pensamiento. Se mueven y encrespan las aguas de los mares como los afectos en el alma. La sensitiva es débil, como la mujer sensible. Cada cualidad del hombre está representada en un animal de la naturaleza. Los árboles nos hablan una lengua que entendemos. Algo deja la noche en el oído, puesto que el corazón que fue a ella atormentado por la duda, amanece henchido de paz. La aparición de la verdad ilumina súbitamente el alma, como el sol ilumina la naturaleza. La mañana hace piar a las aves y hablar a los hombres. El crepúsculo nocturno recoge las alas de las aves y las palabras de los hombres. La virtud, a la que todo conspira en la naturaleza, deja al hombre en paz, como si hubiese acabado su tarea, o como curva que reentra en sí, y ya no tiene más que andar y remata el círculo. El Universo es siervo, y rey el ser humano. El Universo ha sido creado para la enseñanza, alimento, placer y educación del hombre. El hombre, frente a la naturaleza que cambia y pasa, siente en sí algo estable. Se siente a la par eternamente joven e inmemorablemente viejo. Conoce que sabe lo que sabe bien que no aprendió aquí: lo cual le revela vida anterior, en que adquirió esa ciencia que a esta trajo. Y vuelve los ojos a un Padre que no ve, pero de cuya presencia está seguro, y cuyo beso, que llena los ámbitos, y le viene en los aires nocturnos cargados de aromas, deja en su frente lumbre tal que ve a su blanda palidez confusamente revelados el universo interior, donde está en breve—todo el exterior,—y el exterior, donde está el interior magnificado, y el temido y hermoso universo de la muerte. ¿Pero está el Padre fuera de la tierra? ¿Es Dios la misma tierra? ¿Está sobre la Naturaleza? ¿La Naturaleza es creadora, y el inmenso ser espiritual a cuyo seno el alma humana aspira, no existe? ¿Nació de sí mismo el mundo en que vivimos? ¿Y se moverá como se mueve hoy perpetuamente, o se evaporará, y mecidos por sus vapores, iremos a confundirnos, en compenetración augusta y deleitosa, con un ser de quien la Naturaleza es mera

aparición? Y así revuelve este hombre gigantesco la poderosa mente, y busca con los ojos abiertos en la sombra el cerebro divino, y lo halla próvido, invisible, uniforme y palpitante en la luz, en la tierra, en las aguas, y en sí mismo, y siente que sabe lo que no puede decir, y que el hombre pasará eternamente la vida tocando con sus manos, sin llegar a palparlos jamás, los bordes de las alas del águila de oro, en que al fin ha de sentarse. Este hombre se ha erguido frente al Universo, y no se ha desvanecido. Ha osado analizar la síntesis, y no se ha extraviado.

Ha tendido los brazos, y ha abarcado con ellos el secreto de la vida. De su cuerpo, cestilla ligera de su alado espíritu, ascendió, entre labores dolorosas y mortales ansias, a esas cúspides puras, desde donde se dibujan, como en premio al afán del viajador, las túnicas bordadas de luz estelar de los seres infinitos. Ha sentido ese desborde misterioso del alma en el cuerpo, que es ventura solemne, y llena los labios de besos, y las manos de caricias, y los ojos de llanto, y se parece al súbito hinchamiento y rebose de la naturaleza en primavera. Y sintió luego esa calma que viene de la plática con lo divino. Y esa magnífica arrogancia de monarca que la conciencia de su poder da al hombre. Pues ¿qué hombre dueño de sí no ríe de un rey?

A veces, deslumbrado por esos libros resplandecientes de los hindúes, para los que la criatura humana, luego de purificada por la virtud, vuela, como mariposa de fuego, de su escoria terrenal al seno de Brahma, siéntase a hacer lo que censura, y a ver la naturaleza a través de ojos ajenos, porque ha hallado esos ojos conformes a los propios, y ve oscuramente, y desluce sus propias visiones. Y es que aquella filosofía india embriaga, como un bosque de azahares, y acontece con ella como con ver volar aves, que enciende ansias de volar. Se siente el hombre, cuando penetra en ella, dulcemente aniquilado, y como mecido, camino de lo alto, en llamas azules. Y se pregunta entonces si no es fantasmagoría la naturaleza, y el hombre fantaseador, y todo el Universo una idea, y Dios la idea pura, y el ser humano la idea aspiradora, que irá a parar al cabo, como perla en su concha, y flecha en tronco de árbol, en el seno de Dios. Y empieza a andamiar, y a edificar el Universo. Pero al punto echa abajo los andamios, avergonzado de la ruindad de su artificio, y de la pobreza de la mente, que parece, cuando se da a construir mundos, hormiga que arrastra a su espalda una cadena de montañas.

Y vuelve a sentir correr por sus venas aquellos efluvios místicos y vagos; a ver cómo se apaciguan las tormentas de su alma en el silencio amigo, poblado de promesas, de los bosques; a observar que donde la mente encalla, como buque que da en roca seca, el presentimiento surge, como ave presa, segura del cielo, que se escapa de la mente rota; a traducir en el lenguaje encrespado y brutal y rebelde como piedra, los lúcidos trasportes, los púdicos deliquios, los deleites balsámicos, los goces enajenadores del espíritu trémulo a quien la cautiva naturaleza, sorprendida ante el amante osado, admite a su consorcio. Y anuncia a cada hombre que, puesto que el Universo se le revela entero y directamente, con él le es revelado el derecho de ver en él por sí, y saciar con los propios labios la ardiente sed que inspira. Y como en esos coloquios aprendió que el puro pensamiento y el puro afecto producen goces tan vivos que el alma siente en ellos una dulce muerte, seguida de una radiosa resurrección, anuncia a los hombres que solo se es venturoso siendo puro.

Luego que supo esto, y estuvo cierto de que los astros son la corona del hombre, y que cuando su cráneo se enfriase, su espíritu sereno hendería el aire, envuelto en luz,—puso su mano amorosa sobre los hombres atormentados, y sus ojos vivaces y penetrantes en los combates rudos de la tierra. Sus miradas limpiaban de

escombros. Toma puesto familiarmente a la mesa de los héroes. Narra con lengua homérica los lances de los pueblos. Tiene la ingenuidad de los gigantes. Se deja guiar de su intuición, que le abre el seno de las tumbas, como el de las nubes. Como se sentó, y volvió fuerte, en el senado de los astros, se sienta, como en casa de hermanos en el senado de los pueblos. Cuenta de historia vieja y de historia nueva. Analiza naciones, como un geólogo fósiles. Y parecen sus frases vértebras de mastodonte, estatuas doradas, pórticos griegos. De otros hombres puede decirse: «Es un hermano»: de este ha de decirse: «Es un padre».—Escribió un libro maravilloso, suma humana, en que congrega, y estudia en sus tipos, a los hombres magnos. Vio a la vieja Inglaterra, de donde le vinieron sus padres puritanos, y de su visita hizo otro libro, fortísimo libro, que llamó *Rasgos ingleses.* Agrupó en haces los hechos de la vida, y los estudió en mágicos *Ensayos,* y les dio leyes. Como en un eje, giran en esta verdad todas sus leyes para la vida: «toda la naturaleza tiembla ante la conciencia de un niño». El culto, el destino, el poder, la riqueza, las ilusiones, la grandeza, fueron por él, como por mano de químico, descompuestos y analizados. Deja en pie lo bello. Echa a tierra lo falso. No respeta prácticas. Lo vil, aunque esté consagrado, es vil. El hombre debe empezar a ser angélico. Ley es la ternura: ley, la resignación; ley, la prudencia. Esos ensayos son códigos. Abruman, de exceso de savia. Tienen la grandiosa monotonía de una cordillera de montañas. Los realza una fantasía infatigable y un buen sentido singular. Para él no hay contradicción entre lo grande y lo pequeño, ni entre lo ideal y lo práctico, y las leyes que darán el triunfo definitivo, y el derecho de coronarse de astros, dan la felicidad en la tierra. Las contradicciones no están en la naturaleza, sino en que los hombres no saben descubrir sus analogías. No desdeña la ciencia por falsa, sino por lenta. Ábrense sus libros, y rebosan verdades científicas. Tyndall dice que debe a él toda su ciencia. Toda la doctrina transformista está comprendida en un haz de frases de Emerson. Pero no cree que el entendimiento baste a penetrar el misterio de la vida, y dar paz al hombre y ponerle en posesión de sus medios de crecimiento. Cree que la intuición termina lo que el entendimiento empieza. Cree que el espíritu eterno adivina lo que la ciencia humana rastrea. Esta, husmea como un can; aquel, salva el abismo, en que el naturalista anda entretenido, como enérgico cóndor. Emerson observaba siempre, acotaba cuanto veía, agrupaba en sus libros de notas los hechos semejantes, y hablaba, cuando tenía que revelar. Tiene de Calderón, de Platón y de Píndaro. Tiene de Franklin. No fue cual bambú hojoso, cuyo ramaje corpulento, mal sustentado por el tallo hueco, viene a tierra; sino como baobab, o sabino; o samán grande, cuya copa robusta se yergue en tronco fuerte. Como desdeñoso de andar por la tierra, y malquerido por los hombres juiciosos, andaba por la tierra el idealismo. Emerson lo ha hecho humano: no aguarda a la ciencia, porque el ave no necesita de zancos para subir a las alturas, ni el águila de rieles. La deja atrás, como caudillo impaciente, que monta caballo volante, a soldado despacioso, cargado de pesada herrajería. El idealismo no es en él deseo vago de muerte, sino convicción de vida posterior que ha de merecerse con la práctica serena de la virtud en esta vida. Y la vida es tan hermosa y tan ideal como la muerte. ¿Se quiere verle concebir? Así concibe: quiere decir que el hombre no consagra todas sus potencias, sino la de entender, que no es la más rica de ellas, al estudio de la naturaleza, por lo cual no penetra bien en ella, y dice: «es que el eje de la visión del hombre no coincide con el eje de la naturaleza». Y quiere explicar cómo todas las verdades morales y físicas se contienen unas y otras, y están en cada una todas las demás, y dice: «son como los círculos de una circunferencia, que se comprenden todos los unos a los otros, y entran y salen libremente sin que ninguno esté por encima de otro». ¿Se quiere

oír cómo habla? Así habla: «Para un hombre que sufre, el calor de su propia chimenea tiene tristeza». «No estamos hechos como buques, para ser sacudidos, sino como edificios, para estar en firme.»—«Cortad estas palabras, y sangrarán.»—«Ser grande es no ser entendido.»—«Leónidas consumió un día en morir.»—«Estériles como un solo sexo son los hechos de la historia natural, tomados por sí mismos.»—«Ese hombre anda pisoteando en el fango de la dialéctica.»

Y su poesía está hecha como aquellos palacios de Florencia, de colosales pedruscos irregulares. Bate y olea, como agua de mares. Y otras veces parece en mano de un niño desnudo, cestillo de flores. Es poesía de patriarcas, de hombres primitivos, de cíclopes. Robledales en flor semejan algunos poemas suyos. Suyos son los únicos versos poémicos que consagran la lucha magna de esta tierra. Y otros poemas son como arroyuelos de piedras preciosas, o jirones de nube, o trozo de rayo. ¿No se sabe aún qué son sus versos? Son unas veces como anciano barbado, de barba serpentina, cabellera tortuosa, y mirada llameante, que canta, apoyado en un vástago de encino, desde una cueva de piedra blanca,—y otras veces, como ángel gigantesco de alas de oro, que se despeña desde alto monte verde en el abismo. ¡Anciano maravilloso, a tus pies dejo todo mi haz de palmas frescas, y mi espada de plata!

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 19 de mayo de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE NUEVA YORK
EXPRESAMENTE ESCRITAS PARA *LA OPINIÓN NACIONAL.*

Política. Catástrofe. Guiteau. Un libro.—Muertos en el polo.—El secretario de Estado.—El Ministro poeta.—Conkling.—Bancroft, y su extraordinario libro.—Cómo se hizo la Constitución de los Estados Unidos.—Escena memorable: sesión tumultuosa.—Los Estados Unidos cierran sus puertas a los chinos.—Guiteau, en la celda de muerte.—Grandioso festival: música de Berlioz, de Händel, de Wagner.

Nueva York, 23 de mayo de 1882.

Señor Director de *La Opinión Nacional.*

¡Cómo poner en junto escenas tan varias! Allá en las resplandecientes soledades del Ártico, doblan al fin sobre su almohada de nieve la cabeza unos expedicionarios valerosos; aquí en colosal casa, resuenan, ante millares de oyentes absortos, los acordes sacerdotales y místicos de la música excelsa, la más solemne de las artes humanas. En los árboles, todo es verdor. En los rostros, todo es alegría. En Irlanda, todo es susto. En San Francisco, vencieron los enemigos de los chinos. En los mostradores de las librerías, luce la obra monumental de un anciano de ochenta y dos años. En torno a mesa rica, júntanse para celebrar glorias patrias, los mexicanos de Nueva York. Masas enardecidas se reúnen a protestar contra los asesinos de los ministros ingleses en Irlanda, y contra los asesinatos de los patriotas de Irlanda por los soldados ingleses. Ha habido festival grandioso. Guiteau entra ya en su celda de muerte. Susúrrase que va a haber mudanza importante en puestos diplomáticos.

¡Míseros, los viajeros del polo!—Salieron de estas costas, en la *Jeannette* ágil y fuerte entre palmas y vítores; y luego de dos años, perdido el barco osado, perdida la esperanza, mueren catorce hombres tristes, hincados los dientes en huesos de reno ya roídos, y los ojos en aquella luz polar cegadora y mortífera, los pies despedazados, las mentes perturbadas, los labios cárdenos y secos. Cuando creyeron que no hallarían al cabo asilo en el desierto, se miraron en tremendo silencio, y oraron por primera vez, se apretaron los unos contra los otros, con ese arrebato de amor y confusión con todo lo humano que se siente en presencia de la muerte, y perecieron. ¡Y estaban a cien millas de hogares calientes, los infortunados! Llevaban malos mapas, y se creían más lejos de los hogares. Roto su barco, emprendieron briosamente la marcha por la nieve. Primero hallaron renos que cazar, y luego ya no hallaron renos. Mientras esperaron, sonrieron y anduvieron: cuando perdieron la esperanza, como máquina que estalla, cayeron exánimes. ¡Qué hombres tan bravos, tantos hombres que viven, ya sin esperanza! Van, sin que nadie lo vea ni lo sepa, como arrastrando un muerto.—El capitán de esos peregrinos del Polo era el noble De Long, que de niño fue estudiosísimo, y enamoraba por su afán de saber. Llevaba siempre en los ojos una pregunta, andaba siempre buscando en los libros una respuesta. ¡Tal vez lo sabe ahora todo, debajo de la nieve! Han de seguir viviendo los que mueren: pues ¿qué es el hombre, sino vaso quebrable del que se desbordan, fragantes y humeantes, esencias muy ricas? Cada hombre es la cárcel de un águila: se siente el golpe de sus alas, los quejidos que le arranca su cautividad, el dolor que en el seno y en el cráneo nos causan sus garras.—La

naturaleza no ha podido formular una pregunta a la que no haya de dar al fin respuesta. En una obra tan lógica que en su criatura más ruin se hallan los gérmenes de la criatura más alta, y en la más alta los gérmenes de la más ruin,—no puede haber esa porción ilógica. Los desterrados saben que la tristeza que inunda el alma en la tierra, es el dolor mismo del destierro. Hay almas que no saben nada de esto,—porque hay almas-nubes, y almas-montes, y almas-llanuras, y almas-antros.—De Long era de la raza de los escaladores del misterio. Él quería ver aquel mar libre del polo, que de vuelta de su viaje por los hielos, aseguró el almirante Belcher que había visto. Él quería besar con labios filiales, la tumba de Franklin. Él quería hallar en las nieves árticas, la bandera que llevó el viajero Hall, a clavarla en los témpanos boreales, y flota hoy en ignorados climas, y como llamando a los hombres, sobre el cadáver del viajero helado. ¡Qué grandes, esos hombres que se lanzan a los mares a arrancar presas a lo desconocido! ¡Qué duelo el del héroe y la sombra! La sombra envolvió al héroe. Este pueblo ha tenido con su muerte, y la de sus marinos bravos, una pena de familia. Del *Herald,* este diario acaudalado, era la expedición infortunada: el *Herald,* que envió viajeros a África, envió esos viajeros al Polo. Este periódico asombroso comprende que necesita para vivir, estar causando permanente asombro. Lo leen cincuenta millones de hombres: y sus actos y empresas, como que tienen ese premio, tienen ese tipo: cincuenta millones.—Anuncia el *Herald* que hará de padre para los huérfanos, y de compañero para las viudas. De ponerse a llorar es de almas enfermizas. Cada hombre es un trabajador, y muere bien, si muere en el trabajo.

Rusia se place en agasajar a América. En tanto que el ingeniero Melville, fatigaba renos y registraba aldeas polares en busca de los viajeros malhadados, no había hora sin telegrama de cortesía y afecto entre el secretario de Estado ruso y el secretario Frelinghuysen. Ahora se dice que Frelinghuysen dejará de ser secretario de Estado. No le hallan defecto; pero no le hallan significación política bastante. Los pueblos se pagan del genio, y no gustan de que los dirija quien no lo posea. El genio enamora, aun a aquellos a quienes irrita. El genio brilla, destruye, construye, rechaza, combate, provoca. Y los pueblos se cansan de padecer la nostalgia del genio. Aunque sean hombres peligrosos, quieren hombres brillantes. Ponen riendas fuertes al corcel que ha de guiarlos, pero les gusta ser guiados por corcel brioso. Frelinghuysen es hombre sereno, mas no intrépido. Es fuerte, porque es digno; pero no place porque no resplandece. Mas puede ser que estos rumores sean de deseos de sus rivales, y no de verdadera intención del presidente. Los Estados Unidos tienen en Inglaterra de ministro a un yanqui de abolengo, de mente clara y alma franca, de exquisita cultura, de ricas dotes de escolar; de finos gustos, que le habilitan para ser a la vez representante fiel de una república, y ornamento de ella en una monarquía. En la corte de St. James, es persona de casa el poeta Lowell. Todo en él es amplio y expansivo. Llama al encumbrado lord Granville «querido Granville». Los Estados Unidos tienen orgullo en este hombre de letras, que ha escrito el mejor libro en dialecto yanqui, el mejor canto heroico de los milagros y glorias de la Guerra de Independencia, y la revista más concienzuda que ha visto la luz en este pueblo. Pero como Lowell es cuerdo y generoso y amó a Inglaterra como a pueblo hermano, y pisa con placer la tierra de donde salieron sus padres, cargados de dolor y de virtud, a fundar esta tierra nueva, alegan ahora los irlandeses naturalizados en los Estados Unidos—los cuales han dejado, a pesar de la carta de nueva naturaleza, de ser en pasiones y odios soldados de Irlanda —que ese ministro Lowell, amado de Inglaterra, no defiende con bastante brío, en la querella mortal que Inglaterra e Irlanda tienen empeñada, a los irlandeses naturalizados en Norteamérica, que ya ricos, y al amparo de su

carta de ciudadanía, vuelven con lealtad que no ha de censurarse, aunque sea lealtad ilegal, a prestar auxilio a los patriotas de Erin, la ensangrentada y revuelta Erin, y a azuzar allí la rebelión. El gobierno inglés mantiene que, al venir a luchar contra él, los irlandeses americanos no tienen ya derecho al amparo de América, puesto que violan las leyes de esta, y las del país a donde van, y arman guerra a una nación con la cual su nación está en paz. Y Lowell a lo que parece, piensa en esto, aunque es en todo justo, enérgico defensor de su nación, como piensa el gobierno inglés. Mas como vale tanto tiene el buen poeta gran suma de envidiadores y celosos. La aparición de una personalidad alta es la señal para el desate de los bosques. Todo es ladridos en el cortijo, cuando entra en él impetuosamente un caballo brioso. Los perros ladran poco a los caballos ruines. Los perros de buena raza ni aun ladran a esa clase de caballos. Como los irlandeses de América están airados contra Lowell, los envidiadores de Lowell se aprovechan de la ira de los irlandeses. Y como estos son tantos, e influyen de tal modo con sus votos en la política del país, varios diarios de fama los apoyan y van los rumores hasta suponer que, por no enajenar al Partido Republicano las simpatías del elemento de Irlanda, consentirá el presidente Arthur en privar de su ministerio a Lowell. Y como el arrogante Conkling no tiene aún puesto acordado a sus méritos en torno al presidente Arthur, que le estima en más, por su poder mental y su hidalguía, que a todo hombre de ingenio y nota en esta tierra, y no le halla parangón en lo pasado, sino en la mente robustísima, y en aquel parecer continental, del glorioso Daniel Webster, rumórase que Frelinghuysen irá a Londres, para que Lowell vuelva a América, y que Conkling se sentará al cabo, con plácemes seguros del país, que ama a los arrogantes, en el sillón de Frelinghuysen. Será como poner manto romano donde hay una levita puritana.

Esa obra monumental que luce en los mostradores de las librerías es de un hombre del tiempo de Daniel Webster, de un investigador paciente, de un expositor claro, de un amador de la verdad, de un deductor de leyes, de un historiador bueno, de Bancroft. Todavía trabaja en la obra que empezó en 1834. Y está alegre el anciano, como quien ha cumplido con su deber. Está robusto, como aquel que ha podido vivir en el comercio de las cosas grandes. ¡Míseros los que las presienten, y son capaces de ellas, y no pueden darse a ellas! Esos mueren roídos por su ansia. El genio alimentado fortalece. El genio sin empleo devora. El alimento del genio es una obra digna de él.

¿Queréis sentiros como de mayor estatura y más fuerte? Leed el libro de Bancroft. Antes no se sabía más de los Estados Unidos, que lo que decían crónicas sueltas, la pobre historia de un Marshall, los cuentos de la colonia de Grahame, y lo que contó a Europa, en hermosas, mas breves páginas, Carlo Botta, famoso. Pero volvió de Heidelberg un norteamericano joven que había sido allí amigo de Heeren. Heidelberg parece casa de la historia, todo lleno de ruinas y romances, con sus estudiantes magnánimos, pendencieros y laboriosos; con sus bosques que invitan a meditar; con sus murallas rotas que llevan la mente a la obra del tiempo; con su río solemne, que hace pensar en la corriente de la vida. Era Bancroft el norteamericano que venía, y el primer libro de este hombre, que ha hecho luego el más grandioso libro hecho en su patria, fue un librillo de versos.—Los versos son las flores de la vida. La flor anuncia el fruto. El fruto fue copioso. No es la historia de los Estados Unidos de Bancroft una cumbre de hechos, engastados a modo de rosario, o puestos en junto confusamente a manera de maraña. Allí cada escena está con sus matices; cada hogar, con su encanto; cada suceso, con su consecuencia; cada héroe, con su hermosura real y sus pasiones. Para Bancroft no hay acontecimiento aislado. La revolución que había de hacer libre a esta tierra empieza para él en la plegaria

del primer puritano que hincó en tierra la rodilla. Él ve desde cima, por lo que abarca bien todo lo que pasa en el llano. Agrupa los sucesos, indica su relación secreta, da a los hombres su doble aspecto racional y poético, escribe con colores. No ve en un hecho, el hecho desnudo; sino que cuenta los azares del espíritu que lo engendró. Se entra en las almas, y las saca a luz. Pinta las épocas con sus afectos, con sus costumbres, con sus pasiones, con sus vestiduras: pinta las casas, los caminos, la selva majestuosa, las ciudades. Puebla su libro de vivos. Ve al hombre, como el buen historiador ha de verlo, en todos sus aspectos. El anciano, que se sintió fatigado, anunció que con el tomo en que cuenta la historia del país hasta el término de la guerra que lo dejó libre, acababa su obra. Pero la mente se le quejaba de estar ociosa. El trabajo nutre. La pereza encoleriza y enloquece. El anciano, como por hábito, comenzó a hacinar de nuevo documentos, a leer cartas amarillentas, a desempolvar anaqueles, a adivinar de nuevo el espíritu de los hombres en sus obras. Es un placer exquisito, el de buscar la causa de los sucesos. Surgen los hombres ante los ojos, como creaciones del que busca. Y él vive entre ellos, les pregunta, les lleva a la luz para verlos mejor, se enciende en paternal amor por ellos. Están poblados de seres vivos, esos grandes cuartos de estudiadores que parecen vacíos.

Y ahora ha salido a luz el libro nuevo del cultísimo anciano, en que cuenta cómo se elaboró la Constitución que rige hoy a este pueblo, y por qué vino a ser como es, y por qué no pudo ser mejor, y cómo llegó a ser necesaria, porque el país nuevo iba a menos con los pujos de independencia y soberanía de los trece primitivos estados. Es libro que ha de leer todo hombre americano, porque viendo por qué causas meramente locales y transitorias se han producido en la forma en que aquí existen determinadas instituciones, se aprende que no deben ser estas a ciegas imitadas, a menos que no se reproduzcan en el país en que se establezcan, condiciones iguales o semejantes a las que en este país las produjeron. Y conociendo los orígenes de esas instituciones deslumbrantes, podremos acercarnos a ellas, o apartarnos de ellas, o alterarlas en la acomodación a nuestros países, o no acomodarlas, conforme al grado de semejanza que haya entre los elementos de nuestras tierras en la época en que elaboramos su constitución, y los elementos que decidieron a esta tierra a hacerla como se hizo.

Por eso dura esta Constitución: porque, inspirada en las doctrinas esenciales de la naturaleza humana, se ajustó a las condiciones especiales de existencia del país a que había de acomodarse, y surgió de ellas.—Y si os preguntan por un buen texto de Derecho Constitucional, señalad la obra nueva de Bancroft.

Una constitución es una ley viva y práctica que no puede construirse con elementos ideológicos. En ese libro combaten diversas necesidades, ideas y hechos. En ese libro se ve cómo los más puros legisladores hubieron de sacrificar una buena parte de su idea pura, para no perderla toda. Se estudió en sus entrañas la razón de las federaciones. Se ve combatir a Henry Lee, que quería que fuese una nación cada estadillo, contra Madison y Washington, que creían que solo por la unión estrecha de los estados y la creación de un poder unificador y general, para los asuntos de carácter general y uno, podía llegar a ser, como lo ha sido, próspera y maravillosa la federación. Se recuerda cómo Jefferson, para impedir que los estados esclavistas formaran entre sí nación aparte de los estados sin esclavos, se vio obligado a reconocer como institución de derecho americano la abominable esclavitud. Se ve lidiar a Mason, que quería que el presidente tuviese el poder durante siete años, contra Sherman y Wilson y Bedford, que solo querían que lo tuviese tres. Se entra en la casa íntima y secreta de todas las instituciones americanas. Se queda en capacidad de juzgar, por lo

puro o impuro del origen, lo respetable o irrespetable de ellos, y lo que pudiera tomarse, y lo que no debe tomarse. Se ve meditar a Hamilton, grandioso. Se ve resplandecer a Washington prudente. Ese libro debiera ser la almohada de nuestros pensadores.

También estuvo Bancroft, como Lowell ahora: de ministro en la Corte de Inglaterra. También allí, como el caballeresco Motley ese otro historiador deleitoso, que nació en este pueblo, y narró con arte sumo e ímpetu la historia de Holanda, vivió entre desvanes de anticuario, bibliotecas y archivos. Mas no fueron a llamar allí a su puerta, como hoy a la de Lowell, irlandeses descontentos con voz de ira. No había muerto, como ahora, a manos fanáticas, el mensajero de paz que enviaba Inglaterra arrepentida a Irlanda rebelde. No se sumieron, con clamores nacidos a cruzar el mar, y a detener el brazo vengador que Inglaterra, poseída de indignación, levanta colérica,—estos millares de americanos e irlandeses, que se han venido ahora, en sesión tumultuosa, para llamar una vez más aborrecible al crimen; para decir a los hombres que los irlandeses que aman la libertad pueden ofrecer a los amigos de ella sus pechos desnudos, mas no herir el pecho de sus enemigos en la sombra; para excitar a Inglaterra a que no se aproveche del crimen de dos malvados para privar del goce de sus derechos burlados a un pueblo que protesta con noble horror del crimen. En Irlanda hay políticos cuerdos, que quieren lo posible, como Parnell, y celosos de Parnell, que quieren lo que este no quiera, por parar en caudillos, so pretexto de querer más que el caudillo verdadero, y fenianos reñidos con la paz como O'Donovan Rossa. Parnell cree que, puesto que Irlanda no puede hacerse independiente, ha de aprovechar los medios honestos que la lucha pacífica le ofrezca para ir mejorando su condición, y haciéndose de mayores medios: Rossa cree que debe forzarse a Irlanda a pelear por su independencia, puesto que no puede por medios pacíficos lograr mejora alguna, y estima bueno el crimen si él aterra y amilana a sus adversarios. Al lado de Rossa, va una treintena de hombres resueltos. Al lado de Parnell va Irlanda escarmentada.

Nueva York refleja todas esas luchas. En la noche de la sesión tumultuosa, parecía el barrio de la sesión, barrio de Irlanda. Presidía el *mayor* de la ciudad, que es caballero cumplido, versado en cosas de nuestra América latina, e hijo de Irlanda: el *mayor* Grace. «¡No entréis—decían los fanáticos en las puertas a esta reunión de esclavos blancos!»—«¡No lloréis a esos que han muerto: se leían en unos ruines versos que repartían manos febriles: llorad porque no han muerto más!»—A poca distancia del *mayor* Grace, que hablaba, rodeado de irlandeses notables, desde la plataforma le oía, con la faz de quien está hecho a lucha, O'Donovan Rossa. Tal vez merecen excusa los fanáticos. En las naturalezas superiores, la indignación lleva siempre al sacrificio: en las naturalezas inferiores, la indignación suele llevar al crimen.

—«¡No es bien»—dijo uno que habló,—«que se haya dado muerte a Mr. Cavendish, no a lord Cavendish, porque lord es señor, y yo no llamo señor a ningún hombre!».

Y apenas rompió a hablar el *mayor* Grace de la muerte del Lord y de su secretario—púsose de pie un hombre, y dijo a grito herido:

—«¡Tres hurras por su muerte!»

Los guardianes de policía miraron al *mayor*, como para lanzarse sobre él.

El *mayor* detuvo a los guardianes con su mirada. «A nadie se ha de castigar aquí porque diga lo que piensa: invitamos a todos aquellos que disientan de nosotros a hablar desde esta plataforma: nosotros estamos aquí para denunciar asesinos.»

Y se leyeron entre vítores, como es aquí uso, los acuerdos de la reunión. Vedlos en breve: «El asesinato del secretario y subsecretario de Irlanda, de los cuales el secretario iba a inaugurar en el gobierno irlandés una política de satisfacción al país y de conciliación, es un crimen que merece el más enérgico anatema de los amigos de la tierra irlandesa. Procurar con semejantes medios el alivio de Irlanda, es retardarlo. Inglaterra hace mal en intentar de nuevo, como intenta después del asesinato, una política de fuerza, porque el pueblo irlandés no es responsable de los actos de criminales desconocidos. Debe lord Gladstone, si intenta realmente poner paz en Irlanda, impedir los ultrajes de la policía inglesa al pueblo irlandés, que excitan a este al crimen, destituir a los magistrados parciales, y permitir que los irlandeses den abrigo en sus casas a los labriegos que han sido expulsados de sus campos por negarse a pagar por el alquiler de ellos la suma excesiva que venían pagando. Somos hijos fervientes de Irlanda. Si Gladstone no abandona las medidas violentas e injustas que propone de nuevo después del asesinato, es justo que Irlanda acuda a todo medio legítimo para domar al cabo la tiranía inglesa, y establecer el gobierno de sí propia».

Tales cosas decía al jefe del gobierno de Inglaterra el *mayor* de la ciudad de Nueva York. Y aquellos millares de hombres las dijeron con él.

—«¡Oídme, oídme!»—dijo un hombre fornido y pujante saltando sobre la plataforma —«Cuando Gladstone, que ganó gloria por denunciar ante el mundo europeo el despotismo del rey de Nápoles, y luego ha sido más déspota que él, halló que los irlandeses no estaban hechos de barro, sino de nitroglicerina, prometió medidas más suaves, mas las dejó en promesas. Los asesinatos de irlandeses inofensivos por las tropas inglesas son tan criminales como ese asesinato indisculpable de Cavendish y de Burke. Y Cavendish podía ser un buen hombre, ni se sabía en Irlanda cómo era; pero Burke era el consejero de nuestros déspotas, era un irlandés apóstata, era el Mefistófeles de Irlanda».

Y se levantó la madre de Parnell, que habla en frases cortas y nerviosas, como quien lanza dardos, o como quien se sacude cadenas de los hombros. Dice que no le importa ser asesinada si eso ayuda a la causa de Irlanda, lo cual premian los irlandeses que la oyen con hurras que asordan; y que no han sido irlandeses los que han asesinado a los ingleses, sino ingleses necesitados, para continuar oprimiendo libremente a Irlanda, de ahondar el abismo que comenzaba a salvarse entre ella e Inglaterra. «Oigo que esos hombres fueron a su faena como asesinos alquilados, y usaron de un cuchillo. El irlandés gusta de usar revólver, y de hacer un poco de ruido en el mundo.»—Un constructor de cañerías, trémulo y arrebatado, asalta la tribuna. «¡Hargan! ¡Hargan!», dicen los irlandeses que lo quieren. «¡Hargan, que quiero que se una a vuestros recuerdos este: nosotros los desterrados irlandeses en Nueva York, reunidos en gran junta, expresamos nuestra más profunda pena de que Inglaterra continúe su antigua práctica de asesinar a bayonetazos, a balazos y a hambre a nuestros pueblos; y cuando condenamos el asesinato de dos oficiales de Inglaterra, es más oportuno, y es más digno de nosotros, que condenemos rudamente a los carniceros que hayan espantado con sus crímenes los valles de Wyoming y de Wexford».—Vocerío prolongado sucedió a las vehementes palabras del desterrado. Los otros, de pie, en las sillas, agitaban sus pañuelos y sus sombreros. Los otros, roncos de victorear, sacudían los bancos y golpeaban puertas y paredes.—«¡Hurra, hurra!», y dio fin la reunión tumultuosa, acordando por unánime clamor la enmienda de Hargan.

Más grave ha sido la enmienda que en el debate sobre inmigración de chinos a California ha aceptado por fin el presidente. En diez años no podrán venir más chinos a los Estados Unidos: ni chinos artesanos, ni

chinos sin arte. El dueño de todo buque en que viniesen, será multado y preso. Todos los chinos que estaban en los Estados Unidos el 17 de noviembre de 1880, día en que se firmó el tratado entre los Estados Unidos y China, y los que vengan durante los tres próximos meses, podrán, provistos de certificado al salir que les sirva de pasaporte al reentrar, ir a China y volver. Los chinos que no sean trabajadores, sino viajeros, o estudiantes, o empleados, podrán pasar por los Estados Unidos, mas han de traer certificado de su gobierno en que se diga el objeto de su viaje. Ni por tierra ni por agua podrá entrar trabajador chino en los Estados Unidos, y con multa y prisión será castigado el que les ayude a entrar. Ningún estado de la Unión podrá dar carta de ciudadanía a ningún chino. A decreto semejante impuso hace poco su veto el presidente Arthur, que ahora aprueba el decreto en nueva forma. En el que rechazó, se extendía a veinte años el periodo de exclusión de los chinos de los Estados Unidos; en el que al fin aprueba, se reduce a diez años.

Para los chinos se cierran las puertas del trabajo. Para Guiteau se abren las de la muerte. Pocos días hace, ya una sala oscura, en que vagaban dos o tres docenas de personas, subió a la plataforma, preparada para leer desde ella, una mujer que con ademanes nerviosos traía de la mano una niña. La mujer se adelantó hacia el menguado público: sus ojos relampagueaban y su voz era trémula. «Habéis venido para conocer a la hermana de Guiteau», dijo «pues ya la conocéis», y volvió la espalda al público, y salió de la sala sin recitar la conferencia anunciada. Era en verdad la hermana de Guiteau. Un día después, un hombre atribulado se presentaba a un tribunal de Nueva York, querellándose de que habían desertado de él su mujer y una hija: era Scoville, de quien su esposa, la hermana de Guiteau, se había separado bruscamente. A poco los diarios de Chicago anuncian que los esposos se han vuelto a ver, y que Scoville, que dejó a su compañero Reed la ya írrita defensa del preso, de quien hubo trescientos de los mil pesos que vendieron sus fotografías y sus autógrafos, ha ganado, volvió ya, llevando del brazo a la esposa justificada a su hogar intranquilo. Y el abogado Reed ruega en vano a los jueces de Washington que anulen el proceso de Guiteau, por parecerle que es el hábito legal en estos estados procesar al asesino en el estado en que su víctima muere, y no en el que la mata, a lo que resolvieron los jueces que allí donde intentó dar muerte a la víctima, allí está el asesino bien procesado, tras de cuya decisión vino la de que el reo sea sacado de la celda común en que vivía, y puesto en aquella otra tenebrosa en que, bajo cerrada vigilancia, se encierra a los que la ley condena a dejar de vivir.

Esto pasaba en Washington, y en Nueva York resonaban ante ocho mil oyentes los acordes de trescientos instrumentos, el eco majestuoso de ochocientas voces. Fue gran fiesta de música que duró una semana. Allí se oyeron de Händel imponente el *Israel en Egipto;* de Berlioz, que tuvo en música fuego shakespeariano, las notas desgarradoras en que la mísera y hermosísima Casandra anuncia a los troyanos que en aquel caballo de Troya a que abren las puertas de la ciudad, y de cuyo enorme vientre surgen como lejanos ecos guerreros, vienen ocultos los griegos invasores. Y se ve en aquella música de Berlioz alzarse al cielo, de su ancha túnica blanca, los brazos retorcidos de Casandra; y cómo tiembla Eneas al contar a los troyanos cómo Laocoonte ha muerto, y cómo se enroscan las serpientes en torno al cuerpo gentil de Laocoonte. Se oyó la misa de Beethoven místico, que no cede en belleza a la *Pasión de San Mateo* de Bach arrebatado. Y cuando la orquesta majestuosa rompió a tocar, con devoción filial, la música épica de Wagner, parecía que de cestos de fuego surgían aves blancas, y que ninfas ardientes, de cabellera suelta y

brazos torneados, envueltas en jirones de nubes, cruzaban el aire oscuro y húmedo, montadas en el dorso de caballos de oro.

JOSÉ MARTÍ

La Opinión Nacional. Caracas, 31 de mayo de 1882.
[Mf. en CEM]

ÍNDICE GENERAL

1881-1882. Escenas norteamericanas

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta "obra" en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: "Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido".